



la vida  
sobre  
mis tacones

la vida  
sobre  
mis tacones

la vida  
sobre  
mis tacones

Mari B. Santana

# **LA VIDA SOBRE MIS TACONES**

**Mari B Santana**

Título: La vida sobre mis tacones

Autora: Mari B Santana

Ilustración de la portada: Mari B Santana

Diseño de la portada: Nuria Mazón

ISBN: B01M2VG9LX

© 1ª edición, octubre 2016

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación al sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o cualquier medio, sin el permiso previo y por escrito de la autora.

Blog: [www.lavidasobremistacones.com](http://www.lavidasobremistacones.com)

Facebook: La vida sobre mis tacones

Instagram: @lavidasobremistacones

*A mi hermana,  
por ser mi TODO*

# ÍNDICE

[Conóceme](#)

[El comienzo](#)

[Y, ¿ahora qué?](#)

[Que suerte tenerte](#)

[Un nuevo día](#)

[La distancia que nos separa desaparece cuando sueño contigo](#)

[Una amiga que ve dentro de ti lo que tú no puedes entender](#)

[Querido miedo, lo tuyo conmigo ya no tiene mucho futuro](#)

[Lady Drama](#)

[Hay días mejores y días peores, pero de todos se puede sacar algo positivo](#)

[Cambio de rumbo](#)

[Tu cuerpo me llama](#)

[Happy Birthday to me](#)

[Que empiece la fiesta](#)

[En la vida todos tenemos un secreto inconfesable... o varios...](#)

[Donde quiera que esté el amor de mi vida](#)

[Lo que me faltaba](#)

[Amigas como tú, pocas](#)

[Mariposas en el estómago](#)

[I'm feeling good, ou yeah, so good](#)

[Viviendo mi momento](#)

[Amo todo de ti](#)

[Celebrando la vida](#)

[Nuevos proyectos, nuevos retos](#)

[Una mala racha la tiene cualquiera](#)

[Tiempo muerto en Madrid](#)

[Nos falta pista de baile](#)

[Lucas](#)

[Hoy quiero confesarme](#)

[Volver a sentirme en casa](#)

[Cumpliendo sueños](#)

[Lo mejor de mi vida eres tú](#)

[Todo esfuerzo tiene su recompensa](#)

[El verano ya llegó](#)

[Buon giorno! Viva l'amore!](#)

[Nuestro destino estaba escrito, no podíamos acabar de otra manera](#)

[Las chicas quieren fiesta](#)

[Tan... tan... tatán](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre la autora](#)

# Conóceme

Hola, me llamo Mía, tengo casi veintiocho años, soy una chica de pelo largo, morena, de ojos color miel y alta. A pesar de mi estatura voy siempre en tacones. Vivo en Alicante y trabajo de lunes a domingo desde hace casi ocho años para el departamento de administración de una empresa de telecomunicaciones multinacional. Convivo con mi novio Sergio, con el que llevo siendo muy feliz casi diez años. Lo que viene siendo una vida bastante normalita, socialmente hablando, con casa, coche, trabajo y pareja.

Más o menos, ya te puedes hacer una idea general de cómo soy físicamente y de cómo es mi día a día.

Psicológicamente... soy una buena acuario. Una fusión de estilos según el momento, algo que pocos signos tienen. Si preguntas a cualquiera que me conozca, te dirá cosas como que soy natural, responsable, amable, y alguno incluso puede que te diga que soy dulce o inteligente. Me halaga que piensen eso de mí; de alguna manera, tienen un poco de razón. Pero, además de todas esas palabras bonitas, si preguntas a mis amigas o familia, a los que de verdad me sufren cada día, te hablarán de lo espontánea, loca, payasa, divertida o histérica que puedo llegar a ser.

Con la gente que no conozco, o en el trabajo, intento aparentar ser normal poniéndome seria, pero cuando cojo confianza... ¡Peligro! Me aburre ser normal, ¿qué le vamos a hacer? Estoy como una chota. Además de que soy un poco cabezota y algo orgullosa...

Pero bueno, no te asustes, que tampoco es para tanto, y, cuando la gente me conoce, al final me acaban cogiendo cariño y todo. Porque, a pesar de estar un poco grillada, también estoy llenita de amor. Soy muy sensible, tierna y bastante moñas. Me encantan las historias de amor y soy muy, muy romántica.

Además de los tacones, que no es que me gusten, es que me apasionan, también me gusta reír, leer, escribir, pasear, el mar, bailar, escuchar música, aprender y muchas otras cosas que hacen feliz a mi alma.

Te invito a conocer un poco mi historia. Espero que la disfrutes. Además, he querido compartir contigo algunas de las canciones que sonaban en mi cabeza en determinados momentos de la historia, porque en ocasiones las palabras no salen y para ello nos queda la música.

Yo me conformo con que este libro te saque alguna sonrisa.

# El comienzo

Hace ya mucho, mucho tiempo, estaba yo con Nora, Claire y un par de amigas más, celebrando el inicio del último curso de instituto (ya he avisado de que hacía mucho tiempo) y, por lo tanto, nuestro último año juntas antes de que cada una tomase un camino diferente en su vida. Esa noche, entre chupitos de Peché, nos prometimos que nunca, jamás de los jamases, pasase lo que pasase, nos separaríamos.

¡Qué lejos ha quedado aquella noche ya! Recuerdo perfectamente que yo iba vestida con unos pantalones de campana rosa palo y una camiseta blanca de esas con las que se iba enseñando el ombligo hasta en invierno. ¡Qué horror! Menos mal que las modas cambian y que nosotras somos como el vino y mejoramos con los años.

El caso es que, cuando mejor me lo estaba pasando esa noche, de repente, lo vi. El chico más alto, más guapo y más todo me estaba mirando también a mí. Se llamaba Sergio, y ese día comenzó nuestra historia.

Desde entonces y hasta hoy, pues, ha llovido mucho. Hemos tenido momentos muy buenos, buenos, regulares y malos, como cualquier pareja, pero hasta ahora lo hemos llevado bastante bien. Soy feliz a su lado, me gusta compartir el tiempo con él y espero que sea la persona que me acompañe en el camino de mi vida.

Como he dicho, tengo muchas vivencias acumuladas de todos estos años no solo con Sergio, sino también con mis amigas. Pero a estas, mejor las dejamos para otro momento. Con Sergio, son más los buenos que los malos momentos. Nos llevamos muy bien y nos divertimos mucho juntos.

Desde hace un par de años estamos viviendo juntos, y siento que ahora ya va siendo hora de dar un paso más en la relación, así que últimamente, le he dejado caer el tema boda sutilmente, así, como quien no quiere la cosa, pero a él parece ser que le salen sarpullidos al pensar en la palabra *compromiso*, así que de *niños* mejor ni hablamos, por muchas ganas que yo tenga de formar una familia, no vaya a ser que le dé un parraque.

Dejando de lado esto último, todo es bonito a su lado, sino fuera también porque llevamos un par de meses discutiendo por todo y por nada. De hecho, ahora mismo, a día de hoy, estoy muy enfadada con él. ¿Por qué? No me acuerdo, ¿vale? Solo sé que anoche, de nuevo, discutimos por una tontería y que aún me dura el enfado. Aunque no me acuerde de por qué fue, sé que tengo la razón y punto.



Me despierto, me escabullo entre las sábanas y salgo de la cama antes de que Sergio se despierte.

En la cocina, me preparo mi Cola-Cao con cuatro cucharadas de azúcar y un par de cruasanes. Cuando estoy acabando el desayuno, entra Sergio con los ojos aún pegados, pasa por mi lado y ni me mira. ¡Ni que fuera yo ahora un fantasma! Eso me indigna mucho. ¡Perdona, pero la que estoy enfadada soy yo, eh, y, aunque no sepa por qué, solo



yo tengo derecho a ignorarte!

—¿Qué pasa, que no vas a darme un beso de buenos días? —digo, indignada, cruzándome los brazos bajo el pecho y desafiándolo con la mirada.

Se acerca y me da un beso casi en el aire que ni me llega a tocar. Bufff. Un beso igual de frío que él. Me indigno más.

—¿A eso lo llamas beso? Pues vaya mierda. Me los has dado mejores —intento picarlo.

Silencio.

¿De verdad pensará que va a conseguir arreglar algo con esa actitud pasiva?

Sin darle más importancia, recojo mi orgullo y me pongo a prepararme para ir a trabajar pasando de él, y él hace lo mismo respecto a mí. Cuando estoy lista para salir, me asalta en mitad del pasillo y me sorprende con un abrazo por la espalda y un beso pasional que tengo que cortar si no quiero llegar tarde a trabajar. De verdad que sigo enfadada, aunque mis bragas digan lo contrario, pero es que Sergio es así, de repente nada y de repente todo, según le sople el viento en cada momento. Pero esta vez no le ha funcionado. No va a arreglar las cosas solo con un beso ni yo voy a entregarle mis bragas como ofrenda.

Tenemos que hablar. Sé que suena a tópico, pero es la única manera de intentar solucionar los problemas ahora mismo. Poniendo las cartas sobre la mesa y exponiendo la opinión de cada uno de la manera más pacífica posible. Intentando que no llegue la sangre al río.

—Esta tarde hablamos. Que tengas un buen día —le digo, a modo de despedida, y me voy, cerrando la puerta de manera muy dramática para dejar constancia de mi enfado.

De camino al trabajo, pongo el CD con la discografía de El canto del loco, y lo primero que suena es *Llueve en mí*. Le doy volumen a tope y, tamborileando con los dedos en el volante, canto:

*«Y es que hoy estoy triste, solo pienso en llorar... Solo pienso en buscar una estrella mejor, que me pueda guiar, que alivie este dolor, que me lleve lejos aún... Solo necesito que alguien crea en mí...».*

Me siento confusa. Dentro de este bache que ya dura un par de meses, llevamos un par de semanas, digamos que... mal. Peor de lo que viene siendo habitual entre nosotros. He empezado a agobiarme pensando en el futuro, pensando en que ya no me quiere y la verdad es que, salvo el beso que me acaba de dar, no me ha demostrado que ande mal encaminada.

Últimamente, hace cosas que sabe que me sacan de quicio, y pienso que las hace porque igual no sabe cómo decirme que lo que sentía por mí ya no es lo mismo; o que se ha acabado, que se le rompió el amor de tanto usarlo; o que quiere dejarme y no sabe cómo; o que no quiere dar ningún paso más en la relación porque está cómodo así. No sé

bien qué pensar ya, de verdad, y, por eso mismo, no dejo de hacerme pajas mentales continuamente.

He llegado a preguntárselo directamente a la cara, pero él me jura y perjura que lo que más quiere es estar conmigo y no perderme nunca, y que por supuesto que algún día querrá formar una familia conmigo. ¿Algún día? Llevamos casi media vida juntos, *cari*, ¿cuándo será algún día? Además, ¿qué quieres que te diga?, no puedo creerme sus palabras porque sus acciones demuestran lo contrario, y digo yo que ya debería tener claro el camino que quiere seguir y si me quiere a su lado o no.

\*\*\*

Tras un largo día de trabajo, llamadas, reuniones y demás, llego a casa cansada, me quito los *stiletos*[\[1\]](#) color añil conforme voy subiendo en el ascensor y entro por la puerta con ganas de meterme en la ducha directamente. Sergio ha llegado antes que yo y está en el sofá. Enfrascado en una partida en la consola, así que dice un *hola* apenas audible para mis oídos y sin apartar la mirada de la pantalla.

Con que esas tenemos ¿no?... Cargada de orgullo, hago como que yo tampoco lo he visto, me meto en la ducha y, bajo el agua caliente, las lágrimas se entremezclan con el agua que recorre mi cuerpo. Me duele pensar que ya no me quiera, pero más me duele ver cómo actúa. No creo que ni yo misma quiera dar ya ningún paso más en la relación, así no, pero lo quiero demasiado... y dejarlo sería hacerme daño a mí misma... Pero seguir al lado de una persona que con su presencia es capaz de hacerme sentir tan sola es más triste todavía... No puedo, jamás sería capaz de dejarlo, pero tampoco aguanto más esta situación... Joder.

# Y, ¿ahora qué?

«*Goodbye my lover*», de James Blunt

«*You touched my heart, you touched my soul... Goodbye my lover... You have been the one for me*».

*(Tocaste mi corazón, tocaste mi alma... adiós mi amado... has sido el único para mí)*

Era ya de noche, estaba en el sofá con mi pijama de lunares puesto, encogida, abrazándome las piernas, mientras las lágrimas no paraban de brotar de mis ojos.

Ya estaba, se había acabado, casi diez años de relación y todo se terminaba con un portazo que nos había dejado temblando a las paredes y a mí misma.

Al salir de la ducha llegó una nueva discusión tonta, como muchas otras, pero que esta vez me había desbordado. No podía seguir así y exploté. Lo mandé todo a la mierda sin pensármelo. Sin importarme a quién le hiciese daño...

Esa noche, las horas pasaron muy lentas, imposible dejar de llorar. La mente inquieta de un acuario está ahí para hacerle pensar constantemente, y esa noche pensé... ¡vamos que sí pensé! Al fin y al cabo, en mi vida siempre había hecho lo que debía y sentía en cada momento, pero ahora no paraba de preguntarme si había sido lo correcto... Si con él las cosas podía haberlas hecho de otra manera, a pesar de todas las oportunidades que ya nos habíamos dado antes... O si, por mucho que lo intentáramos, la relación estaba abocada al fracaso tarde o temprano...

Iba pasando la noche y yo seguía en el sofá, llorando desconsolada, sin nadie que me escuchase. Vagando por mis pensamientos. Sin que le importara a él cómo me pudiera sentir yo. No había sido capaz ni de llamarme para hablar sobre lo sucedido. Ni siquiera para decirme que no dormiría en casa. No sabía siquiera si seguía queriéndome y esto había sido solo una rabieta y ya se le habría pasado o si... o si... o si...

\*\*\*

De repente, abrí los ojos y me sobresalté al ver la luz del sol entrar por la ventana del salón. Estaba en el sofá hecha un ovillo. Había pasado toda la noche allí. Y, entonces, me acordé... Mi vida había cambiado hacía unas horas, Sergio no estaba y, por lo visto, nunca más estaría. La cabeza parecía que me iba a estallar de un momento a otro.

Me levanté, desayuné con desgana un Cola-Cao, me tomé un ibuprofeno deseando que el dolor de cabeza remitiera lo antes posible y me metí en el baño. Mis ojos parecían dos tomates de lo rojos e hinchados que los tenía de tanto llorar, pero tenía que ir a trabajar, puesto que la vida me había hecho guapa pero no rica, así que me maquillé, con todo el arsenal de cosméticos que tenía en mi poder, e hice todo lo que pude para disimular mi ánimo y los ojos de panda. Me vestí con los tres básicos que todo fondo de armario debe poseer: vaqueros, blusa blanca y *stiletto*s negros. Siempre te sacan de un apuro, pues valen

para casi todas las ocasiones. Así que no pensé más y eché mano de los tres para ir ese día a la oficina.

\*\*\*

Es muy difícil sonreír mientras estás hecha polvo por dentro. Me encantan las personas que saben ser sol aunque por dentro lleven una tormenta increíble; yo soy incapaz de disimularlo. Por más maquillaje que lleve, no puedo maquillar el brillo de mis ojos, que van pregonando que mi alma está en pena. Hago el trabajo de manera casi automática porque mi cabeza está ocupada intentando poner un poco de orden a mis pensamientos, que van a mil por hora.

Aquí, en la oficina, solo hay una persona que puede ver el dolor detrás de mi sonrisa, y esa es mi compañera Bea, la rubia bajita de ojos alegres con la que comparto la jornada laboral desde hace unos seis años. Así que, nada más sentarme en mi silla, la prevengo de que hoy no tengo mi mejor día y le ruego que no me pregunte por qué. Supongo que ya le contaré toda la historia cuando yo misma sepa exactamente lo que me pasa (o cuando pueda hacer oficial que mi corazón está hecho pedazos). Basta con decirle eso, no hacen falta más explicaciones. Bea se encarga de las llamadas de los clientes más... peculiares, y yo de los habituales, que ya sé cómo tratar de manera rápida y sin rodeos.

Pasan las horas y no consigo poner orden a mis pensamientos, así que decido convocar al consejo de sabias. Cojo el móvil y suelto la bomba en el grupo del Whatsapp: «Sergio y yo lo hemos dejado». No tardan en aparecer las primeras reacciones y se convoca reunión urgente del gabinete de crisis para esa misma tarde en mi casa.

\*\*\*

Dicen que a los amigos hay que contarlos dos veces: una en los buenos momentos para ver los que son y otra en los malos, como en este caso, para ver los que quedan. Son pocas, pero para mí vale más la calidad que la cantidad. Las puedo contar con los dedos de una mano y hasta me sobran dedos. Casi al mismo tiempo, aparecen Nora y Alba. No puedo evitarlo, y me fundo en un abrazo con cada una de ellas mientras vuelvo a llorar desconsoladamente, aún de pie junto al quicio de la puerta.

Pasamos al salón, donde cada una se sienta a un lado mío. Me siento rodeada y ahora quiero escapar de aquí. Me doy cuenta de que igual me he precipitado diciéndoles que lo he dejado cuando ni siquiera he recibido noticias de Sergio. ¿Y si ahora de repente le da por entrar por la puerta como si nada hubiese pasado? Me sorbo los mocos y entierro la cabeza en el hombro de Nora, donde seco todas mis lágrimas.

—Mía, coño, no llores más, que al final me vas a tener que escurrir la jodida blusa de tanta lágrima. No podías seguir así con él, has hecho lo que sentías y ya está, no le des más vueltas, que se te va a calentar el cerebro de tanto pensar. No te lamentes, porque no vas a conseguir sacar nada más. Lo hecho, hecho está, y, si explotaste de esa manera, fue por algo que llevabas dentro. Ahora, a pensar en ti, luego en ti y si queda algo *pa* ti y *pa* tu seta... Joder, tía, que te lo debes y ya has pensado mucho tiempo en él.

A Nora la conozco desde que teníamos cuatro años, y ella siempre es así, dice las cosas

como son, con su lenguaje a veces un poco bruto pero realista. Y, aunque te duela lo que te diga, no está ahí para regalarle los oídos a nadie, porque ella ya lleva un duro camino recorrido y sabe de qué habla. Así que supongo que, ahora, aunque sea a su manera, me puede aportar un poco de sensatez lo que me diga ella o cualquiera que me quiera de verdad. Aunque no sé si quiero oír sus consejos o si preferiría hacer como los cobardes y meterme en la cama hasta que la tormenta haya pasado...

—Es que yo lo quiero tanto... pero no quiero seguir así... siento que él ha dejado de luchar por la relación, que todo le da igual y que piensa que siempre estaré ahí para él, que nunca me perderá. Es como que se ha acostumbrado a mí, y yo siento que tiro de la relación yo sola y no puedo más... estoy muy agobiada y no sé qué hacer. Me da miedo lo que venga ahora y no quiero estar sola... os necesito tanto... —digo, hipando entre sollozos, envuelta en mi manta con estampado de leopardo.

—Mírate, Mía, así no puedes estar. A parte de que, nena, todo hay que decirlo, envuelta en esa manta de leopardo pareces el King África... Pero, lo que te iba a decir, ¡que tienes que quererte más, joder! Que tienes la autoestima por los subsuelos y eso no puede ser —vuelve a decir Nora.

—Claro que sí, mi *arma*, tú eres una tía que vales mucho y, si él no se ha dado cuenta en *tó* este tiempo, créeme que no vale la pena estar así por él. Ya vendrá otro y te valorará como te mereces. Que todas hemos pasado por esa situación. Que el mundo parece que se te acaba y no te apetece hacer más *ná*. Pero tú sabes que no es así, tu vida no acaba con él. Y puedes y debes ser feliz sin él —dice Alba, mi sevillana preferida, dándome un achuchón—, hazte el favor y no llores más por alguien que no te merece.

Alba no lo puede evitar y, en situaciones de crisis, devora todo lo que encuentra a su paso.

—Mira que, del estrés, me da por comer más, y un día de estos me va a cambiar el metabolismo por vuestra culpa y me voy a tener que renovar *tó* el armario porque no me van a entrar las lorzias en ningún pantalón.

—Sí, pero tú bien que te has zampado todos los putos cruasanes rellenos de chocolate que había traído para mí. Joder, que estoy reglosa y necesito comer chocolate si no puedo follar porque, si no, ¡me pongo agresiva, eh! —dice Nora, lanzándole una mirada amenazante a Alba, mientras se acerca la bandeja de cruasanes hacia ella.

—Ahí revientes, mala pécora —dice, mirando a Nora con los ojos entrecerrados como echándole una maldición por robarle los benditos cruasanes. Y, recolocándose sus negros rizados, Alba se gira hacia mí para darme uno de sus consejos—. Mía, lo que tienes que hacer ahora es aprender a ser independiente, a que tu felicidad no dependa de nadie y a saber resolver los problemas tú sola. Una vez consigas estar bien contigo misma, estarás *prepará pa* algo más. *Pa* algo más grande.

—Algo más grande, duro y firme— farfulla Nora, con la boca llena de cruasán.

Pasa la tarde, y yo sigo entre lágrimas y *kleenex* intentando crearme las palabras de mis amigas y reírme de sus bromas, pero ahora mismo no puedo pensar, mi mente está sobresaturada de información. Sé que ellas quieren verme bien, por suerte para mí son buenas amigas, pero ahora siento que quiero estar sola, envolverme en mi queridísima

manta y no salir de casa hasta que pase el tiempo y lo vea todo más claro. Mi vida acaba de dar un giro de ciento ochenta grados, me siento perdida, como un barco roto, sin más tripulación que yo misma, a la deriva y en plena tormenta tropical por el Triángulo de las Bermudas. Solo espero ser capaz de encontrar mi camino de nuevo.

Mis planes eran casarme y formar mi propia familia de aquí a dos o tres años y, de repente, aquí me encuentro, que ni novio, ni boda, ni mierdas. ¡Qué va a ser de mí! (Más o menos aquí, en este punto, es cuando mi madre me daría una colleja con la mano bien abierta o me lanzaría su zapatilla directa a la cabeza a una velocidad media de unos cien kilómetros por hora, por escucharme decir tantas tonterías seguidas. Luego, para reparar los daños colaterales del zapatillazo, me daría un abrazo y me mimaría con un Cola-Cao calentito y con muchos grumitos mientras yo me volvería a sentir una niña pequeña ajena a todos los inconvenientes del mundo adulto por unos minutos).

# Que suerte tenerte

*No importa que llueva*, de Efecto Pasillo

«*No importa que llueva si estoy cerca de ti, si hay nieve o si truena*».

Amanece un nuevo día, y esta es la segunda noche que he pasado en el sofá. Anoche, cuando se fueron las chicas, no tenía ganas físicas ni fuerzas mentales para irme a la cama. Demasiadas cosas en las que pensar como para andar gastando energía en tonterías...

Fuera está lloviendo, algo raro en Alicante, pero que ahora mismo combina a la perfección con mi estado de ánimo de los últimos tiempos. Hoy tengo el día libre, así que, para distraer un poco la mente, intento poner orden en casa, pero todo me recuerda a Sergio, todo huele a él... algo lógico, puesto que los últimos años hemos compartido el mismo techo, así que se queda en eso, en un vano intento de arreglar la casa.

Decido volver al sofá a envolverme al abrigo de la manta de leopardo y pasarme el rato mirando una televisión apagada que refleja mi aspecto melancólico, iluminado por una vela que he encendido para tener algo de luz, y con la que solo he conseguido hacer la atmósfera más lúgubre. Eso se me da genial. Crear ambientes dramáticos. Montar odiseas por todo. De un grano de arena siempre saco una montaña. Como diría mi padre, para mí todo es blanco o negro, y en la vida hay más colores. En esto me parezco un poco a Alba cuando le dan sus paranoias; aunque yo soy más bien un drama con patas, ambas somos unas melodramáticas de libro que a veces podríamos entrar atadas de la mano al manicomio.

Me encuentro totalmente sumida en mis pensamientos calamitosos, cuando de repente suena el timbre y me devuelve de un bote a la realidad. ¡Qué gran invento el vídeo portero! Poder elegir si estás o no estás en casa según quién esté llamando. En esta ocasión, es mi hermana Carla (la que encontraron mis progenitores en el contenedor de basura, ese lugar del que vienen la mayoría de los hermanos pequeños), así que decido no hacerla esperar más y abrirle la puerta de inmediato. Cuando sube, me mira sorprendida, como si estuviera viendo un huevo con dos orejas. Supongo que igual se debe a mis pintas andrajosas. Yo siempre he cuidado mucho mi aspecto, que conste, pero sé que este moñonido embarullado que llevo desde hace dos días, junto con el pijama antimorbo de lunares, no me representan.

—Pero, un momento... —vuelve a mirarme de arriba abajo abriendo más los ojos—, ¿y estas pintas? ¿Qué has hecho con la estupenda de mi hermanita, que se pone tacones hasta para sacar la basura?

Yo, en estos momentos, solo soy capaz de agachar la cabeza, encogerme de hombros y abrir más la puerta para que Carla entre de una vez por todas y poder llorar sin que nadie más que ella me vea.

Carla tiene estilo propio a la hora de vestir, nada parecido al mío. No tenía tacones hasta que hace poco la convencí de que incluyera en su fondo de armario unos *stiletto*s

negros, pero ahí deben de estar, al fondo, fondo, fondo del armario porque nunca se los he visto puestos. Su estilo varía entre zapatillero o pijo, según sus ganas de pensar en qué ponerse, o si está o no de exámenes en la universidad. Hoy ha abandonado las Andy-Z y las sudaderas, y los ha cambiado por unas sabrinas[2] rosas de purpurina con una falda azul y una blusa rosa. Así es ella de variopinta.

—De verdad, Mía, que no sé qué esperas conseguir estando así de ponzoñosa, pero desde luego tienes que cambiar el chip ya, o te quedas sin hermana a la que contarle tus penas. —Su cara de sorpresa ha mutado a cara de asco—. Paso de verte así de mustia, no te pega nada. Te he traído Pelotazos, pizza y vino para animarte un poco, y de aquí no me voy a ir hasta que no consiga cambiarte la cara de acelga esa que tienes. —Ese es su saludo una vez dentro de casa, al mismo tiempo que deja la bolsa con los Pelotazos, la pizza y el vino en la cocina, y enciende el horno.

Yo salgo de la cocina y me giro indignada hacia el salón, donde me espera mi amado sofá. El único que me abraza, me da calor y no se mete conmigo estos días.

—¡De verdad que no dejáis a una que esté mal ni un puto día! —digo, enrollándome la manta de leopardo como si fuera el mantón de manila de una tonadillera—. Si has venido para darme la brasa, gracias, pero ayer ya estuvieron aquí las supernenas con sus superpoderes para intentar salvarme y no lo consiguieron. Solo me apetece estar sola... —Me irrita que me den órdenes, pero la quiero tanto... y no quiero hacer que se vaya.

En realidad, no quiero estar sola. Me acurruco a su lado en el sofá mientras ella me acaricia el pelo.

Hoy, lo que menos me apetece es hablar de mi vida, pero sé que Carla ha venido armada con paciencia; la conozco, y sé que no me va a dejar en paz hasta que no hablemos y le escuche tooodo lo que me tiene que decir.

No sé cómo será eso de ser hermana pequeña, pero ser hermana mayor es lo mejor que me ha pasado en la vida (para ella igual lo mejor hubiese sido que su verdadera familia de ricos y famosos no hubiesen renegado de ella y, así, no hubiese tenido que criarse junto a mis solidarios padres que la rescataron del contenedor y la adoptaron para darle todo su cariño, pero la vida quiso que ella y yo creyéramos juntas y al final acabé por acostumbrarme a su presencia en mi vida). Lo mío desde que ella llegó se convirtió en una responsabilidad muy grande, es verdad. Como hermana mayor, siempre intentas actuar siguiendo el camino correcto, porque sabes que ella puede que se fije en ti o puede que quiera seguir tus pasos algún día, y eso te hace sentir orgullosa, a la vez que consecuente con tus actos. Pero, como todas las personas, yo también cometo mis errores, y es entonces cuando te das cuenta de que la perfección no existe y que puede que falles, pero una hermana siempre estará ahí cuando te caigas, para ayudarte a levantarte (si te caes en sentido literal, primero se reirá y luego te ayudará a levantarte, pero te levantará). Las hermanas mayores también aprendemos mucho de las pequeñas, mucho más de lo que ellas se piensan.

Nos sentamos Carla y yo en el sofá a comernos los Pelotazos mientras la pizza se hornea, para que escuche atenta sus consejos. Cada una con nuestra copa de vino en la mano y, como llevo más de un día sin ingerir casi nada sólido, mi estómago empieza a rugir como el león de la Metro al oler la pizza. Ayer lo único que tomé fue mi Cola-Cao



sagrado del desayuno, una galleta que le robé a Bea en la oficina y una tila doble que me preparó Alba por la tarde.

La comida y la conversación con mi hermana han calmado un poco mis pensamientos, y mi estómago también le está agradecido por la comida y el vino. No sé cómo lo hace, pero siempre que compartimos tiempo juntas, Carla acaba cantando o bailando, y muchas veces yo me uno a ella. Hoy consigue animarme con unas canciones de Estopa, acompañadas de unos *besis de fresi* que solo ella sabe darme.

Por la tarde, cuando ya se ha ido Carla, decido meterme en la ducha, que ya empiezo a oler a humanidad, y eso sí que no. Eso no me gusta. Lo del moño pasa, pero los olores corporales ya es un tema que va en contra de mis principios fundamentales. Mientras me ducho enciendo el iPod y suena *Cero*, de Dani Martín, entre lágrimas y entre otras canciones.

*«Todo lo que vimos se nos fue. Soñé que siempre iría al lado. Eso que inventamos ya no es. Ahora solo existe el pasado. Y me toca entender qué hacer con tus abrazos. Ahora toca aprender cómo dejar de querer. Saber borrarlo bien. Que igual que vino fue. Que hoy es cero».*

(Creo que este hombre escribe las letras de sus canciones pensando en mí, y a mí ese detalle... pues me halaga mucho. Solo espero poder agradecérselo algún día en persona).

Aprovecho la poca frescura que me ha aportado la larga ducha y retomo la tarea de arreglar un poco la casa antes de volver a mi adorado sofá.

\*\*\*

Siempre me ha gustado expresar mis sentimientos escribiendo. Hasta ahora, solía ser en forma de cartas de amor para Sergio, que escribía en cualquier momento en que estuviese inspirada, ya fuese en el trabajo, en casa, en un folio, en un post-it, en una servilleta, etcétera.

También han sido receptores de mis palabras en alguna ocasión especial, mis padres, mis abuelos y mi hermana, o mi amiga Claire en su boda, donde me tocó preparar algo para leer en la ceremonia civil.

Muchas veces he conseguido emocionar a los destinatarios de mis palabras, excepto a Sergio, que tiene un corazón de hielo y nunca he conseguido emocionarlo, aunque supongo, y espero que, a su manera, le llegasen a la patata.

Todo esto viene porque, para intentar empezar a estructurar mis pensamientos, he decidido escribir. Esta vez, con la intención de que nadie lo lea, solo para mí. Tengo un par de libretas muy cuquis que en su momento me compré y acumulé sin saber muy bien a qué las destinaría; pues bien, ha llegado el momento de darles uso. Cojo mi boli BIC azul (no será el más *fashion* del mundo, pero los BIC son los que más me gustan, ya que son baratos, sobre todo cuando son robados, y eso es bueno porque siempre acabo perdiéndolos, mordiéndolos o ellos mismos deciden acabar su existencia desparramando

su tinta en el momento menos oportuno). Me siento en el sofá y abro una libreta con detalles dorados que compré en Granada en un viaje que hice con Carla.

Dije que no voy a escribir para nadie, pues bien... ¡equilicué!, lo primero que escribo es para Sergio. Supongo que me quedé con muchas cosas por decirle antes de que se fuese cerrando la puerta tras de sí y dejándome plantada en medio de la discusión. Pues bueno, él no escuchará lo que tenía que decirle, pero yo no pienso callármelo y arriesgarme a morir asfixiada por mis propias palabras.

*Ahora que han pasado los días, pienso en por qué me agobié con todo lo que me rodeaba; sentía que estaba tirando yo sola de la relación. Me he dado cuenta de que, en algún momento, yo dejé de quererme a mí misma por quererte a ti, y llegué a quererte más de lo que tú te quieres ahora mismo.*

*Siempre he valorado cada gesto tuyo hacia mí, pero últimamente ya no podía más, me faltaba algo y tú no eres capaz de dármelo ahora mismo. No espero que sientas lo mismo que yo, no estabas en mi vida para satisfacer mis necesidades ni cumplir mis expectativas. Aunque mi felicidad sí es verdad que llegó a depender de ti de alguna manera, y ahora siento que me falta algo.*

*Lo mandé todo a la mierda antes de que cerraras la puerta y ahora me arrepiento, pero sé que el daño ya está hecho. Habrá quien me juzgue por lo que hice, que les parezca precipitado o apresurado por no haber hablado las cosas sosegadamente, pero quien me critique que se ponga en mis tacones e intente luego ser perfecto el resto de su vida. Todos cometemos errores y yo no soy ninguna excepción.*

*Sé que puedo estar sin ti, no te necesito, pero ahora mismo me resulta muy difícil hacerme a la idea de que ya no estés a mi lado, de que no vayas a volver... Supongo que, de alguna manera, yo también me llegué a acostumbrar a tu presencia...*

*Dicen que a veces necesitamos un golpe para tomar conciencia de lo que debemos mejorar. Ahora mismo supongo que es verdad que mi autoestima está por los suelos, así que no puedo quererte como ambos nos merecemos. Después de lo que ha pasado, admito que soy algo dramática e impulsiva, y que a veces me enfado con facilidad, pero no es algo nuevo y no creo que haya sido el motivo de la ruptura.*

*Confío en lo que siento más que en lo que pienso; me niego a creer que no me querías y estoy segura de que el tiempo me lo demostrará, aunque no estemos juntos.*

*No puedo dejar de recordar momentos a tu lado. Hemos compartido tanta felicidad que se me parte el alma al pensar que te he perdido. Todo me recuerda a ti, todo.*

*Nunca me gustó discutir contigo, me sentía fatal, solo quería estar bien, pero eso no siempre ocurría.*

*Ojala quisieras arreglar la situación, pero ahora mismo tu orgullo herido pesa más que tu valor y a mí no me quedan fuerzas para luchar por esta relación sola.*

*Espero que, aunque no podamos estar juntos, los dos nos guardaremos un especial cariño. Contigo aprendí a vivir la vida apasionadamente, y ambos descubrimos lo que era estar enamorados. Pensábamos que sería un amor eterno, pero ahora me doy cuenta de lo*

*difícil que es conseguir que dos personas compartan las mismas expectativas de la vida. Ya dudo siquiera que exista esa clase de amor. Será difícil de olvidar todo lo que sentí estando contigo.*

*Te abrazo aunque no estés. Suspiro por ti, y en silencio te pienso a gritos.*

*Te echaré de menos hasta que tu ausencia deje de doler.*

Levanto la vista con los ojos lacrimosos y veo que es más de medianoche. Llevo horas escribiendo, tachando y reescribiendo y las palabras no paran de fluir en mi mente, aunque mis párpados ya empiezan a pesar. Decido dejar de escribir por hoy. Ha sido un día mentalmente intenso: primero, la conversación con mi hermana y, luego, escribir lo que llevaba dentro. Esta noche he decidido que haré el esfuerzo de dormir en la cama, aunque no pegue ojo, aunque las sábanas todavía huelan a él, pero mañana tampoco tengo que trabajar, así que puedo permitírmelo, ya que es algo que tarde o temprano tendría que hacer.

*Love Hurts, de Nazareth*

*«I'm young, I know, but even so I know a thing or two. I learned from you. I really learned a lot».*

*(Soy joven, lo sé, pero aun así, sé una cosa o dos, las aprendí de ti, realmente aprendí mucho)*

# Un nuevo día

Abro los ojos, miro el reloj, es viernes y solo son las nueve y media. A pesar de que me costó quedarme dormida, al final he conseguido dormir del tirón y en mi cama. Su olor sigue en la almohada, así que lo primero que haré hoy será lavar las sábanas para desprenderme poco a poco de él y de sus recuerdos.

Me dirijo al baño, y el espejo me devuelve el reflejo de una Mía que no soy yo. A pesar de que tengo mejor aspecto que ayer antes de la ducha, aún sigo teniendo cara de acelga pochada. Aprovecho que hoy me siento un poco mejor por dentro y me maquillo un poco. Elijo unos botines negros, unos *jeans* negros y un jersey color burdeos. Ahora, sobre mis tacones, ya he conseguido que la imagen del espejo se parezca algo más a la Mía que creo ser. Cojo el bolso y bajo a comprar provisiones para llenar un poco la nevera.

El sol de lluvia luce en su esplendor y ayuda a animarme un poco más. Mi instinto femenino hace que me pare frente a un escaparate y vea unos botines que podrían ser unos buenos candidatos para entrar en mi colección de zapatos, y así contribuir de paso a elevar un poco mi autoestima.

Tengo solo un par de pies y la última vez que conté mis zapatos, tenía casi noventa pares. Que sí, que si me lo comparas con el zapatero de cualquier *celebrity*, de esos que son más grandes que mi casa, pues mi colección parece irrisoria, pero es mía. No puedo evitarlo, me encantan y como a mi edad el pie ya no crece, cada vez que veo un zapato que me gusta, me lo compro aunque no lo necesite. Ya le daré uso. Creo que en mi caso ya no se trata de una afición sino más bien de algún tipo de adicción, zapatofilia o algo así, pero no me da vergüenza admitirlo y, tranquilos, ¡que yo controlo y sé cuándo tengo que parar! Todavía no. Todavía queda espacio para muchos pares más. Y, cuando sea rica y famosa, tendré una de las habitaciones del ala oeste de mi supermansión destinada solo a mis zapatos.

Como dijo la actriz mexicana María Félix: «Al hombre hay que llorarlo tres días, al cuarto te pones tacones y ropa nueva». Así que, volviendo a la realidad y a mi casa, con la compra del súper y mis nuevos botines tipo Oxford<sup>[3]</sup>, estoy mucho más animada que cuando salí. Hoy cocinaré para mí, y para ello enciendo el iPod y, cantando y moviendo las caderas a ritmo de *Vivir mi vida*, de Marc Anthony, me preparo mi especialidad: pollo al curry con arroz basmati.

Tras acabar de comer, retomo mi libreta e intento que me salgan las palabras que ayer no llegué a plasmar, pero hoy no lo consigo, así que decido ir a la playa a dar un paseo. Me encanta la playa en cualquier estación del año y me siento privilegiada por vivir a solo cinco minutos de la playa de San Juan. Con Sergio compartía esa pasión por la playa, y juntos hemos pasado muchos momentos cerca del mar. Ahora no me preocupa demasiado tener que hacerlo sin él; es más, creo que lo necesito, porque dicen que un paseo por la playa siempre viene bien para estirar las piernas, aclarar la mente y ver las cosas desde otro punto de vista.

De repente, me acuerdo del móvil. Llevo tres días intentando no hacerle mucho caso, aunque es imposible no pasarme las horas en casa pendiente de si se enciende la pantalla,

de si ha vibrado o no, asegurándome que tiene el sonido al máximo cada cinco minutos y de tenerlo siempre cerca por si alguien se acordase de mí... Lo busco en mi bolso y veo que hay mensajes de mi madre, de mi hermana y de las chicas. Ni rastro de Sergio, es como si la tierra se lo hubiera tragado. La noche en que se fue, no supe nada de él. Al día siguiente, mientras yo estaba trabajando, fue a casa y se llevó todas sus cosas. Y vale que no esperaba que dejase ninguna nota de despedida pegada al frigorífico ni nada por el estilo, pero durante unos días albergué la esperanza de que quisiera hablar sobre lo sucedido e intentar poner alguna solución que no supusiera la separación definitiva. Me equivoqué pensando de esa manera. Soy así de ingenua.

Imagino que a él, lo que ocurrió esa noche le sirvió de vía de escape para dejar de estar mal conmigo, discutiendo día sí y día también, y que ahora estará mejor sin mí. Adiós, responsabilidades. Hola, soltería.

Las chicas han quedado a las seis para salir a tomar algo por el centro. No sé si me apetece otra charla, no quiero que me pregunten cómo estoy, así que voy a hacerme la loca y hacer como que no he leído los *whatsapps*.

Me siento en un banco con el sol invernal de cara y me concentro en las canciones que suenan a través de los auriculares conectados a mi móvil. Necesitaba vitamina D. Ahora, mi autoestima está bastante más elevada que en días anteriores, aunque todavía siento pellizcos en el corazón cuando pienso en Sergio, en lo que fuimos, en lo que pudimos ser y en lo que no seremos.

Son casi las seis, y la conciencia se me remueve. En el fondo, necesito mi dosis de risas, y sé que ellas me pueden ayudar con algún *momento unicornio* (momento en que una de tus amigas hace o propone una locura y el resto le siguen porque somos todas unas desbarradas igual que ella).

Me voy a casa y me preparo para ir a tomar algo. Me pongo unos vaqueros con un jersey rosa palo y unos *stiletos* con *print* de serpiente grises. Al llegar al centro, ya están todas. Veo que hoy también ha venido Claire, la desapegada del grupo, que solo aparece en ocasiones especiales o momentos de crisis. No esperes verla para tomar un café un día cualquiera porque está más ocupada que el estilista de Lady Gaga, pero es la típica amiga estrella, que, aunque no la veas, sabes que está ahí y aparece justo cuando la necesitas.

El otro día no pudo venir porque estaba trabajando y le fue imposible librarse de su encargado, pero hoy no lo ha dudado ni un segundo y ha venido a ponerse al día de mi situación.

—Mírala ella, con cara de mustia, pero en tacones, la *jodía* —dice Alba cuando me ve llegar.

—Normal, a mí me robarán la sonrisa, pero nunca me bajarán de mis tacones. —Me ha quedado una frase de lo más estupenda, oye.

—Hostia, Mía, qué de taconera te ha quedado eso —dice Nora. Pues eso, lo que yo decía.

—Entonces, el día que te veamos sin tacones, empezaremos a preocuparnos.

—Ese día habrá que llevarla a un exorcista porque no será normal, no será ella —dice

Nora, y acto seguido arruga sus labios rojos para lanzarme un beso.

Nos sentamos en una terracita de la calle Castaños. Una calle peatonal plagada de bares, que los viernes por la tarde como hoy está bastante concurrida, pero no tanto como los sábados con el *tardeo*, donde es imposible encontrar una mesa libre. Estamos bajo una estufa de gas y nos pedimos la primera ronda de *sex on the beach*.

—¿Os habéis fijado en el camarero? —dice Nora.

—Pues el mismo de siempre, ¿no? —pregunta Claire.

—Sí, es el mismo, pero digo... para Mía, ¿qué te parece?

—Argentino, mucho hablar y poco decir, no es mi tipo —contesto yo, poniendo los ojos en blanco porque ya sé hacia dónde quiere ir Nora.

—¿Y el de la mesa del fondo?

—Pufff... demasiado pelo, seguro que huele mal.

—¿Y su amigo?

—Menos aun, demasiado calvo. Además, es tan bajito que parece un *minion*. No es para mí ni de coña.

—Tú siempre altos, caballo grande ande o no ande —dice Alba.

—Exactamente, ya puede ser más feo que Picio, que si es por lo menos tan alto como yo, ya tiene todas las de ganar conmigo. Además, según dicen, la media española para los hombres está por los 175 centímetros, mientras que los nórdicos están en los 180. Así que, mira tú si lo tengo difícil para encontrarlo, porque paso de irme a pasar frío a cualquiera de esos países solo por encontrar el amor de mi vida... Anda y que vengan ellos a buscarme a mí.

Nora saca la parabólica de hormonas y echa un vistazo a todas las mesas de alrededor, muy atenta sobre todo al sexo masculino, que es el que le interesa en estos momentos.

—¿Y ese moreno de allí? ¿No te pone perraca, nena?

—Pufff, quita, quita, demasiado músculo; yo, los cruasanes, solo para comer. Tanto músculo me da repelús, que parece que vaya a explotar si lo tocas de lo *inflao* que está.

—Joder, Mía, qué delicada, a ver si a ti te lo van a tener que hacer a medida...

—Nooo.

—Pues a este paso, sí, *jamía*. —Genial, Alba acaba de aliarse con Nora, y yo tengo pocas fuerzas para defenderme.

—Hola, ¿la fábrica de hombres? —dice Nora, haciendo el gesto de llamar por teléfono—. Sí, quería hacer un pedido especial para una amiga... Me ponen el modelo 'Action Man' pero me lo desinflan un poco de los músculos, y el pelo me lo ponen aparte para que mi amiga lo ponga donde ella quiera... ¿Los ojos?... Mía, ¿los ojos?

—Me da igual. —No puedo dejar de reírme por la forma en que Nora está gesticulando ahora mismo.

—Ah, pues mire, le da igual, así que de ojos me va a poner los más baratitos que tenga, pero eso sí, que sean dos, del mismo color y que miren para el mismo lado, si puede ser. Para la pichurra, me pone el paquete Premium, ahí no escatime en gastos, que si es necesario hacemos una colecta y se paga lo que haga falta. Ah, sí, que se mueva como Channing Tatum en *Magic Mike*, tanto en la pista de baile como en la cama. Que esté bastante follable vamos. Y de personalidad... le pone un poco de creador de historias de amor tipo el de *El diario de Noa*..., pero no se pase de pasteloso, eh, con que tenga algún detalle de vez en cuando sobra, que para moñas ya está aquí mi amiga. Y ya por último, ¿algún helicóptero o coche a lo Christian Grey le puedan poner como accesorio?... Ah, vale, que eso son cosas materiales... Entonces, ¿la cuenta bancaria suya tampoco se la pueden poner?... Vale, vale, bueno, pues nada, creo que ya está, muchas gracias, eso es todo. Ah, sí, me lo envuelven con un gran lazo rojo y lo envían aquí, a mi amiga Mía.

Así es Nora. Capaz de hacerme reír cuando más lo necesito.

Por la noche, después de pasar el rato con las incondicionales de mis amigas, llego a casa con agujetas de tanto reírme y me pongo mi pijama de lunares, ese tan abrigadito que me hace parecer un peluche gigante. Total, ahora no tengo que impresionar a nadie. Es más, hasta puedo permitirme descuidar la depilación, aprovechando que es invierno. Voy a hibernar, como los osos, y despertar cuando... cuando... no sé lo que espero de mi vida ahora mismo... Espero que mis amigas por lo menos me sigan dando estos momentos porque a mí, ahora mismo, lo que es la chispa se me ha apagado.

Me voy directa a la cama a refugiarme del frío bajo mis sábanas, mantas varias y nórdico (sí, vivo en Alicante y el clima es bastante cálido incluso en invierno, pero soy muy muy, muy friolera y ahora, encima, no tengo quien me caliente la cama).



Al día siguiente, cuando llego de trabajar, recojo la casa y aprovecho para meter en un par de cajas y bolsas de plástico algunas de las cosas de Sergio que todavía quedaban por los cajones y armarios de la casa. Sin saber muy bien por qué, vacío los álbumes y meto todas las fotos en las que sale él en una de las cajas, junto a las cartas que en su día le escribí creyendo que sería el amor de mi vida y que ahora no me atrevo a releer por miedo a sentirme idiota. Además de que no quiero quedármelas porque necesito borrar todo rastro posible de su presencia en mi vida, aunque tampoco soy capaz de tirarlas a la basura así sin más. Prefiero dárselas a él y, si no las quiere y acababa tirándolas, será su problema y recaerá sobre su conciencia. En el fondo, supongo que se las doy con la maléfica esperanza de que nunca encuentre a nadie mejor que yo, que algún día me eche de menos y a lo único que pueda aferrarse sea a esas cartas y fotos para revivir esos momentos. Solo entonces se arrepentiría de haberme perdido y lo lamentaría el resto de su vida.

Cuando acabo de recoger, me siento en el sofá a ordenar facturas, recibos, cuentas de ahorro, y el resto de cosas que teníamos en común, para poder solucionar todo el papeleo pronto. En cuanto acabo de organizarlo todo, le mando un mensaje a Sergio para poder quedar con él y dejar las cosas arregladas cuanto antes. Aunque en algún rincón de mi corazón estoy deseando que cuando Sergio vea que la separación va en serio, recule y me pida perdón por no haberse dado cuenta de lo mucho que yo significo para él.



Dos días después, Sergio da señales de vida. Mientras yo estoy leyendo tan ricamente en mi sofá, él se está paseando por mi barrio, y me avisa para que solucionemos los temas burocráticos cuanto antes. Lo ayudo a guardar las cajas y bolsas en su coche y no nos vamos mucho más lejos; nos sentamos en un banco del parque que hay justo al lado. Yo encogida, nerviosa, sintiendo que me sudan hasta las pestañas a pesar del frío que hace, y él mostrándose frívolo y distante en todo momento. Así es cómo y dónde revisamos los papeles que ponen punto y final a nuestra relación. Mientras lo tengo tan cerca, no puedo evitar la tentación de analizar mentalmente la situación. Llego a desear que su reticencia sea debida a que está dolido por no haber podido llevar a cabo los planes que teníamos juntos y creo que iba a ser lo suficiente maduro como para llevar esta separación como dos personas adultas, pero ahí, sentados en el banco del parque, no puedo esperar mucho más, y todas mis esperanzas de una escena de película amorosa se desvanecen en ese mismo momento.

—Llegará un día en que este chico se ahogará con tantas palabras y sentimientos que se calla —pienso para mis adentros mientras lo observo, quizás por última vez.

Cuando subo a mi casa, una peli romántica acompañada por la luz de las velas y un bol entero de palomitas son ayuda suficiente para superar el fatídico reencuentro y conseguir recuperar el ánimo con el que me he levantado los últimos días.

Al día siguiente, paso la mañana de bancos para arreglar mi parte. Con suerte, Sergio resolverá de manera eficiente la suya y pronto podremos olvidarnos de estos temas tan escabrosos.



# La distancia que nos separa desaparece cuando sueño contigo

Un nuevo día en mi vida, salvo por los cambios de las últimas semanas, parece una jornada de lo más normal en el trabajo. Hoy ya me he levantado con mejor ánimo, así que he aprovechado y me he puesto un vestido color vino que me queda de muerte (y lo sé) con unos *pumps*<sup>[4]</sup> negros.

He decidido que voy a llamar a mi psicóloga, a la que hace mucho que no visito. Me va a venir bien que alguien me guíe un poco en esta nueva etapa de mi vida. Anoche, bajo el peso de mi ropa de cama, volví a sentir la ausencia de Sergio y volví a llorar a mares. Vale que cuanto más llores, menos meas, pero es que por su culpa ya casi ni meo.

La doctora Llanos me ha hecho un hueco en su agenda para el lunes por la tarde. Ya sé que no debería llamarla doctora porque no es psiquiatra, pero lo de señora Llanos me suena a que estoy contándole mi vida a una mujer cualquiera que pasa el tiempo escuchando desde su sillón las historias de la gente y, además, me suena como más profesional.

Ahora ya estoy más tranquila, sabiendo que voy a contar de nuevo con su ayuda y que, por tanto, no me voy a descarriar tan fácilmente.

Al llegar a casa, me apetece escribir un poco antes de cenar. Estoy un poco moñas y de bajón:

*Hoy siento que necesito un beso en la frente y un abrazo de esos que te hacen cerrar los ojos y te calman el alma; hundir mi cabeza en tu pecho, que se me erice la piel, que tiemble mi cuerpo, que se me salten las lágrimas y que me reconforte y me haga sentir completa. Son tantos los abrazos que me diste, que ahora me conformo solo con el recuerdo.*

*Sonrío al sentirte de nuevo.*

*Como diría Víctor de la Hoz: «Supongo que era amor lo que sentía por ti. Nunca me paré a pensar en una definición exacta de mis sentimientos, lo único que puedo decir es que a tu lado podía ser yo, completamente y no solo en partes, y esa libertad que me dabas para ser yo mismo era lo que me hacía explotar de emociones contigo».*

*Pero dejaste de darme más, y una relación hay que cuidarla día a día, igual que las flores, porque si no se marchitan. Nos llegó ese momento en el que los dos nos acostumbamos a la presencia del otro en nuestras vidas, pero nuestros caminos ya no iban en la misma dirección y es por eso que no pudimos seguir juntos. Espero que sigas tu camino y que seas muy feliz.*



La primera sesión de psicoterapia me ha sabido a poco. Mi diagnóstico ahora mismo, según Llanos, es de ansiedad, así que ya os podéis hacer una idea de cómo me siento. Aunque yo no creo que sea para tanto, necesito que pase la semana rapidito para que llegue la segunda sesión y poder empezar a trabajar en los temas que me agobian, o que yo pienso que me agobian.

Uno de los motivos por los que me estoy volviendo loca se llama Sergio. El otro motivo, que me preocupa bastante y que también tiene que ver algo con Sergio, es no saber llevar las discusiones bien, ser tan impulsiva y mandarlo todo a la mierda sin pensar en las consecuencias. No sé cómo podré dejar de ser tan vehemente, pero necesito aprender a hacerlo o me puede pasar factura en muchas otras ocasiones a lo largo de mi vida.

Lo que pasa es que, en la teoría, sé que no siempre puedo tener razón, pero en la práctica... ¡Ay, como no tenga razón, muerdo a quien esté delante! Y Sergio no era la única diana de mis enfados, también mi familia y amigos han sufrido en ocasiones mis impetuosas contestaciones.

Todavía quedan seis días hasta la próxima sesión, y no puedo dejar de pensar en él. Me pregunto si seguirá pensando en mí; supongo que no se puede dejar de querer a alguien de la noche a la mañana por mucho daño que te hayan hecho... ¿no? ¡Joder, que han sido casi diez años! Yo aún tenía diecisiete cuando lo conocí, pero eso es lo de menos. Que yo sepa, nadie olvida así como así lo que hizo en su vida de joven adolescente. (Ahora soy joven adulta, que es algo más maduro que un joven adolescente, pero menos que un adulto a secas, no sé si me explico).

Yo sé que voy a tardar en dejar de quererlo, sobre todo porque no sé cómo se deja de querer a alguien que te importa, ya que nunca antes me he visto en esta situación, supongo que por suerte para mí. Pero ahora me toca dejar de sentir, y eso no sé si será posible.

Al llegar a casa, me siento en el sofá y tomo mi adorada libreta y mi boli BIC azul:

*Siento que yo siempre seré tu mejor historia. Por más que busques, nadie te querrá como lo hice yo. Sé que lo sabes y que algún día te arrepentirás, me extrañarás, echarás de menos a esa persona que siempre estuvo ahí para ti, a esa persona que lo dio todo por ti, y que a pesar de que le rompiste el corazón en otras ocasiones, todavía te perdonó y volvió a confiar ciegamente en ti. Ese día te darás cuenta de que perdiste una de las mejores cosas que pasó por tu vida. Yo.*

*Lo más bonito que aprendí en todos estos años fue lo maravilloso que es estar enamorada. Quiero imaginar que, si me sentía así cuando estaba con la persona inadecuada, cuando llegue la persona correcta, que tenga los mismos planes de vida que yo y que me apoye para conseguir mis metas, todo será más fácil, y presupongo que volveré a entregarme de nuevo al cien por cien como si nunca fueran a decepcionarme, y volveré a experimentar esos sentimientos tan inmensos dentro de mí. Ojala alguien consiga devolverme la ilusión que tenía contigo.*

*Siempre mi lema fue y será que lo mejor siempre está por llegar. Eso espero, aunque a día de hoy todavía no quiero meterme en otra relación porque no sé dejar de quererte,*

*pero sí que sé que quiero aprovechar este tiempo para pensar en mí. No me arrepiento de haber dado todo por ti, nunca esperé nada a cambio y aun así me diste todo de ti en muchas ocasiones.*

Al día siguiente, siento que en el trabajo estoy también algo más cómoda, me siento un poco mejor después de la sesión con la doctora Llanos, y, aunque me preocupa todo el trabajo que me queda por delante, tengo ganas de ponerme a ello.

Estando en el trabajo, me llega un *whatsapp* y todo cambia. De repente, lo que anoche me parecía un mundo que no me dejaba dormir y por lo que no podía dejar de llorar, ahora pasa a segundo plano. Me quedo petrificada cuando leo que Claire está en el hospital tras haber sufrido un aparatoso accidente de moto. De nuevo, mi compañera y amiga Bea está ahí para echarme una mano y se ocupa del trabajo mientras yo sigo aturdida por la noticia y no sé bien qué hacer.

Me quedaba solo media hora para acabar de trabajar, así que me escapo antes y me voy a casa. En el coche, y al llegar a casa, vuelve a cruzarse por mi cabeza lo ocurrido con Sergio y que eso ahora ya no tiene importancia. No va a servirme de nada preocuparme por algo que no tengo y por lo que no me merezco sufrir ahora mismo. Poco a poco, voy abriendo los ojos a la realidad, y el deseo de vivir y de disfrutar del momento presente es cada vez más grande, porque nadie sabe dónde estaremos mañana. Poco a poco la vida me irá haciendo más fuerte.

\*\*\*

Me cambio y me voy al hospital, donde están ya Nora y Alba preocupadas porque aún no saben nada de Claire. El mensaje de su marido no nos daba mucha información. Nos sentamos las tres a la espera de que venga, y deseamos que sea con noticias buenas.

En las últimas semanas, nos hemos juntado todas más de lo que suele ser habitual en nosotras. Preferiría no verlas tanto y saber que todo está bien a tener que verlas por todo lo ocurrido últimamente.

Aparece Hugo, el marido de Claire, y menos mal que con buenas noticias. Aparte de las magulladuras en los brazos, solo tiene rota una pierna que va a necesitar que le operen. Lo importante es que está fuera de peligro.

Ya es tarde y, aunque teníamos ganas de verla, volveremos cuando le hayan asignado habitación y haya descansado un poco.

*Resistiré*, del Dúo Dinámico

*«Resistiré, para seguir viviendo. Soportaré los golpes y jamás me rendiré. Aunque los sueños se me rompan en pedazos... Y aunque los vientos de la vida soplen fuerte»*

# Una amiga que ve dentro de ti lo que tú no puedes entender

Aun magullada, Claire está estupenda. De momento, tiene aseguradas un par de semanas en el hospital, así que nosotras nos iremos turnando para que se aburra lo menos posible.

Hoy me he pedido yo pasar la tarde y la noche con ella. Recordaremos nuestras fiestas de pijama de cuando éramos adolescentes. Además, me vendrá bien hablar con ella, ya que, de todas mis amigas, es la más sensata.

La conozco del instituto. Nora era de ciencias (quién le iba a decir que acabaría estudiando dos idiomas y periodismo), y Claire y yo, de letras. Pero el hecho de no estar todas juntas en clase no nos impedía seguir siendo amigas y salir juntas de fiesta los fines de semana. Con Claire solía ir mucho a bailar salsa y bachata, hasta que las dos empezamos la universidad y ya no nos veíamos tan a menudo. Luego llegaron a nuestras vidas Sergio y Hugo, y más tarde los trabajos de cada una, y ya podíamos pasarnos meses sin vernos, pero siempre sabíamos que estábamos ahí para la otra.

Claire es sueca, pero tiene la doble nacionalidad porque lleva en Alicante desde que era un mico, y es por eso que no tiene ni rastro de acento extranjero. Sus rasgos más característicos, además de su altura, son su larga melena rubia y su sonrisa permanente. Así que, cuando salíamos de fiesta en nuestros años mozos, pocas veces nos pedían el carnet a nosotras para entrar a los sitios donde se requería mayoría de edad porque parecíamos mayores. Cómo me gustaría que ahora me confundieran con una chiquilla y me pidieran el carnet...

Claire es la elegancia hecha persona. Discreta, no le gusta hacerse notar, aunque con su físico pocas veces lo consigue. Es a la que más le cuesta arrancarse en nuestros 'momentos unicornio' porque es la más seria de las cuatro, algo que a veces nos viene bien para no enloquecer y descarriar en manada.

Pero, ahí donde la ves tan seria y formalita, ella también pasó su edad del pavo como todas y fue una raperilla de esas que iban todo el día con el Discman y sus CD's de R&B y hip hop y los pantalones anchos con cadenas. Ella era más de Eminem, y yo era, y sigo siendo, más de Alejandro Sanz o de Dani Martín (que por aquel entonces todavía estaba con El Canto del Loco). A pesar de su estilo refinado de ahora, ella no ha dejado de escuchar esa música y, gracias a eso, yo he conocido algunas canciones muy buenas que, a día de hoy, me recuerdan mucho a ella y a nuestra etapa de instituto. Todavía me resulta gracioso ver fotos de esa época y pensar que es la misma persona reservada, sofisticada y de colores pastel que a día de hoy sigue siendo mi amiga. Pese a todo, la diferencia de estilos musicales y el paso del tiempo no han afectado en absoluto a nuestra amistad.

Son muchas las fiestas que hemos compartido juntas, la última, su boda. Muy emocionante, es la primera amiga casada por el momento, así que todas lo vivimos con muchísima ilusión y por supuesto, hubo algún que otro '*momento unicornio*' que se puede ver en el vídeo de boda.

Si Claire antes ya estaba ocupada, desde hace unos meses está más ocupada si cabe, porque ella y Hugo acaban de comprar una casa de la que pronto tendrán las llaves. Pero, que mientras eso llega, no hay día que no vayan a ver muebles o a pasearse por las tiendas de decoración. Entre eso, el trabajo, el gimnasio y los cursillos a los que siempre está apuntándose para ampliar conocimientos sobre lo que sea que le apetezca aprender, o en lo que sea que esté interesada en ese momento, como que no le queda mucho tiempo para nosotras (a veces dudo hasta de que tenga tiempo para dormir). Aunque como ya dije, ahí está siempre que se la necesita, aunque sea a golpe de teléfono.

Ahora, al estar en el hospital, vamos a poder verla más a menudo de lo que nos tenía acostumbradas, pero no de la manera que nos gustaría, por supuesto.

A pesar de los rasguños que tiene en los brazos y de la pierna escayolada, sigue tan radiante como siempre, con su melena rubia sobre la almohada. Su ánimo tampoco se ha visto mermado (cualquier otro en su lugar estaría hecho un cromo, pero ella debe de estar hecha de una pasta especial y por eso luce tan resplandeciente). Sigue tan positiva como siempre y esa es justo la actitud que necesita ahora, y gracias a la que va a conseguir recuperarse más rápido.

\*\*\*

Otro de los días en los que estaba ingresada, fuimos a visitarla Nora, Alba y yo para pasar la tarde con ella. Al final de la tarde, pedimos unas pizzas que nos trajeron hasta la puerta del hospital y un par de botellas de vino fresquito para cenar en la habitación. Claire degustó su hamburguesa de hospital (dura como una chancla), acompañada con puré soso de patatas y un zumito que era lo único que se podía salvar del menú. Pero ella prefería no probar el vino (que no la pizza), aunque solo fuese por este día. Al acabar de cenar, nos fuimos, achispadas las tres, de la habitación, pidiendo silencio a todo el que nos encontrábamos por los pasillos mientras nos tropezábamos las unas con las otras. Ninguna estábamos en condiciones de conducir, así que tuvimos que coger un taxi que nos llevara a casa y volver al día siguiente a por los coches aparcados aún en los alrededores del hospital.

*Pensando en vos, de Melocos*

*«Recordé, sin querer, cómo era el tacto de tu piel y sin duda, aún te llevo en vena... pero el tiempo mereció la pena...»*

\*\*\*

Han pasado ya los días. Hoy tengo sesión con la doctora Llanos, y la verdad es que lo necesito. Cada vez que pienso en Sergio, siento que me falta el aire y me asalta esa sensación de ansiedad o pellizquito en mi corazoncito blandito. La noche que pasé con Claire en el hospital, fue ella la que acabó dándome ánimos a mí, haciéndome ver lo importante que es valorar cada minuto de nuestra vida y no dejar que el miedo domine nuestros pensamientos. Habla poco, pero cuando lo hace es con toda la razón del mundo.

Por fin he llegado a la consulta de la doctora Llanos. Le cuento que creo que necesito hablar con Sergio, supongo que para saber algo de él de una vez por todas. No entiendo cómo puede haberse olvidado ya de mí tan rápido...

—Me gustaría saber qué piensa e intentar entender un poco lo que pasó por su cabeza. Pero, hasta ahora, he sido incapaz de volver a ponerme en contacto con él por miedo a lo que me pueda decir o no decir. Y supongo que por miedo a enfrentarme a la verdad de que ya no estamos juntos...

—Lo importante es que te centres en lo que de verdad sabes y que no hagas suposiciones con lo que tú piensas que podría haber pasado. Es imposible que puedas saber lo que piensan los demás. Pero, de verdad, ¿crees que Sergio ya no piensa volver contigo y que ha cerrado la puerta? ¿Que no piensa hacer nada por arreglar lo vuestro? —me pregunta la doctora Llanos viendo mi incertidumbre.

—No lo sé... Quiero pensar que todavía me quiere, pero es más que evidente que con sus acciones no me lo está demostrando. No sé lo que está pasando por su cabeza ahora mismo, pero por la mía pasan demasiadas cosas —contesto, confusa, paseando mi mirada por toda la estancia.

—Creo que deberías dejar de pensar ya mismo y hablar con él, llamarlo para tomar un café, no tienes que estar toda la mañana o la tarde con él, marca tú los tiempos. Pero así podrás preguntarle todas tus dudas y obtener información válida sobre cómo se siente, cómo se sentía en la relación, qué balance ha hecho de todos estos años, qué piensa de lo que os ha pasado, y todo lo que quieras decirle. Aprovecha el momento y díselo. Pero no hables de ti, no hagas un monólogo, que te conozco. Deja que hable él y que se exprese, intenta no juzgarlo ni reprocharle nada. Te vendrá bien conocer su punto de vista. Y, según lo que obtengas de esa conversación, ya decides cuál va a ser tu camino a partir de ahora —me anima.

Debo reconocer que no me esperaba que la psicóloga me planteara la posibilidad de intentar hablar con Sergio, suponía que me diría algo así como que dejase el pasado donde está y que me preocupase por estar bien yo. Pero, para poder pasar página, primero debo saber si puedo cerrar este capítulo de mi vida y, para ello, debo tener información verídica en la que poder basar mis decisiones al respecto.

Cuando salgo de la consulta, me siento tranquila, pero a la vez un poco desconcertada, no por mis sentimientos, sino porque no sé si quiero volver a verlo y hablar con él...

\*\*\*

No puedo dejar de pensar en él, ¿debo llamarlo? ¿Debo quedar con él? ¿Va a querer verme y/o hablar? Y, si es así, ¿dónde quedo? Y, ¿qué me pongo? Estoy hecha un manojo de nervios, pero al final, a media tarde, puesto que sé que antes o después iba a acabar haciéndolo, le mando un escueto *whatsapp* para ver si puede quedar el lunes por la tarde. Su repuesta es más escueta aún: «Vale». No sé cómo se interpreta un *vale* en esta situación. Supongo que, en caso de que no quisiera verme, me habría puesto algo como *no me apetece* o, directamente, *déjame tranquilo*. No quiero pensarlo, quedan tres días para el lunes, así que espero que el fin de semana pase rápido para poder salir de dudas cuánto antes. ¿La parte positiva? Que voy a poder verlo de nuevo...



El fin de semana pasa lento pero tranquilo, no le he dicho a nadie más que a mi hermana Carla que he quedado con Sergio. Soy así de reservada con las cosas que me crean inseguridad, o que no sé muy bien cómo van a salir...

Ahora que sé que voy a verlo, me pongo más nerviosa de lo que ya estaba. Pero esta vez no se trata de mariposas en el estómago, sino más bien de un nudo que me ahoga y que siento que me va a apretar más fuerte en cuanto Sergio aparezca. Sé que, cuando lo vea, será posible que me apetezca mucho darle un abrazo, pero no lo haré para no asustarlo y que salga corriendo. Solo quiero saber cómo está. Supongo que porque me importa demasiado aún. Espero que confíe en mí para hablar, no lo interrumpiré ni lo juzgaré ni lo criticaré, tal y como me apuntó la doctora Llanos. Ahora sé que necesito tener esa conversación con él, para conocer su punto de vista y, sobre todo, para aclararme yo de una vez... Aunque ya todo esté acabado, aunque él ya no quiera recuperar la relación, pero, de alguna manera, así supongo que yo podré seguir hacia delante.

Es casi la hora. Me tengo que poner algo que le recuerde lo que se pierde, pero sin parecer desesperada, solo para que me recuerde bien sexy en caso de que no nos volvamos a ver. Así que escojo unos *leggings* negros con un jersey rojo con caída por un hombro y unos *stiletos* del mismo color que el jersey. En caso de duda, siempre el rojo, como dijo Bill Blass.

*Hello, de Adele*

*«At least I can say that I've tried to tell you 'I'm sorry for breaking your heart'. But it doesn't matter, it clearly doesn't tear you apart anymore».*

*(Al menos puedo decir que intenté decirte 'lo siento por romper tu corazón'. Pero ya no importa, evidentemente ya no es algo que te afecte)*



Sentados en un rincón de una cervecería, noto que la *cita* no está saliendo como esperaba. Este hombre tiene más lío en la cabeza que yo, y mira que eso ya es mucho. Mantiene la cabeza gacha la mayoría del tiempo y no está por la labor de hablar sobre sus sentimientos. No hay dónde rascar. Creo que no sabe todavía lo que quiere en su vida...

Me deja llena de dudas. Pero, viendo el percal, creo que lo mejor es que sigamos separados, y seguro que este tiempo nos va a ayudar a los dos. Por lo menos a mí, ahora que estoy consiguiendo estar cada día un poco mejor.

Según él, ahora mismo quiere estar solo, aun sabiendo que el día de mañana se podrá arrepentir de haberme perdido. Supongo que no quiere darse cuenta de lo mucho que me importa y de todo lo que he estado siempre dispuesta a hacer por él. Ahora no veo que sea capaz de luchar por él mismo y mucho menos de comprometerse conmigo ni con nadie.

A pesar de todo lo mal que ha ido el encuentro, la despedida ha sido un poco más amable. Me ha dicho que espera seguir sabiendo de mí y que le importo, a pesar de no estar juntos. De verdad que tiene más embrollo que yo en la cabeza. Ni contigo ni sin ti, ¡apañados estamos!

—Mira, Sergio, una última cosa quiero pedirte. No quiero que me dejes hacerme ilusiones o me des falsas esperanzas. Si de verdad ya no quieres estar conmigo, déjame olvidarte. No me llames, no me preguntes cómo estoy, de verdad, sigue haciendo como estos días atrás y desaparece. —Me cuesta aguantar las lágrimas mientras lo digo. Tal como estaba previsto, el nudo que sentía se va apretando cada vez más—. Si te tengo que dejar de querer, necesito dejar de saber de ti. Necesito poder pasar página y espero que me dejes hacerlo. No me lo hagas más difícil de lo que ya es.

Al llegar a casa, no puedo dejar de llorar, a pesar de que Carla ha venido a consolarme. No sé si se hacía una idea de lo que iba a pasar, pero ahí está, preparándose una tila doble con cuatro de azúcar. Hoy, ni siquiera sus bailoteos y canciones, ni sus *basis de fresi*, consiguen animarme.

Esa noche, cuando Carla se va, me apetece escribir todo lo que me gustaba de Sergio, todo lo que ahora no tengo y que ya sé seguro que no tendré por su parte nunca más. Solo espero volver a revivir esos sentimientos junto a otra persona:

*Cosas que me gustaban de ti:*

*-Cuando, después de una discusión, volvías y me dabas un abrazo y un beso. Cuando tus besos todavía servían para solucionar las cosas, me hacían saber que todo estaba bien.*

*-Me encantaban los paseos por la playa hablando de mil cosas, riéndonos sin importar que el resto del mundo pensase que estábamos locos, y los desayunos con vistas al mar, esos que ahora disfruto yo sola sin necesitar más compañía que el ruido del viento y de las olas.*

*-Tus gestos ‘románticos’ cuando menos me lo esperaba (como el día que me regalaste esa margarita salvaje, recién cogida del campo cuando hacíamos un picnic y me hiciste una declaración de amor digna de un Oscar, ¡qué momento más moñas, por favor!).*

*-Cuando me buscabas en el sofá o en la cama a mitad de la noche para acurrucarte y apretarme fuerte contra tu cuerpo. Sentir tu calor me hacía sentir segura.*

*-Tus caricias.*

*-Cuando veíamos una película, y tú me ayudabas a seguir el hilo de la historia porque sola me pierdo, no me acuerdo de los personajes o se me olvida lo que pasó en otras escenas.*

*-Soñar despiertos juntos, pensando en todo lo que haríamos (lo que ahora ya no haremos).*

*-Tu risa, sé que te decía que era irritante y escandalosa, pero escucharla me hacía sonreír y reírme yo también.*



*-Cuando me acompañabas en mis payasadas (me encantaba bailar contigo aunque me pisaras).*

*Podría pasar así mucho más tiempo, recordando todos los buenos momentos que pasamos juntos. Sencillamente me encantabas, pero tienes muchas sombras que resolver, y supongo que yo por amor las aguantaba todas. Solo espero que, a partir de ahora, este tiempo te ayude a verlas y corregirlas.*

*Por mi parte, espero encontrar todo eso de nuevo y volver a sentir lo que tú me hacías sentir. Y mientras llega o no llega otra persona a mi vida, espero aprender a estar sola y, sobre todo, conseguir ser feliz.*

*Y, en lo que a ti respecta, espero que pronto te des cuenta de lo que quieres en tu vida y luches por ello. Y que si, en algún momento, no consigues tus objetivos, que no sea nunca porque no lo hayas intentado.*

*Emocional, de Dani Martín*

*«Y dejar a las cosas pasar y que digan su nombre. Y mirar que lo que hay es verdad y que nada se esconde».*

# Querido miedo, lo tuyo conmigo ya no tiene mucho futuro

Han pasado los días, y pienso que este tiempo a solas me está sirviendo para aprender mucho; a base de ríos de lágrimas, pero de todo se aprende.

Poco a poco estoy empezando a no preocuparme tanto por cosas del pasado, puesto que, por más vueltas que le dé, no van a cambiar. Han pasado a darme igual muchas de las tonterías por las que discutía con él. He aceptado que no puedo controlarlo todo.

Confío en que la doctora Llanos me ayude a seguir mejorando. Estoy impaciente porque llegue la próxima sesión porque intento centrarme en pensamientos positivos, pero todavía a ratos me cuesta. Necesito dejar de agobiarme por sandeces y seguir hacia adelante.



Le cuento a la psicóloga cómo me he sentido estos días y me dice que es posible que esté haciendo balance de lo que ha sido la relación con Sergio y de lo que ha supuesto para mí.

—A ratos me sigo machacando por mis defectos. Me siento mal por mi forma de actuar con él cuando discutimos la última vez, la definitiva. Me hubiese gustado que las cosas hubiesen salido de otra forma.

—Puedes estar tranquila, porque has tenido a una buena persona a tu lado y que te ha querido mucho, pero a su manera. Y su manera de quererte dejó de ser suficiente para ti en los últimos momentos. Él no era capaz de darte el futuro que tú esperabas porque se convirtió en una persona vacía, sin nada que ofrecer, ni siquiera para sí mismo —me dice la doctora Llanos—. Pero habéis tenido una muy buena relación y el hecho de que a día de hoy sigáis respetándoos lo dice todo. No te agobies por el futuro, tienes que ser feliz con lo que tienes ahora y lo que venga después... pues bienvenido sea.

—Sí, sí, estoy bastante mejor que cuando empecé, pero dentro de poco sería nuestro aniversario, y había planeado muchas cosas para ese día excepto estar separados. —Y las lágrimas brotan de mis ojos—. Estoy muy sensible con ese tema y no puedo evitar ponerme así porque me duele mucho echarlo de menos... Ojalá fuera tan fácil dejar de quererlo...

—Bueno, si sientes necesidad de hablar con él, hazlo, no te lo guardes, porque será peor para ti.

—No, creo que, por mucho que necesite verlo, voy a dejar de intentarlo. La última vez me hice daño a mí misma porque fue como hablarle a una pared, y no saqué nada en claro —digo entre sollozos—. Siento que hablarle ahora serviría solo para alimentar su orgullo y hacer más grande mi dolor, así que gracias por la recomendación, pero no quiero hacerlo. Necesito dejar de quererlo, y eso, a día de hoy, no sé cómo lo conseguiré.

—Bueno, pues entonces vamos a pasar página ya. Vamos a admitir que se ha acabado y que ya no va a volver. Vamos a trabajar en ti y en tu forma de afrontar los problemas. Verás cómo poco a poco te vas a sentir muchísimo mejor. Sigue así, que vas por el buen camino.

Al salir de la consulta, voy a tomarme un café con Carla y le cuento un poco cómo me siento y lo que me ha dicho la psicóloga.

Ese día, de vuelta a casa, en la radio del coche, suena *Fix you*, de Coldplay. La canto llorando, y prometiéndome a mí misma no malgastar más lágrimas por alguien que no las merece:

*«When you try your best but you don't succeed. When you get what you want but not what you need. When you feel so tired but you can't sleep... And the tears come streaming down your face. When you lose something you can't replace».*

*(Cuando lo intentas todo pero no tienes éxito. Cuando obtienes lo que quieres, pero no lo que necesitas. Cuando te sientes tan cansado pero no puedes dormir... Cuando las lágrimas caen por tu rostro. Cuando pierdes algo que no puedes reemplazar)*

\*\*\*

He cogido mi boli BIC y he llenado la casa de post-its con mensajes positivos, para que no se me olvide todo lo que voy aprendiendo y para que mi mente no se desvíe hacia los pensamientos negativos.

*«En la vida, las cosas pasan cuando tienen que pasar y, si no pasan, es porque no era su momento o no tenían que pasar»*

*«Todos los días sale el sol»*

*«Haz siempre aquello que te acerque a tus sueños y que, sobre todo, te haga feliz. Haz que valga la pena»*

*«Sé feliz»*

*«Todos los días hay cosas buenas por las que estar agradecida»*

*«Sé la versión mejorada de ti misma»*

*«Quiero, puedo y me lo merezco»*

*«Confía en ti»*

Me gusta estar en casa y releer estos mensajes una y otra vez, repitiéndomelos como un mantra.

# Lady Drama

*Count on me*, de Bruno Mars

«*Find out what we're made of when we are called to help our friends in need... Because that's what friends are supposed to do*».

(*Descubrimos de qué estamos hechos cuando un amigo nos necesita... Porque eso es lo que se supone que hacen los amigos*)

Quedan pocos días para las fiestas de Navidad y no tengo ganas de celebrar nada. Me faltan seres queridos y este año, además, tampoco está Sergio. Espero que pasen rápido, compraré solo regalos para mis padres y para Carla, además del amigo invisible que hacemos siempre las chicas. Este año me ha tocado Alba, y no sé qué regalarle; supongo que me dejaré guiar por los escaparates y por el espíritu navideño que se respira por las calles del centro.

\*\*\*

A Alba la conocí después que a las demás. Fue mi compañera en la universidad, ella acababa de llegar de Sevilla acompañando a un ex que vino a trabajar aquí y que no duró ni dos meses en tierras levantinas. Así que ese episodio en su vida hizo que se apoyase más en mí, al no tener a nadie más cerca. Desde el primer año, se convirtió en mi mejor compañera (he de decir que le debo mucho, gracias a sus impecables apuntes). Es una mujer de asfalto en toda regla, con las ideas muy claras. Las experiencias con sus relaciones anteriores le sirvieron para darse cuenta de muchas cosas y, por fin, cuando encontró a Martín, tuvo claro que era él con quien quería estar el resto de su vida.

Su apariencia es muy femenina, compartimos pasión por los zapatos, y eso me encanta; lástima que no usemos el mismo número, porque eso ya sería la pera limonera. Me recuerda muchísimo a la *flamenca del whatsapp* por su pelo moreno, rizado y largo. Sus ojos azul intenso no dejan indiferente a nadie. Le encanta el chocolate en cualquiera de sus variedades, y siempre que se pone nerviosa lo devora como si no hubiera un mañana. Es de esa clase de personas que por mucho que coman, no engordan. Pero, como dice ella con su acento andaluz: «el día que me cambie el metabolismo verás tú el hambre que voy a pasar». No hay manera de que pierda el acento, ni siquiera una *mijita*.

Simplemente, me alegro mucho de que la vida la pusiera en mi camino porque poco a poco se ha convertido en alguien imprescindible en mi día a día. Lo mejor de todo fue cuando se la presenté a Nora y a Claire, y desde entonces todas hicimos un buen equipo cargado siempre de buenrollismo.

Siempre puedo contar con ella para lo que sea porque sabe de casi todo y se explica como un libro abierto. Sus consejos siempre nos ayudan, aunque, a veces, es bastante dramática, y es ahí cuando ella nos necesita a nosotras.

Nuestra mejor experiencia juntas fue cuando nos fuimos de viaje de fin de carrera a

Nueva York. Dos semanas que nos dieron para demasiadas compras, comer y beber en todos los restaurantes de comida rápida que encontrábamos, paseos y más paseos para conocer la ciudad y muchas más cosas. Volvimos con un par de lorzas de más en nuestras carnes, aunque a ella no se le notaban tanto como a mí, y la cartera vacía, a pesar de que estuvimos ahorrando durante todo lo que duró la carrera, pero que de poco nos sirvió.

# Hay días mejores y días peores, pero de todos se puede sacar algo positivo

*Enamórate*, de Dvicio

«Todo por un maldito error se vino del revés... era lo bonito de hoy, que es nuestro aniversario... se hace cuesta arriba el tiempo cuando tú no estás».

Las navidades han sido nostálgicas, pero ya han pasado. Hoy es el día. Hoy haríamos diez años juntos, pero ya llevamos casi tres meses separados, casi tres semanas sin saber nada de él. Por el momento, mis sesiones con la doctora Llanos ya han acabado porque he decidido que ha llegado el momento de caminar sola y aplicar todo lo aprendido. Hoy no espero noticias de Sergio, pero lo echo de menos más de lo normal y necesito un abrazo suyo para sentirme bien.

Para evitar que yo esté mal, las chicas han organizado una *beauty party* en casa de Alba. Hemos quedado todas a la hora de comer. Me he levantado muy pronto y no podía quedarme en la cama dando vueltas, así que me he vestido y me he ido a la playa de San Juan a dar un largo paseo. Si tengo que darle vueltas a la cabeza, por lo menos que sea en movimiento, y así aprovecho y, además de quemar neuronas, quemo calorías.

En la playa, el sol luce de una manera distinta al de la ciudad. Hay poca gente porque todavía es pronto. Algún jubilado, alguna mamá empujando el cochecito y alguna futura mamá paseando para ayudar al bebé a ponerse en posición. También hay gente haciendo todo tipo de deportes, desde yoga hasta *cross training*. Todo vale en la playa.

Yo conecto mis auriculares e intento olvidarme del mundo y hacer mi camino con Dani Martín y las letras de sus canciones. En tiempo récord he recorrido la distancia que separa San Juan de El Campello. Antes de volver, decido sentarme en un banco, tomo un poco el sol y le mando un *whatsapp* a Alba: «Llegaré antes de lo previsto, así te ayudo a preparar las cosas».

Antes de las doce, ya estoy en casa de Alba. Abrimos una botella de vino y sacamos unas aceitunas y unos Pelotazos al comedor (cualquier momento en buena compañía siempre se puede mejorar con una buena copa de vino y unos *Pelotazos*, es algo infalible). Nos sentamos en el sofá y la botella de vino se evapora de nuestras copas antes de lo previsto.

Estamos las dos con el puntillo alegre cuando llega Nora con el sushi y más vino. Claire hoy, como el ochenta por ciento de las veces que quedamos, no podrá venir porque le toca trabajar.

La comida la pasamos entre risas, y hacen que me olvide de todo lo demás. Luego llega el postre y los *sex on the beach* para todas mientras vemos *Cincuenta sombras de Grey* por millonésima vez.

—Mía, lo que tú necesitas ahora es un Grey en tu vida, que te ponga mirando a

Cuenca, te meta un buen meneo de esos que te hacen perder el sentido y verás tú cómo se te acaba la tontería —dice Nora, mientras miramos atentas una de las escenas más interesantes de la película.

—La *verdá* es que sí, un viajecito en el Charlie Tango, y ¡ale!, se te olvida *tó* —dice Alba entre risas.

—Qué va, yo no me veo ahora mismo compartiendo mi vida con nadie, me da pereza —les contesto a las dos mientras abrazo un cojín.

—Miau, eso mismo decía yo y mírameee. Eso no lo digas porque no te lo crees ni tú y sabes que es así. Cuando menos te lo esperes... ¡Sorpresaaa! Aparecerá esa persona que sacudirá *tó* tu mundo y te hará ver las cosas de otra manera.

—*Ohú*, qué bien te ha quedado eso, Albita —contesta Nora y, con un golpe de melena, se gira hacia mí, que estoy hecha una bola en el sofá—. Mía, no te estamos diciendo que compartas tu vida con nadie, sino que aproveches y le des al tema, ahora que no tienes compromiso. Eso sí, una cosa te voy a decir.

—*Cuidao*, saca los dos rombos, que va Nora con sus sugerencias sexuales.

—A ver, cuando aparezca ese maromo, que aparecerá, tu *pipitilla* te lo agradecerá y, entonces, te acordarás de tu amiga Nora... Tienes que olvidarte de todos los mitos. Nada de fijarte en las manos, ni en los pies, es toodo mentira —dice, gesticulando con las manos.

—Pero, ¿no era en la nariz en lo que había que fijarse, *miarma*? —pregunta Alba, divertida.

—¡Pero qué dices, *localcoño*! Eso no funciona, os lo digo yo, que pasé mi época de polvos sin compromiso hace no mucho, como ya sabéis, antes de conocer a Manu, y aprendí mucho, muchísimo. Yo me fijaba en todo, hasta en el paquete, a ver si veía bulto, y nada, la mayoría, aunque tengan bulto, engañan. Muchas de las veces, el bulto era todo huevos —contesta Nora—. Además, otra cosa te digo, los jovencitos tienen mucha marcha, pero luego son unos descerebrados todos, y los maduritos, demasiada experiencia. Así que cuidadito, que hay mucho perturbado por ahí.

—Eso, tú haz caso a los consejos de Nora, —dice Alba, sin poder dejar de reírse—, pero, una cosa, ya que dices eso de los *perturbaos*. Los ligues no se suben a casa los primeros días, no vayan a ser unos *obsesionaos* y luego, si la cosa no sale como ellos esperan, son los típicos que se presentan a las dos de la *madrugá* bajo tu ventana vestidos de policía y gritando tu nombre. Que no es que me haya *pasao* a mí, fue a una amiga de Sevilla... Pero, Mía, de verdad, lleva mucho *cuidao* con esas cosas, sé muy prudente, que hay mucho loco suelto.

—Gracias por los consejos, pero ni de coña. Yo me quedo soltera toda mi vida y ya está... sin que nadie me moleste, a mi aire. Además, que a ver quién me iba a aguantar; y que paso de estar con tíos solo por pasar un rato, yo no soy de esas. Sin ánimo de ofenderte, Nora... Lo que me faltaba, tener que estar pendiente ahora de si el bulto es calcetín, huevo o chorra. Paso —replico yo, intentando parecer seria, aunque con Nora y Alba eso es difícil.



—¡Joder, qué cabezona que eres, eh! Fuera de las advertencias sexuales de Nora, tú verás cómo encuentras a alguien más pronto que tarde y entonces nos tendrás que dar la razón. Me juego una cena y *tó* —corroboraba Alba—. Tú eres mucha mujer como *pa* pasar desapercibida tan fácilmente.

—Pues ya ves si es mucha mujer, ¿sabes, Mía? Si yo fuera lesbiana, tú serías mi primera fantasía sexual. Con estas lolas que tienes... —Se acerca a mí y me espachurra las tetas entre sus manos— ¡Boing, boing! ¡Te haría de *tó*, pero de *tó*, eh! Mmm, si no fuera porque mi Manu está esperándome en casa...

—Qué guarra que eres —digo yo, apartando a Nora de mí con el pie.

—Ay, si yo te contara... Cuando quieras probamos... —Y se pasa la lengua por sus rojos labios en gesto de provocación, mientras me guiña un ojo.

—No me tientes, no me tientes. —La mayoría de las veces, no puedo hablar en serio con Nora.

Alba no puede dejar de reírse de nosotras. Yo me recuesto en el sofá con mi copa en la mano. Me viene muy bien que me hagan reír para no pensar.

—Decid lo que queráis, que yo no voy a entrar en discusiones con vosotras porque al final acabaréis dándome la razón a mí cuando todas tengáis hijos y yo siga siendo una solterona, coleccionista de zapatos y criadora de cactus.

—*Eah*, la perra gorda *pa* ti. Y, ahora, dejarme ver tranquila al Grey —dice Alba, entornando los ojos como poniendo gesto de concentración frente a la película.

Cuando acabamos de tomarnos las copas y de ver la película, pasamos al momento belleza con mascarillas, masajes y manicura.

Al final, el día se me ha pasado volando. Me he reído mucho y me voy relajada a casa. He conseguido no llorar en todo el día, a pesar de las ganas que he tenido, pero ahí estaban Alba y Nora para sacarme una sonrisa cuando me veían cabizbaja.

# Cambio de rumbo

Comienza la semana con buen tiempo y con buen ánimo. Me preparo para ir a la oficina, cojo unos pantalones grises con una blusa color cian y unos *peep toes*[\[5\]](#) color jade. En el baño, me recojo una coleta y termino de embellecerme por fuera.

Al llegar a la oficina, Bea me dice que el jefe ha venido hoy con cara de pocos amigos (como casi siempre, vamos) y que, además, ha convocado una reunión a las doce con todo el personal.

\*\*\*

Pues bien, lo que nuestro jefe tenía que comunicarnos es que ha habido un reajuste de personal. A la hora de comer, Bea y yo salimos juntas y nos dirigimos al bar al que somos asiduas para tomar unas cervezas en el *after work*. Hoy el ambiente es distinto. Nosotras no somos las únicas que quedamos fuera del equipo, también un chico de contabilidad y otro de mantenimiento se unen a nosotras.

Así, sin más, con el único motivo de que la empresa va arrastrando pérdidas económicas desde hace un par de trimestres, la empresa prescinde de nosotros y, gracias a las leyes actuales sobre las indemnizaciones por despido, la jugada les sale casi gratis.

Tal y como están las cosas, pasados unos meses, seguro que meten a un par de becarios que hagan el trabajo de los cuatro por la mitad de sueldo. Pero, bueno, no es algo que me vaya a escandalizar, porque peores cosas he visto mientras trabajaba allí.

Yo no es que quisiera dejar el trabajo, porque la verdad es que estaba muy a gusto con mi Bea, pero desde hace algún tiempo tenía el gusanillo de poder dedicarme en algún momento de mi vida a escribir. Esperaba poder ahorrar unos cuantos de años para poder hacerlo sin tener que pasar por problemas económicos (más o menos allá para mi jubilación). Pero creo que, ante esta situación, voy a tener que buscar la parte positiva y aprovechar para crecer, aprender y llevar a cabo mi proyecto, ahora que tengo la ayuda del finiquito. Lo intentaré durante un par de meses y, si la suerte no está de mi lado para escribir algo bueno, confío en que por lo menos conseguir un trabajo nuevo se me dé mejor.

Así que, a pesar de todo, en el fondo Bea y yo estamos un poco contentas porque por fin se ha acabado nuestra pesadilla diaria de soportar a ciertos seres que cohabitaban alrededor de nosotras en la oficina. Y también porque nos merecemos algo mejor. A los pocos minutos, se nos unen los otros dos compañeros en el bar, aunque ellos están bien jodidos, ya que la situación que les espera es algo más difícil que para nosotras, que no tenemos cargas familiares. Carlos, el chico de mantenimiento, tiene a su cargo tres hijos y hasta ahora solo dependían de su sueldo. Y Eugenio, de contabilidad, a sus casi cincuenta años, tiene muy difícil volver a encontrar un trabajo, y más de lo suyo.

El miércoles será mi cumpleaños, así que podría considerarlo como un regalo por adelantado, ya que voy a disponer de mucho tiempo para mí. Decido invitar a una última ronda en *petit comité*.

Las horas pasan más rápido de lo que me doy cuenta. Los dos compañeros se han retirado tras un par de cervezas, y solo quedamos Bea y yo, que nos hemos pasado de las cervezas a los *gintonic*s.

—Creo que, con el dinero del finiquito que nos den, voy a aprovechar para llevar a cabo varias cosillas que tenía en mente —dice con la copa de *gintonic* en alto, dispuesta a brindar—. Primero, haré el viaje a la India que siempre he estado deseando y que, por culpa de este trabajo y de su política para disfrutar de las vacaciones, no me pude permitir. Y, al volver, voy a montar mi propia tienda de ropa *vintage*, que es lo que siempre quise y para lo cual solo me faltaba este impulso que me hiciera arrancar. Aunque supongo que el finiquito me va a llegar solo para comprarme un par de bragas y la maleta para el viaje, el resto lo pondré de mis ahorros, que para eso son.

—Pues yo no sé en qué lo voy a invertir, —digo yo, ahora con mi copa en alto—, pero seguro que lo disfruto. Supongo que me tomaré un tiempo para mí misma, igual para escribir y, por qué no, hacer algún viajecillo, o, si no, pues para comprarme bragas yo también.

—¡Brindemos!

—Por nuestro futuro, por las bragas y por nosotras. —Y, de un trago, acabamos con el contenido de las copas.

\*\*\*

Al día siguiente, me levanto sin prisas y con un poco de resaca. Primer día de desempleada, el sol de finales de enero brilla y aprovecho para ir a la playa a refrescar la mente para empezar esta nueva etapa, intentaré no volver a recurrir a la doctora Llanos, de momento. Ahora tengo más confianza en mí misma y sé, o por lo menos tengo la confianza en mí, que puedo superar esto sola. Si algo he aprendido, es a saber adaptarme a los cambios. Año nuevo, vida nueva. De todas formas, tendré su teléfono a mano por si me surge alguna neura extraña (alguna que no sea normal en mí).

\*\*\*

A pesar de ser jueves, hay bastante gente haciendo deporte (propósitos de año nuevo, lo llaman). Me quedo plantada en medio del paseo mirando disimuladamente hacia el horizonte, pero lo que en verdad estoy contemplando es a un chico, al que ya había visto en otras ocasiones, haciendo abdominales en uno de los aparatejos esos que hay para hacer ejercicio y que yo no sabría ni por dónde empezar a usar.

Tras deleitarme la vista un rato, me quito los zapatos y me adentro en la arena. Me he traído una toalla y, después de pasear un rato hundiendo los pies por la orilla, me siento a leer. De vez en cuando levanto la vista del libro y en uno de esos momentos, con el sol de cara, veo una silueta acercándose a mí.

¡Aaahhh!

¡Me quedo muerta!

Es el mismo chico al que me quedé mirando antes. ¿Pero no había sido disimulada?

A pesar de lo bueno que está el chico, no le había dado más importancia que la de alegrarme la vista un rato, y jamás se me habría pasado por la cabeza que él hubiera reparado en mi presencia. No es el tipo de chico que hasta ahora me había atraído físicamente, pero, no sé por qué extraña razón, es imposible no fijarse en él.

—Hola —dice, mirándome como pidiendo permiso para invadir mi espacio vital.

—Hola —contesto yo, sonriendo algo tímida.

—¿Qué tal?

—Bien, ¿y tú? —¿Vamos a tener una conversación de besugos?

—Bien, también. ¿Vienes mucho por aquí?

Bufff, qué ojazos azules tan intensos... Pestañeo para recobrar el sentido y contesto a su pregunta.

—Bueno... esto... sí... la verdad es que me gusta mucho la playa, me relaja, es muy tranquila y, además, hay buenas vistas. —Y, dicho esto, levanto la cabeza hacia él con la mano sobre mi frente para taparme el sol que me da en la cara y, dedicándole una sonrisa, noto cómo mis mejillas se van encendiendo, y no por el sol, precisamente.

—Sí, la verdad es que las vistas son increíbles... Eh, bueno, perdona, soy Izan —dice, tendiéndome su mano.

Supongo que darle la mano desde el suelo quedaría un poco cutre, considerando que el chico se ha acercado hasta aquí, así que levanto mi pandero de la toalla. Conforme voy subiendo, aprovecho y le hago un repaso/escáner de abajo arriba hasta ponerme en pie y quedarme a la altura de... su cuello. Sonrío porque es bastante alto, debe de medir un metro noventa o así...

—Yo soy Mía.

Le tiendo mi mano tímidamente, pero él se acerca y me saluda de manera efusiva con dos sonoros besos, mientras yo me quedo clavada en el sitio sin saber qué más decir. No me acuerdo cómo iba esto de conocer gente nueva. Menos mal que es él quien sigue con la conversación. Gesticula mucho con las manos y es bastante dicharachero.

Tiene una sonrisa perfecta, rodeada por una barba de algo más de tres días que le da un aire muy desenfadado, el pelo castaño y despeinado. Va vestido con una gorra negra, una camiseta muy ajustada de manga corta que deja entrever algunos tatuajes, y unos pantalones cortos de deporte. Se ve a simple vista que está en muy buena forma, y eso no es bueno, porque hace que me distraiga igual que haría Nora si estuviera en mi lugar. Tras mis gafas de sol y muy disimuladamente, me fijo en sus manos... en sus pies... en el *six-pack* que se intuye a través de la camiseta, y por qué no, ya que estamos, en la nariz y, ¡joder!, en el bulto... Conclusión, como diría Nora: está para hacerle de todo, ¡pero de todo, eh! Vamos, que el aturdimiento hormonal hace que no preste atención a nada en absoluto de lo que me está diciendo. Grrr.

La gorra y los tatuajes le proporcionan un aspecto de rebelde que no es para nada mi estilo, pero tiene un rollo... diferente, difícil de explicar. Creo que es lo que ha hecho que me fijara en él.

Me pone un poco... ¿nerviosa? No estoy acostumbrada a tener a este tipo de hombres tan altamente follables cerca de mí. Me quedo mirándolo atontada y siento curiosidad por saber si tendrá más tatuajes que no se ven...

Y digo yo... ¿No podría estarse callado un ratito para poder seguir contemplándolo de manera más detenida?

—Y, ¿a qué te dedicas? Porque creo haberte visto por aquí un par de veces —me pregunta.

Titubeo un poco mientras me fijo en los pendientes negros que lleva en las orejas.

—Ahora mismo estoy en el paro, así que seguro que vendré más por aquí —contesto escuetamente, mientras estudio al detalle los tatuajes que sí se ven.

En el brazo izquierdo tiene un haz de cinco flechas finas y diferentes entre sí, casi tan largas como su antebrazo, y por debajo de la manga de la camiseta asoma algo que parece ser un tribal azteca o algo por el estilo. El brazo derecho lo lleva todo tatuado *a full*, con unos cuantos mandalas de distintos tamaños, entre los que también destacan las imágenes de una cabeza de Buda, una flor de loto y el símbolo del Om dentro de uno de los mandalas más pequeños. Todos con tinta negra sobre su piel bronceada.

Me quedo con lo poco que me ha dicho mientras estudiaba sus tatuajes y me lo comía con los ojos disimuladamente bajo mis gafas de sol. Vive cerca de la playa y está estudiando un Máster en Administración de Empresas o algo así. No me he enterado muy bien, la verdad. Por eso lo he visto por aquí muy a menudo, porque fuera del Máster tiene mucho tiempo libre que aprovecha para hacer deporte por la playa. Un chico apetecible, lo mires... por donde lo mires... Excepto por los tatuajes, que no sé si tanta tinta me acaba de gustar.

Después de una conversación interesante y simpática, intercambiamos los teléfonos con intención de quedar a tomar algo un día de estos, y se va por donde ha venido, así de fácil y sencillo. ¡Quién me lo iba a decir a mí, que volvería a ligar algún día! Porque eso es ligar, ¿no?

Como es lógico, me quedo mirándolo hasta que lo pierdo de vista... Bufff, ¡madre del amor hermoso, qué culo tiene y qué calor que hace, así, de repente!

Me quito el jersey y me quedo en camiseta de manga corta tomando un poco el sol.

Regreso a casa más contenta que unas castañuelas. Me meto en la ducha y, al salir, veo un *whatsapp* en el móvil. Es de él: «Me alegro mucho de haberte conocido. Llevaba unas semanas deseando que llegara este momento. ¿Te apetece quedar mañana a eso de las siete para tomar café?» Por supuesto, quedo con él para mañana. Nos veremos en una cafetería que hay cerca de la playa.

Pero, ¿en serio se ha fijado en mí? ¿Y desde cuándo me gustan los tíos con ese aspecto? ¿Gorras, pendientes y tatuajes? No me pegan nada, pero tiene un no sé qué, que qué se yo, igual que me pasa con Adam Levine, el cantante de los Maroon 5, que no es para nada mi tipo de hombre, pero si me lo encontrara por la calle no le haría ascos a nada de lo que me propusiera.

# Tu cuerpo me llama

Para mi cita de hoy he elegido un vestido de lana ajustado en color gris, con unas medias negras tupidas y unos *pumps* grises, a juego con el vestido, que moldea mi silueta delineando las curvas justas que necesito lucir en esta ocasión, ni una más y ni una menos.

A las siete menos cinco, llego a la cafetería e Izan ya está esperándome, sentado en una mesa, en un rincón, junto a la cristalera. Va vestido con unos vaqueros pitillo oscuros, rotos por la rodilla, y un jersey rojo de cuello en uve que le queda de vicio, además de una gorra gris. Se levanta para saludarme y me invita a sentarme junto a él.

A los pocos minutos, empiezo a notar la calidez que me provoca su presencia. De forma involuntaria, me sorprende mordéndome el labio inferior estudiando a Izan minuciosamente, intentando averiguar qué fue lo que me atrajo de él. Todavía no sé si es el tipo de hombre con quien sería capaz de llegar a algo más, no lo conozco de nada y, tras la conversación con Nora y Alba sobre los pervertidos que andan sueltos, pues como para fiarme de primeras de nadie...

Puede ser el miedo a que vuelvan a hacerme daño o puede ser mi intuición femenina, pero, como buena acuaria, soy cotilla por naturaleza, así que primero me quedaré callada, observaré, analizaré la situación y preguntaré lo necesario para así obtener información y hacerme una idea de qué tipo de hombre es, de lo que me puede aportar, y de esos pequeños detalles que todas queremos saber, que les preguntamos y responden sin que ellos se den cuenta. De momento, por su apariencia, puedo decir que es un chico al que le gusta ir a la moda, pero con su propio estilo independiente. Lleva la barba más arreglada que ayer y unos zapatos *monkstrap*<sup>[6]</sup> rollo *vintage* en color ceniza muy originales.

Después de preguntarme sobre mi vida y milagros, se acerca más a mí y continúa la conversación. Siento sus ojos azules clavados en mi cuello (como diría Carla, si un tío no te mira a las tetas es porque es de fiar o porque es gay). También me he dado cuenta de que sus tatuajes son solo fachada, porque no hay ni rastro del chico revolucionario que diagnosticué en la playa. Es muy divertido y muy inteligente. Además de hacer deporte, también le gusta el cine, leer y la música *indie*.

Poco a poco, el ambiente entre nosotros se va caldeando. No sé por qué, pero me inquieta un poco y me remuevo incómoda en mi asiento.

No estoy acostumbrada a estas situaciones de ligoteo y me siento como un pez fuera del agua, pero yo no tengo escamas, soy de carne, y con semejante espécimen a mi lado, pues me pica el gusanillo de la curiosidad... ¡A ver quién le dice que no con lo bueno que está! Las cosas como son. Decido seguirle un poco el juego, o el tonto, o como se diga lo que está pasando entre nosotros. Llega a poner su mano sobre mi muslo y me estremezco al notar su calor subiendo por mi cuerpo. Se acerca y se dispone a darme un beso. Y, no sé por qué extraña razón, yo voy y le hago la cobra.

Analícemos la situación. El chico está de toma pan y moja, sí, correcto, peero por más ganas que tenga de hincarle el diente a ese cuerpazo, hoy no va a pasar nada más porque no entraba en mis planes. Así que mejor pararlo aquí antes de que esto se nos vaya de las

manos.

Sí, soy así de... prudente, o de calientabraguetas, o de idiota. Según si lo dice Claire, Nora o Alba. Pero, si no les importa, me gustaría seguir dirigiendo yo lo que pasa en mi vida durante algún tiempo más, y a este tipo solo lo conozco de vista.

A pesar de mi respuesta a sus intenciones, él no se lo toma a mal porque sigue con sus bromas y con la conversación que teníamos antes, aunque sí que decide dejar el ligoteo de lado. Al menos por ahora.

Me vuelvo a casa algo excitada (todo hay que reconocerlo). El morbo que me da es evidente y creo que, de no haberlo parado, podría haberme provocado un orgasmo solo con el roce de sus manos calientes acariciando mi pierna.

Nos lo hemos pasado muy bien, y por supuesto que me gustaría que pronto pudiésemos pasarlo mejor, pero estas cosas mejor no forzarlas porque ahora igual piensa que soy una estrecha y no quiere volver a saber nada de mí. Pensándolo bien, sinceramente me da igual lo que crea ahora mismo él de mí porque yo he hecho lo que he querido y ya está.

Me tumbo en la cama y, después de darle un par de vueltas más, decido que de momento será mi secreto. No voy a hablarle de él a nadie. ¿Por qué? Supongo que, por una parte, porque todavía no sé si es solo un amigo o llegará a algo más, aunque tampoco sé si quiero que sea mucho más. No sé, estoy hecha un lío. Tengo que seguir meditando. Ver cómo vienen las cosas para saber qué pasa con todo esto... Es todo tan, tan, tan nuevo para mí, que no sé bien cómo actuar... Además, tengo que andar con mucho cuidado porque me conozco y soy de las de fácil enamoramiento, y me niego a volver a caer en lo mismo. Esta vez tendré los ojos bien abiertos para no equivocarme.

De verdad que quien escuche mis pensamientos, creerá (y con razón) que soy una loca, dándole tantas vueltas a algo que puede ser solo un rollo de un par de días. O igual ya no vuelvo a saber de él... ¿Te imaginas? Y yo aquí dándole vueltas al tarro como una gilipollas... Si es que no tengo remedio...

Casi estoy quedándome dormida, cuando me llega un *whatsapp*. De Izan. Parece que no le ha molestado mi tontería y no se da por vencido: «No puedo dejar de pensar en ti. Me encantaría tenerte aquí ahora en mi cama...». Me sonrojo porque el *whatsapp* me ha vuelto a excitar solo de imaginármelo sin ropa, tumbado sobre su cama...

«A mí no me importaría estar ahí...».

Emmm... ¿Holi? ¿En serio le he puesto eso? Pero, ¿cómo se me va tanto la pinza? ¿Soy la misma Mía prudente que esta tarde no quería nada? En qué jardín me acabo de meter yo solita...

«¿Quieres venir? Puedo ir a por ti si me lo pides...».

«Ahora es tarde y ya estoy metida en la cama...».

Ale, venga, ¡sigue dándole juego! Pero no entres en más detalles, por lo que más quieras. No le digas el pijama que llevas puesto si no quieres bajarle al chico la libido de golpe.

«Puedo ir yo si quieres, a tu cama...».

¿Me lo estará diciendo en serio? Mira que si se está riendo de mí... que yo soy muy ingenua para estas cosas y me lo creo todo, todo, todo... ¿Y si quería ponérselo a otra y se ha equivocado de conversación?

«No, hoy no, en realidad estoy cansada».

Ufff, Mía, menos mal que has pensado rápido. Salvada...

«¿Mañana?».

Sonrío ante la idea tentadora, pero, Mía, si de verdad no quieres nada con él, sigue dándole largas hasta que se canse...

«Podría ser...».

Pero ¿qué estoy diciendo?

«Perfecto, te veo mañana... ¿a las ocho?».

«Vale. ¿Nos vemos a las ocho en la cafetería de hoy?».

Ale, haz lo que te dé la gana. La que decía que no quería nada y le ha faltado tiempo para decirle que sí. Bonita, a ver si te aclaras antes de quedar con él porque tienes que saber bien lo que esperas de todo esto para haberle dicho que sí tan pronto... ¿O no es pronto? No lo sé... yo nunca había estado tanto tiempo sin ligar, ¿vale? Me vendrían taaan bien ahora algunos consejos amorosos de Nora, aunque, conociéndola, diría algo así como: «¡Fóllatelo, devóralo y hazle de todo!».

Pues parece que ya está. Ya he quedado con él de nuevo. Ahora, a pensar en lo que quiero hacer cuando esté con él, porque cada día me sorprende más a mí misma... ¡Ah! y también a pensar en lo que me voy a poner... Pero si he dicho que ni siquiera es mi tipo... Creo que necesito a alguien que me entienda para que después me explique... El teléfono de la doctora Llanos sigue cerca de mí, pero no voy a recurrir a ella para estas cosas.

«Perfecto, allí nos vemos. Que descanses guapa. Y si sueñas conmigo, pórtate bien».

«Buenas noches. Hasta mañana».

Por favor, que sueñe con él, que sueñe con él, que sueñe con él...

\*\*\*

Me despierto en mi tercer día sin trabajo y, como de costumbre, sin acordarme de lo que he soñado. Tendré que buscar alguna técnica para acordarme de los sueños...

Mientras me tomo mi Cola-Cao con grumitos apoyada en la encimera de la cocina, intercambio algunos *whatsapps* con las chicas y otros algo más animados con Izan, mi secreto. Después del desayuno, de contestar a los *whatsapps* y de ponerme al día con las novedades en las redes sociales, me dispongo a actualizar mi currículum para empezar a buscar trabajo por si lo de escribir no cuaja. Es una tarea que aún no me corre prisa porque antes tengo que ir a arreglar los papeles del paro, así que me levanto del escritorio y me instalo en el sofá para dedicar el resto de la mañana a ver series en el portátil y a seguir intercambiando *whatsapps* con Izan.



Por la tarde, me preparo a conciencia para mi cita de esta noche. Elijo ropa interior negra y sexy porque nunca se sabe lo que puede pasar y hoy sí que no le diré que no a esos labios. Unos vaqueros y un jersey gris que combino con unos *stiletto*s color mostaza.

Cuando llego a la cafetería ya está Izan, pero esta vez me espera fuera, bajo su gorra gris que no sé por qué, aparte de hacerle parecer más misterioso, siento que le da más morbo a la situación. Me propone ir a tomar algo a su casa. (Así, clara y llanamente. Directo al grano. Sin paños calientes. Sin rodeos. Las cosas claras y el Cola-Cao espeso. Bueno, esto último igual no tiene mucho que ver aquí, pero no importa). Vamos, que accedo a ir porque me muero de ganas por estar con él a solas, para qué nos vamos a engañar.

Vive en un apartamento con unas vistas al mar increíbles. Bien, punto positivo, salvo que es muy pequeño (o acogedor, según se mire) y el desorden reina por toodos lados... Aparto un montón de ropa y de CDs de música de grupos desconocidos para mí hasta ahora (excepto uno de Pereza), con la intención de hacer hueco y poder sentarme en el sofá, mientras él sirve dos cócteles que no sé muy bien qué llevan pero que están muy dulces.

Pone música y empiezan a sonar los primeros acordes de *Je t'aime... moi non plus*, de Birkin y Gainsbourg (por si quedaba alguna duda de que sus intenciones siguen siendo las mismas que ayer, aunque me esperaba que pusiera otro tipo de música más de su estilo y dejara esto para más adelante). Se sienta en la otra parte del pequeño sofá. Hablamos largo y tendido mientras degustamos los cócteles. Me hace sentir cómoda y relajada. Es tan interesante hablar con él que el tiempo vuela sin darme cuenta.

Nuevamente, el ambiente se vuelve a ir calentando entre nosotros. Comienza a hacerse evidente la tensión sexual no resuelta y la música también contribuye a ello. Cada vez que nuestras miradas se cruzan, se produce un breve silencio intrigante hasta que uno de los dos la aparta. Con este juego tonto de miraditas y sonrisas, no me doy cuenta del instante exacto en que él se ha acercado a mí y ha empezado a besarme el cuello, haciéndome perder el norte de inmediato. Me quita la copa de la mano y la deja sobre una pila de revistas que hay junto al sofá. Su mano, fría por culpa del hielo de la copa, se cuela tímida por debajo de mi jersey y comienza a acariciar mi espalda de manera lenta mientras me besa cálidamente. Su lengua es suave y sus labios muy jugosos. Esta vez, los recibo encantada. Recorro cada rincón de su boca con mi lengua y saboreo su dulce sabor. La piel se me eriza al instante, por el frío, y por la excitación que empieza a provocarme. Ahora mismo mis pezones podrían servir de perchero...

Se levanta y me invita a seguirle hasta el pequeño dormitorio. Aparta más ropa que hay encima de la cama para poder tumbarnos. Tanto desorden, al final, me va a bajar la libido; menos mal que retoma los besos que me estaba dando y hace que me olvide hasta de mi nombre.

Mientras me besa, se frota ambas manos para calentarlas antes de volver a tocarme. Sin dejar de besarme, empieza a bajar las manos sutilmente, me desabrocha el vaquero y me ayuda a deshacerme de él. Resopla al ver mis piernas desnudas, y a mí me enciende el simple hecho de sentir su mirada lujuriosa fijándose en mí. Vuelve a tumbarse a mi lado, ahora dirige sus manos a mis caderas y las agarra fuerte mientras nos besamos con pasión.

Suavemente, va subiendo las manos, recorriendo mi espalda con sus ágiles dedos hasta quitarme el jersey y dejarme en ropa interior.

Es su turno, se levanta, se quita los vaqueros y la camiseta y se vuelve a tumbar junto a mí. Ahora nos encontramos los dos en ropa interior y ya veo el tribal del hombro al completo, además de otros tatuajes que adornan su pecho... Ahora, con la suave luz de la habitación, me parecen menos horripilantes de lo que yo pensaba.

Seguimos comiéndonos a besos y explorando nuestros cuerpos con las manos. Ágilmente, se deshace de mi sujetador, me tumba boca arriba y se coloca sobre mí aguantando el peso de su cuerpo con sus brazos. Abandona mis labios y cruza mi cuello con su lengua húmeda y caliente. Sigue bajando para besar mis pechos mientras yo ahogo un jadeo contra la almohada cuando succiona uno de mis pezones. Continúa paseando libertino por mi vientre, acariciándome la piel con la punta de su nariz y con el roce de sus labios, haciendo que me agite hasta que llega a mis braguitas de encaje, que están a punto de incendiarse. Hunde la nariz encima de ellas para respirar mi olor, y entonces siento que me humedezco más de lo que ya estaba. Usando solo una mano, empieza a despojarme de mis braguitas. Mi deseo por él se hace creciente y, mientras me las quita, vuelvo a jadear, revolviéndome bajo su cuerpo.

Ahora, desnuda sobre su cama, se sitúa entre mis piernas y comienza a besarme el interior de los muslos haciendo que todo mi cuerpo se contraiga. Continúa besándome y, con un ágil movimiento, pasa a mis labios y luego a mi sexo, donde se entretiene concienzudamente hasta llevarme a un orgasmo devastador que arrasa con todo.

Me muero de ganas por tenerlo dentro de mí. Se levanta y su erección se hace presente al bajarse los bóxer. El bulto no ha defraudado esta vez. Se arrodilla frente a mí, se inclina para besarme en la boca delicadamente mientras se acopla a mi cuerpo y comienza a penetrarme. Rodeo su cintura con mis piernas y nos fundimos en un solo cuerpo. Sus sacudidas provocan que mi cuerpo se excite a niveles que hacía tiempo que no sentía y, sin darme cuenta, clavo mis uñas en su espalda.

Después de unos minutos de fuertes arremetidas, de intensas idas y venidas, llegamos al clímax y nos desplomamos exhaustos en la cama con la respiración agitada y nuestros cuerpos perlados por el sudor.

Cuando recuperamos el aliento, se levanta para darse una ducha, y yo lo sigo para acompañarlo bajo el agua, donde volvemos a saborear nuestros labios húmedos y a explorar nuestros cuerpos. Decidimos acabar la ducha para regresar a la cama a seguir con lo que hemos empezado.

De vuelta a la cama, se tumba, y ahora soy yo la que me coloco sobre él y empiezo el juego de nuevo, besándole en el cuello para seguir bajando, recorriendo a besos cada uno de los tatuajes que adornan su pecho y su vientre...

Cuando acabamos, él está agotado y yo caigo rendida a su lado. Así que, sin poder remediarlo, esa noche me duermo en su cama, abrazada a él.

\*\*\*

Cuando me despierto, la luz del sol ya entra por el ventanal de la terraza. Izan está en

el salón viendo la televisión y lleva puesto un pijama del Capitán América que me provoca una risa tonta cuando lo veo. Este chico es una caja de sorpresas.

—Buenos días, estaba esperando a que te despertaras para desayunar juntos. —Se levanta para besarme mientras vamos andando torpemente hacia la cocina sin separar nuestros labios—. ¿Has dormido bien?

—Sí, sí, hacía mucho que no dormía tan bien —le digo, divertida—. Además, veo que he dormido con el Capitán América, y yo sin saberlo hasta ahora.

Me apoyo en la barra de la cocina mientras él saca dos tazas de Lego para servir el desayuno (este nivel de *frikismo* sí que no me lo esperaba de él).

Cuando acabamos, me visto y me voy a casa, porque llevo la misma ropa que anoche y debo cambiarme antes de ir a comer a casa de mis padres. Además, ese pijama que lleva puesto me ha quitado todas las ganas de un polvo mañanero.

Esta semana no sé si podré quedar con él algún día. porque él tiene que estudiar, ya que empieza con los exámenes finales del Máster en tres días y, de todas formas, esta semana será mi cumpleaños, así que tampoco iba a tener mucho tiempo para él. Lo celebraré con mis amigas y mi familia, los cuales no saben nada de lo que ha pasado en mi vida en los últimos tres días.

# Happy Birthday to me

*I'll Be There for You*, de The Rembrandts

«*I'll be there for you... When the rain starts to pour... Like I've been there before... Cause you're there for me too*».

*(Yo estaré ahí para ti. Cuando empiece a llover... Como ya he estado antes... Porque tú estás ahí para mí también)*

Hoy es mi cumpleaños, miércoles. Me siento ligera como una pluma y feliz como una lombriz. Qué bien me sientan los veintiocho... Además, hay otros motivos por los que estoy así de contenta.

Izan ha estado en contacto conmigo estos días, pero sigue siendo *top-secret*. Algunos de sus *whatsapps* eran rutinarios, para contarme cómo le van los exámenes, y otros más divertidos, para distraerse un poco recordando el sábado por la noche y planeando lo que haremos la próxima vez que nos veamos. Involuntariamente, contraigo los muslos cuando pienso en él.

Con esto de cumplir años, me he propuesto escribir un libro. No sé si tendrá futuro, pero me hace mucha ilusión. Aprovechando el tiempo libre que tengo ahora, voy a darle rienda suelta a mi imaginación y voy a empezar a escribir algo que pueda convertirse en relato o historia o algo similar. Estoy cansada de escribir solo para mí, quiero divertir y emocionar a alguien pero no con una carta, quiero algo más grande, quiero disfrutar de esto e intentar aprender todo lo que pueda al respecto. Así que intentar escribir un libro es mi nuevo propósito para este año. Mañana empiezo. De verdad, ya lo dije cuando terminé de trabajar, pero ahora va en serio.

Hoy todo el mundo trabaja, excepto yo, que estoy en el paro, y Nora, que está de vacaciones porque dentro de unos días también será su cumpleaños y siempre se las guarda para estas fechas. Se niega en redondo a desperdiciar su día encerrada entre las cuatro paredes de su oficina viendo la cara de mustio de su jefe.

Yo siempre le dije que tendría que haberse hecho sexóloga, porque es con lo que disfruta de verdad. Nora siempre va dando consejos amorios a cualquiera, aunque no se los pidan, pero no, ella estudió periodismo porque pensó que ahí ligaría un montón. Y sí, la verdad es que sus expectativas se cumplieron, aunque creo que hubiese dado igual la carrera que hubiese escogido porque ninguna le gustaba y se lo hubiera pasado igualmente bien conociendo a chicos de todas las facultades.

Al acabar la carrera empezó a trabajar para una revista dedicada al ocio de la ciudad y donde se lo pasaba muy bien al principio, pero con lo que no contaba era con que su jefe fuera un incompetente con el que al cabo de poco tiempo acabaría por llevarse a muerte, ya que no compartían el mismo punto de vista para ninguno de los temas que trataban. Así llevan cinco años, aguantándose mutuamente, discutiendo e ignorándose a partes iguales. Además de que tiene el sueldo congelado desde el día uno que empezó a trabajar allí. Pero

eso no le quitaba las ganas de pegarse buenas juergas cuando llegaba el fin de semana. Hasta que conoció a Manu, dejó sus escarceos de lado y se enamoró de él hasta las trancas sin darse cuenta, aunque a ella todavía le cuesta reconocer abiertamente que está enamorada.

Desde que cumplimos seis años y hasta ahora, siempre hemos celebrado juntas nuestros cumpleaños. Recuerdo que, cuando yo iba a celebrar la fiesta de mi sexto cumpleaños, Nora me dijo con los ojos llorosos que no podía ir porque su madre no le dejaba. Yo me empeñé en hablar con esa mujer que olía a destilería y que me miraba muy mal, y la convencí de que, si Nora venía, celebraríamos también su cumpleaños. No me importaba compartir la tarta con ella y poder soplar las velas juntas porque era mi mejor amiga y, si ella no estaba, mi cumpleaños no sería igual. Así que la mujer, con tal de quitarse a la amiga repipi de su hija de encima, accedió, y desde ese día nos empeñamos en celebrarlo siempre juntas.

Hoy no se ha olvidado de mi día y ha venido a primera hora de la mañana dispuesta a pasar todo el día conmigo. Siempre va perfecta, y siempre viste con algo negro, esta vez un vestido negro camisero por debajo de las rodillas que combina con sus inconfundibles labios rojos y unos zapatos *Mari-Jane* [\[7\]](#) rojos también. Viene dispuesta a pasárselo bien. Ha traído cruasanes calentitos para mí y napolitanas de chocolate para ella, que deja en la mesa del salón. Yo sirvo su café y mi Cola-Cao en la mesa y nos ponemos a desayunar como si lleváramos semanas sin probar bocado.

—En cuanto acabes, te preparas, que hoy nos espera un gran día —dice con la boca llena. Yo la miro con cara de marciana—. Tengo un plan perfecto para hoy. Celebraremos mis vacaciones, tu despido, tu cumple y mi precumple —sentencia, acabándose la napolitana y chupándose los dedos.

Cuando acabamos el desayuno, intento decidir mi atuendo para hoy. Es un día especial y, conociendo a Nora, seguro que tiene pensado un plan pijotero, así que me declino por una falda de tubo color carmesí con un body negro y unos *peep toes* negros.

—Pero, nena, ¡qué bien te sienta cumplir años! Como sigas envejeciendo así de bien, me voy a replantear seriamente lo de hacerme lesbiana —dice Nora, aplaudiendo desde el sillón cuando me ve aparecer con mi look de *femme fatale*.

—Y qué manía te ha dado conmigo últimamente, ¡que a mí me van los hombres! Aunque ahora mismo no tenga uno para poder demostrártelo —miento como una bellaca.

—Ya lo sé, chocho. Es broma, estoy yo como para cambiarme de acera, con lo perraca que me pone a mí el aroma a macho. Que a veces voy por la calle y pasa alguno que... ¡ay, si estuviera soltera!, solo me falta aullarles. Pero no le digas nada a Manu de esto, eh, que se me pone celosón.

—No, no, tranquila. Pero, vamos, que no te veo yo como lesbiana, y a mí tampoco.

—¡Vamooooos! Ya tendría que traumatizarme mucho mi Manuel para que me dejaran de gustar a mí los tíos. Y créeme que esa verga me hace de todo menos traumatizarme...

—¡Ay, Nora, no me des esos detalles, joder! Que conozco a Manu y quiero seguir mirándolo a la cara.

—Joder, ¿qué pasa? Me gusta presumir de novio.

—No, cariño, no estás presumiendo de novio, estás presumiendo de la manguera de tu novio.

—Bueno, perdona, no sabía que te fueras a escandalizar de esta manera —dice sonriendo, a la vez que se pasa la lengua por los dientes para quitarse los restos de hojaldre que hayan podido quedarle pegados—. Y ahora vámonos, antes de que me ponga cachonda de pensar tanto en Manu y tenga que ir en su búsqueda para un ‘aquí te pillo, aquí te mato’.

Nos montamos en su coche, se retoca el rojo de sus labios frente al espejo retrovisor y arranca. Le doy volumen al perreo de la radio para poder bailar y cantar como dos mendrugos desatadas mientras vamos de camino a un destino aún desconocido para mí.

Cuando estamos en la autovía me desvela el plan que ha urdido para hoy. Visitaremos un pueblo costero por el que nos encanta pasear y visitar sus tiendas.

Nos damos algún capricho en una de sus pastelerías, cuyo olor dulce a estas horas se mezcla con el salado de la brisa del mar; y nos hacemos la manicura y una limpieza de cutis en un salón de belleza del que salimos divinas.

A la hora de comer, ha reservado mesa en uno de los restaurantes japoneses que hay a las afueras, con vistas al pequeño acantilado con el pueblo al fondo. No me esperaba que lo tuviese todo tan planificado. Al acabar de comer, nos tomamos unos *gintonic*s para ayudar a hacer la digestión y, por la tarde, volvemos a casa. Pero ahí no acababa su plan. Alba y Claire, que ya está avanzando con la rehabilitación, nos esperan en una cafetería para tomar café, té y pasteles. ¡Viva la dieta de la alegría, con pasteles y risas todo el día, y la mejor compañía!

Acabamos el día con unos *sex on the beach* en un pub donde hay una máquina de karaoke que funciona con un par de euros. No he podido dejar de reírme con ellas. He de reconocer que tengo las mejores amigas del mundo mundial, y que Nora se lo ha currado.

El sábado nos volveremos a ver, porque vamos a cenar todas juntas a nuestro restaurante japonés preferido (somos sushi-adictas, sí, lo admito) y luego espero que salgamos de fiesta.

Al llegar a casa, rendida, me quito los zapatos y me tumbo en el sofá. Cuando me hago el ánimo, y haciendo un esfuerzo sobrehumano, me levanto y entro en el baño para lavarme los dientes.

El último mensaje de felicitación me llega ahora, mientras me pongo mi adorado pijama de lunares. Es un *whatsapp* de Izan, que quiere venir a felicitarme en persona. Hoy todavía no había hablado con él.

A pesar de que tengo muchas ganas de verlo, de besarlo, de sentirlo y de tó, estoy cansada después de un día intenso con Nora y con las chicas. Le contesto al *whatsapp*: «Muchas gracias por la felicitación, pero estoy agotada. Las locas de mis amigas me habían preparado un día muy enérgico, y ahora necesito dormir porque me pesan hasta la pestañas».

«Ok, como quieras, preciosa, te veo el fin de semana si quieres».

«Ups, no puedo, el sábado ya he quedado con unos amigos para celebrar mi cumpleaños y el domingo tengo comida familiar. La semana que viene si quieres soy toda tuya».

«Mmm... De acuerdo, me aguantaré las ganas de ti hasta la semana que viene. Pásalo bien, princesa».

¡Puag!, ¿en serio ha dicho eso? Odio lo de que me llamen princesa, y no es la primera vez que lo hace, pero, bueno, a él se lo perdono todo ahora mismo.

# Que empiece la fiesta

*Get this party started*, de Pink

«*Get this party started on a Saturday night everybody's waiting for me to arrive... I'm coming up so you better you better get this party started pumping up the volume*».

*(Comienza la fiesta un sábado noche, todo el mundo está esperando mi llegada... Estoy llegando, así que mejor que empiece la fiesta subiendo el volumen)*

Para hoy, sábado, he elegido un modelito que espero que haga girar el cuello a más de uno, ya que últimamente estoy con el guapo subido. Llevo un vestido negro con escote profundo en la espalda, que acompaño con unos zapatos *D'Orshay*[\[8\]](#) azul *Klein* y un *clutch* plateado.

A cenar al restaurante hemos ido solo las chicas, incluida mi hasta hace poco compañera de trabajo y ahora amiga, Bea. Nos bebemos, fácil, unas cuantas botellas de vino. En una de las terracitas que hay al lado del restaurante, nos tomamos los primeros cócteles. Cuando acabamos, ya estamos contentas para toda la noche. Y no me extraña, con todo lo que hemos bebido durante la cena. Claire se despide de nosotras porque la verdad es que no tiene la pierna para mucho baile todavía y aún tiene que ayudarse de las muletas para poder andar. A por nosotras han venido Martín y Manu para irnos a una discoteca donde están el resto de amigos de Nora.

Me encanta ver que haya venido tanta gente, la verdad es que, al ser cumpleaños doble, nadie se escapa. Estoy en la barra esperando mi copa cuando veo que ha venido Lucas, un amigo fotógrafo de Nora que coincidió con ella en la universidad. Alguna vez se vino con nosotras a alguna fiesta universitaria de esas a las que yo solía ir con Sergio, así que nunca llegué a tener mucho trato con él, pero siempre me pareció un chico simpático y guapete.

No sé si es por culpa del alcohol, o por la luz tenue del local, o por el tiempo que llevaba sin verlo, pero me parece que está mucho más guapo de lo que lo recordaba, y me cuesta quitarle el ojo de encima.

¡Oh, mierda, me ha pillado de pleno mirándolo y se está acercando! Busco con la mirada a mis amigas, pero las muy zorrilocas están en la pista de baile, así que no tengo escapatoria...

—Hola, Mía, ¿qué tal todo? —me habla cerca del oído porque la música está muy alta. Siento su aliento en mi cuello e involuntariamente se me eriza la piel, aunque él no llega a percatarse dada la oscuridad del local.

—Esto... muy bien... aquí... celebrando mi cumpleaños y esperando a ver si me sirven mi copa —digo, haciéndome la tonta. ¡Joder! Qué guapo está, ¿no? ¡Y qué bien huele!

—Es verdad, me lo comentó Nora cuando me invitó, también es tu cumpleaños. Perdona, no me acordaba, felicidades —dice, mientras se vuelve a acercar para darme dos



besos—. He de decirte que te sienta muy bien cumplir años —susurra, y yo vuelvo a erizarme en general.

—Gracias, eso dicen —digo pestañeando, y me giro a por mi copa—. Me voy a bailar con las chicas, hasta luego.

Me encamino hacia la pista con un golpe de melena y muy digna sobre mis tacones. Me uno a las chicas y me pongo a bailar *Moves like Jagger*, de Maroon 5, como si el mundo acabara mañana y este fuera mi último baile. Últimamente estoy que me salgo.

Al cabo de un rato, cuando me empiezan a doler los pies, le hago una seña a Nora, que me está mirando, y le indico que voy a sentarme un rato. Me dirijo hacia una zona en la que hay taburetes y, a medio camino, aparece Lucas frente a mí. A causa de la melopea, ando un poco patosa, así que, para disimular, me cojo de su brazo como si fuera mi colega de toda la vida y le pido que me ayude a cruzar el local para alcanzar los taburetes del rincón. Al llegar, me siento y me quito los zapatos mientras resoplo de alivio, y él se ríe de mí cuando masajeo los deditos de mis *pinreles*.

Hasta ahora nunca me había fijado en él y, según Nora, debería de fijarme en el bulto, pero es que, en verdad, sobre todo si es hombre, en lo que yo me fijo es en los zapatos y en el reloj. En mi opinión, o según mi teoría, dan una idea muy certera del tipo de vida que lleva y de la clase de persona que es. Algo así como «dime qué zapatos llevas y te diré quién eres». Y Lucas, ahora que me fijo, lleva unos tipo *derby*<sup>[9]</sup> color chocolate muy bonitos y muy limpitos, y un reloj de correa marrón con esfera plateada. Le doy un notable tan alto como él. Además de que su olor me encanta.

—Estoy bastante cansada, yo creo que voy a irme antes de que me quede dormida mientras estoy sentada en este cochambroso taburete —digo, poniéndome los zapatos torpemente tras varios intentos fallidos, y haciendo un cruce de piernas a lo *Instinto Básico*, pero en el que creo que no se me ha visto nada.

—Yo también me voy a ir ya. Si quieres, te llevo a tu casa, no creo que estés en condiciones de conducir —dice él.

Ahora lo he pillado yo mirándome a las piernas, y le sonrío antes de contestarle.

—Bueno, la verdad es que no tenía pensado conducir hoy. Me iba a coger un taxi, pero creo que voy a aceptar tu oferta. —Me bajo del taburete intentando de nuevo que no se me vea nada—. Voy a despedirme de las chicas. —Y me alejo de él, todo lo digna que mi estado de embriaguez me permite, disimulando el dolor de pies y contoneando las caderas, me temo que exageradamente, cual Beyoncé.

—Hablamos mañana cuando te despiertes —le grito a Nora mientras hago el gesto de hablar por teléfono, y le lanzo un beso a todos antes de marcharme por donde he venido, de nuevo con mi meneo de cadera, al que ahora le he sumado el movimiento de pelo como una auténtica diva.

Ahora mismo, a farandulera no me gana nadie. Lucas se ríe de mí cuando llego junto a él.

—Me gusta hacer reír a los chicos guapos —le digo, guiñándole un ojo cuando paso por su lado para salir de la discoteca.

Mía, contrólate y deja de decir tonterías.

Cuando me subo en el asiento del copiloto, abro los ojos como platos. Debo de parecer un dibujo animado de esos a los que se les salen los ojos de las órbitas. Me ha faltado sacar la lengua y babear. Lucas está mucho más bueno de lo que parecía dentro del local, así que me quedo otra vez empanada mirándolo con cara de incredulidad, mientras intento comportarme lo más seria posible para no parecer más loca de lo que ya soy. Pestañeo. No quiero que piense mal de mí, pero es que se hace guapo por momentos, o algo por el estilo.

—Tú me dices por dónde voy, porque yo no sé dónde vives —dice, mientras arranca el coche y se incorpora a la avenida principal.

—Claro, claro, yo te voy diciendo. —Sigo sin desviar la mirada de él. El síndrome de Stendhal se acaba de apoderar de mí, elevando mi ritmo cardíaco y provocándome palpitaciones en ciertas zonas de mi cuerpo. ¿Qué colonia usará?

Algo en mi cabeza me dice que deje de mirarlo y que atienda a la carretera o, por lo menos, a las indicaciones que voy dándole, pero las vistas son tan bonitas... que no puedo evitarlo, y además el que conduce es él.

—Mía... no es por nada..., pero por aquí ya hemos pasado antes...

—Ah... ¿sí?

Aparto la mirada de él y compruebo que no sé dónde estamos.

—Mierda, joder... Digo, perdona, mi sentido de la orientación, esto... no está muy desarrollado... creo... creo que me he perdido —digo yo, sonrojada por partida doble. Una, porque me pierdo hasta en mi propia casa, y dos, porque me ha cazado mirándolo y no he sido muy oportuna a la hora de dirigir la mirada hacia otro lado. (Sí, la he desviado justo hacia esa parte de su anatomía masculina en la que probablemente estés pensando).

—¿En serio? ¿Te has perdido para ir a tu casa? —pregunta entre carcajadas, parando el coche en el arcén.

—Ay, si yo te contara dónde me pierdo últimamente... —He conseguido levantar la cabeza de manera digna, mirarlo directamente a esos ojazos color caramelo que me pierden, pestañear repetidas veces mientras me muerdo los labios para que no se me escape una carcajada, y he de suponer que estoy más roja que un tomate porque noto cómo mis mejillas arden.

—Venga, dime tu dirección y la pondré en el GPS, quiero llegar a casa vivo esta noche —dice, dándome una leve palmadita en la pierna que hace que me estremezca y que mi yo interior ronronee de gusto.

A los veinte minutos, estamos frente a mi casa. Lucas para el coche en doble fila y baja con la intención de abrirme la puerta, aunque yo, no acostumbrada a estas caballerosidades de siglos pasados, he sido más rápida y ya estoy fuera del coche cuando él acaba de rodearlo.

—Gracias por todo —digo yo, todavía un poco avergonzada, por todo en general. Porque él me cohibe y por su fascinante olor... y por el ridículo que he podido hacer en su

presencia.

Creo que empiezo a ser consciente de la imagen tan absurda que he podido darle y me gustaría correr para desaparecer de su vista ahora mismo y hacer como si no hubiera pasado nada. Pero, bien pensado, puede que quede como una loca si salgo en estampida ahora mismo.

—Tranquila, no tienes que darme las gracias. Me alegro de que hayas llegado viva. Nos vemos pronto. —Se acerca para besarme en la mejilla, que debe de estar ardiendo al rojo vivo porque la noto muy sensible con el roce de su barba perfecta—. Me alegro mucho de haberte visto hoy —me susurra muy cerca del oído, y consigue que se me vuelva a erizar la piel.

Al apartarse, me dedica su mejor sonrisa Profident.

—Lo mismo digo. —Y aguanto la sonrisa más de lo que suele ser normal en cualquier otra persona que no sea yo. Parezco idiota, y lo peor es que no me acabo de dar cuenta ahora mismo, sino que ya lo sabía.

Me giro sobre mis tacones a cámara lenta para evitar hacer más el ridículo aún, con la gran sonrisa puesta en mi cara de pan, y me dirijo, a paso de legionario, hacia la portería, donde ralentizo mis pasos, me giro y lo saludo con la mano (a cámara lenta, como si estuviera limpiando cristales) antes de entrar.

Subo las escaleras corriendo para intentar llegar lo antes posible a mi casa, donde poder esconderme y que nadie pueda encontrarme en una buena temporada, o hasta que deje de ser tan pava.

Caigo en la cama rendida. Hago un esfuerzo por quitarme la ropa y me meto en la cama antes de quedarme dormida, sumida en un sueño profundo... húmedo y memorable...

No sé cómo hemos llegado hasta ese punto, pero estamos Lucas y yo en mi salón, hay un par de velas encendidas y unas copas de vino vacías sobre la mesa. Yo estoy tumbada en el sofá con una sábana que cubre mi cuerpo desnudo. Por mi respiración agitada, diría que bien podría a oler a sexo en el ambiente y, mientras, Lucas se pasea por mi salón como su madre lo trajo al mundo. De repente, se arrodilla frente a mí, con una sonrisa pícaro, hunde su cabeza entre mis muslos y comienza a darme placer con su lengua. Yo cierro los ojos y noto que sus dedos se han unido a su lengua para jugar con mi sexo, y me dejo llevar. Cuando estoy a punto de alcanzar el clímax, noto cómo se tumba sobre mí y comienza a penetrarme fuertemente. De repente, abro los ojos, y ya no estamos en mi salón, sino que estamos en una playa desierta mientras la luz de la luna baña nuestros cuerpos sudorosos...

Cuando despierto del sueño, tengo la cabeza puesta en los pies de la cama, la almohada está en el suelo, las sábanas y mi cuerpo están completamente empapados y mi respiración va más acelerada de lo normal. No tardo en acordarme del sueño y tras remolonear unos segundos, llevo mis dedos hacia mi entrepierna para revivir las sensaciones soñadas, mientras pienso en su olor.

# En la vida todos tenemos un secreto inconfesable... o varios...

Los días pasan y mi historia secreta con Izan sigue latente. Hemos compartido algunos momentos de copas, risas y partidas de billar en antros casi clandestinos, y también hemos comido, cenado y bailado en locales de moda, muy del estilo alternativo de Izan, que me han encantado.

Ha empezado a llamarme princesa más a menudo, y eso es algo que no soporto, aunque no le he querido dar demasiada importancia y no le he dicho nada. Ha habido días en los que me he despertado en su casa sobresaltada con el sonido de su voz destrozando alguna canción hasta hace poco desconocida para mí; me gusta recorrer sus tatuajes con mis dedos y aprovechar cualquier momento para empezar una guerra de cosquillas.

Pero lo más *heavy* fue una noche en que nos tomamos un par de copas por el centro, de camino a su casa. Sentí que me miraba de una manera distinta, y puede que fuera el brillo de sus ojos ebrios lo que me llevó a decirle un *me encantas* que bien me podía haber sido convalidado por un *te quiero* tras el apasionado beso que le planté en labios después de decírselo. Menos mal que él iba peor que yo y no hizo ningún comentario al respecto.

En especial me gusta ir con él a El Garaje Bar, que tiene unas hamburguesas increíbles y del que no me voy nunca sin comer un *coulant* de chocolate. Gracias a Izan y a los sitios a los que me lleva, estoy descubriendo algunas cancioncillas molonas de este género *indie* hasta hace poco desconocido, y he empezado a escucharlas cuando estoy a solas en casa.

En una de las paredes de este local, se puede leer una estrofa de la canción *Que puedo hacer*, de Los Planetas. La primera vez que entré y la leí, me quedé pensando en que, de alguna extraña manera, me recordaba a mi pasado: «*Qué puedo hacer si después de tanto tiempo no te dejo de querer*». No sé bien si aún sentiría algo por Sergio si lo viera ahora mismo, y creo que me da miedo encontrármelo mientras estoy con Izan porque no sé cómo reaccionaríamos, ni él ni yo. Después de todo, solo han pasado poco más de tres meses desde que lo dejamos y, a pesar de la desilusión que me llevé, supongo que de alguna manera recordaría el cariño que le tenía. Aunque, por otra parte..., he de reconocer que mis pensamientos están más centrados estas últimas semanas en Izan y..., joder, también en Lucas, en su olor, y en ese sueño... Por favor, pero ¿qué me pasa? He pasado de no tener ojos más que para Sergio a que me gusten todos los hombres que pasan por mi lado últimamente... Mira que dije que nada de enamoramientos fáciles... pero parece que siempre vuelvo a lo mismo y, a pesar de que Izan no sea mi *lover* reconocido, me lo paso muy bien con él y hace que me olvide del resto del mundo mientras estamos juntos. Pero, pese a todo, siento que no es capaz de llenar todos mis huecos.

El hecho de que él siempre lleve gorra, acrecienta más el sentimiento de estar haciendo algo prohibido. Que conste que me parece una falta de educación llevar gorra en espacios cerrados, pero, en su caso, me hace sentir más cómoda porque, de alguna manera, nadie podrá reconocer a mi acompañante tan fácilmente.

Por otra parte, por eso que me dijo Alba de que los ligues no se suben a casa, los

acercamientos sexuales siempre tienen lugar en su apartamento, que he de decir que cada vez parece más ordenado, comparado con la primera vez que fui, que parecía una leonera.

Me gusta tanto compartir el tiempo con él que, en una ocasión, me inventé la excusa de quedarme encerrada en casa el fin de semana entero para poder escribir y que así no me molestara nadie, pero en realidad me lo pasé encerrada con él, en su apartamento y haciendo de todo menos escribir.

Además de salir de bares y estar explorando nuestros cuerpos, descubrí que era un gran experto en *gintonic* y me enseñó a preparar algunos. Me encanta acompañar los que yo me preparo con unas fresas y una ramita de canela para aromatizar. Ahora lo compagino mucho más con los *sex on the beach* en mis salidas con mis amigas, o cuando comparto con Carla ‘momentos de hermanas’ con risas y bailes incluidos. Estoy segura de que ninguna de ellas sospecha nada en absoluto de la vida paralela que estoy llevando.

A cambio de las lecciones de *gintonic*, yo le impartí a Izan algunas clases particulares de baile, pero tuvimos que abortar la misión porque tiene dos pies izquierdos y acababa por desesperarme. Y eso que la música es fácil de seguir si tienes buen oído, como él parecía tener, pero no hay manera. Prefiero dedicar ese tiempo a otras cosas que se nos dan mejor y que tienen otro ritmo.

En su apartamento, también hemos visto algunas películas en versión original y, a pesar de que mi inglés sea bueno, la mayoría de las veces pierdo el hilo de la historia y él tiene que ir explicándome la trama constantemente. Algo que es normal en mí porque también me pierdo en las series y películas en español (y hasta para ir a mi propia casa). Y ya ni lo intento cuando me pone alguna película de cine independiente, porque ahí sí que no pillo ni una, ni siquiera cuando él me las explica.

*Sueños lentos y aviones veloces*, de Izal

«Lleno los pulmones con el aire que tomo prestado de mis días, de tus risas y tus noches y siempre aterrizamos en la misma pista de baile».

\*\*\*

Con la tontería, ha pasado un mes más o menos desde que empecé mi historia con Izan.

Hemos quedado este martes por la tarde para tomarnos algo, jugar al billar y luego iremos a su casa a cenar y esas cosas.

Elijo un vestido de canalé negro ajustado con unas botas marrones. A la hora acordada, voy al bar donde hemos quedado y donde él ya está esperando. Siempre tan puntual y siempre ataviado con su inseparable gorra, que ya empiezo a preguntarme si la lavará a menudo o si es de esos que le tiene tanto cariño a la prenda que no la lava por si deja de traerle suerte o por si le encoge.

Hablamos sobre todo lo que hemos hecho esta semana y parece que me ha echado mucho de menos porque enseguida se lanza a besarme y a meterme mano. Lo tengo que

parar para no montar un espectáculo gratuito en el bar.

Nos tomamos unas cervezas y pierdo un par de partidas al billar, como de costumbre. Al acabar nos vamos a su casa para preparar la cena. Mientras se hornea la pizza, nos tomamos unas copas de lambrusco y nos devoramos a besos sentados en la alfombra de su salón con las espaldas apoyadas en el sofá. Una luz tenue que proviene de una lamparilla y la música con volumen bajo acaban de dar al pequeño salón todo el encanto que necesitamos en estos momentos.

Nos comemos la pizza sentados en el suelo, mientras suena *Luciérnagas y mariposas*, de Lori Meyers, seguida de otras canciones que Izan tiene guardadas en su móvil, conectado ahora a un altavoz, y que cada vez me gustan más.

Al acabar la cena, no podemos aguantar las ganas y no esperamos a llegar a la cama. Con un movimiento rápido, me sienta a horcajadas sobre él, me sube el vestido y me ayuda a quitármelo. Se desnuda mientras yo me quito mi ropa interior de manera torpe, aún sobre la alfombra. Nos comemos a besos y lo hacemos salvajemente, como si el tiempo se nos escapara más rápido de lo normal. Entre besos, jadeos y fuertes embestidas, nos dejamos llevar, quedándonos sin aliento y extenuados con tanta actividad física.

Cuando recuperamos la respiración, nos vestimos y se levanta a preparar unos *gintonic*s, mientras yo sigo cada uno de sus movimientos desde mi posición en el sofá donde ahora estoy sentada. La verdad es que creo que me estoy engancho a pasar el tiempo con él. Siempre sabe hacerme reír y que me olvide de todo cuando estamos juntos, pero, hoy, hay algo que se me escapa y no sé bien qué es. No me había dado cuenta hasta ahora, pero está como más nervioso de lo que suele ser habitual en él.

Me encuentro divagando con los ojos puestos en su espalda, pensando en que, a pesar de toda su atención, y de los momentos que comparto con él, hay algo que me falta. Cuando estoy con él, todavía siento un vacío interior (puede que afectivo, o quizás sea solo nostalgia), y creo que él no va a ser capaz de rellenar ese hueco pese a sus intentos. No creo que sea por el miedo de volver a enamorarme, pero supongo que no espero que él sea el hombre de mi vida, ni que esto tenga futuro a largo plazo. Simplemente creo que a pesar de lo bien que nos lo pasamos juntos, nos parecemos poco (como diría Nora, como un huevo a una castaña), pero, mientras dure, disfrutaré de su presencia y de estos encuentros. De alguna manera, me aporta algo especial, aunque igual no todo lo especial que a mí me gustaría. Con él no sé si es posible ese tipo de relación a la que yo estoy acostumbrada...

—¿En qué piensas? —me pregunta, sacándome de mis cavilaciones.

—Perdona, me he quedado empanadilla, no estaba pensando en nada en concreto —miento.

—Mía, yo... tengo algo que contarte... —dice, y su semblante pasa de divertido a serio en cuestión de segundos.

¡Mierda! ¿No habrá leído mis pensamientos?

Vale que yo sienta que esto no vaya a ser eterno, pero no quiero que acabe tan pronto. Joder, justo cuando mejor me lo estaba pasando... Bueno, Mía, deja hablar al chico y no saques conclusiones precipitadas, que te conozco.

—Pues... tú dirás. —Y me recuesto en el sofá, copa en mano, intentando parecer imperturbable y preparada para escuchar lo que ya he imaginado en mi mente peliculera.

—Verás, hay algo de lo que te he contado sobre mí que no es del todo cierto... O, mejor dicho, que no te he contado... —Y, viendo mi cara de póker, decide seguir hablando, aunque parece algo inquieto—. Yo estudio aquí, en Alicante, pero, ahora que he acabado el Máster, tengo que volver a dirigir mi empresa de exportación... en Madrid. No sé muy bien por qué no te lo había dicho hasta ahora...

—Vaya, eso sí que no me lo esperaba. ¿Tú, empresario? ¿En Madrid? ¿Y cuándo te tienes que ir? ¿Y por qué no me lo habías dicho antes? —Me incorporo, atenta para escucharlo.

Me acaba de pillar fuera de juego. Por una parte, tengo la excusa perfecta para dejarlo sin tener que inventarme nada, pero, claro, sigo sin querer que esto acabe ya tan pronto. Justo cuando mejor me lo estaba pasando, justo cuando había empezado a planear cosas para hacer juntos, justo ahora, que comenzaba supongo que a ilusionarme... a volver a sentir algo por alguien, aunque no fuese amor...

—Tengo que marcharme el viernes, y hasta ahora no te había dicho nada porque... a ver cómo te lo digo sin que suene raro... al principio no entraba en mis planes sentir todo lo que ahora siento por ti... y... joder, luego... me dio miedo decírtelo por si te perdía...

—Yo... esto... ¿perderme? Y... ¿qué es lo que sientes por mí exactamente? —No me salen las palabras. Me he quedado patidifusa, igual que cuando se acercó a mí aquel día en la playa, pero esta vez el motivo es otro muy distinto.

—No sé cómo ha pasado... —Y se lleva las manos a la cabeza.

Parece abatido, y me asusta un poco lo que vaya a decir. Localizo mi bolso con la mirada por si tengo que salir huyendo de aquí.

—Hasta ahora solo había tenido ligues y, en parte, es todo lo que esperaba de mí, porque siempre he sido un picaflor y nunca quise comprometerme con nada más que no fueran los estudios y mi empresa. —Cambia de postura a una menos rígida e inspira profundamente antes de proseguir—. Decidí tomarme un tiempo para mí y venirme a estudiar aquí, para poder trabajar en nuevas ideas para mi negocio y alejarme de mi día a día en la capital y de todo lo que eso conlleva. —Vuelve a llenar sus pulmones de aire—. Pero, joder, en la recta final del Máster... apareciste tú. Al principio, quise creer que solo sería otro rollo temporal y que acabaría enseguida, pero poco a poco han ido pasando las semanas y lo que he ido conociendo de ti creo que me ha llevado a sentir cosas que hacía mucho que no sentía por nadie...

Yo noto que ya no puedo tener mis ojos más abiertos y que estoy muy tensa. Nuestras copas descansan ahora sobre la mesita junto al sofá, y él no deja de coger aire intensamente mientras que yo estoy aguantando la respiración y no soy capaz de soltar ni un hilito de aire.

—Allá voy... Mía, me gustas mucho y quiero seguir conociéndote. Quiero poder empezar una relación contigo porque sé que eres especial y no quiero que esto acabe aquí. No quiero perderte, Mía... —Mientras camina en círculos por el pequeño salón se rasca la barba de tres días enérgicamente. Levanta la mirada hacia mí con los ojos al borde de las

lágrimas y yo creo que me estoy poniendo morada de tanto que estoy aguantando la respiración—. Mía... este mes a tu lado ha sido muy especial para mí y... por eso te quiero pedir que te vengas conmigo a Madrid...

JO-DER.

Ahora sí que suelto el aire con un bufido bastante sonoro, me quedo muerta sin saber qué coño decir, y creo que mi cara lo refleja porque él se inquieta más de lo que estaba y aparta la mirada de mí. Se apoya en una estantería, tapándose la cara con una mano ¿No estará llorando, verdad? ¡Joder, Mía, la que has liado! Piensa rápido.

—Bufff. —Vuelvo a soltar un soplando—. Verás, Izan, yo... no sé muy bien por dónde empezar... yo no puedo irme contigo a Madrid... tengo mi vida entera aquí... —Y, conforme lo digo, dudo de mis palabras y no sé bien cómo seguir. Me empiezan a sudar las manos—. Además, que en Madrid no hay mar... a ver cómo me iba a orientar, porque yo necesito el mar cerca, oler la brisa salada a menudo y esas cosas. Soy medio sirena. —Intento quitar un poco de hierro al asunto, pero no me sale nada bien.

Resoplo y me froto las manos sin saber qué más decir. ¿No será que yo también me he pillado por él más de lo que me podía imaginar y no quiero reconocerlo? Nah, ya dije que no es mi tipo y que no lo veía para nada más... ¿no?

—Pero aquí no tienes trabajo. —Es incapaz de levantar la cabeza, ni siquiera es capaz de mirarme y sigue apoyado en la estantería, con la cara oculta entre sus manos—. Yo te ayudaría a encontrar uno en Madrid, donde hay más posibilidades que aquí, y podríamos ir poco a poco... Estoy convencido de que podríamos hacer grandes cosas juntos.

Se gira rápido y se tira de rodillas frente a mí en el sofá, poniendo sus manos sobre mis piernas y bajando hasta que su mirada se encuentra con mis ojos. Yo me estremezco al tenerlo tan cerca sin saber qué más me va a decir...

—Hasta ahora nos lo hemos pasado muy bien todo el tiempo que hemos compartido. Eres una mujer excepcional y haría lo que fuera por estar a tu lado y por hacerte feliz.

Aprieta mis rodillas y yo lo interpreto como una señal que me hace, pidiéndome que le conteste siendo todo lo sincera posible.

Mi boca está abierta de par en par, casi me desencajo la mandíbula (ahora debo de tener esa cara de dibujo animado flipando). No puedo creerme lo que estoy escuchando. Quiero levantarme, encerrarme en el baño y llorar mucho, pero tengo que centrarme e intentar poner un poco de cordura en todo esto... Una loca poniendo cordura, lo nunca visto, salvo si esa loca soy yo. No la lées, Mía, y, sobre todo, no juegues con los sentimientos porque luego acabarás jodida. Haz lo que de verdad te salga del corazón, pero intenta que nadie salga herido.

—Bueno, a ver, Izan... Visto por el tema laboral... está claro que tengo más posibilidades en Madrid que aquí en Alicante, pero... —Echo un vistazo alrededor de mí, intentando encontrar algo que me ayude a salir de esta situación, pero no lo consigo, solo veo mi bolso y sé que huir no es la mejor solución en estos momentos. Me acuerdo de los chapines de rubies de Dorothy en el Mago de Oz y pruebo a golpear mis zapatos entre sí, pero lógicamente esto no es Oz, ni Izan un hombre de hojalata sin corazón—. A ver... desde el punto de vista sentimental... creo que yo no siento lo mismo por ti. —No me



queda otra que mentirle a él, y a mí, por miedo a sufrir de nuevo por amor, solo de pensarlo se me acelera el corazón y siento que se me quiere salir del pecho—. Me siento muy halagada por tus palabras, de verdad. —Y tengo que hacer una pausa para tomar aire si quiero que me salgan las palabras. Pongo mis manos temblorosas sobre las tuyas, casi rogándole con los ojos que se siente a mi lado y que no haga esto más difícil. Entiende mi mirada y se sienta conmigo en el sofá, sin soltar mis manos—. Izan, yo agradezco de todo corazón todas tus atenciones de estas semanas—. Saco valor y, mientras, sigo sujetando fuerte sus manos. Lo miro a la cara, y tiene los ojos demasiado brillantes, al borde de las lágrimas, y eso solo me complica más las cosas. Consigo tragarme el nudo que se me había formado en la garganta—. Yo también me lo he pasado genial contigo, Izan, pero no creo que esto pueda llegar a ser una relación como tú esperas, siento mucho si en algún momento te he dado falsas esperanzas de que esto pudiera ser algo más, pero no me veo capaz de llegar a sentir lo que tú sientes por mí. Perdóname.

Me veo obligada a soltarle las manos y casi me saltan las lágrimas de la emoción, pero no puedo llorar y montar un numerito delante de él. Siento que todo me sobrepasa ahora mismo. Intento ser fuerte e intento convencerme de que las cosas serán mejor así.

No sé por qué he dicho eso, pero ahora mismo no siento que esto pueda ser una relación como yo espero, no lo quiero tanto como se merece y no puedo ni quiero hacerlo vivir en una mentira ni a él ni a mí, porque, aunque quisiera, tampoco podría tenerlo solo como amigo.

Tras hablar un largo rato, parece que conseguimos aclarar lo ocurrido, de manera pacífica. Ni me imaginaba que sintiera algo tan fuerte por mí. Creo que Sergio nunca me hizo una declaración de intenciones tan intensa en toda nuestra relación. Nuevamente, estoy haciendo lo que siento, pero no puedo evitar preguntarme si estaré equivocándome en mi decisión.

Recojo mi bolso, e Izan se ofrece a llevarme a casa. De camino, en el coche, voy abstraída mirando por la ventanilla cómo se difuminan las luces de la ciudad a nuestro paso. El silencio se ha instalado entre nosotros, y parece que ninguno de los dos lo quiere romper porque, en el fondo, sabemos que ya está todo dicho. Veo su reflejo en el cristal, aferrado al volante y con la mirada fija en la calzada, tan guapo como siempre y me imagino en qué estará pensando. Yo no soy capaz de dejar de darle vueltas a todo lo ocurrido esta noche, y sé que sus palabras resonarán en mi cabeza durante los próximos días, semanas, meses...

Llegamos a mi portal y apaga el motor del coche. Antes de bajarme, Izan pulsa el botón *eject* de la radio, saca el CD que sonaba cada vez que subía a su coche y me lo tiende sin decir nada. Miro el CD y veo que tiene escritas las palabras *indie mix* con letras azules (me recuerda a mí, cuando grababa *cassettes* directamente de la radio). Lo miro a él y sonrío, pero no me salen las palabras por culpa del nudo que se ha formado en mi garganta.

Dudo entre lanzarme a sus brazos o huir, y esta vez opto por lo segundo, salir del coche y correr hasta el portal sin mirar atrás con el CD en una mano y el bolso en la otra. Subo corriendo las escaleras como si alguien me persiguiera. Al entrar en casa, me quedo frente al espejo mirando mi cara de panoli. Aún estoy flasheada con lo ocurrido y, encima,

no puedo contárselo a nadie porque yo misma decidí que así fuera. Mi secreto inconfesable. Ahora, como Juan Palomo, yo me lo guiso, y yo me lo como.

Por la noche, en la cama, se me escapan las lágrimas. A pesar de que ha sido decisión mía no empezar (o seguir) nada con él, supongo que no he podido evitar involucrarme emocionalmente más de lo que me imaginé en un principio y le he cogido mucho cariño aunque no haya querido, o podido, reconocérselo. Puede que el vacío que antes sentía, y que pensaba que él no era capaz de llenar, ahora se haga más grande, profundo e imposible de saciar.

No sé si he hecho esto porque de verdad no quería sentir nada más fuerte por él; o porque me da miedo establecer una relación con alguien y me he puesto una coraza para no hacerme daño de nuevo; o porque soy gilipollas y he dejado pasar una oportunidad genial para empezar una nueva vida con alguien excepcional que estaba dispuesto a luchar por mí.

Sea lo que sea, como acuario que soy, me va a ser difícil no cuestionarme si he actuado bien, así que ya tengo algo para darle vueltas a la cabeza los próximos días.

Solo espero no equivocarme. Ha sido intenso y muy bonito mientras duró. Y, por lo menos, esta vez las cosas han acabado sin discusión y portazo. Pero ahora me siento tan pequeña...

*De las dudas infinitas, de Supersubmarina*

*«Pequeña de las dudas infinitas, aquí estaré esperando mientras viva. No dejes que todo esto quede en nada porque ahora estés asustada... Porque no quiero perderte, no quiero ser yo el perdido».*

# Donde quiera que esté el amor de mi vida

Principios de marzo, el sol luce más que nunca, o así es como lo noto yo.

Desde el martes de la semana pasada, esa última noche en que todo acabó, no he vuelto a saber nada de Izan. Ya debe de estar en Madrid trabajando en su empresa. No sé si acordándose de mí.

Ya sé que fui yo la que no quería nada más con él, pero supongo que algún mensaje de despedida, o algo sí, me esperaba... ¿Cuándo aprenderé a no esperar nada de nadie? Si es que las hostias que me da la vida a veces me las merezco y con razón. Solo espero haberlo hecho bien y no lamentarme algún día por lo que pude haber hecho y no hice por culpa de mis estúpidas inseguridades.

Hoy, por el momento, me apetece aprovechar este solecito, así que me pongo mis Keds blancas para ir a pasear, me cojo mi libreta y mi BIC azul, y me voy a la playa. Últimamente, vengo mucho por aquí. Me ayuda a aclarar pensamientos y emociones y, además, pasear les viene bien a mis piernas y a mi culo.

Ahora, con el buen tiempo, hay más gente. Me doy un paseo y me siento en una terracita a almorzar y a tomar el sol, que cada vez calienta más. ¡Cómo echaba de menos el calor! Aprovecho para escribir un rato. No quiero hacerlo en casa con el día tan espléndido que hace.

*Quiero, puedo y me lo merezco.*

*Quiero volver a darlo todo sin miedo a que me vuelvan a hacer daño. Volver a sentir las mariposas en el estómago, volver a sentir la emoción y la ilusión de un nuevo amor.*

*Quiero a una persona a mi lado para compartir los buenos momentos, y que se quede en los malos para ayudarme a mejorar. Que vuelva tras una discusión. Que me acompañe en mis locuras. Y que me haga reír cuando más lo necesito.*

*Quiero a una persona que me valore y que luche por estar a mi lado. Que no tenga que perderme para saber lo que tenía. Que esté orgulloso de tenerme a su lado y que me haga sentirme plena.*

*Una persona con quien tener confianza en todos los aspectos. Que no haya secretos entre nosotros.*

*Alguien con quien discutir de forma pacífica, sin juzgar, respetando la opinión del otro, escuchando, y con quien llegar a un acuerdo sin que nadie salga herido.*

*Una persona cuyo último pensamiento antes de dormir sea yo, y que lo primero que piense nada más despertar sea también yo. Todos nos merecemos ser protagonistas de algunos de los mejores momentos de otras personas.*

*Alguien que sonría a mitad del día porque se acuerda de mí.*

*Quiero a una persona a la que le guste disfrutar de la vida tanto como a mí.*

*Compartir cenas, paseos por la playa, momentos a solas y momentos con familia y amigos.*

*Una persona que me apoye en mis sueños y con quien compartir proyectos de vida. Dejar salir los sentimientos y ver qué pasa.*

*Crear juntos el amor y vivir la vida.*

*Alguien que me quiera poco a poco, que cada día se enamore más de mí y juntos escribir una historia que nunca acabe.*

*Sé que puedo y sé que me lo merezco.*

¡Joder! ¿Y si era Izan y yo lo he dejado marchar? ¿Volveré a tener otra oportunidad de enamorarme? Bueno, con Izan no albergué la esperanza de poder tener la relación que yo esperaba, pero ¿con solo un mes puedes saber si es alguien especial? Porque él sí que parecía convencido de que yo era especial... ¿Cómo puedo estar tan segura de que él no podía ofrecerme lo que yo necesito? Sí que es verdad que me sentía bien cuando estaba con él y, seguramente, he de reconocer que, al final, sin quererlo, me entregué más de lo que me había prometido a mí misma... Pero no llegué a sentir lo que él sentía por mí... ¿o sí? No pienses más, Mía, que se te va a recalentar el cerebro. Además, ¿qué vas a hacer? ¿coger tus cosas e ir corriendo a Madrid para lanzarte a sus brazos y ver si era él?

Estoy lista para irme a casa. Recojo mi libreta y el boli, y me marchó.

# Lo que me faltaba

*Let her go*, de The Passengers

«Only know you love her when you let her go. And you let her go... You see her when you close your eyes».

(Sabes que la amas cuando la dejas marchar. Y tú la dejaste marchar... La ves cuando cierras los ojos)

Al llegar a casa, me meto en Internet para mirar las ofertas de trabajo, a ver si hay alguna que me convenza, y me sorprendo con una nueva pestaña abierta *googleando* ‘billetes tren Madrid’, cuando el sonido chirriante de un *whatsapp* me aparta de mi idea descabellada.

¡Lo que me faltaba! Automáticamente, cambio la postura y adopto una más erguida y seria, como si pudieran verme a través del teléfono. Sé a quién pertenece ese sonido porque yo misma lo había personalizado para él en exclusiva. Mi intuición me decía que volvería a saber de él más pronto que tarde. Han pasado ya cinco meses y, sin embargo, me sorprende que Sergio dé señales de vida a estas alturas.

El motivo del mensaje es venir a recoger unas cosas de la playa que todavía están en el trastero y en las que hasta ahora ninguno de los dos habíamos reparado, porque del orden y limpieza del trastero se encargaba él, y yo hacía muchos meses que no me pasaba por allí. A regañadientes, quedo con él para esa misma tarde; cuanto antes me lo quite de encima, mejor. Ya tengo bastante con pensar en mi *affaire* fallido con Izan como para volver a liarme la cabeza pensando en Sergio ahora.

Una sensación de miedo y de angustia me invade ante la idea de volver a removerlo todo. Pero, por otra parte, me alegro de esta oportunidad para verlo de nuevo. Así, ahora que no está Izan, cuando vea a Sergio, sabré lo que me hace sentir de verdad, porque creo que su recuerdo me hace creer que todavía siento cosas por él que no son verdad... Creo que, de alguna manera, he llegado a idealizarlo.

Cuando llega, compruebo que está más delgado que nunca. Yo también perdí algunos kilos con todo lo que pasó, pero, tras las navidades, los recuperé de nuevo. Nos saludamos fríamente. Lo acompaño a recoger sus cosas y lo noto bastante inquieto. Yo intento no ponerme nerviosa y llevar la situación lo mejor posible. Ante todo, que no me vea temblar ni llorar.

—Me gustaría hablar contigo, si no te importa... —dice, en voz baja, sin mirarme a la cara y mesándose el pelo—. No hace falta que sea ahora, cuando puedas y te venga bien, no quiero molestarte.

¡Toma, moreno! Ahora sí que me quedo sin palabras. Ahora quiere hablar y, hace unos meses, casi me dejo la piel intentado sacarle las palabras con sacacorchos y, aun así, no conseguí sacar mucho en claro que digamos.

—Pues no sé... si quieres hablar ahora... —No estoy segura de querer mantener una conversación con él, pero supongo que yo también me la debo desde la última vez que quedamos—. No tengo nada que hacer... y no me molestas.

Le ayudo a montar las cosas que ha recogido en su coche, antes de irnos a una cafetería que hay justo detrás de mi edificio.

Sorprendentemente, mantenemos una conversación que ya no esperaba, aquella que la psicóloga me animó a tener en su momento y de la que solo conseguí salir herida. Esta vez me queda claro que se arrepiente de haberme perdido, pero ambos sabemos que ahora no es posible recuperar la relación que teníamos.

Él no es capaz todavía de luchar por lo que quiere. Aún creo que le viene grande la idea de casarse y formar una familia. Y yo estoy muy orgullosa de todo lo que he conseguido en este tiempo como para echarlo a perder y volver al punto de partida con él.

Mi libro poco a poco está tomando forma, y mis amigas me están animando a seguir adelante con él, así que no quiero volver atrás para regresar al mar de dudas en el que me llegué ahogar cuando estaba con él.

Sergio parece que tiene aún muchas ideas que aclarar antes de poder establecer una relación con nadie más.

Cuando se marcha, me queda una sensación de alivio en el cuerpo, por fin me ha dejado claro cómo se sentía en la relación que mantuvimos y cómo vivió todo lo que nos pasó en la ruptura, pero todavía le falta seguridad en sí mismo. Aún siento que no ha valorado bien lo que ha perdido, y me temo que, cuando se vaya a dar cuenta, será demasiado tarde.

En definitiva, Sergio ya solo existe en mi pasado.

Al subir a casa, me doy una ducha y me pongo mi adorado pijama de lunares para entrar en mi zona de confort, situada en mi mullido sofá, con una taza de humeante Cola-Cao repleta de grumitos entre mis manos. Me quedo mirando la tele apagada, donde contemplo atenta mi reflejo impasible. Esta vez sé que puedo mejorar el ambiente fúnebre. Me levanto y pongo el CD *indie mix* en la minicadena.

Suena *Luciérnagas y Mariposas*, de Lori Meyers, sonrío porque es una de mis preferidas y me vuelvo al sofá tarareando la letra: «*Eeres tuuú el dueeende ocultoo que alimenta mi locuraa y consume toda realidaaad. Y si me hablas a vocees, si hablas con el corazooón, me pones contra la pareeed*».

Al cabo de unos minutos, y tras varias canciones más, me sorprendo buscando su nombre en la agenda de mi móvil, pero me acuerdo de que, en uno de mis impulsos idiotas, lo eliminé porque sabía que lo nuestro se había acabado aquella noche en su salón.

Por la noche, me enfadé conmigo misma y lloré como una mañaca, pero me negué a buscarlo por las redes sociales porque ni siquiera sabía su apellido. A pesar de todo lo que compartimos juntos, sabía muy poco de él.

Ahora lo único que me quedaba eran las veintiuna canciones del CD *indie mix* y el consuelo de pensar que así me sería más fácil olvidarme de él. Anoto en mi libreta algunas frases que reflejan mis sensaciones de este día, antes de irme a dormir.

*«Los errores son necesarios para aprender, porque solo aprendiendo podemos crecer como personas».*

*«Después de un tiempo, supongo que todo deja de doler o de importar... dejas de querer lo que ya no tienes y valoras más lo que sí que tienes».*

# Amigas como tú, pocas

Hoy no tengo nada que hacer, y mi estado de ánimo de estos últimos días parece una montaña rusa con momentos de delirios, lloros y carcajadas; yo sola, inmersa en mi locura transitoria, acordándome de todo lo ocurrido en mi vida en los últimos meses. Decido mandarle un *whatsapp* a Nora para tomar café esta tarde o, directamente, algo con alcohol que me ayude a ahogar las penas, aunque sepa que esa no es la mejor solución.

Espero que Nora me aporte algo de cordura, pero me ofrece algo mejor: ir a comer a su casa, puesto que no tiene nada que hacer, ya que acaba de inventarse un virus letal para no ir a trabajar esta semana. Me pongo unos vaqueros y una camiseta básica blanca pero eso sí, mis *stiletos* rojos, que, aunque sea para ir a casa de una amiga, una nunca se baja de sus tacones.

Dos amigas, dos botellas de vino lambrusco, un jueves a la hora de comer. Descalzas (para estar por su casa me he puesto cómoda). Momento de descorchar la primera botella y empezar con el aperitivo. Empezamos por una conversación trivial sobre el mundo laboral (bueno, en mi caso, el no-laboral), y que acaba con Nora ennegrecida hablando de su jefe como de costumbre, así que decide dar por terminada esa conversación bebiéndose de un trago todo el contenido de su copa de vino.

Se acaba el aperitivo y pasamos nuestras copas y nuestras nuevas conversaciones a la mesa, donde nos esperan sus famosos macarrones con chorizo, riquísimos.

Devoramos la comida y volvemos al sofá. Ahora, la conversación ya no versa sobre cosas banales, ahora hablamos de sentimientos. Las vidas de ambas han cambiado en los últimos meses y, a pesar de todos los cambios, seguimos estando la una al lado de la otra. Ella, que decía que nunca sentaría la cabeza con nadie, aquí está, enamoradísima de Manu (aunque le pese reconocerlo), y yo, que estando con Sergio llegué a creer que había encontrado mi compañero de vida, aquí estoy, soltera y sin compromiso.

Por supuesto, nunca le conté a nadie mi idilio con Izan, seguirá siendo un recuerdo que nunca jamás de los jamases compartiré con nadie.

El vino ya empezó a hacer efecto hace un rato y, en el momento álgido, me entran ganas de bailar con las canciones que empiezan a ganar posiciones para ser los próximos éxitos del verano. La reacción inmediata de Nora es ponerme música y ejercer como DJ improvisada mientras yo bailo descalza por su salón.

Una canción nos lleva a la otra hasta retroceder en el tiempo y llegar a unos temas que nos recuerdan a nuestra época de fiestas semanales cuando todavía íbamos al instituto. ¡Cómo ha pasado el tiempo! Mucha de la gente con la que compartíamos esos días ya fueron saliendo de nuestras vidas hace tiempo; poco a poco y en silencio, algunos; otros, dando un portazo que dejó temblando las paredes. No existe tampoco aquel local al que acudíamos asiduamente cada fin de semana a beber chupitos. Lo único que permanece inalterable es nuestra amistad, que ya dura más de dos décadas. Que se dice pronto.

Recuerdo cuando nos conocimos en el colegio. Solo teníamos cuatro años. No nos llevábamos muy bien que digamos. Ella era una niña ingeniosa y rebelde, que me



recordaba mucho a una combinación entre Punky Brewster y Pippi Calzaslargas. Y yo, en cambio, era una niña tímida y más bien repipi, a la que le costaba mucho mancharse de tierra sus vestidos de flores. Mi madre siempre me recogía el pelo y me lo adornaba con lazos de lo más horteras. A Nora le gustaba cogirme de la coleta y... «¡Tolón, tolón, tolón!», tiraba de ella como si fuera una campana. Yo la ignoraba. Ella, ante mi impasibilidad, siempre me sacaba la lengua y con eso solo conseguía aumentar más mi apatía hacia ella.

Pero, pese a esas desavenencias del principio, guardo en mi memoria con especial cariño un día que yo llevaba un lazo rojo adornando la coleta que mi madre me había hecho. Nora tiró de la coleta como de costumbre y, sin querer, deshizo el lazo. Yo me quedé mirando el lazo deshecho y ella me dijo: «¿Vas a llorar? Pues que sepas que me da igual si me vuelven a castigar». Y me sacó la lengua. Tras un breve lapso de tiempo, yo levanté la mirada, le sonreí y le contesté: «¿Quieres que te haga una trenza?». Ella me miró como si estuviera hablándole un plátano, pero me dejó tocarle el pelo y que la peinara con mis dedos. Cuando acabé, adorné la brillante trenza con el lazo rojo que ella me había quitado.

Desde ese día, nos hicimos mejores amigas y, a pesar de que llevo muchos años sin verla con ese lazo rojo en la cabeza, sé que lo guardó con cariño porque, cuando cumplimos dieciocho años, me regaló un trozo de ese mismo lazo. Ahora, cada vez que la veo pintarse los labios de ese color, sonrío recordando los inicios de nuestra amistad.

Volviendo al presente... Mi momento de bailar en el salón de Nora ya ha pasado mientras recordábamos viejos tiempos. Entonces, pasamos a tomar café, té y cruasanes.

—Neeena, tengo algo que contarte que te vas a quedar patitiesa cuando te lo diga —dice Nora, llevándose una mano al pecho con gesto dramático y abriendo los ojos como platos.

—A ver... ilumíname —digo, poniéndole los ojos en blanco mientras sostengo un trozo de cruasán entre mis dientes.

—¿Te acuerda de Lucas? —dice, a la vez que levanta una ceja y me mira con cara maliciosa.

Abro los ojos de par en par al escuchar ese nombre y toso porque casi me asfixio con el trozo de cruasán que se me queda atascado en medio de la garganta.

—Ehm, sí, claro —digo yo, con la intención de parecer un poco desinteresada. Pero como para no acordarme de lo tremendamente guapo que lo vi en mi cumpleaños...

Y del sueño claro, como para olvidarlo...

—Pues el día de nuestro cumpleaños me estuvo haciendo muchas preguntas sobre ti, pero no le hice mucho caso. La verdad es que con la tajada que llevaba, lo raro es que me acuerde de algo de aquella noche, porque estaba pendiente de pasármelo bien y no le di más importancia.

—Ah, ¿sí? Y ¿qué te preguntó? —digo yo, ahora intentando que no se me note demasiado la ilusión que me ha hecho escuchar eso.

—Coño, Mía, te acabo de decir que tengo lagunas mentales de aquella noche, y digo

lagunas... Pufff ¡por no decir lagos! —dice, aguantándose el flequillo mientras mira hacia el techo e intenta acordarse, de verdad, de algo de lo que hizo aquella noche—. Pero, bueno, —resopla porque no debe de haber obtenido respuesta celestial, y vuelve a mirarme a mí—, el caso es que hace unos días... me lo encontré por el centro y... me tomé un café con él y... te puedo decir... que no hacía más que preguntarme por ti y... —Cómo le gusta hacerse de rogar a la jodida. Me están entrando ganas de estrangularla con mis propias manos—. Me pidió... así, como quien no quiere la cosa..., ¡tu teléfono para quedar contigo!

Creo que en esos momentos bizqueé un par de veces porque Nora empezó a carcajearse. Contuve el aliento para ver qué más tenía que contarme.

—Pero tranquila, chochi, que no hice nada porque le dije que tenía que preguntártelo a ti primero.

Supongo que me lo dice para que vuelva a respirar y no me quede tarumba antes de hora.

—Así que aquí estoy, diciéndotelo, y ya tú decides lo que quieras hacer. —Me guiña un ojo y muestra su sonrisa pícara a través de sus labios rojos.

—Pues... pues la verdad es que no sé qué decirte... no me esperaba que yo... le pudiera gustar a él. Bueno, ni a él ni a nadie...

Me sonrojo un poco al pensar de nuevo en aquella noche, aunque intento que no se me note la sonrisa tontorrna que se me dibuja en la cara tapándome con un cojín la boca.

—Joder, Mía, que tienes un cuerpo que quita el hipo. ¿Te recuerdo lo primero que haría si fuera lesbiana?

—No, gracias.

—A ti lo que te pasa es que no te atreves a soltarte la melena y a ligarte a todo el que se te ponga por delante, pero, si quisieras, los tendrías haciendo cola, arañando tu puerta como perritos falderos, y lo sabes —dice ahora, mientras se revuelve el flequillo—. Menuda loba ibas a ser si tú quisieras... ¿Quieres que esta vieja loba te dé algunas lecciones?

—Pero mira que eres mala influencia...

—Mala no soy, pero algo brujilla puede que sí que sea.

—Ah, ¿sí?, ¿y desde cuándo te ocurre eso, amiga mía? —le pregunto, entrelazando mis dedos.

—Joder, Mía, que yo conozco a Lucas desde hace mucho y me apostaría mi pintalabios rojo, si no fuera porque lo iba a perder seguro, a que ya le interesabas desde la universidad. —Se levanta y empieza a pasearse por el salón—. Que conste que yo, la primera vez que lo vi en clase, no me lancé a por él porque pensé que le gustaban las salchichas —dice levantando un dedo—, pero mi radar gay debía de estar apagado o fuera de cobertura en esos momentos porque los cotilleos que giraban en torno a Lucas en la época universitaria decían tooodo lo contrario a lo que yo supuse.

—¿Lucas, gay? ¡Si ese es gay, yo me mato! —digo yo, mirándola muy seria—. Y, al

final, ¿tú lo cataste? —Como me diga que sí, me mato de verdad.

—¡Qué dices! Cuando me quise dar cuenta, ya éramos muy amigos y sabes que yo a mis amigos de verdad los considero asexuales. Peeero, a ti un poco sí que te gusta... ¡Confiesa, perra! —dice, sentándose casi encima de mí—. Lo que no sé muy bien es por qué nunca me había preguntado por ti —dice, mientras se lleva un dedo al labio y poniendo gesto pensativo—. Supongo que porque siempre te había visto con Sergio... Pero, claro, ahora al saber que vuelves a estar en el mercado... ¡Ñam! El chico se habrá decidido porque ha visto el camino libre.

—No sé, Nora, me parece muy raro... Además de que es tu amigo, y yo, tu amiga, y no quisiera cambiar eso por nada del mundo.

Nora tiende a gesticular mucho con las manos cuando quiere que se la entienda bien, y ahora se ha vuelto a levantar y parece que está dando un mitin para que me decante por su candidato.

—Pero, vamos a ver... alma de cántaro, ¿dónde está el problema? Porque no hay nada de raro en que le gustes a un tío, ¿sabes? Además, ¿tú te has fijado en Lucas? Dime que sí, joder, que está muuuy bueno... que ha mejorado con los años igual que el vino... Y, para más inri, creo que ya te ha desnudado un par de veces con sus ojazos, porque te habrás fijado en ellos, ¿no? Y a ver quién no desearía pellizcar ese culito prieto que tiene... También te habrás fijado en eso, ¿no? Vamos, si no eres marciana, lo habrás visto. Además, nena, que llevas mucho tiempo sin probar carne y ya va siendo hora de que le des una alegría al cuerpo, ¡hostias!

Joder, ¿qué hago? ¿Le confieso que no pude dejar de mirar a Lucas en toda la noche de mi cumpleaños y que nos perdimos por el mismo motivo?... Me avergüenzo de recordarlo. Pensaba que había quedado como una idiota delante de él, pero, por lo visto, se quedó con ganas de volver a verme... Igual que yo a él. O es que al chico le resulté graciosa y quiere que lo vuelva a hacerle reír como si yo fuera un bufón. Bueno, confiemos en Nora y en que sea porque le parecí irresistible y encantadora.

Dicen que hay que dejar que la vida te sorprenda y que, cuando una puerta se cierra, otra se abre... ¿no? ¿Sería por eso que Izan salió de mi vida? Creo que voy a confesar lo que Nora quiere escuchar, antes de que use sus artimañas para torturarme cruelmente y sacarme toda la información que guardo en mi interior.

—Pues sí... el chico no está mal. En nuestro cumpleaños, la verdad es que me pareció bastante... cambiado y sí, es guapo... y alto... y supongo que no me importaría conocerlo un poco más... —Muestro la sonrisa tontorróna que había intentado ocultar todo este tiempo.

—Mira que eres capulla, eh. Yo voy a darle tu teléfono para que quedéis y así os dejáis de chiquilladas, porque los dos juntos tenéis más tontería que un minibar. Aquí hay tema... pero vamos... —dice, sacudiendo las manos con energía.

—No te hagas ilusiones, que te conozco y me las haces a mí.

—Joder, yo estoy encantada. Sé que esto puede salir bien y para nada va a cambiar mi relación con ninguno de los dos. Al contrario, chochinagua, estoy emocionadísima. Creo que me voy a cagar de amor y todo.

La verdad que escuchar estas palabras de Nora me anima a querer intentarlo con alguien de nuevo. Quiero creer yo también que esto puede ser especial.

—Pero que sea él quien me demuestre su interés, que yo estoy aún en la fase de «quien me quiera que me busque» —digo yo, atusándome la melena para darme aires de digna.

—¡Ay, chocho! Esa actitud pronto la cambiarás cuando empieces a salir con alguien. Seguro que, en cuanto veas que todo va bien, te abres otra vez, y no solo de piernas —dice, guiñándome el ojo—. Te volverás a entregar al cien por cien a una relación. Ya sea con Lucas o con cualquier otro, volverás a enamorarte y a sacar a la Mía ñoña que llevas dentro y que a mí me hace vomitar arco iris. Confía un poco en ti, Mía, leches, que te lo mereces. —Nora muestra ahora su gesto triunfante. Sé que está disfrutando con todo esto.

—Ay, si es que no me puedo negar, te tengo que querer sí o sí. Gracias, Norita. —Y le doy un achuchón.

—Venga, pequeño unicornio, me has ablandado el corazón con lo de Norita, te voy a preparar un huevo frito para cenar, que sé que tú eres incapaz de hacértelo. —Y se levanta de un brinco hacia la cocina—. Tendré que asegurarme de que Lucas sepa freír un huevo si quiere conquistarte —dice, riéndose de mí desde la puerta de la cocina.

Pues no estaría mal, porque una de las formas de ganar mi corazón es friéndome un huevo. Me encantan, y yo no sé hacerlo. ¡Qué le vamos a hacer! Nadie es perfecto.

Llego a casa ese día con la barriga llena y el corazón contento, y todo gracias a la estupenda Nora.

# Mariposas en el estómago

Hoy es un día especial. Tengo una cita con Lucas. Estoy nerviosa, como si fuera la primera vez que quedo con un hombre. La verdad es que, hasta ahora, mis citas siempre habían sido con Izan, con el que todo fue demasiado intenso; y con Sergio, pero, después de tantos años con él, ya no me acordaba de lo que eran las citas ni de esta sensación de mariposas revoloteando en el estómago que siento ahora.

Tal y como le dije a Nora, debería ser Lucas quien me buscara. Y así fue. A los dos días, Nora le dio mi número y él no lo dudó ni un instante en llamarme y organizar una cita.

He quedado a las nueve. Llevo desde las cuatro de la tarde eligiendo modelito. Tengo todo mi armario desplegado sobre la cama y aún no tengo ningún finalista. Como siempre que me pasa esto, opto por elegir primero zapatos y ya luego veré con qué los combino.

Después de abrir cada trampilla del zapatero unas cinco veces, me decido por unas sandalias verde esmeralda. Ahora la mitad de la ropa ya queda descartada por no combinar bien con las sandalias. Al final, tras varias deliberaciones y paseítos frente al espejo, me decido por un vestido negro con flores rojas y verdes con escote de corazón.

Aunque empecé a prepararme con tiempo, llego justa a las nueve cuando viene a recogerme. Al bajar compruebo que Lucas también se ha preparado para la ocasión. Lleva unos pantalones grises con una camisa blanca entallada y unos *loafers*[\[10\]](#) negros. Su olor me vuelve a hechizar cuando subo al coche.

Me lleva a un restaurante italiano cerca de la playa (ya está ganando puntos con esto de llevarme cerca del mar). Bebemos lambrusco de ese que tan rápido se me sube a la cabeza y que tanto me ayuda a hacer tonterías. Lucas me parece una persona muy interesante y compartimos muchas más aficiones de las que me imaginaba. Estoy muy a gusto a su lado y el tiempo pasa muy rápido.

Compartimos un *brownie* en el postre y se niega a que pague mi parte, invitándome él. No voy a insistir porque a mi economía no sé el futuro que le augura.

Al salir del restaurante nos quedamos parados sin saber bien qué decir.

—¿Te apetece hacer algo más o quieres que te lleve ya a casa? —pregunta, rascándose la nuca con gesto nervioso.

—Bueeeno, hoy no estoy cansada y no me importaría ir a dar una vuelta o tomar algo —digo yo, divertida por culpa del vino que he bebido en la cena.

—Pues, si quieres, podemos andar un rato por el paseo de la playa y tomarnos algo en uno de los pubs que hay al final del paseo —propone.

Creo que tiene tantas ganas como yo de que no acabe la noche tan pronto.

En el paseo, la brisa del mar me provoca un escalofrío y se me eriza la piel. Lucas aprovecha el momento para pasarme su brazo por encima y acercarse a mí. Y así, cogidos, seguimos con la conversación sobre nuestros gustos musicales hasta llegar al final del

paseo, donde nos sentamos en una terraza.

—Mía, tengo que reconocer que no me imaginaba que fueras tan interesante. Sabía que eres divertida y... ¿cómo era?

—¿Que me gusta hacer reír a los chicos guapos? —pregunto, arqueando una ceja mientras bebo de la pajita de mi copa.

—Sí, eso era —contesta, divertido—. Nunca he tenido la oportunidad de conocerte como hoy y me alegro de que Nora me animase a ello. Eres una caja de sorpresas y me encantas.

—Sí, Nora, qué gran amiga —digo, poniendo los ojos en blanco—. Siempre ideando planes para los demás. —Lo miro y nos reímos, porque conocemos demasiado bien a Nora como para no sospechar a estas alturas que ella tuviera algo planeado para nosotros tarde o temprano.

—Bueno... yo le pregunté por ti un par de veces —dice, volviendo a rascarse la nuca, un gesto que delata su nerviosismo—. No sabía si seguías con Sergio, pero, al verte sin él en tu cumpleaños, le volví a insistir a Nora y la verdad es que no me hizo mucho caso esa noche, aunque sí que me dejó bien claro que Sergio ya era historia.

—Bufff, sí, eso es un capítulo de mi vida que ya está más que cerrado.

—Me alegro, entonces, porque no quería interferir en nada. Así que, hace un par de semanas, cuando me encontré a Nora por el centro, decidí tantearla para ver de qué forma podría conseguir tu teléfono sin que ella sospechara nada y, al final, el cazador fue el cazado, y acabó descubriendo mis intenciones. No hay quien engañe a Nora y tuve que reconocer que me atraías. Pero me dijo que primero tenía que decírtelo a ti y, por lo que comprobé más tarde, accediste a que me diera tu teléfono para poder quedar.

—Sí, bueno, la verdad es que cuando me lo dijo no me podía creer que te hubieses fijado en mí nunca. Pensé que, con lo que pasó en mi cumpleaños, habrías pedido una orden de alejamiento hacia mí, como mínimo.

—¿Por qué haría yo eso? —dice, riéndose.

—Por habernos perdido... y por el ridículo que pude haber hecho en algún que otro momento de aquella noche.

—Mía, aquella noche yo me lo pasé muy bien, y tú tuviste mucho que ver. Además, míranos, aquí estamos, en nuestra primera cita... Y nunca pediría que me alejaran de alguien como tú —dice, sonriendo y aprovecha para acercar su silla a mi lado y cogerme la mano que tengo encima de mi pierna—. Mía, esta noche me lo estoy pasando muy bien y no me gustaría que acabara nunca.

¡Ay, mi madre! Qué suspiro de quinceañera me acaba de salir.

Me tiemblan hasta las uñas de los pies. No sé qué decir. No me acuerdo de cómo iba esto de las primeras citas de verdad; de estas en las que el chico te hace tilín, que te gustaría que fuera para algo más que una noche y, por eso mismo, quieres que todo salga bien. Menos mal que él decide tomar las riendas y lleva una mano hacia mi nuca mientras la otra sigue sobre mi mano, descansando sobre mi muslo.

Me acaricia el cuello mientras me pierdo en su mirada y se me olvida hasta mi nombre. Acerca su cara a la mía y, lentamente, nuestras bocas se van aproximando hasta juntarse en un beso que se me hace mucho más corto de lo que me hubiese gustado, pero me aporta un cóctel de sensaciones que jamás hubiese pensado que podrían concentrarse en un mismo beso.

Esta vez, al contrario de lo que me pasó con Izan cuando se lanzó la primera vez, no me voy a apartar. No me importa que Lucas me bese. Es más, lo deseo. Muy despacio, me voy separando de sus labios jugosos y calientes.

—No sé qué decir... ahora sí que me has dejado sin palabras... —Y, sin darme cuenta, me paso la lengua por donde hace unos segundos estaban sus labios y me muerdo el labio inferior, intentando recuperar el sabor de los suyos—. Yo también me lo he pasado muy bien esta noche y me encantaría seguir conociéndote. Pero...

—¿No me digas que hay un pero?

—Es que me da miedo que esto pueda interferir en nuestra relación con Nora. No quiero que, si sale mal, ninguno de los dos acabemos mal con ella.

¡Aquí están Mía y su don para la inoportunidad a la hora de meter la pata hablando de temas que no vienen al caso y que solo pueden conseguir acabar con la atmósfera ñoña que se estaba creando entre ambos!

—Mía, —dice, pasándome su brazo por encima de los hombros para acercarme hacia él—, eso no va a pasar. Pase lo que pase entre nosotros, Nora no tiene nada que ver con esto. Aquí solo somos tú y yo. Nadie más. —Y vuelve a darme un beso, ahora más largo y más dulce, mientras me rodea con sus brazos.

Esta vez invita él, aunque le insistí en pagar yo. Ya en el coche, vuelve a darme un beso antes de arrancar. Mientras conduce, su mano se posa en mi muslo y hace que me contraiga, erizando cada centímetro de mi piel.

Le cojo la mano y le pido que no me lleve a casa todavía, no quiero que acabe esta noche. Me invita a ir a su casa a tomar una copa, aunque no somos tontos y sabemos perfectamente lo que va a pasar. Aunque, como siga bebiendo, la noche no acabará como esperamos. No quiero que esto dure solo esta noche. Pienso en echarme atrás, pero ya siento que es demasiado tarde cuando acabamos de llegar a su edificio. Me apetece mucho estar con él.

Aparcamos en su garaje y, en el ascensor, nos fundimos en un cálido beso mientras llegamos a nuestro destino. Su apartamento es un *loft* pequeño que tiene alquilado para él solo.

Me invita a sentarme en el sofá mientras él sirve unas copas y pone algo de música. Suena *Our First Time*, de Bruno Mars, muy indicada para la ocasión, y enciende la lamparita para crear un ambiente tenue. Esto es saber crear ambientes y no lo mío.

Lucas se sienta en el sofá a mi lado, donde estamos un rato hablando. Estoy tan cómoda que me quito las sandalias para subir las piernas al sofá como si estuviera en el salón de mi casa y las pongo sobre su regazo en un acto reflejo. Cuando me doy cuenta de la confianza que he cogido en un momento, considero que ya he sido demasiado descarada

como para apartarlas, así que me distraigo mirando mis pies, intentando pensar en alguna excusa para apartarlos sin que se note, pero no se me ocurre nada.

Lucas me quita la copa que estaba empezando a degustar y la deja en la mesa. Coge mis piernas, pero no las baja al suelo, sino que se inclina hacia mí para darme un beso suave y frío. Sus labios carnosos alternan besos en mi cuello con otros en mis labios, mientras su mano se desliza por mi muslo subiendo hasta mis caderas. Yo llevo las manos a su pecho y empiezo a desabrocharle la camisa.

Cuando acabo con el último botón, se la abro y recorro su torso desnudo con mis frías manos haciendo que, esta vez, se le erice la piel a él. Jadea cuando paso uno de mis dedos sobre su pezón derecho. Se aparta de mí despacio, levanta mis piernas y se pone en pie sin apartar nuestras miradas ni un solo segundo.

Se quita la camisa y la deja sobre el respaldo del sofá. Toma mi mano y me guía hasta el dormitorio, decorado con muebles en tonos marrones y grises, muy masculinos. Pongo los ojos en blanco y creo que voy a desmayarme al sentir su olor cautivador por toda la estancia. Si existe el paraíso, estoy segura que debe de oler así.

Se sienta a los pies de su cama y tira de mí hasta dejarme sentada a horcajadas sobre él. Su boca vuelve a recorrer mi cuello y sus manos ágiles levantan mi vestido.

Ahora estoy en ropa interior, y él todavía con pantalones. Parece escuchar mi queja, porque me tumba en la cama y se levanta para quitárselos. Creo que ya empezaban a apretarle en la zona de la entrepierna. Se acuesta a mi lado y, sin dejar de observarme, se dirige hacia mi oído para susurrarme lentamente con voz ronca que casi consigue desintegrar mis bragas.

—Eres muy sexy, Mía. Ahora sí que no quiero que acabe esta noche...

Y con su mano derecha empieza acariciarme el cuello. Baja por el pecho y mete la mano en mi sujetador, jugando con mi pezón, pero sin detenerse mucho rato en él. Continúa bajando su cara por mi vientre, acariciándome con su barba suave y perfectamente recortada, hasta llegar a mis braguitas.

Quiero que siga tocándome, así que, con un movimiento de caderas, me doy la vuelta y me tumbo boca abajo. Él interpreta muy bien mis intenciones y vuelve a mi cuello. Acariciándome, poco a poco, pasea sus dedos por mi espalda con un leve masaje. Arqueo la espalda y emito una especie de ronroneo para que no deje de acariciarme. Me desabrocha el sujetador y me lo aparta, sin llegar a quitármelo del todo.

Sigue bajando hasta llegar a mi culo, donde sus grandes manos se cierran fuertes, haciéndome ahogar un gemido inesperado contra la almohada. Pasa su mano por mi trasero un par de veces y empieza a besarme en la nuca, mientras desliza su dedo corazón hacia mi interior. Estoy húmeda, y sus caricias han contribuido más a ello. Me estremezco al sentirlo dentro de mí. Cierro los ojos y me dejo llevar, mientras él introduce un segundo dedo en mi interior.

Me encanta lo que me está haciendo, pero ahora yo también quiero participar. Sofoco un quejido agudo y, con un ligero meneo de cadera, lo hago parar y, cuando saca sus dedos de mi interior, me incorporo, me bajo las braguitas delicadamente y las dejo a un lado. Noto sus ojos fijos en mí y en mis movimientos. Se me vuelve a erizar la piel solo con



sentir su mirada sobre mi cuerpo. Lo miro y me tumbo en la cama de nuevo.

Nos besamos y llevo mis manos a su pecho mientras él lleva las suyas a mis caderas. Nuestras pieles están calientes. Cuando bajo mis manos, noto que su erección quiere salirse de su ropa interior. Acercó mis caderas a las suyas y lo noto. La fricción que ejerzo con mis caderas hace que se contraiga él ahora. Me tumba boca arriba y se incorpora para desnudarse.

Se tumba sobre mí y me coloca un mechón de pelo detrás de la oreja, mientras me besa calurosamente. Llevo mis manos a su culo, más duro de lo que me imaginaba, y eso hace que me excite más. Me penetra lento al principio y, poco a poco, va acelerando el ritmo de sus embestidas. Le clavo las uñas en la espalda sin querer cuando estallo entre sus brazos. Él se derrumba sobre mí. Nuestra respiración es agitada y hunde su cabeza en mi pelo. Siento cómo resopla en mi cuello y, por unos segundos, pierdo la noción del tiempo. Nos quedamos así unos minutos, cuerpo con cuerpo, con él todavía dentro de mí, con su olor ahora en mi cuerpo.

Cuando se aparta hacia un lado, mi respiración vuelve poco a poco a la normalidad. Nuestras manos se entrelazan y, cuando recuperamos el aliento, se levanta y me invita a darme una ducha con él que, obviamente, se prolonga un poco más de lo normal.

Al acabar la ducha, volvemos a la cama. Estoy cansada y me pesa todo el cuerpo. Me tumbo, él me abraza desde atrás, hunde su cabeza entre mi pelo y me acaricia el brazo hasta que me duermo absorta en su olor.

# I'm feeling good, ou yeah, so good

Despierto y huelo a Lucas. Sonrío recordando la noche que hemos pasado juntos. Está de espaldas a mí, y sumido en un sueño profundo. Miro la hora. Son las diez. Sigilosamente, me levanto de la cama y me pongo una camiseta que encuentro sobre la cómoda y que tiene dibujada una calavera en el centro; también huele a él.

En la cocina, preparo el desayuno, tostadas con té para mí, y un café con más tostadas para él. Al mismo tiempo que saltan las tostadas, aparece Lucas por la cocina y me coge por detrás, haciendo que dé un salto del susto que me ha dado.

Me da los buenos días con un beso, mientras mete sus frías manos por debajo de la camiseta, haciendo que se me endurezcan los pezones al instante. Me baja las braguitas, me sube a la encimera y me quita la camiseta. Todo casi al mismo tiempo y sin dejarme apenas tiempo a reaccionar. Sin apartar sus labios de los míos, se baja los pantalones de su pijama de Batman y los aparta a un lado (parece que lo mío de dormir con superhéroes se está convirtiendo en una costumbre que, por cierto, me encanta). Lleva sus manos a mis caderas y las acerca hasta el inicio de su erección. Yo rodeo su cintura con mis piernas y, de nuevo, él se clava en mí y yo me dejo llevar.

Desayunamos juntos en la cocina para recuperar fuerzas y, sin dejarme recoger, las tazas, me dirige al dormitorio para otro asalto matutino muy agradable, lleno de besos, cosquillas y arrumacos.

Cuando me ducho y me visto con mi ropa, se ofrece a llevarme a mi casa.

—Esta vez ya no hace falta que me indiques, que ya sé llegar yo solo sin perderme — me dice, guiñándome un ojo y abriéndome la puerta de su coche.

Cuando llego a casa, mi ropa huele a él. Me la quito y me pongo mi pijama de lunares para estar por casa. Nora no tarda en llamarme para pedirme toodos los detalles de la cita. Bastante indignada por cierto, porque no contesté a ninguno de sus *whatsapps* de anoche. Lógicamente le doy solo los detalles que se pueden contar, nada de lo que pasó debajo de las sábanas. No le veo la cara, pero sé que está sonriendo con gesto triunfante y aplaudiendo por dentro.

Esa misma tarde, mientras me encuentro enfrascada escribiendo en una de mis libretas, me llega un *whatsapp* de Lucas: «¿Cuándo vuelvo a verte? Tengo ganas de ti». Sonrío mirando el cálido mensaje a través de la fría pantalla del móvil. Voy a hacerme de rogar... aunque sean dos minutos... o no, mejor le contesto ya: «Últimamente tengo mucho tiempo libre, con eso de no tener trabajo, así que cuando tú digas nos vemos. Yo también tengo ganas de ti».

Su contestación tarda unos minutos en llegar (maldito sea): «Tengo que trabajar más de lo que me gustaría esta semana, pero el viernes por la noche estoy libre y puedo ser todo tuyo, si quieres... Antes del viernes, si consigo un momento libre, te aviso».

«Ok, el viernes eres todo mío, pero espero verte antes... Confío en que conseguirás sacar tiempo para mí».

«Prometo hacer todo lo que pueda para verte cuanto antes. Me muero de ganas de besarte».

«Y yo...».

Y, sin darme cuenta, acerco la pantalla del móvil a mis labios y la beso sonoramente. ¿Percibo amor en el aire?

Hasta que llegue el viernes, tengo toda la semana por delante. Aviso a las chicas para quedar alguno de estos días y ponerlas al día de mi vida. Nora se adelanta y desvela que tengo muchas cosas importantes que contarles para que ninguna ponga excusas para no quedar. Pero, a pesar del morbo sembrado por Nora, tendrán que esperar hasta el jueves por la tarde, que es cuando Claire puede quedar.

En principio, ya no tengo más planes. Tomo nota en mi agenda para que no se me olviden mis citas de esta semana con las chicas y con Lucas, además de llevar el coche al taller por el ruido ese extraño que lleva haciendo desde hace un par de días... bueno, semanas. Ir a baile y, también, muy importante, dejar un día para ir a comer con Carla... En principio, creo que ya no tengo más planes que apuntar... Menos mal que siempre llevo mi agenda conmigo porque tengo memoria de pez. Gracias a mis padres que me sujetaron la cabeza al cuerpo, porque, si no, ya la habría perdido.

El miércoles por la mañana, después de sacar el coche del taller, voy en busca de algo que ponerme el viernes, cuando he quedado para cenar con Lucas, y, como la mayoría de las mujeres, tengo el armario lleno de 'no tengo nada para ponerme hoy'. Quedo con Carla para comer en el centro comercial. Así, aprovecho para verla esta semana y, de paso, usarla de *personal shopper*. Es una de las ventajas que más me gustan de tener una hermana. Lástima que ella sea más bajita y no usemos la misma talla.

Acabo las compras con un vestido en tono coral que combinaré con unas sandalias *T-Strap*<sup>[11]</sup> que tengo sin estrenar de las rebajas de invierno (sí, en rebajas de invierno compré unas sandalias que, aunque no las necesitara y no las fuera a usar en ese momento, estaban rebajadísimas y no podía decirles que no. Ahora ha llegado su gran momento).

Tanto andar de tienda en tienda nos ha dado hambre, así que invito a Carla a tomarnos unos *frappés* y unos *muffins* sentadas en una terraza de la azotea del centro comercial, donde brilla el sol primaveral.

—Venga, y ahora no te hagas la loca y háblame de Lucas, que ya no tienes distracciones aquí sentada.

La verdad es que no sé porque he ido esquivando la conversación al respecto. Supongo que prefería concentrarme en las compras.

—Pues no sé qué quieres que te cuente, solo he tenido una cita con él —digo, sonrojándome y sonriendo como una tonta.

—Pero tengo entendido que lo conoces desde hace más tiempo y nunca me habías hablado de él hasta ahora. Así que dispara.

—Y qué quieres que te cuente, si yo tampoco conozco mucho de él... —digo yo, sin saber por dónde empezar.

—Pues, ¿cómo es él? ¿En qué lugar se enamoró de ti? ¿De dónde es? ¿A qué dedica el tiempo libreee?, pregúuntaleee... —Y, sin poder dejar de reírme, le pido que deje de cantar o se me pegará la canción.

—Está bien... es alto, buen cuerpo, y su olor... ¡madre mía, nena, su olor!... huele a paraíso, a mar, a madera... Mmm.

—Vale, vale, vale, creo que me hago una idea, no sigas describiéndome su olor que poto de tanta sensiblería, dime algo más de él que me pueda interesar —dice Carla, riéndose de mí.

—Ya sé que suena moñas, pero es que... tienes que olerlo —contesto, cerrando los ojos para recordar su olor.

—¿Me vas a hablar de él o tengo que cogerte el móvil y llamarlo para interrogarlo?

—A ver, no seas mala y me vayas a asustar al pobre chico.

—Mala no, pero tendré que averiguarlo yo por mi cuenta si no me lo dices tú. Te digo que quiero saber cómo es y me sueltas que huele a madera... ¿qué estás saliendo, con Pinocho? Porque, si no, no lo entiendo.

—Idiota —digo yo, riéndome—. Venga, ahora hablando en serio, va. Es moreno, ojos color miel... barbita de tres días muy bien perfilada. Trabaja en su estudio de fotografía junto a otros socios más. Y, en su tiempo libre, pues supongo que le gustará hacer fotografías ¿no? Y yo estaré encantada de hacerle de modelo.

—Tú siempre dispuesta a hacer la pava de manera gratuita.

—Al final dejaré de hablarte.

—¿Algo más que añadir?

—Sí, también le gusta bailar, como a mí, ir a la playa, viajar y escuchar música. Así que, si todo va bien, haremos grandes cosas juntos. —No puedo evitar sonreír de oreja a oreja cuando hablo de él.

—Bueno, bueno, bueno... toda una joya ese Luquitas. Espero que todo vaya genial y que pronto pueda conocerlo.

—Eso espero yo también, así podrás olerlo. Tengo tantas ganas de verlo otra vez...

—Madre mía, o ese chico huele a burundanga que te idiotiza o, si de verdad huele bien, creo que tú estás entrando en fase de encoñamiento severo. —Y yo le dedico una mueca burlona a Carla, pero me temo que tiene toda la razón (respecto a lo de que me estoy ilusionando, no a que huela a nada extraño).

Cuando estoy acabando mi *frappé*, me llega un *whatsapp* de Lucas: «Por hoy he acabado de trabajar, si quieres puedo pasar por tu casa en media hora».

«Dame una hora».

Y otra vez sonrío como una niña, mirando la pantalla del móvil, y se lo enseño a Carla, que ahora tiene más motivos para reírse de mí, pero me da igual. Acabamos de merendar y la acerco a casa antes de ir a prepararme para mi cita. En el coche, aprovecho para sacarle algunos consejos para mi atuendo de hoy. «Arreglada pero informal; y no olvides un toque

de color».

Faltan apenas diez minutos para la hora, cuando estoy poniéndome las sandalias blancas de tacón que hoy llevaré con unos vaqueros pitillo y una camiseta de manga corta. Me maquillo un poco, me peino, y lista justo en el momento en que suena el timbre. Bajo, y ahí está Lucas, esperándome fuera del coche, apoyado cual modelo de revista. Hoy lleva puestos unos vaqueros oscuros que le quedan de vicio, con una camiseta gris básica, pero que a él le da un aspecto muy sexy con sus gafas de sol oscuras.

Cuando me acerco a él para saludarlo, alarga un brazo por detrás de mi cintura y me atrae hacia él para darme un beso cálido que hace que la parte baja de mi ombligo se contraiga. Mmm, su olor otra vez... Debería ser delito estar tan irresistible y tan bueno.

Subimos al coche y me lleva a un paseo cerca del mar que a esta hora del atardecer está especialmente bonito, con el sol poniéndose al fondo. Es un lugar idílico para una cita inesperada y romántica como la de hoy.

Es inevitable no darse cuenta de lo guapo que está, y noto que no soy la única que lo mira. Acaban de pasar un par de mujeres que se han quedado sin habla cuando pasaban por nuestro lado, y he visto cómo lo miraban con deseo, las muy envidiosas. Sonríe porque él está aquí, conmigo.

Me lleva a uno de los miradores que hay al final del paseo, donde me coge de la mano mientras me paro un momento para contemplar las vistas de la cala desde ese lugar. Nunca había venido hasta este rincón y las vistas del mar Mediterráneo desde aquí son fascinantes.

Lucas aprovecha para hacer unas fotos del lugar, y yo también poso encantadísima para él. Creo que me excita sentir su mirada a través del objetivo. Verlo tan concentrado en lo que hace y saber que lo hace con tanta pasión. Observarlo es mi nuevo pasatiempo favorito. Podría pasarme horas mirándolo y no cansarme jamás. Dicen que debes escoger a una persona que te mire como si fuera magia. Yo no sé si es magia lo que siento cuando él me mira, pero me gusta sentirme así.

Me encuentro apoyada en un banco del mirador cuando Lucas acaba su sesión de fotos. Se acerca a mí, y me giro para mirarlo a la cara, que ya no se esconde detrás de la cámara. Sus ojos brillan de una forma especial. Se coloca frente a mí y, por su forma de mirarme, sé que él también lo siente.

—Mía, esta semana no he podido dejar de pensar en ti ni un solo instante. Me gustas desde que te empecé a ver por la universidad con Nora, pero nunca antes le dije nada a nadie y ahora todavía no me creo que estemos aquí los dos juntos. Ojalá esto sea el principio de una gran historia.

De nuevo, la sonrisa bobalicona se me dibuja por la comisura de los labios, y me sonrojo. Hacía mucho que no me decían cosas así, o por lo menos que yo no las sentía así. Las mariposas de mi estómago revolotean con energía.

—Yo... tampoco he dejado de pensar en ti en toda la semana. Estoy muy cómoda a tu lado y encantada de compartir momentos como este contigo. —Agacho la cabeza y sonrío.

—Mía, nada me haría más feliz ahora mismo que poder seguir compartiendo el tiempo

contigo, y cuánto más, mejor. —Y me acerca a él para fundirnos en un beso.

Después de las confesiones de sentimientos por ambas partes, nos vamos a cenar a un bar de tapas, donde seguimos conociéndonos. Cuánto más sé de él, más me gusta y, cuanto más me gusta, más me preocupa que pueda volver a salir dañada de una relación. No quiero volver a equivocarme y ver el amor de mi vida donde no hay más que sombras, como me pasó con Sergio, o confundir sentimientos cruzados, como me pasó con Izan.

Ninooo, ninoooo, ninooo. Atención, Mía la pirada acaba de hacer su aparición. Pero, ¿qué leches estás diciendo? ¿Acaso no has escuchado todo lo que te ha dicho el chico en el mirador de la cala? De verdad que lo tuyo es para hacértelo mirar. Que lo tienes loquito por ti y lo que es mejor, que tú también estás sintiendo algo por él.

Pufff. No quiero pensar, solo sentir. Quiero disfrutar cada instante que pase a su lado y, espero hacer muchas cosas con él. Tengo tantos planes para el amor de mi vida... y creo que no me puedo engañar. Creo que Lucas es ya alguien especial. Me gustaría que, poco a poco, lo nuestro llegara a ser una gran historia, como él ha dicho. Confianza, eso es lo que necesito, en mí y en él, para que esto pueda funcionar. Está en mis manos cagarla o no. Ánimo, Mía, recuerda lo que dicen de que la suerte para triunfar en la vida se llama creer en ti.

Después de cenar, nos hemos ido a bailar salsa, y he podido comprobar eso de que puedes enamorarte de una persona con solo verla bailar.

Al entrar en mi casa, parece que lo haga flotando sobre un camino de rosas en una nube de algodón (cursi, ¿verdad?). Ya sé que es pronto todavía, pero creo que me estoy enamorando, aunque de momento voy a guardarme ese pensamiento para mí solita porque solo llevamos dos citas y el enamoramiento fácil me podría pasar factura.

*I can wait forever*, de Simple Plan

«*You look so beautiful today. When you're sitting there it's hard for me to look away. So I try to find the words that I could say*».

*(Estás muy guapa hoy. Sentada ahí es difícil mirar afuera. Así que intento encontrar las palabras que te pueda decir)*

# Viviendo mi momento

Jueves por la tarde, soy la última en llegar a la tetería, Nora, Alba y Claire ya están acomodadas en sus asientos esperando a que les cuente los avances con Lucas.

Por la sonrisa que muestra cada una cuando me ven aparecer, sospecho que a Nora ya le ha dado tiempo a contarles cómo fue mi primera cita con él. Lo que no sabe ninguna es que ayer estuve con él.

—¡Ya era hora, *shiquilla*, que nos tienes en ascuas! Venga, siéntate aquí entre nosotras y háblanos de Lucas, que, aunque ya lo conocemos todas más o menos, tenemos entendido que tú lo conoces más que ninguna. —Ahí está Alba, corroborando mis sospechas.

—Lo siento, Mía, me han sacado la información, así... —dice, chasqueando los dedos—, sin darme cuenta. Te juro que yo quería que fueras tú la que lo contaras, pero no me he podido resistir —dice Nora, guiñándome un ojo y sonriendo mientras muestra sus dientes perfectos a través de sus labios rojos.

—Ya, sin querer, ¿no? Venga, Nora, no te hagas la tonta, que te conocemos todas aquí, y que, si no lo contabas, reventabas —digo, riéndome a la vez que me sonrojo—. Pues lo que no sabes es que ayer estuve con él.

—¡¿Pero qué me estás contando?! —chilla Alba, a la par se que levanta del pequeño sofá retro y se lleva la mano a la cabeza, tan dramática como siempre que se entera de algún cotilleo y, en esta ocasión, hace que la gente de la tetería se le quede mirando—. ¡Ahora mismo nos lo estás contando tó! —dice, sentándose a cámara lenta de nuevo en el sofá.

Antes de hablar, intento llevarme un trozo de *carrot cake* a la boca, pero Nora lo intercepta a medio camino.

—No pruebas bocado hasta que no nos cuentes lo que pasó ayer. —No puede evitar que le salga su parte de periodista intrépida. Y a mí no me queda otra que contarles cómo fue todo.

—Así que, en resumen, creo que después de todo lo que ha pasado en estas dos citas, pues somos medio novios y, es más, creo que me estoy enchochando un poco, aunque me da cosa decírselo porque creo que todavía es demasiado pronto —digo yo, mirando a Nora con mi sonrisa de oreja a oreja para que me devuelva mi ración de pastel.

—Te estoy amando locamente, pero no sé cómo te lo voy a *desir* —cantan Nora y Alba al unísono, ofreciendo un espectáculo gratuito a todos los presentes.

—Me alegro mucho por ti, Mía, te lo mereces y sabíamos que pronto encontrarías a alguien que estuviera a tu altura. En todos los sentidos —dice Claire, poniendo su mano en mi brazo y riéndose de la actuación improvisada de Las Grecas.

—Muchas gracias, Claire, supongo que al final sí que os debo esa cena que me dijisteis... Así podréis conocer a mi chico —digo yo, ahora mirando a las artistas.

Esa noche no recuerdo por qué extraño motivo, acabamos tomando unas copas en el

pub irlandés que tiene esa maquinita de karaoke que tan locas nos vuelve. Por supuesto, hubo actuaciones de Las Grecas y momentos unicornio recordando viejos tiempos.

\*\*\*

Viernes por la mañana, me levanto con una resaca del quince, me doy una ducha y me preparo porque he quedado para comer con Bea, que, desde que llegó de su viaje por la India, no hemos coincidido.

Comemos en un bar del centro mientras la pongo al día de mi situación amorosa, ya que de la laboral hay poco que contar. Ella, por su parte, está bastante tranquila buscando local para montar su tienda de ropa *vintage*.

Yo confío en poder seguir escribiendo mi libro y acabarlo antes de quedarme sin ahorros. A ver si la inspiración me viene cuando esté sentada frente al papel en blanco porque, últimamente, parece que me rehúye.



# Amo todo de ti

Han pasado cinco meses desde que Lucas y yo empezamos a salir aquel día en el mirador. Ya conoció a mis padres, que ahora lo adoran, y también pasó la prueba de fuego con mi hermana Carla, he de decir que con bastante buena nota porque las hermanas para esto tenemos un sexto sentido y no se nos escapa ni una.

Hemos pasado muchos buenos momentos, incluso nos hemos escapado juntos a Londres, donde pasamos cuatro días inolvidables. Estamos muy enamorados (momento cursi: estoy tan feliz que si estornudo me sale confeti por la nariz). Sigo en fase de encoñamiento severo, corroborado no solo por Carla sino también por las chicas.

Hoy es el cumpleaños de Lucas y le he preparado un fin de semana romántico en una casita rural que he alquilado a las afueras. Él piensa que el fin de semana lo pasará en mi casa, donde cada vez pasa más noches, así que todo es muy sorpresa.

He quedado en ir a recogerlo a la salida de su trabajo. Estoy tan nerviosa que parece que la sorpresa sea para mí. Espero que todo salga bien.

Cuando sale del estudio, va vestido con unos pantalones color camel, una camiseta azul oscura y unos zapatos tipo *Oxford* color siena. Todo lo que se pone este hombre le sienta genial, y yo babeo cada vez que lo veo porque me gusta más que a un tonto un lápiz. Me da un beso y deja su bolsa en el maletero. Aunque han pasado los meses, cada vez que huelo su perfume me sigue dejando anestesiada por unos segundos en los que mi cerebro va más lento de lo normal. Cuando me recupero de mi aturdimiento aromático, le muestro mi sonrisa de satisfacción y le desvelo parte de mi plan.

—¿Preparado para el fin de semana, cariño? No te lo he querido decir antes, pero tengo preparada una sorpresa. Solo tienes que confiar en mí. —No puedo contener la alegría que hay dentro de mí y doy pequeños saltitos mientras hablo.

—¿Una sorpresa? ¿Ahora? ¿O cuándo? —dice, subiéndose al asiento del copiloto y mirándome como si no se fiara de mí.

—Ahora, pero tú relájate, amor, que yo lo tengo todo controlado —digo, poniéndome al volante y aferrándome a él con fuerza.

—Pero, ¿seguro que sabes a dónde vamos? Mira que tú eres de perderte hasta en el súper. Si quieres, me dices dónde vamos y conduzco yo.

—Buen intento, pero no. Tranquilo, que está cerca, no deberíamos tardar más de... ¿media horita? Aunque, conociéndome, nunca se sabe lo que puede pasar. Sabes que yo vivo en una aventura continua. Pero tú relájate y disfruta del viaje. Yo te aviso cuando lleguemos —digo, sonriéndole.

Me sigue mirando con desconfianza, pero no tiene otra opción que dejar que sea yo quien lo lleve.

Después de una hora y cuarenta minutos, conseguimos localizar la casa. A medio camino, tuve que desvelarle hacia dónde nos dirigíamos y dejarlo conducir a él si

queríamos llegar antes de que se hiciera de noche. La casita es muy acogedora, de dos plantas y decorada con muebles rústicos blancos en su mayoría.

Mientras Lucas deja las cosas arriba en el dormitorio, yo investigo el resto de la casa. Como no me ha dado tiempo a enfriar el vino que traía, salimos a cenar a un restaurante muy íntimo en el centro del pueblo. Es un lugar que está en medio de la montaña y, a pesar de que son principios de septiembre, hace fresquito por la noche, así que al acabar de cenar regresamos a la casa para poder estar al abrigo del relente y también más tranquilos.

Le pido a Lucas que espere abajo un momento mientras yo preparo una de sus sorpresas en el dormitorio. Enciendo unas velas, pongo música y lo preparo todo para hacerle un baile sensual. Estos meses con Lucas me han servido para saber crear ambientes románticos y no solo dramáticos. Hoy intentaré poner en práctica todo lo aprendido hasta ahora. Le pido, con voz sugerente, que suba. Lo espero impaciente a los pies de la cama. Llevo puesto un kimono negro que debajo esconde un conjunto de ropa interior también negra.

Cuando Lucas aparece por la puerta del dormitorio, se queda ojiplástico al verme con tan poca ropa y en tacones. Intentando parecer seria, le pido con voz de *dominatrix* que se quite la camiseta y se siente a los pies de la cama, y, obedeciendo mis órdenes, sin dejar de mirarme, toma asiento.

Me giro sobre mis tacones negros y me quedo de espaldas a Lucas y enciendo el iPod que he conectado al altavoz inalámbrico. Suena la canción *Earned it*, de The Weeknd, y me siento poderosa. Es el momento, lo he estado ensayando esta semana en casa delante del espejo mientras Lucas trabajaba. Tiene que salirme bien, allá voy.

Apoyo las manos en la pared y empiezo a contonear las caderas, al principio un poco nerviosa, hasta que tomo el control de la situación. Muevo los brazos de forma serpenteante y deslizo el kimono dejando ver mi hombro derecho. Hago unos cuantos giros con él y luego cambio de lado, desnudando el otro hombro. Me giro hacia Lucas, que está callado, sin pestañear y sin quitarme los ojos de encima. Yo sigo moviéndome al ritmo de la canción.

Me coloco delante de él y, haciendo equilibrio, coloco mi pie derecho en su entrepierna. Mis dedos desfilan por mi pierna con movimientos sugerentes, acariciando el interior de mi muslo, ante la atenta mirada de Lucas.

Bajo el pie al suelo y me siento a horcajadas sobre Lucas, moviendo el cuello y los hombros a la vez que elevo mis caderas una y otra vez. Ahora mismo él no sabe hacia qué parte de mi cuerpo mirar. Eso me gusta, y hace que me erice entera.

Vuelvo a ponerme de pie y de nuevo le doy la espalda a Lucas. Lenta y rítmicamente, me desato el kimono y dejo que resbale hasta el suelo. Muevo las caderas, sabiendo que Lucas tiene su mirada puesta en mi culo ahora mismo, y me humedezco solo de pensarlo. Estoy muy relajada y disfrutando de este momento. Sin dejar de moverme, vuelvo a sentarme a horcajadas sobre Lucas y me desabrocho el sujetador todo lo sensualmente que puedo. Dejo que jugueteo con un pezón por poco tiempo.

Por última vez, me incorporo y agarro la cinturilla de las braguitas por ambas caderas y empiezo a deslizarlas hacia abajo con movimientos insinuantes. Cuando estoy desnuda,

Lucas resopla. Parece que ha estado conteniendo el aliento todo este tiempo. Debajo de sus pantalones camel, se adivina su erección. Sonrío por no haberme caído en plena actuación y también por haberlo provocado de esta manera. Aparto las braguitas con el pie hacia un lado y me dirijo hacia la cama.

Me coloco delante de Lucas, me bajo de los tacones pareciendo todo lo sensual que puedo (esta parte no la había ensayado), le bajo los pantalones junto a la ropa interior y lanzo el barullo de ropa al rincón de la habitación donde yacen casi todas mis prendas. La canción ya ha acabado pero la *playlist sexy* que he preparado para este momento sigue sonando en el iPod. Me siento a horcajadas sobre Lucas. Me deslizo suavemente sobre su miembro y comienzo a subir y a bajar al ritmo de *Black Velvet*, de Alannah Myles, mientras él agarra fuerte mis caderas, clavando sus dedos en mi piel y mirándome todavía sorprendido. Lo he dejado anonadado.

Cuando hemos acabado, me besa de manera pausada mientras me acaricia todo el cuerpo.

—Oh, Mía, me ha encantado la sorpresa... estabas taaan sexy... podría pasarme toda la vida mirándote y no cansarme nunca... no me esperaba este regalo... prométeme que me lo harás más a menudo. Me encanta verte bailar —dice, alternando sus palabras con besos por todo el cuerpo.

—Sí, claro, para la próxima vez tengo pensado cogermé una serpiente y bailararte a lo Salma Hayek en *Abierto hasta el amanecer*.

—¿En serio? —pregunta, con los ojos muy abiertos.

—Pues nooo, tú estás *flipao*, nada de animales. Este baile ha sido irrepetible, como yo —respondo, jugando con mis dedos entre su pelo—. Aunque puede que lo intente mejorar porque me lo he pasado muy bien y creo que tú también.

\*\*\*

Sábado por la mañana, me despierto en la coqueta cama de la casa rural y Lucas ya no está a mi lado. Un olor dulce sube al dormitorio y me avisa de que el desayuno está preparado. Me pongo el kimono negro y bajo descalza por las escaleras. Lucas ha servido todo el desayuno en la mesa de la pequeña terraza que hay en la parte de atrás de la casa. Desde este rincón, las vistas de la montaña son geniales. Le doy un bocado al cruasán, un beso a Lucas y me siento en el sillón de mimbre a desayunar, mientras contemplo las vistas en general que la vida me ofrece en este maravilloso día.

Hoy iremos a explorar la zona en busca del nacimiento de un río que discurre por el pueblo. Lucas lleva mapa, por si acaso, aunque en la oficina de turismo nos han explicado cómo llegar y parece fácil.

Siguiendo las indicaciones de Lucas, porque se ha negado a seguir mi intuición de *girl-scout* (ya me conoce bastante, y ha hecho bien en no hacerme caso, que a saber a dónde nos hubiera llevado), llegamos al nacimiento, y él aprovecha para tomar unas cuantas fotos. Yo, mientras, exploro la zona cual Dora la Exploradora con la mochila y el mapa que llevaba Lucas. No me alejo mucho por si me diera por perderme.

Como era tarde, hemos decidido traer un par de sándwiches y montar un picnic en plena naturaleza, como en las películas, solo que aquí hay bichos por todas partes y ruiditos inquietantes que no me dejan comer tranquila. A Lucas la escena le parece divertida, pero conmigo los mosquitos se están dando un festín del bueno, dejándome la pierna como un colador.

Por la tarde, regresamos de la expedición y me meto directa a la ducha. Llevo barro hasta las pestañas del trastazo que me he pegado bajando por unas piedras resbaladizas. Si tenía poco con las picaduras de los mosquitos, ahora tengo el cachete derecho del culo dolorido. Lucas me ha ayudado a levantarme después de mi aparatoso aterrizaje, no sin antes quedarse a gusto deshuevándose de mí. Hasta creo que ha tomado unas instantáneas del momento...

Ahora se ha metido conmigo en la ducha, me enjabona mis partes magulladas y me lava el pelo plácidamente. Supongo que es su manera de pedir perdón por haberse reído de mí. Mientras masajea mi cabeza con sus largos dedos, en mi garganta se enmudecen gemidos de placer.

—Oh, Lucas... no pares de hacerme eso —digo, girando el cuello hacia un lado y luego hacia el otro.

—¿Te gusta? —dice, con voz ronca, sin dejar de masajearme.

—Grrr —ronroneo, y mis pezones se sensibilizan sin poder remediarlo—. Me encanta.

Lucas tira de mi cabeza hacia atrás, besa mi cuello y pasea su lengua provocando que toda mi piel se erice *ipso facto*.

Sus dedos siguen hundidos en mi pelo, impidiendo que yo pueda girarme hacia él. Ahora, sus labios calientes pasean por mi cuello hasta llegar a mi nuca. Cierro los ojos y rezo por que no pare. Sin dejar de besarme, aparta una de sus manos de mi cabeza y la apoya en mi espalda para inclinarme hacia delante. Abre el grifo, y el agua caliente recorre mi espalda haciendo que todo mi cuerpo se convulsione desde el interior. Apoyo las dos manos en los azulejos, y las piernas empiezan a temblarme al sentir su mano separando mis muslos, abriéndose paso y deslizando sus dedos hacia mi interior.

Clava su mano libre en mi trasero y grito, lidiando en mi interior con el placer y el dolor que me provoca al apretar los rasguños de mi culo. Al final, me invade la pasión y ahogo mis gemidos bajo el agua. Me giro para recibir a Lucas y con nuestros cuerpos humedecidos por el agua y el sudor, nos dejamos llevar.

Por la noche cocinamos juntos un *risotto*, que degustamos con unas copas de vino a la luz de las velas en la mesa de la terraza. Aprovecho para darle otro regalo que tengo para él. Menos mal que el baile se lo hice ayer, porque hoy, con mi pierna hinchada y mi culo dolorido, no hubiese quedado igual de sensual. Esta vez se trata de algo material, un libro de fotografía del que me había hablado hacía un par de semanas y que sabía que le gustaría tener. Desde que estoy con él, la fotografía empezó a gustarme. Me regaló una de sus primeras cámaras réflex y, ahora, otra nueva forma de disfrutar de la playa es yendo a poner en práctica sus trucos y consejos.

Esa noche en la casa rural, bailamos descalzos y abrazados a la luz de la luna, compartimos cálidos besos y cómplices miradas bajo las estrellas, e hicimos el amor una

vez, antes de caer profundamente dormidos.

Al día siguiente, regresamos a casa con muchos recuerdos de estos dos días.



Mi último regalo para Lucas fueron las llaves de mi piso. Algo simbólico, porque ya lo habíamos hablado antes, porque cada vez venía más a menudo y pasaba más noches conmigo, pero todavía no lo habíamos hecho definitivo. Ahora es el momento perfecto. Él ha cogido unas semanas de vacaciones y aprovecharemos para hacer la mudanza.

Hoy hemos traído las últimas cajas que le quedaban, y mañana ha quedado con su casero para devolver las llaves de su pequeño *loft*, donde tantos momentos hemos atesorado.

Ahora nos toca empezar una nueva vida, juntos y revueltos.

Fuera está lloviendo, así que no tenemos excusa para no ordenar las cosas. Yo estoy colocando algunos vasos y copas en el salón, mientras él ordena su ropa en el armario y las cosas del baño.

Al acabar, me siento en el sofá a descansar. Subo el volumen de la música mientras él acaba. Suena *I Want It That Way*, de los Backstreet Boys y, de repente, aparece Lucas por la puerta del salón imitando a Tom Cruise en la famosa escena de la película *Risky Business*. Se debe de haber quitado los pantalones por el pasillo porque va solo con calcetines, bóxer y camiseta. Empieza a bailar de una forma muy sensual, acariciándose el cuerpo, levantándose un lado de la camiseta para dejarme ver parte de sus abdominales, mientras mueve las caderas, ahora creo que intentando imitar a Shakira.

Al principio, me cuesta contener la risa, pero cuando veo que él se toma en serio el *striptease*, me tumbo en el sofá para deleitarme la vista y disfrutar del espectáculo que me ofrece.

La verdad es que no lo hace tan mal, y creo que está intentando superarme en esto del arte de la seducción. Cuando se quita la camiseta y me la lanza a la cabeza, grito como una *fan* desesperada mientras aspiro su olor en la prenda. Lo animo a seguir con el baile poniéndome de rodillas sobre el sofá y aplaudiéndole como una loca.

Cuando acaba, me tumba en el sofá y me cubre con su cuerpo. Me besa tórridamente y me hace el amor allí mismo.

—Por Dios, Lucas, no te has quitado los calcetines para follar —digo yo, horrorizada, cuando hemos acabado, y él se ha tumbado a mi lado, pasándome su brazo por mi hombro.

—Con lo que lo odias tú. Cómo te habré puesto de cachonda con mis movimientos *sisis* para no haberte dado ni cuenta —dice, riéndose a mi lado y besándome el pelo.

Ahora soy yo la que toma las riendas y lo llevo hasta la cama para quitarle los calcetines...

Por la noche, preparamos un bol gigante de patatas fritas con ketchup y nos las comemos en el sofá, rodeados de unas velas y música de ambiente. Nuestra primera noche definitivamente viviendo juntos. Estoy muy feliz a su lado y no puedo evitar decirle a cada

momento lo mucho que lo quiero. Él también me muestra su amor bastante a menudo y es más cariñoso de lo que imaginaba. Además, que juntos nos lo pasamos muy bien y nos gusta aprovechar cada momento que podemos para hacer reír al otro, como esta misma tarde.

Cuando terminamos de cenar, coge mis manos entre las suyas y veo que sus ojos brillan de una manera especial.

—Quiero ser lo mejor de tu vida. Tu mejor historia. Hacerte la mujer más feliz del mundo. Te prometo que siempre haré todo lo que esté en mis manos para conseguirlo, porque te amo y quiero que esto sea eterno —dice mientras me besa las manos para firmar su promesa.

Así, como que es imposible no ser moñas cuando me dice estas cosas. Y, además de que me gusta más que comer con los dedos, pues también mis bragas se desintegran en estos momentos en los que estamos los dos solos rodeados de tanto amor.

Tras ver *Todos los días de mi vida*, acompañados de unos *gintonic*s, me lleva a la cama, que antes dejamos desordenada, y volvemos a hacer el amor, lento, sin prisas y, de nuevo, sin calcetines.

# Celebrando la vida

Siempre hay una excusa para celebrar algo con buenos amigos, y hoy la excusa es que Lucas ya lleva una semana instalado definitivamente en casa. Vienen las chicas con sus respectivos novios/maridos para cenar en casa todos juntos.

Tenemos lambrusco y hemos pedido pizzas, para así ahorrarme el tener que cocinar para toda la tropa.

La cena discurre mejor de lo esperado, entre muchas risas. A pesar de que Lucas ya conocía a Nora, al resto solo los había visto un par de veces, y parece que los chicos están haciendo muy buenas migas entre ellos porque, al acabar de cenar, se van al sofá a seguir con sus conversaciones típicas de hombres: deportes, coches, concursos de comida y música. Creo que esto es el principio de una gran amistad, o de una asociación cervecera/gastronómica, o de una historia de amor a cuatro bandas, nunca se sabe.

Nosotras nos quedamos en la mesa con unos *sex on the beach* que hemos preparado especiales para la ocasión, escuchando algunos de los consejos amatorios de Nora.

—Mía, aprovecha el principio de la convivencia, que luego todo cambia. Al principio, mucho lerele y muy bonito todo, pero poco a poco se van acostumbrando y de repente... «Hola, soy la rutina y he venido para instalarme en vuestras vidas» —dice Nora con gesto irónico—. Si es que yo no fui creada para sentar la cabeza y ahora estoy que me subo por las paredes.

—Anda, no digas eso, Nora, estarás pasando una racha de sequía de... ¿qué llevas? ¿una semana sin sexo? —le pregunto yo, sorbiendo de mi copa.

—¿Una semana?! Mato a Manu como me deje una semana sin lo mío. Llevo cinco días, y estoy empezando a pensar que esto de las relaciones monógamas no son para mí o... que ya no me quiere. Ya no sé muy bien cómo cojones va esto... —Al decir eso, Manu se gira y le echa una mirada furtiva a Nora. El pobre todavía confiaría en que ella no hablaba de estas cosas con nosotras, pero si él supiera todo lo que sabemos, no se atrevería a mirarnos a la cara nunca más.

Nora suele hacernos reír mucho por sus exageraciones, como esta situación, que a nosotras nos parecen lo más normal en una pareja en la que ambos trabajan y, para ella, sin embargo, supone el fin del mundo. Siempre ha sido sexualmente muy activa y, ahora, si Manu no está dispuesto un día, para ella parece que se acaba el interés, el amor (eso en lo que ella no creía) y llega hasta a cuestionarse su propia existencia sexual.

—Ya verás cómo pronto vuelves a tener mucho lerele. Deja al pobre chico que respire, que seguro que lo tienes *exprimío* —dice Alba entre risas.

—Eso quisiera yo, exprimirlo, pero no se deja.

—Dale tiempo, Nora, que no todos tenemos la misma predisposición que tú al sexo. Igual necesita algo más que eso —dice Claire, intentando aportar normalidad a esta conversación.

—Claro, a ver, ¿tú has *proba* a hacer algún plan romántico con él?

—La palabra *romántico* no está en mi diccionario, Alba, cariño —dice Nora, mirándola con los ojos entrecerrados.

—Pues igual deberías hacer algo con él más allá de la cama. Que sois pareja y está muy bien que tengáis sexo salvaje, pero también daros amor puede ser muy bonito, Nora —digo yo, dándole unas palmaditas en la espalda.

—Joder, si es que la palabra amor me suena taaan poco apropiada para mí que creo que no me acostumbraré jamás...

—Pues paciencia, cariño, que el amor es cuestión de dos y no siempre va a pasar lo que tú quieras. Aunque yo, de momento, no creo que me llegue la rutina. Mira, con Lucas siempre estoy ideando planes para hacer algo diferente cuando tenemos un rato libre, y, si nos quedamos en casa, pues tampoco nos aburrimos —digo, guiñándoles un ojo.

—Bueno, bueno, intentaré hacer algún plan "romántico", —dice, poniéndole comillas a la palabra—, pero tú, por si acaso, disfruta ahora, que luego, ya, que te quiten lo *bailao*. Y yo, esta noche, hago la ola con las tetas si hace falta, pero de hoy no pasa. Hoy follo —dice Nora, mientras levanta su copa para brindar.

Tras el brindis, subimos el volumen de la música para animar a los chicos a bailar, pero no lo conseguimos. De repente, suena el *Wannabe* de las Spice Girls, que, como a la mayoría de la gente de nuestra generación, nos trae recuerdos de nuestras infancias. No podemos remediarlo y nos ponemos a cantar y a bailar como locas por el salón, lo poco que nos acordamos de la coreografía. Lucas todavía está acostumbrándose a estos *momentos unicornio*.



# Nuevos proyectos, nuevos retos

A los dos meses de vivir juntos, el lerele sigue funcionando estupendamente.

La semana pasada, a Lucas le dieron la gran noticia de que le había sido otorgado a su estudio fotográfico un proyecto que llevaba mucho tiempo deseando. El sábado por la noche salimos a celebrarlo los dos solos.

—Mía, ahora que nos han concedido esta oportunidad, voy a tener que dedicarle mucho tiempo al proyecto, porque quiero estar entre los mejores. Es lo que siempre he esperado y todavía no me puedo creer que me hayan dado esta oportunidad de participar. —Se le nota el entusiasmo cuando habla. Lo sé porque sus ojos brillan diferentes siempre que algo le gusta de verdad.

—Me alegro muchísimo por ti, estoy muy orgullosa de que por fin tu trabajo se vaya a ver reconocido. Y estoy segura de que lo harás genial. Te quiero mucho, amor.

—Yo también te quiero, pero tendrás que perdonarme si paso más horas de lo normal trabajando. Serán solo unos meses, pero te compensaré cuando acabe, aunque viviendo juntos, no vas a notar el cambio en absoluto.

—Por mí no te preocupes, creo que es buen momento para retomar el libro que tenía un poco dejado de lado en los últimos meses por falta de inspiración. He estado dándole vueltas a unas ideas al respecto y creo que ahora es el momento para aprovechar y hacerlo. Voy a escribir algo que algún día espero poder publicar y, por eso, voy a aprovechar que tú también estarás ocupado para intentar acabarlo y darle forma.

—Me alegro muchísimo, es una gran idea y un proyecto genial. Es verdad que me lo comentaste cuando empezamos a salir, pero ya nunca más te vi dedicarte a él ni nombrarlo y ya me había olvidado. Seguro que tú también lo consigues. Este será nuestro año. Brindemos por nuestros proyectos y por nosotros.

La celebración no acabó en el restaurante, como es lógico. Cuando llegamos a casa, me quité los zapatos, preparé unos *gintonic*s y nos sentamos en el sofá, acompañados por la luz de las velas y la *playlist sexy* de fondo. Lucas masajearon mis pies mientras yo saboreaba mi copa.

La conversación se alargó hasta bien entrada la madrugada, pero la noche es joven y yo estaba ya bastante cansada de tanto beber y hablar, así que me desnudé mientras Lucas seguía hablando. Me senté encima de él y lo callé a besos y caricias. Por esa noche, se había acabado la conversación para dejar paso a la pasión.

# Una mala racha la tiene cualquiera

Lucas llega hoy de Barcelona, donde ha pasado toda la semana por motivos de trabajo. El proyecto le está requiriendo más dedicación de la que los dos nos esperábamos en un primer momento.

Las primeras semanas desde que le adjudicaron el trabajo, tal y como estaba previsto, pasó más horas en el estudio y viajando que en casa. Cuando él llegaba a casa, yo estaba escribiendo y, cuando me iba a la cama, él ya estaba dormido. Así habíamos pasado todo el mes de noviembre, y la verdad que la noche antes de irse a Barcelona parecía que estaba ausente. Hicimos el amor, pero no resultó ser, ni de lejos, todo lo pasional y tierno que había sido hasta ahora. Fue algo más bien como un polvo de cortesía porque él iba a estar fuera de casa una semana y yo, al fin y al cabo, era su novia y tenía que despedirse de mí de alguna manera romántica aunque yo diría que fue más bien... conmovedora. El caso es que todo esto está pasándonos factura a él, a mí y a la relación. No sé cuánto tiempo más seré capaz de aguantar su presencia fantasmal por casa.

Espero que hoy llegue más relajado, que el tiempo que no estamos compartiendo juntos se vea recompensado finalmente y que consiga el reconocimiento que su trabajo se merece.

Me he encontrado a Alba esta mañana cuando he salido a comprar unas cosas y me he tomado un café con ella.

—Menos mal que te he encontrado. Necesitaba hablar con alguien que me pueda entender. Últimamente estoy muy agobiada... Lucas pasa más tiempo trabajando que en casa, y el tiempo que pasa en casa es para dormir y poco más... y yo... mi libro está algo estancado. Tenía muchas ideas en la cabeza y escritas en mi libreta, pero mis pensamientos ahora mismo solo se centran en mi relación con Lucas. No sé qué hacer. —Me llevo las manos a la cara para ocultar mis lágrimas—. Intento apoyarlo en todo lo que puedo, pero es que apenas hablamos, y ya casi ni nos tocamos. Todo esto me está superando y no sé cuánto podré aguantar así... me recuerda tanto a cómo me sentía al final de mi relación con Sergio... siento otra vez esa ansiedad de no poder controlar la situación... y llevo toda la semana sin dar pie con bola. Todo me sale mal... y no sé qué va a pasar, pero no quiero estar así... me supera la situación...

—Mira, Mía, *pa* empezar, puedes ir tranquilizándote, porque Lucas no es Sergio. Sergio no quiso luchar por ti y arreglar lo vuestro, pero una cosa te digo, él acabó perdiendo, de eso puedes estar tú segura que se arrepentirá toda su vida. Pero eso ya es pasado y no tienes ni que pensarlo. Lo que importa es el presente y ahora solo estás pasando una mala racha con Lucas, pero te aseguro que es solo eso, un bache en el camino y que Lucas te quiere, y lo último que quiere es perderte. Te necesita a su lado y luchará por ti *tó* lo que haga falta. Eso te lo aseguro yo, solo que pienso que ahora está bastante estresado y no piensa en cómo te puedes sentir tú con *tó* esto. Ten paciencia chiquilla, que todo lo malo pasará y al final tendrá su recompensa y la relación saldrá reforzada con *tó* este asunto. Os hará más fuertes, ya verás. ¿Cuándo llega de Barcelona?

—Hoy —digo, soltando un largo suspiro—. Tengo que ir a recogerlo al aeropuerto

dentro de dos horas.

—Pues cuando llegue, intenta ser comprensiva con él, pregúntale por el proyecto, interésate por él y cuéntale lo que te preocupa, seguro que te entiende. No te preocupes, neni, que esto es normal en todas las parejas. Lo que pasa que hasta ahora, entre vosotros, había sido todo de color de rosa, y así no es la vida. Hay más colores, y eso ya deberías saberlo tú, *miarma*. —Y me seca una lágrima que me queda en la mejilla.

—Gracias por todo, Albita, no sabes lo bien que me ha venido encontrarte. De otra forma, supongo que le hubiese montado un pollo a Lucas nada más llegar. Te debe una, y yo también. El café lo pago yo.

—No tienes que pagarme *ná*, pequeño unicornio, las amigas estamos *pa* eso. Yo te doy mi punto de vista, y puede que en otras ocasiones me haya equivocado, pero, en este caso, sé que Lucas te quiere y que esto servirá *pa* reforzar la relación, *ná* más. Solo dale tiempo.

—Gracias, fea. Te quiero muchísimo, y lo sabes —digo, guiñándole un ojo y lanzándole un beso al aire.

Me voy a casa con un peso menos sobre mi conciencia. Dejo la compra y me doy una ducha antes de prepararme para ir a por Lucas al aeropuerto.

\*\*\*

En su regreso no ha habido fuegos artificiales, aunque supongo que, tal y como está el patio, tampoco los esperaba. Pero sí que esperaba un saludo algo más cálido que el pico que me ha dado y que a duras penas me ha rozado los labios.

Ni siquiera me ha mirado a los ojos desde que ha llegado. Está cansado, y nada más llegar a casa se mete en la ducha mientras yo preparo la cena, que transcurre en el más estricto de los silencios.

Tras la cena, se va al sofá sin dirigirme la palabra, aunque he notado que en la mesa nuestras miradas sí que se han cruzado en un par de momentos fugaces. Pero dudo que estuviera pensando en mí y en lo bonitos que son mis ojos o en lo mucho que me podría haber echado de menos estando en Barcelona.

Me siento a su lado en el sofá e, intentando un acercamiento, cojo su muñeca derecha, la levanto y me cuelo bajo su brazo, gesto al cual él responde dándome un beso en el pelo y cogiéndome por encima del hombro. Aprovecho la aproximación para preguntarle acerca del proyecto y de su viaje a Barcelona. Él ni siquiera me pregunta por mi libro...

Voy intentar recordar las palabras de Alba y las técnicas de autocontrol que aprendí con la doctora Llanos. Voy a relajarme, a respirar profundo, a contar hasta diez, venga, Mía que tú puedes.

Uno.

Dos.

Tres.

Cuatrocincoseisieteochonueveydiez.

Vuelve a contar; ahora más despacio...

Uno... dos... tres; no creo que sea necesario ahora mismo montarle el pollo para decirle cómo me he sentido esta semana.

Cuatro... cinco... seis; estará agotado del viaje.

Siete... ocho... nueve; voy a dejar que pasen los días, a ver si por sí solas las cosas vuelven a su cauce, como me ha dicho Alba.

Y diez; Lucas se va a la cama y yo me voy con él. Me abraza. Esto es todo un avance, ya llevamos dos acercamientos en menos de media hora, esto promete. Muevo las caderas para acoplarme a él y poder... sentirlo, y lo que siento es que se duerme al instante como un tronco. Igual que los días anteriores, hoy también me quedaré con las ganas de tenerlo cerca de mí, sentimentalmente hablando. Hoy no habrá lerele, aunque ahora por lo menos ya está a mi lado, y su olor vuelve a inundar cada rincón de la cama. No me queda otra que conformarme con eso.

Ahora, Mía, ponte a contar ovejas y duérmete. ¿Cómo era eso? Una oveja, dos ovejas, tres ovejas, pollo, pato, cabra, en la granja de Pepito, yo voy a hacer un corral, ¡eeeh Macarena! ¡Achilipu que pú! Venga ya, respira, relaja, duerme y sueña.

Menos mal que, en mi sueño, Lucas estaba mucho más cariñoso y receptivo.

\*\*\*

Por la mañana, me levanto y desayuno sola en la cocina. Lucas está en el rincón del salón que usamos como despacho. Se debe de haber levantado hace un buen rato porque yo ni me he enterado. Bueno, aunque hiciese cinco minutos, tampoco me habría enterado, porque soy una marmota y no me entero ni de si cae una bomba al lado de la cama.

Parece que hoy Lucas está muy estresado, a pesar de que no tiene que ir al estudio porque trabajará desde casa sin necesidad de quitarse su amado pijama de Batman. Quiere dejarlo todo listo, según él, para en navidades no tener que estar fuera de casa mucho tiempo y poder hacer planes juntos. Pero, ahora mismo, tal y como están las cosas, dudo que eso vaya a ser posible.

Me acerco para darle un beso, al que responde muy desaborido, y, acto seguido, cuando intento interesarme por lo que está haciendo, me gruñe, literalmente. En definitiva, parece que alguien se ha levantado con el pie izquierdo hoy y, por una vez en la vida, no soy yo.

Me voy al dormitorio, hago la cama y me pongo unos vaqueros, unos botines y un jersey.

—Para evitar molestar, me voy a ir a la playa a pensar un rato, porque parece que aquí sobro hoy. Y así a ver si consigo que, al volver, estés más calmadito, porque hoy tienes los humos muy subiditos tú.

—¿Yo? Vale, lo que tú digas.

Indignada, cojo mi abrigo y, al salir de casa, con la cabeza bien alta, cierro la puerta dando un fuerte golpe para dejar claro mi enfado.

Hacía muchas semanas que no venía a la playa y, ahora, a principios de diciembre, hay muy poca gente. Doy un paseo y me siento en un banco, donde tomo mi libreta para escribir algunas ideas que se me van ocurriendo para el libro. Algunas ya están tomando forma en varios archivos que tengo guardados en el ordenador, y algunos de esos archivos ya los he empezado a unir para ir creando mi historia.

De repente, suena mi móvil y pienso que es Lucas para intentar paliar su contestación de antes, pero no es él, ni mucho menos son sus disculpas. Se trata de un editor con el que contacté hace unas semanas y que quiere quedar esta semana para una entrevista, porque la parte del manuscrito que le envié le interesa bastante.

Esta llamada ha sido lo mejor que me podía pasar hoy, aunque no estoy del todo segura de que a Lucas le haga la misma ilusión que a mí. Cuando llego a casa, sigue enfrascado en su trabajo.

—¿Podemos hablar? —digo, dejando el bolso y acercándome hacia él todo lo sigilosa que puedo ser.

—Ahora mismo estoy muy ocupado —dice, sin apartar la vista de la pantalla del ordenador.

—De eso mismo te quería hablar, Lucas. Últimamente estás demasiado ocupado en tu trabajo. —Y pongo los brazos en jarras para que, si le da por levantar la mirada, vea que estoy enfadada—. Yo intento entenderte y dejarte tu espacio, pero a veces necesito que me prestes un poco de atención. Yo también vivo en esta casa, no estás tú solo, ¿lo sabes?

—Ajá. ¿Y qué quieres que haga? —Sigue sin mirarme.

—Pues quería decirte que esta semana tengo que ir a Madrid unos días para una entrevista, y me gustaría que me acompañaras. Así podrías desconectar un poco.

—No-puedo-desconectar-ahora. Ya te dije que en Navidad tendría unos días libres.

—Vale, pues no tengo nada más que decir. —Bajo los brazos y me giro para ir al baño a darme una larga ducha, de esas en las que recapacitas mientras el agua recorre tu cuerpo y suena tu música favorita a todo volumen.

—¿Y de qué es la entrevista? —Escucho que me habla cuando llego a la puerta del baño.

—De trabajo, y ¿sabes? Es una oportunidad muy buena, y puede que la acepte, porque veo que aquí no tengo mucho futuro... —Obviamente, miento para ver si espabila un poco ante la idea de que me marche a Madrid a trabajar, pero ni por esas reacciona.

Salgo del baño de la habitación y me voy a la cocina. Me como un sándwich de pie, apoyada en la puerta de la nevera, que está abierta, mientras yo contemplo su interior de manera distraída. Me acabo el sándwich, cojo una copa y una botella de vino lambrusco de la nevera y me dirijo hacia el baño del pasillo, que tiene bañera.

Son muy pocas las veces que uso la bañera, salvo para estos grandes momentos de reflexiones locas, donde aprovecho para dedicarme unos minutos extras para mí, con copa de vino y depilación. Copa de vino y exfoliación. Copa de vino e intento fallido de manicura y pedicura. Acabo la botella mientras estoy a remojo, con sales de baño y

mucha, mucha espuma. Tarareo, o más bien vocifero, algunas canciones que salen de mi móvil. La primera de ellas, *Canción de guerra* de Supersubmarina. Sí, ahora también llevo las canciones de aquel CD en mi móvil y las escucho de vez en cuando.

Mascarilla, embadurnamiento con *body milk* y me seco el pelo. Todo con mucho mimo y con más música. Cien mil veces mejor este baño que la ducha que me iba a dar.

Por el momento, no voy a decirle a Lucas nada del editor, puesto que él no se ha interesado por mi libro desde que llegó de Barcelona.

Al final, a pesar del baño relajante, del vino y de que lo he intentado evitar, antes de cenar, acabamos discutiendo. Ahora mismo parece que solo somos capaces de pensar en nuestros proyectos (sobre todo por su parte) y no en la relación. Me niego a volver a tirar sola de una relación de pareja. Esto es cosa de dos y hay que solucionarlo. A las nueve de la noche estoy en la cama, envuelta en el nórdico de pies a cabeza como si fuera un rollito de primavera.

Lloro en silencio. Parece que lo mío con los hombres no mejora. Estoy predestinada a no estar bien con ninguno. Al final, acabaré por renunciar a ellos y hacerme lesbiana, a ver si las mujeres se me dan mejor, o a las malas, criadora de cactus. Vamos, ya tendría que ser una *destroyer fatal* para que esto último se me diera también mal, aunque no sería la primera vez que se me seca un aloe vera.

Al día siguiente, las cosas no han mejorado nada.

—¿Sabes, Lucas? Espero que los días que pase en Madrid nos sirvan a ambos para recapacitar y pensar por separado el futuro que queremos en nuestras vidas y en nuestra relación... Yo, por lo menos, así lo haré, aunque dudo que eso a ti te importe ahora mismo.

Lucas, serio como nunca antes lo había visto, me atraviesa con su mirada, pero antes de contestarme cualquier burrada que se le esté pasando por la mente, se vuelve a su trabajo. Yo me voy al sofá con mi libreta y mi boli BIC azul, a seguir escribiendo algunas ideas de las que se me ocurrieron anoche mientras estaba envuelta en modo momia con el nórdico. Estaba tan a gustito que me daba una pereza enorme tener que sacar una mano para apuntarlas, y ahora me enfado porque no consigo concentrarme ni acordarme de ellas. Me altero y tiro la libreta y el boli encima de la mesa. Indignada, me voy a la cama a pesar de ser mediodía, a refugiarme en los pliegues del nórdico y no salir hasta que pase la tormenta silenciosa que está pasando por esta casa estos días. Me declaro en huelga de hambre (o, por lo menos, lo intentaré).

# Tiempo muerto en Madrid

*Stay*, de Lisa Loeb

«*I don't pay attention to the distance you are running... I don't understand if you really care*».

(*No presto atención a la distancia que estás tomando... No entiendo si realmente te importa*)

Con la maleta hecha para tres fríos días en la capital, me despido de Lucas en la estación. No he tenido oportunidad de decirle que voy a ver a un editor porque apenas nos hemos dirigido la palabra estos días, además de que mi orgullo también me ha acompañado allí a donde yo iba.

Me da un beso corto y poco romántico antes de subirme al tren. Nada que ver con las despedidas de las películas en las que los dos se comen a besos. ¡Cuánto daño ha hecho Hollywood a mi cabeza! No puedo evitar hacer algún puchero, aunque él hace como que no lo ve. No sé si la próxima vez que lo vea será igual de frío que ahora o, ni siquiera, si estará ahí esperándome. Ninguno de los dos sabemos lo que pasará cuando yo vuelva.

Cuando el tren empieza a alejarse, miro por la ventana, pero son las siete de la mañana y aún es de noche. No puedo ver si Lucas sigue en el andén o si ya se ha ido. Solo alcanzo a ver mi reflejo y una lágrima brotando de mis ojos. Ya lo estoy echando de menos...

Conecto mis auriculares al móvil y busco una canción que ponga banda sonora a estos momentos (creando momento dramático en tres, dos, uno), elijo *Say something*, de A Great Big World, un tema que cuando lo escuché me emocionó sobremanera, y que ahora, por supuesto, me hace llorar a moco tendido.

«*And I will stumble and fall, I'm still learning to love, just starting to crawl... Say something, I'm giving up on you, I'm sorry that I couldn't get to you, anywhere, I would've followed you*».

(*Y me tropezaré y me caeré, todavía estoy aprendiendo a amar, estoy solo empezando a gatear... Di algo, estoy perdiendo la fe en ti. Lo siento por no poder llegar hasta ti, a cualquier sitio, te hubiera seguido*).

Menos mal que no llevo ningún pasajero al lado para presenciar el drama que yo solita estoy montándome en estos momentos.

\*\*\*

Llego a Madrid a las once de la mañana, pero, a pesar de la hora, hace un frío de mil demonios. Empieza mi aventura en solitario. A la hora de comer, he quedado con el editor,

pero, antes de eso, he de encontrar mi hotel.

Después de una media hora recorriendo el subsuelo de Madrid con la maleta rodando a mi lado, encuentro el hotel, situado en Malasaña. Ahora solo me queda llegar al restaurante donde he quedado con el editor, situado por el barrio de las Letras, y esperar que todo salga bien.

Sería muy raro en mí haber llegado sin perderme. Solo a alguien como yo se le ocurre ponerse tacones para viajar y luego tener que recorrer Madrid andando. Menos mal que salí con tiempo del hotel, porque he llegado justo a la hora acordada.

La comida con el editor sale mejor de lo que esperaba. Le comento las ideas que tengo para añadir a lo que le mandé. Aunque ahora mismo la historia que tengo entre manos podría considerarse de ciencia ficción, porque, visto lo visto, el romanticismo no existe más que en las películas, en los libros o en las canciones. Solo a alguien tan moñas como yo se le ocurre escribir una historia tan empalagosa y, ahora, tan poco creíble... Y pensar que en algún momento Lucas me sirvió de inspiración... Nunca aprenderé que el príncipe azul no existe y que, si existe, destiñe, seguro... Como diría Nora: «Olvídate del príncipe y búscate un lobo feroz que te vea mejor, que te escuche mejor y que te coma mejor...». Al final tendré que seguir los consejos descabellados de la *doctora Amor*.

Cuando acabo la reunión, decido darme un paseo por el Retiro para meditar un poco sobre mí, sobre Lucas y sobre la relación.

Me encanta ver tantas hojas por el suelo, me ayudan a no pensar tanto. Me gusta el otoño. En Alicante, prácticamente no tenemos ni otoño ni invierno, pasamos del verano a la primavera y viceversa.

Al pasar cerca de uno de los quioscos del parque, suena una canción que en estos momentos siento que refleja a la perfección mi situación: *Locked away*, de Rock City con Adam Levine:

*«If I showed you my flaws, if I couldn't be strong, tell me honestly, would you still love me the same?... Would you spend your whole life with me?... Would you be there to always hold me down?».*

*(Si te mostrase mis defectos, si no pudiese ser fuerte, dime sinceramente, ¿todavía me querrías igual?... ¿Gastarías tu vida conmigo?... ¿Estarías siempre allí para siempre abrazarme con fuerza?)*

Ralentizo el paso para escuchar la canción entera y me da por llorar, aunque disimulo las lágrimas con el moqueo causado por el frío otoñal.

Cuando salgo del Retiro, me dispongo a regresar caminando hasta el hotel. Así podré seguir conociendo la ciudad en plan turista.

Acostumbrada a lo pequeña que es Alicante, cuando llevo una hora andando, los pies me piden una pausa o morirán por congelación. Además, casi diría que... me he perdido. Que no cunda el pánico. Me siento en una cafetería para entrar en calor y consultar el



mapa de la ciudad en mi móvil para poder llegar a Malasaña lo antes posible.

Me encuentro en uno de esos momentos en los que voy por la calle con el móvil en la mano, la voz del GPS pidiéndome que en cien metros gire a la derecha y no sé si soy a la única a la que le pasa, pero presiento que todo el mundo me mira. Me siento como una paleta que acaba de llegar a la gran ciudad y, para no parecer tan lerda, hago como que estoy manteniendo una conversación de lo más divertida a través del altavoz del móvil y me río sola de vez en cuando, desviando la mirada de la pantalla. No sé si esto arregla algo la situación, pero yo me siento más normal y más integrada en la sociedad así.

Sana y salva en mi habitación del hotel, me ducho y bajo a la cafetería a cenar algo rápido, porque el cansancio se está apoderando de mí por momentos y no tengo casi fuerzas ni para sujetar el bocadillo. No he sabido nada de Lucas desde que le mandé un *whatsapp* para decirle que había llegado bien y me contestó con un escueto «ok, suerte».

Por la noche, me sobra cama sin él y me cuesta horrores quedarme dormida. Por primera vez desde que empezamos a salir, no nos hemos dicho «te quiero» en todo el día; y eso me duele.

\*\*\*

Al día siguiente, me despierto sobre las diez, cuando el sol ha empezado a entrar por la ventana del baño del hotel y se refleja en la pantalla de la televisión de *chopocientos* canales inservibles. No, mi humor no ha mejorado mucho, a pesar del paseo de ayer por el Retiro. En mi móvil no ha habido señales de Lucas en las últimas veinticuatro horas.

Hoy me dedicaré a ir a algunas editoriales, con la intención de aprovechar el viaje y poder tener más opciones a la hora de publicar mi libro, en caso de que el editor de ayer se eche atrás.

Me doy una ducha rápida y hoy sí que me pondré cómoda para patear la ciudad. Un jersey rosa palo con unos vaqueros y mis botas altas marrones. Enfundada en mi abrigo, empiezo mi andadura por una ruta que ya traía de casa más o menos estudiada a través de diferentes zonas de Madrid, por las cuales, casualmente, de paso también se encuentran algunas tiendas.

A la hora de comer, cuando decido hacer un alto en el camino para recargar energías por los alrededores del hotel, sucede algo que no entraba en mis planes.

Al entrar en La Bicicleta Café, me encuentro con él en la barra, quitando la etiqueta de un botellín de cerveza. Va vestido con unos vaqueros desgastados, camiseta azul marino y cárdigan color camel.

Increíble, el mundo es un pañuelo y nosotros los mocos, ¿o no es así? Sigue estando tan guapo como siempre. Para que luego digan que las casualidades no existen. ¿Será el destino que me quiere decir algo? Me viene a la cabeza la canción *Destiny*, de Lenny Kravitz:

*«Sometimes I think I've lost my mind, I thought I left my past behind, I live my life and all I know is follow your dream and don't let go. No one can live for me, no one can see*

*the things I see. I walk this road. No one can tell me how to be it's my destiny».*

*(A veces pienso que he perdido la cabeza, creí que había dejado atrás mi pasado. Vivo mi vida y todo lo que sé es 'sigue tus sueños y no dejes que se vayan'. Nadie puede vivir por mí, nadie puede ver las cosas que yo veo. Yo recorro este camino. Nadie puede decirme cómo ser, es mi destino)*

—¿Mía?

—¡Hola! ¡Qué casualidad y cuánto tiempo!

—¿Qué tal? ¿Qué haces tú por aquí? —Y me da dos afectuosos besos. *Muac, muac.*

—Pues estoy unos días en la ciudad por un tema de... trabajo.

—¿Trabajas en Madrid?

—Ehm no, qué va, es un tema un poco largo de explicar. —Y miro a mi alrededor buscando algo que me dé una explicación; algo, supongo que una cámara oculta para poder entenderlo todo.

—Ah, bueno, no te preocupes, ¿vas a comer aquí? Yo como solo, si quieres compartimos mesa, porque además esto está hasta los topes.

—Vale, por mí ningún problema —digo yo, con una gran sonrisa en la cara.

—Perfecto, así me cuentas un poco de esa *larga historia*.

¿En serio? Justo ahora que mi relación con Lucas empieza a hacer aguas, ¿la vida me lo vuelve a poner en mi camino? Y yo, estúpida de mí, voy y acepto sentarme con él. ¡¿Pero en qué estaría yo pensando?! Bueno, siendo sincera, creo que no he pensado mucho. Además, si las cosas pasan por algo, habrá que ver qué es ese algo... Me conozco y sé que hasta que no mate la curiosidad, no voy a parar de darle vueltas a lo mismo.

Compartimos unos sándwiches y unos tintos de verano. La comida está siendo un encuentro entre *viejos amigos* sin nada importante que destacar salvo algunas miradas silenciosas que nos cruzamos brevemente.

Su empresa mejoró mucho cuando regresó y ahora trabaja con más países a los que exporta.

—¿Y en cuanto a la parte sentimental? —le pregunto yo. Y no, no sé a santo de qué me importa eso a mí ahora.

—¿Sentimental? Bueno, ninguna de las chicas a las que he conocido hasta ahora me ha mirado como lo hacías tú, con esa magia que desprendes...

Este chico sabe muy bien cómo dejarme sin palabras. Noto que mis mejillas empiezan a encenderse. ¡Hay que ver cómo sube el tinto!

—Y, ¿tu corazón? —pregunta, acercándose el vaso a sus labios.

—¿Mi corazón? —replico yo, levantando las cejas y abriendo mucho los ojos.

—Sí, ¿que si late por alguien?

—Bufff... —digo, bajando la mirada a mis manos—, pues no sé muy bien qué decirte...

Y, dicho esto, jugueteo con el anillo que adorna mi mano, girándolo al ritmo que los pensamientos dan vueltas por mi cabeza. No quiero levantar la mirada para no tener que enfrentarme a la suya. Me quedo abstraída durante no sé cuánto tiempo, hasta que veo que la mano de Izan se cuelga entre las mías. Está caliente y, guiada por un impulso, la aprieto fuerte y empiezo a temblar. Noto que mis ojos se inundan de lágrimas. Intento contenerlas, pero una de ellas se escapa y recorre mi mejilla. La otra mano de Izan recoge la lágrima y levanta mi barbilla.

—Mía, ¿qué te pasa? Perdona, yo no quería... Joder... —dice, apartando sus manos de mí. Se las lleva a la cabeza y resopla—. Lo siento, no tenía que haberte preguntado nada, soy un gilipollas.

—No, he sido yo la que ha preguntado primero. Perdona, es que no estoy en mi mejor momento —digo, secándome las lágrimas.

Nos acabamos la comida en silencio y, cuando terminamos, Izan se levanta a pagar la cuenta.

—¿Te apetece un café? —dice, tendiéndome mi abrigo.

Lo miro extrañada, me muerdo el labio inferior y finalmente le dedico una sonrisa.

—Mejor un *gintonic* —contesto, cogiéndole el abrigo.

Con la cabeza enterrada en la bufanda y las manos metidas en mis bolsillos, me dejo guiar por Izan hasta un bar cercano que tiene un ancla de neón en una de sus ventanas.

—Sé que Madrid no te entusiasma demasiado, pero mirando esa ancla puede que te sientas más cerca de casa. Es lo más parecido al mar que se me ha ocurrido —dice, aguantando la puerta.

Yo me encojo de hombros y saco la cabeza de la bufanda para dedicarle una sonrisa, y no digo nada más que lo que el brillo de mis ojos pueda transmitir en estos momentos.

Entro con las manos todavía en los bolsillos y me dirijo a la mesa libre que hay justo debajo del ancla. Disfrutamos de unos *gintonics* y, cuando estoy entrando en calor, me decido a contarle la *larga historia*.

—Lucas parece muy buen tío.

—Sí, lo sé, pero no sé si es lo que necesito —digo, tamborileando mis uñas contra el frío cristal de la copa.

—Bueno, igual necesitáis un tiempo separados para pensar. Creo que Madrid, en ese caso, te puede venir muy bien.

—Pufff, no sé cómo. Llevo aquí desde ayer y aún no he sacado nada en claro.

—Igual yo puedo ayudarte...

—¿Tú? —pregunto con cara interrogante.

—Sí, yo. Ya sé que igual no soy la persona más indicada para esto, pero no tienes

muchas más opciones aquí, que yo sepa. ¿Te apetece? —dice, dirigiéndose hacia la barra para pagar.

# Nos falta pista de baile

Mientras Izan paga los *gintonics*, yo me quedo en silencio unos segundos y pienso en mis opciones. Opción número uno: puedo decir que no me encuentro bien, irme al hotel, meterme en la cama y esperar a que acabe mi estancia en la capital o a que Lucas dé señales de vida. La opción número dos es Izan y el plan que tenga en mente. Si no recuerdo mal, sus planes siempre eran divertidos y nunca llegué a aburrirme con él...

Me bebo de un trago todo el contenido que queda en mi vaso y me pongo el abrigo. Salgo a la calle y espero a Izan, que solo sonrío cuando me ve plantada frente a él. Comienzo a andar a su lado sin saber aún hacia dónde vamos.

—Creo que me vendrá bien despejarme un rato.

—Bien dicho, princesa.

Doy un bufido y me giro bruscamente hacia él con los ojos en blanco.

—¿Sabes, eso ya no procede? Además, nunca me gustó eso de *princesa*...

Suelta una carcajada. Será cretino... ¿Encima se va a reír de mí?

—Lo sé.

—¿Lo sabes? —pregunto yo, extrañada.

—Sí, desde la primera vez que te lo dije. —Y, viendo mi cara de necia, intenta darme una explicación coherente—. La primera noche que pasamos juntos, en la ducha de mi apartamento. No soy de decir esas cosas tan pedantes, pero te enjabonabas el cuerpo de una manera tan... refinada, que sin querer me salió llamarte princesa. Me hizo gracia la cara que pusiste y por eso no dejé de decírtelo nunca.

—¿Qué cara?

—Esa que acabas de poner. —Y me imita, dejando los ojos en blanco y poniendo morritos.

—Yo no arrugo el morro —digo, dándole una palmada en el pecho. Y ahora sí que le pongo morritos.

—Lo estás haciendo ahora mismo.

—Lo sé, ahora era aposta. —Me burlo, sacándole la lengua.

Y, entre bromas, llegamos a un pub donde suena esa música que siempre asocio con él y que tanto me sigue gustando. Nos acercamos a la barra a pedir.

—¿Qué hora es? —pregunto yo.

—Las ocho y media, ¿por qué?

—Porque no quiero parecer una borracha. Qué menos que esperar a que pasasen las ocho para empezar con las copas. Ya puedo beber.

—Un poco tarde ¿no? Ya te has tomado dos tintos de verano.

—Ah, eso no cuenta, eso es para acompañar la comida.

—¿Y los *gintonic*s?

—Eso es digestivo. Ahora quiero un *sex on the beach*.

Se ríe.

—Tú siempre tan dulce. —Y se gira hacia la camarera para pedir mi copa y un *gintonic* para él—. No me gusta mezclar el alcohol, porque luego puedo hacer locuras —dice, guiñándome un ojo.

—¿Locuras de esas que te hacen sentir más vivo?

—No, de las que luego te puedes arrepentir. De esas en las que acabas con un tatuaje en la cara a lo *Resacón en las Vegas*.

Me echo a reír, degusto mi copa y, poco a poco, la música se apodera de mí y me pongo a bailar. Para ser la hora que es, hay bastante gente. Aunque, pensándolo bien, al estar en una ciudad tan grande, siempre debe de haber alguien dispuesto a hacer cualquier actividad a la hora que sea.

Izan permanece apoyado en la barra (recordemos que es arrítmico total). La gorra gris de Alicante ha sido sustituida por un gorro de lana azul marino para combatir el frío de Madrid. Al contrario que hacía con la gorra, el gorro no se lo deja puesto cuando entra a un espacio cerrado. Ahora, mientras bailo, veo que, de una manera arrebatadoramente sexy, se acaba de quitar el gorro y mi mirada se pierde en su pelo mientras sus largos dedos intentan domar algunas greñas que le quedan sueltas. Resoplo y bebo un largo trago de mi copa. Sigo bailando sola, pero dentro del campo de visión de Izan. Si normalmente no necesito ayuda para soltarme, ahora el alcohol me ayuda a desinhibirme por completo. Suenan los primeros acordes de *¿Aha han vuelto?*, de los Lori Meyers. Me dirijo rauda y veloz hacia él.

—¡Eh!, esta canción está en aquel CD...

Me muestra su mejor sonrisa.

—Báilala para mí —dice, acercándose a mi oído. Noto su aliento en mi cuello y me deja descolocada por unos segundos.

Reacciono, dejo la copa vacía en la barra y, mandándole un beso con la mano, me vuelvo a la pista de baile. Me vuelvo a quedar cerca de él, donde me pueda ver. Lo doy todo y me despeino gustosamente al ritmo de la canción.

\*\*\*

Las horas han pasado volando. Cuando salimos del pub, son más de las diez de la noche y hace tanto frío que creo que mis pezones ahora mismo van a atravesar mi ropa y van a sacarle un ojo a Izan.

Pezones, Izan. Siento un latigazo y aprieto los muslos. Me muerdo el labio inferior recordando el sabor de los suyos. Mierda de alcohol.

—Necesito comer. Tengo tanta hambre que me comería una cebra, así de grande, con

rayas y todo —digo yo, estirando los brazos hacia ambos lados.

—No me acordaba de lo graciosa que podías llegar a ser.

—Bueno, el culpable es el alcohol.

—Ya, claro, el alcohol te incita a hacer cosas que no quieres.

—No, pero me ayuda a tener una coartada perfecta para explicar mi locura y mis meteduras de pata.

Pasamos por un local *take away* y me pego a la vitrina donde se muestran los productos.

—Quiero una de esas y uno de esos con mayonesa —digo, señalando unas empanadillas y un bocadillo de tortilla.

Izan me mira sorprendido y se pide otra empanadilla. Cojo una botella de agua grande.

—Esta vez pago yo, nadie tiene la culpa de que una solitaria hambrienta habite en mi interior.

Recogemos el pedido, nos dirigimos a una pequeña plaza situada entre varios edificios y nos sentamos en uno de los bancos que la rodean. Devoro toda la comida en un abrir y cerrar de ojos. Cuando acabo de engullir, doy un trago largo al agua y mis ojos van más allá de la botella: se fijan en Izan, que sigue degustando la empanadilla.

Bajo la grácil luz que desprende la farola, pienso en todo lo que ha significado él para mí. Ya he dicho que me lo pasé muy bien a su lado, y hoy tampoco se está quedando corto. Pero también me ayudó mucho a recuperar la confianza que había perdido en mí misma y en mis posibilidades para conocer gente nueva. Ahora mismo podría considerarlo como un chico tirita. Llegó para poner patas arriba los sentimientos desordenados que yo tenía (casi más desordenados que su apartamento la primera vez que fui) y, poco a poco, todo fue cobrando sentido.

Había aparecido en mi vida en el momento adecuado, adoptando con cariño a esa chica dramática, perdida e inofensiva en la que me convertí. Me ayudó con el cacao emocional en el que me encontraba inmersa en aquellos momentos y, de repente, un día, se fue. Bueno, no se fue exactamente, él tenía que regresar a Madrid y yo decidí que se viniera solo, o más bien decidí no seguir yo sus pasos... Da igual, el caso es que lo saqué de mi vida una vez hubo cumplido su función terapéutica. Y, aunque al principio de estar sin él lo pasé un poco mal, como buen chico tirita, cuando se fue, sacó toda la basura emocional que yo había acumulado y me dejó lista para que el siguiente que viniera me encontrara con las fuerzas renovadas.

Hoy siento que quizá la vida me lo ha vuelto a poner de manera fortuita en mi camino. Espero que para sanar de nuevo mis heridas emocionales antes de volver a casa, porque creo que es lo que debo hacer. Aunque no sé bien si es lo que siento que quiero...

Cuando Izan termina de paladear los restos de empanadilla en su boca, me pide la botella de agua.

—¿Nos vamos? —pregunta, mientras se seca las comisuras de los labios.

—Sí, creo que será lo mejor porque, con el frío que hace, ahora mismo podría

quedarme de estatua en esta triste plaza.

De camino al hotel voy canturreando la canción de los Lori Meyers:

*«Salimos a bailaaar... no me dirás que nooo... empieza a disfrutaaar... Dimeee mi amoor, nos falta pista de baile para bailaaar tu cancioón...».*

—¿Sabes? Esa canción me recuerda mucho a ti. Siempre creí que tú lo llenabas todo con tu presencia, que te faltaba pista de baile, y esta noche lo he vuelto a sentir.

No digo nada, me sonrojo, pestañeo y escondo mi sonrisa tontorróna en la bufanda. Sigo tarareando la letra, que ahora me va a costar sacarme de la cabeza.

—Muchas gracias por este día —digo, cuando estamos frente a las puertas del hotel.

—Gracias a ti por tu compañía. Siempre es un placer compartir momentos contigo.

Me encojo de hombros y dudo entre salir corriendo, darle un abrazo o solo dos besos de despedida. Pero, antes de que me decida, él ya lo tiene claro. Me atrae hacia su pecho y me rodea con sus brazos.

Aspiro su olor y huele bastante bien, pero no es ese olor que yo anhele en estos momentos.

Me levanta la barbilla con esa delicadeza suya a la que ya me estoy acostumbrando y que me transmite un claro mensaje a través de su mirada: «Tranquila, que todo va a estar bien». Y, sin verlo venir, me planta un inesperado beso en los labios. Por suerte, el beso no dura más que cinco segundos. Cinco segundos en los que cierro los ojos y me quedo impasible hasta que separa sus cálidos labios de los míos. Me mira a los ojos con el mismo brillo que aquella última noche en su salón. Me viene la imagen de él apoyado en mis rodillas, al borde de las lágrimas.

—Mía, voy a pedírtelo una última vez y si tu respuesta vuelve a ser no, prometo desaparecer para siempre de tu vida.

Yo me tensó entre sus brazos, pero no me separo. Mi cuerpo no es capaz de reaccionar.

—Quédate a mi lado. Prometo hacerte feliz y construir toda la pista de baile que necesites para bailar *nuestra* canción.

—Izan yo... esto es una locura.

—Dicen que lo que hoy parece una locura mañana puede que sea el mejor de tus recuerdos.

—Lo sé. Desde que te conozco, contigo todo ha sido una locura, ¿sabes? Eres mi secreto mejor guardado. Nadie sabe de tu presencia en mi vida, y para nada me arrepiento de haber compartido tantos momentos. Yo soy así de impulsiva y hago siempre lo que siento en cada momento. Y ahora siento que no puedo seguir con esto. No puedo seguir compartiendo el tiempo contigo, solo porque tú me haces sentir especial. No quiero volver a hacerte daño, pero no eres el único que me hace sentir así. Y lo sabes, te lo he contado esta tarde.



—Mía, tú llenas mis días cuando estás cerca.

—Y tú haces que me olvide del resto del mundo, de los problemas, cuando estamos juntos y que disfrute el presente al máximo. Tú me ayudaste a afrontar los cambios de mi vida y gracias a ti me di cuenta de muchas cosas. Pero no puedo, Izan. No me lo hagas más difícil, por favor.

Mierda. Mierda profunda. Noto las lágrimas recorrer mis mejillas y, ahora sí, mi cuerpo responde y sale corriendo. Sube impaciente por el ascensor, llega hasta la habitación y se lanza sobre la cama hundiendo la cara en la almohada. Pero, ¿y mi cabeza? No ha acompañado a mi cuerpo. Se ha quedado abajo, mirando a Izan fijamente. Fotografía mental de él y de sus ojos vidriosos, y poco a poco retrocede de espaldas, sin apartar los ojos de él y recorriendo el mismo camino que hace escasos minutos recorrió mi cuerpo hasta llegar a la cama.

Es solo cuando el cuerpo y la cabeza se encuentran que poco a poco van remitiendo mis sollozos. Ruedo por la cama y me coloco mirando hacia el techo pensando en todo y en nada.

Un sonido me hace desviar la mirada del techo al bolso. Mierda, el móvil. No me he acordado de él en todo el día. Muchos *whatsapps*, cinco llamadas perdidas de Lucas, una de Nora y otra de mi madre.

*Whatsapps* de Lucas: «Por favor, Mía, cógeme el teléfono». «Necesito hablar contigo». Y, así, hasta cincuenta mensajes de él, no sé cuál más descorazonador. «No voy a dejar de luchar por ti. No me voy a dar por vencido todavía». «Te quiero». Las lágrimas me nublan la vista mientras los leo.

*Whatsapp* de Nora: «Mía, ¿dónde hostias te metes? No sé qué cojones te ha pasado por la cabeza esa loca que tienes, pero he estado hablando con Lucas y está bastante jodido. Te he llamado cuando he salido del trabajo para hablar, pero no me lo has cogido. Sea lo que sea que estés haciendo en Madrid, por favor, controla tus putos impulsos. No la jodas. No me obligues a llamarte otra vez. Sabes que me niego a llamar a nadie que no me haya contestado en un primer intento. Te doy hasta las doce de esta noche para que me devuelvas la llamada y me cuentes qué coño te pasa. Como no sepa nada de ti antes de las doce, te juro por mi chichi moreno que pillo el coche y me planto en Madrid. Y más valdrá entonces que estés muerta y tenga que recoger tu cadáver porque, como estés viva, ya puedes tener una buena excusa, si no quieres que te traiga de vuelta a Alicante de los pelos (literalmente). Adiós».

Los *whatsapps* de los grupos ni los leo.

Vayamos por partes. «Carla, mamá: estoy bien. Iré a veros tan pronto como llegue a Alicante y os cuento qué tal mi viaje».

Nora: «Relaja la raja, loca del demonio. Me había dejado el móvil en el hotel y he llegado ahora. Esta mañana me fui de compras y luego me encontré con una antigua compañera de trabajo que ahora vive en Madrid. He pasado la tarde con ella. Nada más que alegar en mi defensa».

No sé si colará la respuesta, pero es todo lo que se me ocurre ahora. Y Lucas... creo que se merece algo más que un *whatsapp* de vuelta.

Titubeo entre llamarlo o darme primero una ducha para quitarme cualquier rastro de Izan. Como si el olor viajara a través de la línea de móvil... Pero, por si acaso, mejor eliminar evidencias, hacer como que no ha pasado nada y, a las malas, negarlo todo.

Cuando me decido por la ducha, se enciende la pantalla del móvil y aparece una nueva señal del destino: su foto sonriendo, el nombre 'Mi amor' y la palabra 'llamando'. Opciones: rojo, verde o dejar que siga sonando. No sé qué hacer. Lo mejor será improvisar, cosa que se me da fatal. Resoplo. Tengo que disimular como sea la resaca del encuentro de esta tarde. Parecer seria, eso seguro que impone.

—¿Sí? —Elegí verde.

—¿Mía?

—¿Sí?

—Joder, Mía, ¿dónde estabas?

—En Madrid. —Genial, ahora resulta que me he tragado un payaso.

—No me jodas, Mía. Llevo todo el día intentando localizarte, estaba... bueno, estoy preocupado. Y ya no sé qué pensar. Yo... —Y se escucha un resoplido al otro lado del teléfono.

—Lucas, yo... —Imposible, no me salen las palabras.

—No, no digas nada. He estado pensando y no sé... puede que tengas razón. Puede que hayamos sido egoístas y puede que... puede que tú ya hayas tomado una decisión. Y, sea la que sea la voy a respetar, yo solo quiero que seas feliz. Pero... por favor, te pido que lo hablemos. No quiero dejarlo sin antes haber intentado solucionarlo. Entenderé y respetaré que no quieras seguir con esto, pero, por favor... —Un momento, ¿eso son sollozos? — Mía, la he jodido mucho, ¿verdad? ¿Qué puedo hacer para arreglar esto?

Confirmado, Lucas está llorando y yo también estoy hecha un mar de lágrimas.

—Lucas, yo... te quiero, pero necesito que hablemos cuando llegue a Alicante. Hay cosas que no se pueden decir por teléfono.

*Un millón de cicatrices*, de El canto del loco

*«Y por pensar tengo un millón de cicatrices, soy un escudo, soy hipersensible, una barrera al corazón, y no me gusta haber estado así de triste, por paranoias yo me hice esas heridas en mi interior».*

# Lucas

*She is like the wind*, de Gerd Rube

«*She leads me through moonlight... Living without her I'd go insane*».

(*Ella me guía a través de la luz de la luna... Viviendo sin ella me volveré loco*)

Cuando Lucas ve alejarse el tren en el que va Mía de camino a Madrid, ve que ella mira por la ventana, con la mirada perdida y está llorando desconsoladamente. Sabe que ha estado distante estas últimas semanas, aunque no pensaba que ella pudiera llegar a sentirse así. Y, ahora, el hecho de verla llorar de esa manera, le hace sentirse algo culpable. Aunque también ella siempre ha sido un poco dramática, todo hay que decirlo...

Al llegar a casa, el vacío que Mía ha dejado es latente, pero Lucas decide aprovechar el silencio para adelantar trabajo y así pensar menos en ella. Sin darse cuenta pasa el día. Mía ha llegado bien a Madrid y sin perderse. Sonríe recordando la noche en que se perdieron, cuando la llevaba a su casa el día que celebraron su cumpleaños y el de Nora. Esa noche, los dos se miraron de una forma diferente aunque ninguno de los dos fue capaz de reconocerlo hasta meses más tarde, cuando empezaron a salir.

Apenas ha comido un bocadillo y, ahora que por la ventana ya entra la luz de las farolas, se levanta para ir a darse una ducha. Se pone su pijama de Batman, se calienta una pizza y se sienta en el sofá con la televisión apagada, intentando relajar su mente. Aunque él es de los que piensan que muchos problemas se solucionan solos con el tiempo, siente que esta vez es diferente, que no puede dejar este tema de lado y no puede evitar estar preocupado como nunca antes lo había estado por una relación. Se hace inevitable que todos sus pensamientos giren en torno a ella.

Al día siguiente, se despierta en el sofá, mira el móvil y se sorprende al ver que Mía no ha vuelto a ponerse en contacto con él. Quería haberla llamado ayer por la noche para decirle todo lo que llevaba dentro, pero, entre pensamiento y pensamiento, se fue acurrucando en el sofá, tapado con esa manta de leopardo que tanto huele a ella, hasta quedarse dormido sin darse cuenta.

Se levanta y se viste para salir a comprar algunas provisiones con las que sobrevivir hasta mañana. A la hora de comer, se prepara algo más contundente que un bocadillo o una pizza; salchichas con patatas fritas. Las devora al instante y, al acabar, decide llamarla para hablar con ella e intentar arreglar las cosas, pero Mía no contesta.

Decide volver al trabajo, pero el hecho de seguir sin saber nada de ella comienza a inquietarlo tanto que decide llamar a Nora.

—Hola Nora, ¿sabes algo de Mía? —dice, en cuanto ella descuelga el teléfono.

—Ehm, ¿hola? Tú eres su novio, yo debería hacerte esa pregunta, no tú a mí.

—Sí... su novio, puede ser... pero contéstame, ¿sabes algo de ella?

—Pues no. Vamos, todo lo que sé de ella es por los *whatsapp*s que mandó ayer al grupo para decir que había llegado sana y salva a Madrid, y que la entrevista con el editor le había ido genial.

—¿Entrevista con el editor?

—Joder, Lucas, no repitas lo que yo digo como un puto loro.

—Perdona, Nora, perdona. Es que sabía que tenía una entrevista, pero no con un editor. Ella me dijo que era para un trabajo, y que igual lo aceptaba... —Y su voz suena dolida al pensar en poder perderla.

—No, perdona tú, es que estoy currando y no tengo un buen día hoy. No sé, pensaba que Mía te lo habría dicho... lo del editor. —Y, al no obtener respuesta al otro lado del teléfono, pregunta—. Lucas, ¿estás bien?

—Pufff, Nora, creo que no. Me temo que la he cagado con Mía y no sé cómo arreglarlo.

Menos mal que Nora los conoce a ambos y la conversación que mantienen le da ánimos para no dejar de intentarlo. La llama un par de veces más pero desiste. Abre el *whatsapp* y le deja unos cuantos de miles de mensajes. Se va desesperando a medida que va escribiendo, hasta que decide dejarlo. Tira el móvil al sofá y se va a darse una ducha.

Cerca de media noche, decide hacer un último intento de llamada. Suenan cinco tonos y, cuando va a colgar, la voz de Mía se escucha al otro lado del teléfono.

Le reconoce que ya se había puesto en lo peor y que había llegado a pensar que tendría que irse de casa en los próximos días y empezar una vida sin ella. No puede soportar la presión que ha estado aguantando todo el día y acaba dejando que las lágrimas recorran su cara. Nota que Mía también está llorando y se le encoge el corazón. Daría lo que fuera por estar a su lado y darle un abrazo de esos que tanto le gustan a ella, cuando él recorre su espalda con los dedos; de esos en los que cierra los ojos apretándola contra su pecho y hunde la nariz en su pelo para inhalar su olor.

Al final, consigue decirle todo lo que lleva dentro, pero Mía no es capaz de hablar y prefiere hacerlo cuando llegue a Alicante. Al colgar, siente un gran alivio, porque piensa que por fin todo está arreglado. Se va a la cama, aunque sabe que no podrá dormir a gusto hasta que no note su presencia a su lado.

# Hoy quiero confesarme

En el viaje de vuelta a Alicante no puedo soportar más el dolor de cabeza. Me he pasado toda la noche sin pegar ojo, pensando en las putas locuras que se convierten en recuerdos y no creo que el beso con Izan sea el mejor de mis recuerdos. Necesito contárselo a alguien. Después de sopesar mis opciones, decido mandarle un *whatsapp* a Nora, que ahora que está lejos no me puede matar. «Loquita mía, voy de camino a Alicante. Necesito hablar contigo, tengo un lío muy gordo montado en la cabeza y necesito soltarlo o me explotará el cerebro por recalentamiento». Le doy a *enviar* e intento distraerme mirando el paisaje a través de los cristales. Por suerte, Nora me llama inmediatamente, porque el mensaje le ha servido de pretexto para tomarse el resto de la tarde libre en el trabajo, alegando una urgencia familiar.

—Pedazo de puti, gracias por librarme del curro, te debo una. ¿Qué te pasa? Porque debo decirte que me he acojonado con tu mensaje, así que espero que sea una broma y que solo lo hayas hecho porque estás aburrida en el tren.

—Qué va tía, es verdad, estoy fatal.

—Me cago en la puta de oros, ¿qué coño te pasa?

—A ver, ¿te acuerdas del día en tu casa, cuando me hablaste de Lucas y de que él quería algo más?

—Sí, si es porque se te ha olvidado algo de ese día por culpa del vino, puedo hacerte memoria, cabeza hueca. —Y se escucha el sonido de una pompa de chicle estallando cerca del auricular.

—No es eso, es por algo que no sabe nadie y que necesito contarte, pero antes tienes que jurarme por lo más sagrado que no me juzgarás y que no se lo contarás a nadie.

Tras un breve silencio que a mí se me hace eterno, Nora resopla al otro lado del teléfono y, tras explotar otra pompa, contesta.

—A ver, no sé qué es lo que te pasa, últimamente estás más rara de lo que suele ser normal en ti y eso es ser rara de la hostia. Me muero de ganas por saber qué cojones es lo que te pica, porque ya empiezo a mosquearme. Si es un asunto serio, como percibo en tu voz, te puedo jurar por que se me caiga el chichi a trozos que no se lo contaré a nadie, pero lo de que no te juzgue, chata, siento decirte que eso no va conmigo, y lo sabes. Lo que tenga que decir te lo voy a soltar sí o sí, te joda o no, así que piénsatelo bien antes de decirme nada. Aunque creo que si me has llamado a mí y no a otra es porque sabes que no me callo nada y digo las cosas a la cara.

Resoplo. Sé que Nora es así, y supongo que tiene razón y que, si he decidido llamarla a ella y no a otra más sensata, es porque ahora más que nunca necesito su punto de vista, aunque duela.

—Vale, pero intenta filtrar un poco tus palabras antes de soltarlas.

—Joder, Mía, me lo dices ya o voy y te moñeo.

—No me presiones que te cuelgo, eh.

—Sé que no serás capaz, porque estás deseando contarme lo que sea que me tengas que contar. Así que escupe.

Media sonrisa de agradecimiento se dibuja en mi cara antes de comenzar a relatarle brevemente cómo fue mi historia con Izan antes de empezar a salir con Lucas.

—No me jodas que cuando tú empezaste con Lucas todavía te seguías tirando al maromo ese. Por cierto, eres una mala puta por no haberme contado esto en su momento, no sé si podré perdonártelo algún día.

—Que no, lo nuestro acabó antes de empezar con Lucas, él regresó a Madrid y ahí acabó todo.

—¿Acabó del todo o te sigue palpitando el chirri por él de vez en cuando? Un momento... No me jodas que nos has mentido con lo del editor y en verdad has ido a Madrid para pasarte tres días fornicando como una salvaje.

—¡No! —grito, y el vagón entero se giró hacia mí. Me encojo en mi asiento antes de seguir hablando—. No vine por él ni por nadie, vine por lo del editor, de eso puedes estar segura, —me muerdo los labios antes de proseguir—, pero...

—Pero, ¿qué? Coño, ya, me cago en tus muelas, que me va a dar un parraque.

—Pues que me encontré con Izan por casualidad en un bar.

—No me jodas, ¿y te lo tiraste en el baño?

—No, joder, no me lo tiré, entérate, yo quiero a Lucas. —Y esto último lo digo con la boca pequeña, sin querer—. Lo quiero, pero pasó algo, y es por eso por lo que estoy hecha un lío. Siento que lo he jodido todo.

—¿Me lo vas a contar o qué? —dice en un tono tan serio que me hace apretar el culo del susto.

—Pues que me besó.

—¿Que qué?!

Y tengo que apartar el teléfono de mi oreja para no quedarme sorda con el grito. Un nudo empieza a formarse en mi garganta pero me niego a dejar que el pánico se apodere de mí tan pronto.

—Pues que nos tomamos algo juntos, como dos viejos amigos que se reencuentran después de mucho tiempo sin verse, por lo menos por mi parte era lo que sentía, y, cuando me acompañó al hotel, al despedirnos, me besó.

—¿Que fue a tu hotel? —dice, histérica, al otro lado de la línea.

—Sí, pero solo hasta la puerta.

—¿Y?

—Y, ¿qué? —Me estoy poniendo nerviosa, porque noto que me están empezando a sudar las manos y a palpar más fuerte el corazón.

—Que si sentiste algo, aparte de su lengua en tu garganta, claro.

—No; bueno, sí, pero no lo que tú te piensas. Sentí por Lucas, me sentí muy culpable. Llevamos unos días muy enfadados, bueno, mejor dicho, sin hablarnos y como un pellizco en el corazón fue lo que sentí mientras me besaba.

Lo he intentado, pero las lágrimas que estaba conteniendo han empezado a derramarse.

—Joder, Mía.

Por primera vez en toda mi vida, creo que acabo de dejar sin palabras a Nora.

—Lo sé, joder, no sé qué hacer... Después de eso, me llamó Lucas y hablé con él, pero me sentía sucia y le dije que hablaríamos cuando llegase a Alicante. Me di asco a mí misma. No sé cómo he podido hacer algo así a alguien a quien quiero. Soy lo peor, no quiero mentiras en mi vida, pero tampoco sé cómo voy a contárselo a Lucas cuando llegue. No se merece que le haga esto, no me merezco tener a mi lado a alguien tan bueno como él.

—A ver, sí, la has jodido y mucho, pero no te me pongas en plan *drama queen* que te conozco y el mundo no se ha acabado con esto. Yo te puedo decir que hablé con Lucas y me contó que estáis enfadados, y la verdad es que lo noté muy dolido y estuve hablando un buen rato con él porque nunca lo había visto así. Sé que le va a joder aún más a él cuando se lo cuentes y no sé cómo va a reaccionar, pero no puedes callártelo, debes decírselo cuanto antes, aunque la jodas. Pero, eso sí, relájate un poco, coño, y respira, si no quieres morirte antes de llegar a Alicante.

—Pues no me vendría mal que la tierra me tragara ahora mismo.

—Oye.

—¿Qué?

—Recuérdame que te dé una hostia cuando te vea.

Y así, sin despedirse, me cuelga. El resto del viaje me lo paso intentando tranquilizarme escuchando música y preparando el discurso de bienvenida que le voy a dar a Lucas. Sí, cuanto antes se lo diga mejor para todos. Para qué alargar la cosa si va a acabar en una muerte segura... La mía.

\*\*\*

Al llegar a la estación, está Lucas con cara de haber dormido poco o nada en los últimos días, me aventuraría a adivinar. Puede que, en esta ocasión, sus ojeras ganen a mis ojos de panda.

Las palabras no me salen, lo único que puedo hacer cuando me acerco a él es hundir mi cabeza en su cuello aspirando su olor y abrazarlo fuerte, deseando que nada hubiese enturbiado este reencuentro para poder decirle lo mucho que lo quiero de manera sincera, como se merece. Necesito pedirle perdón por todo el daño que estoy a punto de causarle, pero no soy capaz. Él tampoco dice mucho, está agotado.

Nos subimos al coche acompañados por un silencio sepulcral, como el que lleva conviviendo con nosotros las últimas semanas.

—¿Estás cansada?

—Sí, un poco. —E intento reprimir mis lágrimas mirando por el cristal de mi ventanilla.

Cuando llegamos a casa, no puedo esperar más y se lo cuento todo. Al principio, de manera atropellada, porque no sé por dónde empezar y, al final, acabo derrumbándome.

—No me esperes a dormir esta noche.

Y un portazo me anuncia que la noche va a ser muy larga. Sé que ahora no es buen momento para ir en su búsqueda, porque más presión solo empeoraría las cosas. Llamo a Nora, asustada, intentando que la ansiedad no me domine y le pido que venga a pasar la noche conmigo.

\*\*\*

Paso tres días sin noticias de Lucas, sin apenas comer nada, hecha un rollito de primavera con mi nórdico y llorando lo que no había llorado en mi vida. Nora solo se quedó la primera noche conmigo, luego me enfadé con ella y la eché de casa. Ahora solo contesto a las llamadas de mi madre y con monosílabos, para que la mujer sepa que estoy viva y que no me mande a los GEOS. Recibí un *whatsapp* de Izan para saber cómo estaba, al que contesté: «Siento mucho lo que pasó. Ese beso no tuvo que haber existido porque lo nuestro acabó hace mucho tiempo. Ahora siento que estoy jodiendo mi vida y no puedo dejar que eso ocurra. Espero que lo entiendas».

Su respuesta: «No te preocupes, te entiendo y lo único que quiero es que seas feliz. Cuídate. Guardaré siempre el recuerdo de nuestro último beso». Me sentó como una patada en la chona, pero decidí no entrar al trapo, no contestar y poner punto y final a todo esto.

Mía, la dramática, había vuelto, y esta vez por la puerta grande.

\*\*\*

Al tercer día, el sonido infernal del timbre me despierta a las once de la mañana. Tras intentar ignorar el sonido un rato, finalmente me rindo y me acerco sigilosamente a la mirilla. Nora está apoyada en el marco de la puerta, con cara de pocos amigos y con el dedo apoyado en el timbre, dispuesta a fundirlo si es necesario. Conozco esa cara, y un escalofrío recorre mi espalda.

—Vete de aquí, perra mala.

—Abre la jodida puerta de una puta vez.

—¿Tan difícil es dejarme morir sola y en paz?

—Muy difícil. O abres la puerta o la tiro abajo.

—No te voy a abrir, y tampoco puedes tirar la puerta abajo. Lo único que puedes hacer es irte por donde has venido, justo por donde saliste el otro día cuando te eché de mi casa. Olvídate de mí, de que existo y de que me conoces.



—Ni de coña, Pimpinela. Te he llamado estos días y no me has cogido el puto teléfono, eso me cabrea mucho y lo sabes. Esto ya no tiene gracia, Mía. Te has pasado de dramática y voy a tener que llevarte a rastras a tu loquera, pero esta vez para que te encierren.

—Que-me-de-jes —digo, apretando los dientes.

—Que-te-den. Como me vaya, sí que vas a morir sola y rodeada de cactus. Eres una agonía que no le deseo ni a mi peor enemigo.

Paso unos minutos en silencio. Acabo de escuchar a mis vecinos por el rellano, me rindo y decido meter a Nora de un empujón en casa, antes de que monte un numerito de los suyos y me convierta en la protagonista semanal de *radiopatio*.

—Por Dios... ¿Cuándo fue la última vez que te duchaste, cacho guarra?

No quiero discutir. Me encojo de hombros y me dirijo a la cama, donde el nórdico todavía conserva mi calorcito y mi hedor humanos.

Los pasos de Nora retumban por el pasillo, hasta que entra como un torbellino en mi dormitorio, abre las ventanas y tira de mi nórdico conmigo dentro.

—Fuera de la cama, que te vas a asfixiar con el olor a rancio que tienes aquí. Vamos a desayunar a la cocina, venga.

—Sal de mi habitación, bestia inmundada —le grito, arrancándole el nórdico de las manos.

—¿Inmunda yo? ¿Pero tú te has mirado al espejo, gilipollas?

—Te odio.

Nora desaparece de la habitación, la escucho por la cocina abriendo armarios y cajones. Al cabo de unos minutos, berrea desde el otro lado de la casa que ya está preparado mi Cola-Cao. Me lo pienso unos segundos.

—¿Tiene grumitos?

—Sí, joder.

Salgo de la habitación cubierta con el nórdico y entro en la cocina.

—Te quedaba mejor la manta de King África.

Al acabar de desayunar en silencio, me escabullo de la cocina todo lo sigilosa que puedo, sin que Nora se dé cuenta y vuelvo a mi cama, arrastrando los pies y gruñendo como si fuera un *zombie*.

Cuando estoy a punto de morir asfixiada, con mi cara hundida en la almohada, llega Nora, me agarra de los pelos y tira de mí para darme la vuelta. Le pongo cara de pena, pone los ojos en blanco y, resoplando, se tumba a mi lado. Las dos nos quedamos mirando hacia el techo sin decir nada.

—¿Qué va a ser de mí, Nora?

—Lo que tú quieras que sea, Mía.

Pasamos unos segundos en silencio contemplando el techo, cada una pensando en lo

suyo.

—Gracias, Epi.

—¿Por qué, Blas?

—Por haber venido. —Y me giro hacia ella para darle un achuchón.

—¡Quita, bicho! A mí no me toques estando así de sucia. Primero te duchas y luego ya hablamos.

—¿Hablamos y me das mimitos?

—Sí, hablamos y te doy mimitos —dice, poniendo voz de repipi—, pero métete bajo el agua caliente y no salgas hasta que estés brillante.

—Señor, sí señor —digo, levantándome todavía envuelta en el nórdico.

—No, esto se queda aquí, que tiene que airearse —dice, tirando de él.

Cuando salgo de la ducha, la habitación está recogida, y Nora me llama desde el salón. Como un perrito obediente, voy y me siento a su lado en el sofá.

—Llama a Lucas —dice, tendiéndome mi móvil.

—¿Para qué? —digo yo, volviendo a mi vida real.

—Porque, como no arregles esto, te juro que dejo de ser tu amiga para convertirme en tu peor enemiga.

—Serás capaz... —la miro, entornando los ojos.

—Como dejes que una gilipollez así lo joda todo, sí. Soy capaz de eso y de más, ya sabes.

Nada me apetece menos que tener a Nora de enemiga y, además, necesito saber de Lucas, no puedo dejar que esto acabe así. Nora tiene razón, no puedo ser tan imbécil.

Cojo mi móvil, me hundo en el sofá al lado de Nora y comienzo a redactar el *whatsapp* para quedar con Lucas.

Accede a quedar conmigo y eso hace que me ponga a dar saltitos de alegría por mi salón.

# Volver a sentirme en casa

Estoy impaciente por ver a Lucas para intentar arreglar las cosas con él.

Espero que, como me dijo Alba en su momento, estos baches no hagan más que reforzar la relación.

Al llegar al parque donde hemos quedado, veo a Lucas con una rosa roja entre sus manos. Por suerte para mí, no habrá mucho que discutir. Cuando me acerco a él, emocionada, mordiendo mis labios desde el interior para no decir nada que estropee este encuentro e intentando contener las lágrimas, me tiende la flor a modo de disculpa con los ojos abiertos de par en par y con la cabeza ladeada. Me recuerda al gato con botas de *Shrek*, pero la que le debe una disculpa como un castillo de grande soy yo. Le cojo la rosa, pero lo prefiero a él. Lo aprieto fuerte mientras me abraza, sin decirnos nada. No se nos acaban las ganas que teníamos de volver a estar juntos, y la emoción del momento hace que unas lágrimas resbalen finalmente por mi mejilla cuando hundo mi cabeza en su pecho y respiro su olor, que me hace sentir de nuevo en casa. Pasamos un buen rato sin dejar de abrazarnos y de besarnos. Ahora la escena sí que parece sacada de una película hollywoodiense.

Cuando consigo calmar mis sollozos, Lucas me seca las lágrimas y me sonrío, mientras acaricia mis mejillas. Sé que ahora todo tiene solución.

—¿Vamos a casa? Tenemos que hablar, y también tendrás que trabajar en tu proyecto —digo yo, intentando salir de esta película romántica que me he montado en mi cabeza para volver a la realidad cuanto antes y hablar de lo que nos ocupa ahora.

—No, nos vamos a otro sitio. Esta tarde voy a dedicarme solo a ti. Ya he trabajado suficiente estas últimas semanas, y ya he tenido tiempo para estar solo estos días.

—Te he echado mucho de menos. —Es todo lo que puedo decir antes de subirme al coche y empezar a disfrutar de él.

Me lleva a tomar unos *gintonics* al pub donde, hace ocho meses, acabamos nuestra primera cita, y más tarde me lleva al restaurante italiano donde cenamos aquella misma noche. Hablamos de todo lo que no hemos hablado estos días atrás. Del tema de Izan no quiere volver a hablar, ni yo tampoco.

—No voy a dejar que un estúpido beso joda todo lo que tú y yo tenemos. —Fueron sus palabras antes de zanjar el asunto.

—Te amo, Lucas. —Esas fueron las mías para olvidarlo todo.

Le cuento mi entrevista con el editor, los avances de mi libro, y él me cuenta cómo va su proyecto.

—Cuando me dijeron que estaban interesados en publicarme el libro, me volvió la inspiración y seguí escribiendo durante horas hasta casi acabarlo. Me queda solo darle unos toques finales, hacer alguna corrección y darle algún repaso, porque en unas semanas, dos meses a lo sumo, quiero tenerlo acabado. —No puedo disimular la emoción

que me invade esta noche.

Lucas está deseoso de mí y yo de él. Esa noche, cuando llegamos a casa, sus manos me exploran con ternura, delineando suavemente la curva de mis caderas, como si quisiera aprendérsela de memoria para no volver a echarme de menos nunca más. Hacemos el amor como hacía muchas semanas que no lo hacíamos.

\*\*\*

Al día siguiente, Lucas y yo nos tomamos la mañana para hacer el ganso juntos. Nos levantamos tarde, desayunamos Cola-Cao y cruasanes calentitos, y nos vamos a pasear por el centro a mirar regalos navideños. Estas serán las primeras navidades que pasemos juntos.

Después de comer, Lucas se va al estudio a trabajar, y yo me quedo en casa enfrascada en mi libro. Las horas pasan muy rápido y, cuando Lucas llega, yo sigo en el sofá, con el portátil sobre mis piernas, sin darme cuenta de la hora que es. Deja sus cosas en el recibidor y se acerca a darme un beso. De reojo, veo que sale del salón quitándose la camisa y tarareando una canción que ahora mismo no reconozco.

A los diez minutos, se sienta a mi lado en el sofá. Apoya su cabeza en mi hombro, contemplando en silencio lo que estoy tecleando. Respiro su olor y recuesto mi cabeza sobre la suya. El cansancio se apodera de mí.

—¿Te queda mucho? —me pregunta, acariciando mi pierna.

—No, creo que por hoy ya está bien —contesto, guardando los documentos que tenía abiertos.

—Bueno, pues apaga el ordenador y ven conmigo. —Se levanta y se planta en el quicio de la puerta esperando mi respuesta.

Lo miro extrañada, pero le hago caso. Apago el portátil y lo dejo sobre la mesa. Voy hacia él, y me coge por la cintura para guiarme por el pasillo hasta el baño.

Al entrar, veo que la bañera está llena de espuma y que hay velas e incienso encendidos.

—Pero, ¿y esto? —digo yo, girándome hacia él.

—Pues que, cuando he ido a trabajar, no podía dejar de pensar en esta mañana y en que me había faltado algo por compartir contigo, y creo que era algo así. ¿Te apetece?

—Joder, Lucas, claro que me apetece. Pero tú también vienes, ¿verdad?

—Mujer, si no te importa, sí que me gustaría, ya que lo he preparado para los dos...

Le contesto con una caída de pestañas y una sonrisa. Me quito la ropa y me meto en la bañera. Lucas pone música con su móvil y suenan los primeros acordes de *Make You Feel My Love*, de Adele. Disfrutamos del baño juntos. Mi espalda reposa sobre su pecho mientras acariciamos nuestras pieles mojadas. Lucas besa mi cuello y siento su lengua pasearse por mis hombros. Con sus manos, endurece mis pezones y, cuando lo consigue, baja una de ellas y juega entre mis pliegues agitando todos mis sentidos. Me deja excitada. Sin llegar al clímax. A él lo noto también enardecido en la parte baja de mi espalda.

Aparta sus manos de mí y las dirige al grifo. Coge el champú y me lava el pelo, esmerándose a fondo. Yo me retuerzo de gusto sobre él, pero no dice nada. Solo siento su respiración acompasada detrás de mí. Cuando acaba, me da un masaje en la espalda que acaba sellando con un beso en mi hombro izquierdo y que hace que la piel se me erice instintivamente.

Me queda la sensación de que me hayan hecho el amor de una manera muy distinta a la que suele ser habitual. Me gusta que me lo haga a cada momento, sin necesidad de llevarme al orgasmo, como acaba de hacer ahora con un baño, o con una caricia, o con un abrazo, o con una mirada. Hay tantas maneras de hacer el amor... y muchas veces no somos conscientes de ellas.

# Cumpliendo sueños

Hace casi cuatro meses que fui a Madrid. Cuatro meses en los que, después del bache que pasamos, me he enamorado un poco más de Lucas día a día. Hoy es un día muy importante para mí. Hoy, por fin, estoy presentando mi libro en una pequeña librería del centro.

Han venido las chicas para apoyarme, también mis padres y Carla; y, por supuesto, Lucas, quien está a mi lado en todo momento, pendiente de que no me falte de nada. Para hoy he elegido un vestido azul marino con unos *peep toes* color *nude*. Lucas lleva unos pantalones color ocre, una camisa a cuadros azules y blancos y unos *pisacacas*[\[12\]](#) color caqui que odio con todas mis fuerzas.

Yo estoy muy, pero que muy nerviosa. Menos mal que, poco a poco, el calor de la gente que ha venido, me ayuda a sentirme más cómoda y a relajarme mientras firmo algunos libros.

El esfuerzo ha dado sus frutos y, desde que volví de Madrid, Lucas me ha apoyado en todo, ha sido mi lector cero, dándome consejos y su opinión más sincera respecto a la trama y los personajes. Pero, sobre todo, ha estado a mi lado en los momentos de histeria que me han asaltado, que no han sido pocos.

Al final, me decidí por la autopublicación, ya que las condiciones del editor no me acabaron de convencer. De esta manera, también he podido trabajar en el libro, en la distribución y en la publicidad del mismo en todo momento, y saber de primera mano qué pasaba con él mientras estaba en la fase de impresión. Ha sido mucho trabajo, pero espero que haya valido la pena y que a la gente le guste.

Lucas está más relajado, no solo por estar acabando el proyecto, sino porque hace un par de días, mientras yo estaba eligiendo *outfit* para hoy, con todo mi armario desplegado por el dormitorio y él trabajando en casa con la maquetación final del proyecto, sonó su móvil y estuvo un buen rato enfrascado en la conversación. Al cabo de unos minutos, entró en el dormitorio eufórico y empezó a besarme, sin dejar de sonreír. Me tomó en sus brazos y me dijo que le acababan de anunciar que su proyecto está nominado a los premios de fotografía que entrega una revista especializada.

El simple hecho de estar entre los candidatos al premio le servirá para impulsar su nombre dentro del mundo de la fotografía. Fue inevitable contagiarme su entusiasmo. No pude evitar emocionarme yo también, ponerme a gritar como una loca por toda la casa y soltar alguna lagrimilla. Tenía demasiados nervios acumulados por el futuro de mi libro, y la noticia de Lucas me servía de excusa perfecta para liberarlos sin parecer muy loca.

Entre besos y arrumacos, nos tumbamos en la cama (apartando toda mi ropa) y nos regalamos un buen momento de pasión para celebrar la buena nueva. Nuestros esfuerzos se están viendo recompensados más de lo que ninguno de los dos esperábamos cuando empezamos con nuestros respectivos proyectos.

Hoy, al acabar la presentación del libro, llevaré a mi familia y amigas a cenar a El Garaje Bar, donde hace mucho que no voy, y allí les anunciaremos la buena noticia de

Lucas. Después de la cena, iremos a tomarnos unas copas por Castaños. Yo hoy tengo mucho estrés y energía acumulados, así que necesito, y tengo, que bailar para desfogarme.

\*\*\*

Efectivamente, al salir de la cena, nos vamos a tomar unas copas sin mis padres, que se retiran a casa, pero nosotros los jóvenes adultos tenemos ganas de mover el esqueleto (vale, lo de mover el esqueleto tampoco me ha sonado muy de joven a mí).

Entramos en un pub donde las copas y la música son aceptables. Las chicas y yo lo damos todo cantando y bailando, pero, poco a poco, empieza a sonar *reggaetón* y dejamos de conocer las canciones una detrás de otra. A Carla, a Nora y a mí nos importa poco no conocer las letras de todas las canciones, y nos desfogamos intentando imitar a las chicas de los videoclips que aparecen en una pantalla. Pero mientras nosotras lo damos todo con nuestro *perreo* particular, algunos aprovechan para hacer bomba de humo y desaparecer.

Solo los valientes nos animamos a seguir la fiesta en otro local donde va gente a bailar ritmos latinos; hasta las cinco de la mañana, que ya mis pies no aguantan más y Lucas tiene que llevarme a casa poco más o menos que a rastras.

Al llegar a casa, me dirijo de manera automática a la cama. Tumbada boca arriba, sin quitarme la ropa ni los zapatos. Todo me empieza a dar vueltas. Como diría Nora: «¡es momento de echar anclas!», así que saco una pierna de la cama y apoyo el pie desnudo en el frío suelo. De repente, Lucas sale del baño con el pantalón negro del pijama puesto y sin camiseta. ¡Joder, no puede estar más follable! Mis bragas se hacen agua y Lucas no puede evitar reírse de mí cuando me ve en semejante postura. Se tumba a mi lado, me besa en el hombro buscando amor, pero yo levanto una mano y le pido que ni me toque ni me hable mientras me concentro en la lámpara que no deja de girar (o eso es lo que me transmiten las neuronas ebrias que aún siguen bailando bachata por mi cerebro).

Tras unos minutos, parece que ya todo ha dejado de moverse, y es entonces cuando me giro hacia Lucas para darle un beso y algo más, pero ya está dormido. Admiro esa capacidad suya de quedarse dormido en un nanosegundo desde que cierra los ojos. Tampoco es que yo tenga muchas fuerzas para insistirle en echar un polvo, así que decido cerrar los ojos y entregarme yo también a un profundo sueño.

Cuando me despierto, el sol me da en la cara. Lucas debe de haber abierto la ventana cuando se ha levantado. Miro el reloj y veo que es casi la una. Resoplo, ruedo por la cama hacia el lado de Lucas y hundo la cara en su parte de la almohada, donde está impregnado su olor. Sé que debería levantarme, pero me pesan hasta los párpados y el dolor de cabeza es insoportable. Sigo más o menos vestida. Los tacones están en un rincón del dormitorio donde recuerdo que yo los lancé, y el vestido lo llevo puesto de bufanda. He estado a punto de morir asfixiada con mi propia ropa rodeándome el cuello.

Después de un par de minutos remoloneando en la cama, me levanto y me voy directa al baño. No me acordé ni de desmaquillarme, así que la imagen que me devuelve el espejo es espantosamente horrible. Parezco la novia cadáver con resaca. Sin más miramientos, me quito el vestido/bufanda y me meto en la ducha. Me lavo con brío la cara para quitarme el maquillaje de koala y froto cada poro de mi piel, que aún desprende olor a destilería.

Al escuchar el sonido del agua corriendo, Lucas se presenta en el baño. No dice nada, pero sus carcajadas al ver la estampa detrás de la mampara lo dicen todo. Casi no puedo ni mantenerme en pie porque me pesa el cuerpo de una manera sobrehumana y tengo que apoyarme en la pared para no caerme. Lucas se quita el pantalón de Batman y se mete en la ducha conmigo. Se sitúa detrás de mí. Me besa el cuello dulcemente y yo me giro a cámara lenta hacia él para besarlo en los labios.

—Buenos dí... buenas tardes, bella durmiente ¿Has dormido bien? —dice, sujetándome los hombros para que no pierda el equilibrio.

—Ufff, no me hables de ello, mi cabeza parece que va a estallar y me duele tooodo el cuerpo. Como si me hubiesen dado una paliza...

—Normal, si es que ya tienes una edad, que no estás para estos trotes...

—¿Perdona? ¿Me estás llamando vieja? Porque te recuerdo que tú tienes cinco meses más que yo...

—Yo diría madurita guerrera, más bien. Las hostias estaban de oferta esta noche en la cama, por lo visto. Y yo me he llevado la paliza madre con tanta patadita y tanto codazo... Además, me has dado un chopito en la frente, no entiendo muy bien por qué, pero me has despertado del susto y todo.

Me calla a besos para que no diga nada, porque sabe que soy de esa clase de personas que, cuando estoy muy cansada o muy borracha o ambas cosas, se me cae la pila, desconecto del mundo y entonces me dan una especie de espasmos involuntarios, de manera que siempre acaba recibiendo alguna patada, codazo o cabezazo. Sin yo darme cuenta, lo juro. Esta noche lo he dejado K.O. No tengo nada que poder alegar en mi defensa. Me declaro culpable absoluta de todos los daños causados.

Lucas abre el grifo y deja caer el agua por su espalda, mientras me coge la esponja y me enjabona delicadamente. Me apoya en la pared mientras sigue besándome, lleva su mano a mi sexo y lo acaricia. Yo me estremezco, y mi respiración se entrecorta al sentir sus dedos frotándome. Poco a poco, sin dejar de tocarme, me va acorralando en el rincón. El agua caliente me cae ahora a mí, arrastra el jabón de mi cuerpo y me hace ahogar los jadeos, mientras sus dedos continúan entretenidos entre mis piernas. Lo agarro de su culo duro como el acero y tiro de él hacia mí.

Retira su mano de mi sexo y coge mi pierna derecha para rodear su cintura con ella. Comienza a penetrarme despacio, sin dejar de besarme. Yo apoyo mis manos en la mampara de la ducha para no caerme, mientras sus manos se pasean entre mis pechos y mi culo, hasta que los dos alcanzamos el orgasmo al mismo tiempo.

Nos quedamos bajo el agua jadeando hasta recuperar de nuevo el aliento. No sé cómo he conseguido mantener el equilibrio sin caerme, pero lo he hecho sin tener que lamentar heridos.

—Deja que me dé una ducha rápida y me voy a preparar la comida —dice, mientras me da un beso—. A ti te dejo a remojo un rato más, porque tienes que quitarte ese tufillo a alcohol que aún desprendes.

—Grrr. —Es el único sonido que sale de mi garganta.



—¿Qué te apetece comer?

—Mmm... —Se me ilumina la cara—. ¿Qué tal un huevo frito? —Sonrío, a la vez que levanto las cejas intermitentemente.

Al salir de la ducha, me quito la humedad del pelo un poco con el secador. Lo que más me urge ahora mismo no es tener el pelo seco, sino calmar la solitaria que aúlla en mis tripas. Me siento y devoro en un abrir y cerrar de ojos todo lo que Lucas ha preparado.

Después de la ingesta de colesterol y calorías, una larga siesta reconfortante, y a las ocho de la tarde estoy como nueva. Me plancho el pelo y me preparo con unos *leggings* negros, una camiseta roja asimétrica y mis *stiletos* rojos, porque hemos quedado para ir al cine con Nora y Manu. Aunque no sé muy bien lo que aguantaré despierta cuando empiece la película, porque los párpados me siguen pesando una barbaridad.

\*\*\*

Nora está espectacular, como siempre, con sus labios rojos, unos pitillos y una blusa, negros claro. Ellos ya han sacado las entradas, así que nosotros compramos las palomitas y demás cerdadas para hacer la película soportable en caso de que sea un tostón, y yo, en mi caso, para evitar dormirme inmediatamente.

Al salir del cine, nos apetece un *burger* y allá que vamos, a proseguir con la ingesta de grasas saturadas e hidratos de carbono que llevo hoy. Mientras los chicos piden en el *burger*, Nora y yo cogemos mesa, y aprovecho para cotillear un poco con ella de todo en general. Y, de paso, a ver si me da alguna idea para mi primer aniversario con Lucas, que será en breve y no sé qué prepararle.

—Nena, deja que sea él quien te sorprenda, que tú ya bastante sorpresa le diste para su cumpleaños. Ahora le toca a él —dice, mientras se mira en la pantalla del móvil para retocar el pintalabios rojo.

—Ya, pero quiero hacerle algo especial... es nuestro primer año...

—Ohhh... ¡Me cago de amoor! ¡¿Un año yaaa?! —dice, llevándose las manos al pecho con cara de sorpresa—. Hostia puta, pero qué rápido pasa el tiempo ¿no?

—Pues sí, la verdad es que, con esto del libro y el proyecto, se me ha pasado el tiempo volando...

—¿Sí? Pues, chica, sigues teniendo la misma cara de encoñada que tenías al principio. No sé cómo lo haces, pero a veces me das envidia cochina.

—Venga, Nora, si Manu es un santo. No puedes tener queja de él. Ni se te ocurra dejarlo escapar. Hazme caso. Es muy buen tío, y lo mejor que has tenido hasta ahora en tu vida.

—Bah, lo mejor siempre fuiste tú, *chochinagua*, y eso, ninguna chorra lo va a cambiar nunca.

—Ains, Nora, en tu corazón puede haber hueco para más de una persona, recuérdalo.

—Ya, Mía, lo sé, y sí que es verdad que me estoy dando cuenta de que Manu es... no sé cómo decirlo...

—¿Especial?

—Síiii, justo eso era lo que quería decir.

—¡Ay, Noritaaa! Que tú también te encoñas, aunque no lo quieras reconocer.

—Entonces... ¿esto es lo que se siente cuando estás enamorada? – y cuando lo dice, finge poner cara de asco.

—¿Que flotas en una nube cuando lo ves?

—Ya está la reina de las moñerías con sus pajas mentales... el que flotaba en una nube era Son Goku, *jamía*.

—Cómo te cuesta reconocer que estás enamorada, ¿eh, *jodía*?

—Yo lo que siento es que me falta algo cuando él no está. Como que mi vida ya no es la misma desde que lo conocí, y supongo... que me da miedo que pueda perderlo.

—Nora.

—¿Qué?

—Eso es estar enamorada, cariño. Pero no tienes que preocuparte por perderlo, porque eso nunca pasará si cuidáis el amor todos los días. Solo tienes que preocuparte por ser feliz.

—Y, ¿ya está? ¿Ser feliz y punto? ¿Así de fácil? —pregunta, a la vez que resopla hacia el flequillo.

—No, el amor no es fácil, pero te aseguro que vale la pena.

# Lo mejor de mi vida eres tú

*All of Me*, de John Legend

*«Cause all of me loves all of you... all your perfect imperfections... You're my end and my beginning... you are my worst distraction».*

*(Todo de mí ama todo de ti... todas tus perfectas imperfecciones... eres mi final y mi principio... eres mi peor distracción)*

Diez de abril, hoy es nuestro primer aniversario. 365 días de amor. Miles de besos, caricias y abrazos. Momentos inolvidables.

Estoy sola en la cama cuando despierto, porque Lucas ha tenido que ir a trabajar, como la gente normal, pero me ha prometido cogerse la tarde libre para estar juntos y celebrarlo.

Cuando entro en la cocina, veo que hay una rosa roja junto a una suculenta y gran bandeja de cruasanes, con una nota delante:

*«Para la persona más especial de mi vida:*

*Mía, este año ha sido maravilloso. Gracias por estar a mi lado. Gracias por hacerme feliz día a día. Gracias por tu amor incondicional y gracias por ser tan mágica. Eres la luz de mis días. Tú iluminas mi camino solo con tu presencia. Eres mi estrella favorita. Nunca dejes de brillar en mi cielo.*

*Feliz Aniversario. Te Amo».*

Sniff, unas lagrimillas acaban de hacer su aparición en mi cara de boba.

*«PD: Déjame algún cruasán».*

¡Bribón, cómo me conoce!

Me preparo mi Cola-Cao con cuatro cucharadas de azúcar y devoro tres cruasanes inyectados con delicioso chocolate, mientras releo la nota una y otra vez hasta aprendérmela de memoria. Con mi dosis de grumitos y azúcar en el cuerpo, dejo la bandeja con unos pocos cruasanes a un lado y coloco la rosa en un jarrón del dormitorio. Abro el armario y me pongo unos vaqueros con una camiseta verde y unas sandalias tipo *D'Orshay* verdes y amarillas. En el espejo del baño, me termino de preparar para salir a buscar un regalo de última hora para Lucas. Mientras me pinto con el *eyeliner*, se me ocurre dejarle un beso en el espejo. Me pinto los labios de rojo y beso el espejo. Cojo un post-it y le escribo *«Feliz Aniversario, mi amor. Gracias a ti por aguantarme. Te quiero. PD: Gracias por el desayuno»*, y pego el post-it junto a la huella del beso, para que

cuando llegue de trabajar lo pueda ver.

Pero el post-it me parece poca cosa, es algo que ya le he hecho en otras ocasiones. Ahora tengo que superarme... Piensa, Mía, piensa.... ¡Ya lo tengo! Ni corta ni perezosa enciendo el iPod, y con la cámara del móvil grabo un vídeo bailando e interpretando el estribillo de *Feliz*, de David Bustamante, y se lo mando a Lucas:

«*Feliz con lo que tengo. Uoooh. Feliz con lo que siento. Uoooh. Es que cada momento está lleno de tiii, yeeeh. Completamente libre. Uoooh. Mil sueños imposibles. Uoooh. Soy dueño de la luna si estás cerca de miii*».

Cuando lo acaba de ver, me llama para que pueda escuchar su risa y las de sus compañeros, que también han visto el vídeo. Así soy yo de estupenda, me encanta hacer reír a la gente de buena mañana.

A los pocos minutos, mientras deambulo por las calles del centro en busca del regalo perfecto, me llega un *whatsapp* de él. Contiene un vídeo, y esto sí que no puedo superarlo. Sale él de protagonista bailando *I Want It That Way*, de The Backstreet Boys, con sus compañeros detrás haciéndole los coros e imitando su coreografía. Me cuesta un rato, pero al final pillo por qué ha elegido esa canción... El *striptease* que me dedicó cuando empezamos a vivir juntos... Sus compañeros no creo que lo sepan, pero ahora me hace muchísima más gracia el vídeo; y qué decir de esa canción que, inevitablemente, ahora siempre me va a traer recuerdos de momentos muy divertidos.

Voy por la calle riéndome yo sola cuando me encuentro con Nora, que ha salido de la oficina a hacer unas encuestas, según ella, pero sé que no es más que una excusa barata para librarse un rato de su jefe e irse de escaparates. Me tomo un café con ella antes de proseguir cada una con nuestros quehaceres.

—Al final acordamos que nada de regalos, pero con su detalle de esta mañana, no quería quedar como una sosa y mira lo que he hecho. Bueno, hemos hecho. —Le enseño los vídeos que nos hemos dedicado mutuamente.

—Si es que sois la leche, estáis los dos como una chota —dice, llorando de la risa—. Pobre Lucas, él antes era más serio, y mira ahora todo lo que tiene que aguantar. No sé qué le has dado; bueno, sí que lo sé, y me encanta veros así de felices.

—A mí también. Enamoradita hasta la médula que me tiene. El caso es que quiero regalarle algo y no sé el qué. No quiero parecer una sosa y no regalarle nada.

—Sosa no sé, pero moñas un rato sí que eres, sí. Seguro que sí que le tienes preparado algo, un regalo *supercuqui* y *superromántico* —dice, imitando a una *superpija* del palo.

—Bueno, algo especial sí que tengo preparado. No es caro, aunque sí tiene mucho valor sentimental para mí. Pero quiero algo más...

—Ay, de verdad, piensa un poco en él. Es un hombre, así que, para empezar: si dijisteis nada de regalos, no esperes nada de regalos por su parte. El noventa y nueve por ciento de los hombres heterosexuales, no entienden las ironías, las indirectas, ni las frases de doble

sentido de las mujeres. Y segundo, como cacho de carne que es, lo mejor que le puedes regalar es una noche de sexo salvaje. Cómprate un conjunto de lencería tipo porno-chacha, que seguro que eso le gusta y lo pone burro cuando te vea con él puesto.

—Tú sí que eres burra. Pero, mira, esta vez igual te hago un poco de caso. Me has dado una buena idea.

—Uy, que al final se me desmelenan Mía... aunque ya me gustaría a mí verte por un agujerito, seguro que no eres tan mojigata como aparentas... —dice, riéndose.

—¿Mojigata yo? Ay. si yo te contara... —le digo, guiñando un ojo y riéndome.

—No, si ya me lo imagino. Muy calladita, pero luego seguro que eres una fiera en la cama. Me encantará descubrirlo si algún día decido cambiarme de acera.

Entre risas nos despedimos. Esta Nora no cambia, y espero que no lo haga, porque la quiero un montón así, como es ella, con todo su esplendor y con toda su chabacanería fina.

Al final, le hago caso en cuanto a la idea del sexo salvaje. Voy a una tienda de ropa interior y me doy un capricho con un conjunto de lencería fina, nada de porno-chacha, solo encaje. Me hubiese gustado decir que es de La Perla, pero no, mi economía me alcanza solo para un conjunto en color rosa palo de Intimissimi. Y para mí eso ya es todo un lujo hasta que empiece a ganar algo de dinero con el libro.

Como es casi la hora de comer, le mando un *whatsapp* a Lucas para que pase a recogerme antes de ir a casa. Meto la bolsa con el conjunto en mi maxibolso para que pueda ser sorpresa.

\*\*\*

Al llegar a casa, escondo la bolsa en mi armario y, mientras dejo que Lucas descubra el beso que le dejé en el espejo, yo me voy a la cocina a calentar la comida y a poner la mesa. Hoy, como día especial, he preparado chili con carne, que sé que le encanta. Vale, no me lo he currado mucho, pero es que la cocina no es lo que más me apasiona en este mundo (aunque los vasos de agua que preparo me quedan exquisitos). Hoy abriré una bolsa de nachos para acompañar y algo de vino lambrusco para regar el gaznate. Que sé que igual este vino no pega en absoluto con este tipo de comida, pero a mí me la *refanfinfla* porque está requetebueno.

Después de comer, nos sentamos en el sofá, y aprovecho para darle el regalo que le tenía preparado. Se trata de una libreta marrón, en la que he ido anotando a modo de diario cada uno de los momentos importantes que hemos vivido juntos desde nuestra primera cita. La libreta acaba con una breve carta escrita para este día tan especial.

«Lucas, mi amor,

*Te escribo esta carta para intentar decirte lo mucho que te quiero. Todo lo que me haces sentir es inefable; tan increíble que no puede ser expresado con unas pocas palabras. Nos conocemos desde hace mucho, pero nunca pensé que podríamos llegar a este punto en el que ahora nos encontramos.*

*Este año a tu lado ha sido fantástico. Pasaste a formar parte de mi vida en el momento justo. Eres el mejor regalo que podía tener, lo mejor que me ha pasado. Te prometería amor eterno, pero no sé si existe. Lo que sí que existe es el amor verdadero, y lo sé porque es lo que tú me haces sentir estando a mi lado, y eso es lo único que te puedo prometer: que cada día que pase a tu lado te voy a amar de verdad y voy a hacer lo que esté en mis manos para hacerte la persona más feliz del mundo, como tú haces conmigo.*

*Gracias por cuidarme, por aguantarme en mis peores momentos, por hacerme reír cuando más lo necesito, por escucharme y comprenderme, por tus palabras y consejos. Gracias por ser como eres. Eres mi sueño hecho realidad, mi ángel caído del cielo. No cambies nunca porque te quiero así.*

*Por muchos años más juntos.*

*Te Amo.*

*Mía».*

Le pido que ojee la libreta pero que por ahora solo lea ahora la última hoja, ya tendrá tiempo para leerla entera en otro momento.

—Antes de leer nada quiero darte yo también una cosa. —Y se levanta y va hacia el escritorio.

—Pero Lucas, que la libreta es una tontería —digo, haciéndome la ingenua—. Sabes que me gusta escribir y lo hacía sin pensar en regalártela hoy, además dijimos que nada de regalos... —Me acuerdo de lo que me dijo Nora y sonrío porque estaba equivocada. Estoy deseando contárselo a ella, y al resto, para que se mueran de envidia cochina.

Abre un cajón del escritorio y saca lo que parece una caja. Demasiado pequeña para que sean zapatos... Va envuelta en papel de regalo... ¿Qué leches será? Cuando me trae el paquete al sofá, le paso la libreta y, mientras él lee la carta final, yo abro el misterioso regalo.

Se trata de un álbum de papel reciclado. Dentro hay fotos en blanco y negro. Me quedo boquiabierta porque son todas fotos mías. Algunas no sabía ni que me las había hecho y de las otras conocía su existencia, pero no sabía que las usaría para esto.

La primera foto de todas es de nuestra segunda cita. Salgo yo en el mirador, con la mirada puesta en el horizonte, apoyada en uno de los bancos que se pueden encontrar a lo largo del paseo y donde tanto me gusta ir a contemplar el mar y a relajarme.

Hay algunas otras fotos que son, sin lugar a dudas, robadas: durmiendo como una marmota; desayunando apoyada en la encimera de la cocina; poniéndome el rímel frente al espejo con la inexcusable boca entreabierta; viendo la tele en el sofá abrazada a un cojín; riéndome mientras hablo por teléfono, creo que con mi hermana Carla; con el teléfono cogido entre la cabeza y el hombro mientras me pinto las uñas de los pies; concentrada leyendo un libro en mi rincón del sofá; bailando mientras barría la casa; en la playa, tomando el sol... Sin faltar la de mi caída inolvidable en el barrizal, aquel fin de semana del cumpleaños de Lucas en la casa rural. Y así hasta unas cincuenta fotos. No puedo evitar emocionarme al mirarlas y recordar cada uno de esos momentos en los que sí fui

testigo de que me hacía la foto.

Al levantar la mirada del álbum, veo que Lucas está inmerso en la lectura de la libreta. Me acerco a él y lo beso en el cuello, haciendo que desvíe la mirada de la libreta para besarnos calurosamente. Deja el álbum y la libreta sobre la mesilla. Me toma al brazo y me lleva al dormitorio para hacer el amor sin prisas, como a nosotros nos gusta.

\*\*\*

Tras una tórrida tarde de arrumacos, mi piel se ha quedado enrojecida por donde, minutos antes, ha pasado su barba de tres días. Nos duchamos y nos preparamos para salir a cenar a un restaurante de esos en los que los nombres de los platos son infinitamente largos, y luego te ponen una fuente (no se puede considerar plato al platillo volante que te plantan delante), con algo minúsculo en el centro que no distingues bien si es el solomillo o la lubina ni mucho menos el acompañamiento que según el título rodea el elemento principal.

No es por nada, eh, pero yo, con tanto minimalismo culinario, como que me quedo con hambre. Qué le vamos a hacer, no tengo el morro tan fino para la comida y lo que me importa es llenar la barriga... Pero, bueno, a Lucas le hace ilusión y un día es un día, así que, por una vez al año que nos demos un pequeño capricho, tampoco va a pasar nada malo.

Nos hemos puesto elegantes para la ocasión. Yo llevo un vestido de gasa color aguamarina con unas sandalias de tiras doradas, y Lucas va con pantalón de traje azul marino, camisa blanca ceñida y con unos *loafers* marrones. Y su olor... Esta noche promete...

¿Promete, dicen? ¡Promete, promete... hasta que te la meten! ¡Prometemos no volver a comer allí, porque casi tenemos que donar un riñón para pagar la cuenta! ¡Cojones de mico! Todavía me duele el bolsillo de lo que nos lo hemos tenido que rascar. ¡Parecemos un par de pardillos que acaban de llegar a una gran ciudad!

Cuando salimos del restaurante, nos vamos a dar un breve paseo por la playa para apaciguar la sensación de robo que nos ha dejado la cena. Parece que nos han metido un cohete por el culo porque hemos ido y vuelto por el paseo marítimo a la velocidad de un rayo. Esta vez no hemos disfrutado mucho del paseo, pero con un par de bromas se arregla todo y, una vez más destensados, nos vamos a casa.

Mientras Lucas se pone el pantalón de su pijama (me encanta que duerma así porque me gusta buscar por la noche su torso desnudo para abrazarme a él), yo aprovecho el momento y me meto en el baño. Al salir, llevo puesto el conjunto de ropa interior que me había comprado para darle a Lucas su regalo.

Nora aquí sí que tenía mucha razón. Esta vez no me dio tiempo ni a bailarle un poco para calentar el ambiente, porque enseguida Lucas se puso burro, me asaltó y me tumbó en la cama para quitármelo todo y hacerme el amor. Grrr...

# Todo esfuerzo tiene su recompensa

Por fin, después de tanto papeleo y tantos plazos sin cumplir, a Claire le entregaron las llaves de su nueva casa hace un mes y, ahora que ya la tiene pintada y medio amueblada, nos ha invitado a todas para su inauguración. Cada una llevamos algo para comer y tomar café, que así nadie se pringa cocinando.

La casa está situada a las afueras de la ciudad, cerca de su trabajo. Es bastante amplia y tiene un precioso jardín. Lo que viene siendo una casa grande para formar una gran familia.

Con unas copas de vino en el aperitivo, nos ponemos al día de los planes para este verano de cada una de nosotras. Las ventas de mi libro van mejor de lo que esperaba y me permitirán dedicarme un tiempo a seguir escribiendo sin necesidad de pasar apuros económicos. Dentro de dos semanas, iré con Lucas a Barcelona para la gala del premio al que está nominado. Y, en julio, iremos de circuito por Italia a celebrar todos nuestros esfuerzos de este último año.

Nora todavía no ha decidido si irá de vacaciones a algún sitio, porque su jefe está bastante tocapelotas últimamente y no sabe ni si tendrá días libres este año o el siglo que viene, así que, como todos los veranos, iremos a la playa a tostarnos al sol juntas, mientras se queja de su vida laboral mojito en mano.

Alba, por su parte, no tendrá vacaciones hasta septiembre, para coincidir con Martín, así que no hará mucho este verano más que venirse a la playa con nosotras los días que no trabaje. Y Claire, por su parte, ahora empieza la temporada alta en su trabajo, así que no se podrá permitir ni un minuto para mear o estornudar. Puede que la próxima vez que la veamos ya sea en septiembre más o menos, así que hoy aprovechamos y brindamos por el inicio del verano.

\*\*\*

Dos semanas después, el sábado por la mañana, Carla aparece por casa a las ocho de la mañana. Ha venido tan pronto porque tiene que llevarnos a la estación para ir a Barcelona. Y porque la hemos sobornado con cruasanes calentitos para desayunar.

El viaje se nos hace un poco largo. Al llegar al hotel, dejamos los trajes para la gala de esta noche y salimos a comer algo antes de regresar exhaustos al hotel por el calor que empieza a hacer. Dormimos una larga siesta y nos damos una refrescante ducha antes de empezar a arreglarnos. El vestido azul marino largo que me puse en la boda de Claire me viene genial para utilizarlo en esta ocasión. Lucas por su parte se ha puesto el traje azul con camisa blanca; lo mismo que se puso para nuestro primer aniversario, pero esta vez con una corbata estrecha ya que la ocasión así lo requiere.

\*\*\*

La gala ha sido algo larga y aburrida con tanto discurso y tanto paripé. No puedo estar



más orgullosa. ¡Lucas ha ganado el premio al que estaba nominado! Ha sido un momento muy bochornoso para los asistentes cuando han dicho su nombre y yo me he levantado y he empezado a aplaudir, a silbar, a vitorearle y a saltar como una loca mientras gran parte del auditorio me miraba, pero me ha dado igual que piensen que estoy mal de la azotea; era el momento de Lucas, y yo tenía que celebrarlo después de todos los momentos de tensión que había sufrido para conseguirlo. Ahora estamos en uno de los salones donde se va a celebrar un cóctel. Lucas está deambulando por el salón, saludando uno a uno a los asistentes, recibiendo felicitaciones y halagos mientras yo lo espero en la barra acompañada por un rico cóctel. Paso de que me babeen la mano desconocidos y tampoco creo que le apeteciera mucho a Lucas ir presentando a la loca de su novia a cada uno de los presentes.

Viendo que Lucas sigue con su tour por todo el salón, yo decido dedicarme de pleno a los canapés. Me sitúo estratégicamente cerca de la puerta, por donde veo salir a los camareros con las bandejas, y no dejo bocado sin probar. También aprovecho y cambio mi copa vacía por una llena de vino. Cuando Lucas aparece al cabo de media hora, yo ya estoy llena de tanto comer y voy algo contentilla de tanto beber.

A pesar de que suena música bailonga, poca gente se anima a bailar y yo que ya he pasado mi momento de fama en el auditorio, decido que no quiero volver a ser el centro de atención otra vez, así que contengo las ganas de darlo todo en la pista de baile y me siento en uno de los sofás que hay dispuestos alrededor del salón, mientras degusto mi última copa junto a Lucas, antes de regresar al hotel a celebrarlo como se merece, con un buen revolcón.



El domingo por la mañana, los dos tenemos una resaca de campeonato, aunque Lucas, como enfermo, es lo peor del mundo mundial. Saco fuerzas de donde no las tengo y me levanto a pedir que traigan el desayuno a la habitación con un par de ibuprofenos, antes de que Lucas mute a zombie.

—Toma, amorcito, tómate el ibuprofeno para que se te cure el dolor de cabecita —digo, haciéndole un masaje en la cabeza al que él contesta con un ronroneo gatuno—. Sana, sana, culito de rana, si no sana hoy, sanará mañana. —Me río por lo dramático que se pone. Parece que esté agonizando.

Al mediodía, ya estamos un poco mejor, aunque tampoco como para tirar cohetes. Lucas sigue estando pálido, pero ya ha recuperado algo de color en la piel, y a mí el dolor de cabeza no deja de martillearme las sienas desde el interior. Tras una ducha, salimos a comer algo y a dar un paseo por la ciudad condal antes de regresar a Alicante.

A las tres y media de la tarde sale nuestro tren. Unos niños muy inquietos de unos cinco y siete años están sentados enfrente de nosotros sin dejar de pelearse. Lucas y yo queremos morirnos ya, y el tren solo acaba de salir de la estación (que nos traigan un vaso de cianuro a cada uno si tenemos que aguantar este infierno todo el trayecto). Cuando todos los pasajeros se han sentado, aparece la madre de las criaturas y yo le dedico una mirada asesina. ¡Quiero dormir! Tras un par de intentos de calmar a las fieras, al final, decide separarlos y sentarse ella con uno de los niños mientras que el otro se sienta con el

padre un par de asientos más atrás. Ya podían haber pensado en eso desde un principio. Me duermo sobre el hombro de Lucas y, con el traqueteo del tren, él también se duerme y no nos despertamos hasta que llegamos a Alicante.

Después de darnos una ducha para refrescarnos del viaje y de deshacer un poco las maletas, nos encontramos con energías renovadas (con todo lo que hemos dormido en el tren, no me extraña), así que Lucas propone salir a cenar nosotros dos solos a un restaurante nuevo que han abierto. No me complico mucho y me pongo un vestido ajustado negro con unos *pumps* amarillos con bolso a juego (que no falte el toque de color, como diría mi hermana Carla). Lucas se complica muchísimo menos con unos vaqueros oscuros y un polo blanco.

El restaurante es bastante romántico e íntimo, y creo que no hemos acertado mucho a la hora de elegir atuendo para venir aquí, porque hasta los camareros llevan la pajarita apretada y un dúo de *jazz* da un concierto en directo para animar la velada. Ojalá hubiese conocido este lugar para haber celebrado aquí nuestro aniversario y no en ‘villa saqueo’.

Al acabar de cenar, nos vamos a casa a prepararnos unos cócteles y a hacer el amor a la luz de unas velas que he dispuesto por el dormitorio, mientras suena el *Midnight Blues*, de Gary Moore de la *playlist sexy* que ahora siempre llevo en mi móvil y, gracias a la cual, tan buenos momentos hemos pasado. Creo que ya soy experta en esto de crear todo tipo de ambientes según cada ocasión.

# El verano ya llegó

*Don't stop me now*, de Queen

«*Don't stop me now I'm having such a good time... If you wanna have a good time, just give me a call*».

(*No me pares ahora que estoy pasándomelo tan bien... Si quieres pasarlo bien, simplemente llámame*)

Hoy, sábado, he quedado con las chicas; bueno, menos con Claire, que está muy ocupada con tanto trabajo, para contarles el viaje a Barcelona. Hemos quedado en el centro, aprovechando que son Hogueras, para cumplir con la tradición que llevamos arrastrando desde hace unos años en estas fiestas: aperitivo – mascletá – comida – tardeo – fin de fiesta o lo que surja. Un plan de traca muy diferente al de cualquier otro sábado.

—Si nos hubieran invitado, el momento de la entrega del premio hubiese sido ‘*momento unicornio*’ y no hubieses pasado la vergüenza sola —dice Alba.

—Pues menos mal que no estuvimos, porque, si no, el pobre Lucas ni se atreve a levantarse a por el premio —dice Nora, devorando de tres en tres las aceitunas del aperitivo.

—Gracias, chicas, pero sabéis que yo solita me basto para hacer la pava. Y ya bastante vergüenza le dio a Lucas ver que las miradas se dirigían hacia mí mientras él caminaba hacia el escenario a recoger el premio. Os juro que ahora revivo ese momento en mi mente y pasa a cámara lentíiisima —digo, riéndome—. La verdad es que, ahora que lo pienso... pobre Lucas. Menos mal que me conoce y no me dijo nada. Ni se enfadó. Si es que es más bueno... hago lo que quiero con él... y él se deja.

—Un premio por aguantarte sí que se merece, sí —dice Nora, burlándose de mí.

—Pues anda que a ti...

No puedo evitarlo y, tras darle un trago largo a mi tinto de verano, acabo representando el momento, imitándome a mí misma en la entrega de premios. Menos mal que esta vez mi locura no desentona mucho con el ambiente de fiesta.

—Bueno, chicas, la primera semana de julio, en dos semanas, —digo, moviendo dos deditos de mi mano derecha—, me voy con Lucas a Italia. —Y aprovecho que estoy de pie para imitar el movimiento de girar un *hula hoop* en mi cintura—. A ver si nos vemos antes, aunque sea para tomar un cafecito en mi casa tranquilamente y, si no, a la vuelta seguro que nos vemos porque tenemos la barbacoa en la finca de mi familia, acordaos. Que hasta Claire me dijo que vendría ese día. Que, aunque ande liada, ese día libra y lo guarda para nosotras. Así la vemos antes de septiembre.

—Zorra, qué envidia me das. Yo solo he conseguido dos putos días libres, que voy a aprovechar que son viernes y lunes para escaparme cuatro días a Ibiza con Manu, a ver si le doy al lerele y me olvido un poco de todo. En la barbacoa os contaré qué tal mi ‘gran

viaje’.

—Bueno, algo es algo Nora, no te quejes, que podía haber sido peor y haberte pasado todo el verano encerrada entre esas cuatro paredes —digo yo.

—Pero, ¡qué coño, si solo son dos jodidos días! Y, para que me los concediera, no veas lo que he tenido que suplicarle al muy mamón. Y encima no es que me salga bien la jugada, el tío borrego quiere que intente recuperar algunas horas a lo largo de todo el verano, y todo por el módico precio de novecientos euros al mes, del cual, por supuesto, me sobra medio mes al final de esa mierda de sueldo. Menos mal que tenemos el trabajo de Manu, y con eso vamos tirando. Pero, vamos, que cuando me salga otra cosa, le van a dar por culo a todos los que curran en esa jaula de oro —dice, poniéndose hecha una furia, como cada vez que habla de su jefe—. De verdad que me tenía que haber hecho sexóloga, como tú me decías. ¿En qué estaría pensando cuando me metí en periodismo?

—En follar mucho y estudiar poco y *ná* —le recuerda Alba.

—Ya, sí, es verdad. Me daba igual elegir una carrera que otra porque ninguna llamaba mi atención. Pero, si me hubiese hecho sexóloga, ahora estaría sentada en mi sillón de ante rojo detrás de una gran mesa de roble macizo, salvando parejas de la hecatombe, hablando todo el día de lubricantes, consoladores, juegos perversos y todas esas guarradas que a mí tan perraca me ponen.

—Eso, o ponerte a trabajar en un *sex-shop* —digo yo, llorando de la risa.

—Sí, eso también sería una opción ahora mismo, tal y como está el panorama. Por lo menos, tendría descuento en todo lo que me llevara. Tendré que hacer cuentas y ponerme a empapelar la ciudad con mi currículum a ver si le doy un puto giro a mi vida ya de una vez.

Después del aperitivo, cogemos sitio para ver la mascletá, que hoy, al ser sábado, está a reventar de espectadores. Pero nosotras tenemos nuestro rinconcillo ya fichado, donde el olor a pólvora se nota desde el primer momento y donde el tronar de los petardos retumba en las paredes de los edificios adyacentes. Además de que es un rincón donde es imposible agobiarse, porque no hay demasiada aglomeración de gente (está claro que no voy a decir dónde es para que nadie nos quite el sitio). Nora y yo vivimos estos minutos emocionadas, como unas verdaderas entendidas en pirotecnia, y, al acabar, valoramos y criticamos el espectáculo al igual que hacen el resto de alicantinos también expertos en la materia.

Para la comida y el tardeo, nos adentramos en la calle Castaños, en la que somos abducidas hasta las once de la noche, hora en la que salimos de allí hambrientas en busca de un sitio donde cenar antes de retirarnos a descansar.

\*\*\*

Una semana después, quedo con Carla para comprar algunas cosillas para mi viaje a Italia, aprovechando que Lucas tenía que ir al estudio porque lo necesitaban allí esta tarde. Por supuesto, llevaré mi conjunto de lencería fina porque en el aniversario no me dio tiempo a lucirlo lo suficiente.

— Pues, cuando venía de camino a tu casa, me ha parecido ver a Lucas con Nora en la

cafetería que hay debajo de su casa — dice Carla.

— ¿A Lucas? Pues a mí me ha dicho que iba al estudio... Luego me enteraré. Igual de camino al estudio se la ha encontrado...

— Y, ¿qué tal le va a Nora?

— Bueno, ya sabes cómo es ella, siempre viviendo el día a día. Intentando aprovechar cada momento y que los problemas no la salpiquen. Ahora mismo creo que tiene muy buen equilibrio en su vida con Manu a su lado. A pesar de que está hasta el chichi de su trabajo, pero bueno, eso no es algo nuevo.

— Eso hasta que no consiga otra cosa será siempre así, pero, bueno, por lo demás, me alegro mucho por ella. Se merece que la vida le sonría un poco ya. — Carla conoce a Nora desde que tiene uso de razón y me consta que ambas se tienen mucho afecto.

— Sí, la verdad es que, echando la vista atrás, me doy cuenta de todo lo que ha pasado, y espero que la estabilidad que tiene ahora no se le acabe nunca. Ya le tocaba estar tranquila. Que cuando no era por su madre, era por alguna desgracia y, cuando no, por un gilipollas que se cruzaba en su camino. El caso es que la vida siempre encontraba una nueva forma de joderla.

— Sí, no lo ha tenido muy fácil. Pero, al final, supongo que todo eso le ha servido para hacerse fuerte y ser la mujer de armas tomar que es hoy en día. Ya era hora de que las cosas le fueran bien. — Sé que Carla admira a Nora en muchos sentidos.

— Yo creo que en su lugar no hubiese sabido levantar cabeza.

— Sí, yo también la admiro por su entereza.

\*\*\*

Al llegar a casa, Lucas ya está allí, sentado en el sofá con el portátil en su regazo.

— Qué pronto has vuelto del estudio, ¿no? — pregunto, algo confusa, mientras dejo las bolsas de las compras en el suelo para acercarme a darle un beso.

— Bueno, es que al final me han llamado para que no fuera porque se las apañaban sin mí. Pero no he querido llamarte, porque sabía que estabas con tu hermana de compras, así que me he quedado en casa curioseando un poco por internet cosillas para ver por Italia.

— Ahm... pues qué casualidad, porque Carla me ha dicho que te ha visto con Nora en una cafetería...

— ¿Ah, sí?... Bueno... es que... iba de camino al estudio justo cuando me han llamado para que no fuese, y la he llamado a ver si estaba para tomarnos algo, ya que estaba cerca de su casa... Y luego ya me he venido a casa a esperarte.

No sé por qué no me suena muy convincente. Se ha puesto nervioso cuando le he dicho que Carla los había visto. Él sabrá. Total, Nora es su amiga también y no veo nada de malo en que queden a tomar café. ¿Verdad?

\*\*\*

Dos semanas después, Lucas y yo nos embarcamos rumbo a nuestro primer destino, Roma, con aire muy relajado. Aunque Lucas no ha querido reservar nada más que los hoteles, yo sí que he sacado algunas entradas y he planeado algunas rutas.

No sé si es verdad o si son paranoias mías, pero Lucas está mucho más cariñoso que de costumbre conmigo; justo desde que Carla lo vio con Nora... Me siento demasiado querida. Tantas atenciones me abruman y no sé cómo decírselo. No quiero preocuparme ahora por eso, así que, por lo menos durante el viaje, me voy a dejar mimar. Además, insisto, sería una tontería pensar mal de Lucas y de Nora. ¿No? Vale sí, lo admito, mi mente acuariana se ha imaginado ya lo que puede haber pasado, lo que no, lo que puede estar pasando a mis espaldas todavía y lo que está por pasar. Pero eso no quiere decir que tenga razón... Pero, ¿y eso de que cuando el río suena...? Venga, Mía, déjate de ríos y de pajas mentales e intenta disfrutar del viaje.

# Buon giorno! Viva l'amore!

Todo empezó una tarde de hace unos dos años y medio en la que me encontraba yo sola en casa porque Sergio, mi ex, estaba trabajando. Fuera estaba lloviendo y yo tenía todos los síntomas premenstruales imaginables, así que decidí hacerme con un arsenal de cruasanes y palomitas con caramelo salado y ponerme una película al azar de la larga lista de «películas que quiero ver algún día». Ese día escogí *Cartas a Julieta*.

Como romántica empedernida que soy, desde que conocí la historia de Romeo y Julieta, me enamoré de los personajes y de su amor prohibido y verdadero. «Ojos, mirad por última vez. Brazos, dad vuestro último abrazo. Y labios, que sois puertas del aliento, sellad con un último beso». Fallezco de amor.

Después de ver *Cartas a Julieta* y de llorar a moco tendido durante un rato, decidí que algún día tendría que ir a Verona. Creo que el trabajo de mi vida sería ser secretaria de Julieta; poder pasarme los días enteros leyendo cartas de amor verdadero, de amor no correspondido, de amor prohibido, de desamor... todas ellas llegadas desde cualquier rincón del planeta. Vivir historias de amor diariamente y ser partícipe de todas ellas contestando a esas cartas. ¡Ains, qué bonito sería! Aunque solo fuera por un día...

El caso es que, cuando Sergio llegó esa noche a casa, yo empecé a plantearle, de manera muy insistente, la idea de que para nuestro décimo aniversario fuésemos a recorrer Italia, pasando por Verona, como era lógico. Ironías del destino hicieron que Sergio saliese de mi vida mucho antes de empezar a planear el viaje y que ahora me encuentre con Lucas en el aeropuerto rumbo a cumplir este deseo que tanto había soñado.

Hemos cogido el primer vuelo para llegar pronto a Roma y empezar a aprovechar el tiempo que tengamos. Hacemos el *check-in* en el hotel donde nos alojaremos las próximas dos noches y salimos a patear la ciudad. No podemos perder ni un solo minuto si queremos verlo todo o casi todo.

Primero vamos a la Plaza de España, donde nos unimos al resto de turistas que hay sentados en las escaleras y almorzamos unos sándwiches para coger fuerzas para el resto del día. Seguimos paseando hasta la Fontana di Trevi, donde tiramos nuestras respectivas moneditas y pedimos los deseos que no se pueden decir. Lucas va cámara en mano, inmortalizando cada rincón de la ciudad eterna, así que yo solo me preocupo de explorar a mi aire, porque sé que él me sigue a través del objetivo. Y en caso de que me perdiera, tiene fotos suficientes para poner carteles de «Se busca» por toda la ciudad.

Llegamos al Panteón y buscamos un sitio para comer. Como es el primer día, nos pedimos algo de pasta fresca. Ya tendremos tiempo de aborrecerla después. Por la tarde, seguimos con una visita al Campo dei Fiori, la Plaza Venecia y nos relajamos paseando un rato por la Isla Tiberina. Con los pies ya algo doloridos (esta vez no me he traído al viaje mucho tacón), volvemos al hotel a ducharnos y descansar un rato antes de salir a cenar unas pizzas por el barrio del Trastevere. Esa noche caemos rendidos en la cama a causa del cansancio y del vino que nos tomamos en la cena.

Al día siguiente, seguimos con la visita al Vaticano y a la Capilla Sextina, la Plaza de

San Pedro y otras plazas más de cuyo nombre no me acuerdo. Después de ver tanta plaza, de subir tantas escaleras y de estar andando toda la mañana, decidimos volver al hotel a comer, descansar y remolonear un rato antes de salir esta última noche por Roma.

Me pongo unos vaqueros con una camiseta rosa y unas sandalias blancas. Algo arreglado para hacer una visita nocturna por los principales monumentos. Es tan bonito todo y me embelesa tanto, que en los alrededores de El Coliseo me pierdo. O mejor dicho, pierdo de vista a Lucas. Imagínate el percal. Yo, perdida en una ciudad totalmente desconocida para mí, y por la noche, para más inri. Esto es el colmo de mis extravíos.

¿Qué hago? ¿Grito el nombre de Lucas hasta que este aparezca o hasta que alguien me tome por loca? ¿Me quedo quieta hasta que alguien venga a buscarme? A buscarte, ¿quién? ¿El Papa? Entonces... ¿lloro? No, señor, no, yo soy una chica de recursos. No voy a llamar Lucas, porque es él quien me ha perdido. A ver, el hotel estaba por... ¿una calle normal y corriente? Y se llamaba... Pfff ¡Socorro! ¡Tengo un desastre de memoria! Vale. Que no cunda el pánico. Ayer cenamos cerca del hotel... y cerca del hotel, hay una plaza... ¿y la plaza se llama? Se acabó, estando aquí parada no voy a conseguir nada. Voy a intentar volver sobre mis pasos, a ver si hay algo que me resulte familiar... Comienzo a andar a paso ligero y de repente un algo misterioso sale de la oscuridad.

— Mía.

— ¡Aaahhh! — Y, del susto, lanzo mi bolso hacia el ente que conoce mi nombre y empiezo a correr sobre mis tacones todo lo rápido que las piernas me permiten.

¡Corre, Forrest, corre! Es lo único que me viene a la mente y que me ayuda a aligerar mis zancadas.

— Pero, Mía, ¡que soy yo!

Un momento, ¿Lucas? Me giro y veo a alguien doblándose de la risa con mi bolso junto a sus pies.

— ¿Lucas?

— Mía, ven aquí, anda. — No entiendo qué le hace tanta gracia — . Tenías que haberte visto.

¿Será capullo?

— Ven tú. Me traes mi bolso, que no debería de estar en el suelo, y me llevas a *coscoletas* hasta el hotel, que por tu culpa me he doblado un pie — miento.

Se acerca a mí, me tiende el bolso y, cuando se lo quito de las manos, tira de mí y me acerca a él para abrazarme y besarme.

— Perdona, me puse con la cámara, me emocioné haciendo fotos y, cuando me di cuenta, te había perdido de vista.

— Y a mí, ¿qué? Que sepas que no estaba perdida.

— Ah, ¿no?

— No — contesto con la boca pequeña.

— Y, entonces, ¿por qué ibas en dirección contraria a donde habíamos venido?



No insistas, Mía. Para qué vamos a negar las evidencias.

— *Touché* — resoplo. Mi papel de víctima no ha colado y me toca volver andando al hotel escuchando las reprimendas y carcajadas de Lucas.

\*\*\*

Al día siguiente, visitamos el Coliseo de día (por la noche también me encantó, que conste), el Arco de Constantino, y vamos por la Plaza de Venecia, donde ya estuvimos el primer día. Esta vez, para comer antes de ir a la estación a coger el tren que nos lleve a Florencia.

Estamos tan agotados de andar que en el tren nos dormimos los dos y, al llegar a Florencia, vamos directos al hotel a seguir durmiendo.

Después de haber descansado toda la noche, tenemos que aprovechar el cuarto día de viaje al máximo, porque en Florencia solo vamos a estar hoy. Así que, sin pararnos mucho, visitamos la plaza del Duomo, donde está la Catedral de Santa María, y luego visitamos la Plaza de la República, el Arco del Triunfo y el Puente Vecchio entre otros. Sin duda alguna, volveremos a Florencia para visitar todos los sitios que nos han quedado pendientes. Cada rincón de la ciudad es arte y es imposible quedarse con un solo lugar.

Bien entrada la noche, llegamos a Venecia. Descansamos en el hotel y, al día siguiente, visitamos la Plaza de San Marcos. Tras varios intentos de realizar fotos sin que salieran muchos turistas de fondo y algunas palomas, Lucas se da por satisfecho con unas cuantas fotografías en su cámara.

Es hora de pasear un rato y perdernos en el laberinto de sus canales, encontrarnos y volver a perdernos. Soy una experta en esto de perderme, y llega un momento que hasta Lucas se me pierde de nuevo. ¿En serio? Esto no puede estar pasándome a mí... Menos mal que ahora tengo el mar cerca para orientarme, que Venecia no es tan grande como Roma y que por suerte es de día. No hago más que salir a uno de los canales principales, cuando encuentro a Lucas y ahí acaba mi nuevo episodio de desorientación. Está negociando con un gondolero el precio para el paseo en góndola. Estoy emocionadísima porque Lucas no se ha percatado de mi despiste y porque esto es románticísimo.

En la góndola, Lucas me pasa el brazo por el hombro y me acerca a él para besarme mientras el gondolero, ataviado con su uniforme correspondiente de camiseta de rayas y sombrero de paja, nos regala unas notas del '*O sole mio*, que retumba en las fachadas de los edificios aledaños al canal.

Después de comer, vamos al Puente Rialto, donde hay unas vistas del Gran Canal al atardecer increíblemente románticas. Nos tomamos unos cuantos *spritz* y regresamos al hotel paseando y con un inicio de melopea importante. Una vez en el hotel, nos desnudamos y, un poco torpes, hacemos el amor antes de echar anclas hasta la mañana siguiente, cuando el sol empieza a calentar.

Cuando nos levantamos y nos duchamos, nos pegamos un buen desayuno de campeones para reponer energías de todos los esfuerzos de estos últimos días. Hoy visitaremos el barrio de Dorsoduro. A la hora de comer, notamos que ya la pizza y la pasta no apetecen tanto como cuando llegamos el primer día a Roma, así que hoy nos

decantamos por algo diferente y comemos algo de comida basura que tan bien le cae a nuestros estómagos hambrientos. Descansamos en el hotel después de comer antes de irnos de camino a mi objetivo principal en este viaje: Verona.

— ¿Qué te pasa? — me pregunta Lucas en el tren, al verme hiperventilando de repente.

— ¡La carta! — digo yo, histérica, rebuscando en mi bolso.

— ¿Qué carta?

— ¡La carta para Julieta! — digo yo, tan pancha.

— ¿Carta para Julieta? ¿Qué Julieta?

— Pues, ¿qué Julieta va a ser? La de *Romeo y Julieta*, esa Julieta — contesto yo, en tono burlón, como si fuera algo obvio.

— Cariño, ¿estás bien? Esa Julieta hace mucho que no... que... que vamos, que no creo que esté ahí para que le des una carta y que se la lea.

— Ya lo sé, joder... pero tenía una carta preparada para sus secretarias... ¡Aquí está! — digo, con voz triunfante, moviendo la carta por encima de mi cabeza.

— ¿Sus secretarias?

— Sí, ains, amor, quería haberte puesto la película antes de venir de viaje y al final no me acordé. Cuando visitemos la casa de Julieta, dejaré esta carta en los muros de la casa. Sus secretarias recogen y leen las cartas que les llegan y contestan ofreciendo apoyo, consejo o simplemente hablando de amor. Aunque no estoy muy segura de si son ellas las que recogen esas cartas o si las tiran, pero me hace mucha ilusión y no me la vas a quitar.

— No, no quiero quitarte ninguna ilusión, es solo que no sabía a qué te referías, pero, vamos, para que me quede claro, las secretarias de Julieta son algo así como los elfos de Papá Noel, ¿no? — dice, burlándose de mí.

— ¡No! — y lo fulmino con la mirada. Guardo la carta en el bolso, me giro en el asiento indignada y cierro los ojos para intentar dormir algo.

Cuando llegamos al hotel de Verona, ya se me ha pasado el enfado y estoy mucho más moñas que de costumbre. Y se me debe de notar porque cuando nos hemos registrado en el hotel, la chica de recepción me ha mirado raro, supongo que porque yo sonreía como una boba sin motivo, y es que... aquí respiro amor.

Antes de salir a ver la ciudad, me quedo con Lucas en la cama un rato. Hay que aprovechar que él también está cariñoso (debe de respirar el mismo amor que yo). Nos desnudamos, y me tumbo mientras él empieza a recorrer mi cuerpo a besos. Toda mi piel se eriza con el roce de sus labios y, cuando siento su respiración pasar por mi ombligo, me estremezco y me agarro fuerte a las sábanas con las manos, preparándome para lo que viene a continuación, cuando su lengua se hunde en mi sexo y me regala un orgasmo increíble. Lucas entonces se tumba sobre mí y empieza a penetrarme lentamente, besándome en el cuello y hundiendo su cabeza en mi pelo, mientras yo enredo mis piernas con las suyas a la vez que aspiro su olor y siento el calor de su cuerpo rodeándome. Con el ritmo y la respiración acompasados, acabamos exhalando un fuerte resuello al llegar al

clímax, y nos quedamos un rato inmóviles intentando recuperar el aliento. Lucas, todavía jadeante, se tumba a mi lado mirando al techo, mientras su mano busca la mía entre los pliegues de la sábana para entrelazar nuestros dedos.

— Podías dejarme leer la carta antes de entregarla a las ayudantes de Julieta...

— Son secretarias. — Aparto mi mano de la suya y tuerzo el gesto.

— Bueno, eso, secretarias, pero déjame leerla... Me gustaría saber lo que les vas a contar de mí — dice, apoyándose sobre su costado para mirarme directamente a la cara.

— Y... ¿cómo estás tan seguro de que les hablo de ti? — Lo miro, entornando los ojos.

— Bueno, supongo que les hablarás del amor y creo que yo habré tenido algo que ver en eso últimamente... vamos, digo yo — dice, frunciendo el ceño y desafiándome con la mirada.

Tras hacerme un poco más la difícil, llega una guerra de cosquillas y, tras rendirme como siempre que toca mis puntos débiles, le dejo que la lea.

«Querida Julieta,

*Me costó tiempo, experiencias, errores y lágrimas, pero por fin lo encontré.*

*Desde que llegó, mi vida entera cambió. Al principio empecé con miedo, no porque nuestras familias fueran los Montesco o los Capuleto, sino porque a ambos nos unía una gran amistad con la persona que nos presentó y yo no quería que nada cambiase con ella si lo nuestro no funcionaba. Pero, desde el principio, él ha estado ahí para espantar mis temores, apoyándose en mis malos momentos, sacándome una sonrisa cuando más lo necesitaba, pintando de color mis días grises y haciendo especial cada segundo a su lado.*

*Hoy sé que es la persona con la que quiero y deseo pasar todo el tiempo posible. A su lado, puedo ser completamente yo, con mis más y con mis menos, con mis locuras y mis delirios, con mis ensoñaciones y mis ideas. Ha conocido la parte más desquiciante de mí, la de mis despistes y desvaríos y, aun así, sigue a mi lado. Es el motivo de mi sonrisa, el protagonista de mis sueños, aquel por el que suspira mi alma y por el que mi corazón late más fuerte. Perdóname por la cursilería pero no encuentro otra manera de explicar lo que siento.*

*Juntos, somos imparables, somos capaces de conseguir todo lo que nos propongamos porque sabemos que contamos con el apoyo del otro. Juntos somos uno. Juntos deseo que para siempre.*

Con cariño,

Mía».

\*\*\*

Por la noche, salimos a cenar a un restaurante cercano al hotel y damos un paseo romántico por la ciudad. Lucas está otra vez muy ñoño, le debo de haber contagiado tanta

moñería. No se separa de mí en toda la noche. Y, aun encima, con el calor que hace, me resulta más empalagoso. Si lo llego a saber, no le dejo que lea la carta porque parece que está borracho de amor y, mira que yo soy cursi, pero él hoy me gana. No sé ya si tendrá algo que ver con lo de aquella quedada secreta con Nora... Ya ni me acordaba de mis paranoias, pero esta noche han vuelto a mi cabeza para darse un par de vueltas antes de dejarme dormir. Pero a Lucas, por ahora, no le comento ni una palabra de mis reflexiones y conclusiones al respecto.

El día siguiente es el día que tanto deseaba desde que vi *Cartas a Julieta*. Hoy por fin iremos a la famosa casa, aunque, según lo que he leído, allí no vivieron ninguno de los personajes de la historia de Shakespeare. Y el balcón solo fue creado para acrecentar más la leyenda. Pero, haya pertenecido o no a Julieta, bien es cierto que allí existe una atmósfera romántica que yo quiero sentir en mis propias carnes.

Aunque me pese darle la razón a Lucas, hoy me he levantado emocionada como un niño que va a ver a Papá Noel para darle su carta. Me he puesto el *outfit* que traía elegido para la ocasión. Un vestido blanco corto de corte imperio con unas sandalias rosas que me dan un aire muy romántico. Lucas también se ha puesto guapo para la ocasión (más guapo de lo que es natural en él), y sin yo haberle sugerido nada. Lleva unos vaqueros oscuros con un polo del mismo tono rosa que mis sandalias. Parecemos Ken y Barbie morena de lo conjuntados que vamos.

Cuando llegamos a la casa, comprobamos que no hay mucha gente. Igual porque aún es pronto. Nada más entrar, a lo largo de un pasillo, se encuentran las carteleras donde todo el mundo deja sus tarjetas, cartas o notas de amor. Estas carteleras, según me ha informado el señor Google, son vaciadas dos veces al año (el día de San Valentín y en septiembre, el día del cumpleaños de Julieta). No puedo evitarlo y me separo de Lucas, que acaba de sacar la cámara de la mochila y se ha puesto a hacer fotos. Yo me dedico a leer todo lo que puedo entre tantas palabras de amor. Es todo muy emotivo, yo voy con mi carta en las manos, pero todavía no quiero desprenderme de ella. Me da pena que se pierda entre tantas palabras, aunque, como quiero recibir una respuesta, cuando la escribí en casa antes de venir, la pasé al ordenador y la mandé por mail a las *secretarias* porque me imagino que aquí cuando las quitan de las paredes, se desharán de ellas. Pero admitir eso delante de Lucas sería una mala idea porque podría estar riéndose de mí durante toda la eternidad.

Una vez cruzado el pasillo, llegamos al patio donde se encuentra el mítico balcón desde el que, según la leyenda, Julieta se asomaba para jurar amor eterno a Romeo. A los pies del balcón está la estatua de bronce que representa a Julieta. Como manda la tradición, Lucas me hace una foto tocándole la teta derecha a Julieta (dicen que trae suerte) y luego es el turno de Lucas. Me coge la carta, me pasa la cámara y yo le hago la foto. Un amable turista japonés se ofrece a hacernos una foto a los dos juntos y Lucas le da la cámara. Nos colocamos al lado de Julieta, me coge por la cintura y me besa, dejando una instantánea muy bonita como recuerdo de este momento.

Al acabar, Lucas me sugiere que suba al balcón y me asome para así poder hacerme fotos cual Julieta. Yo, como una niña, entro corriendo en la casa que ya visitaré más tarde, y subo los escalones de dos en dos para llegar al balcón y asomarme. Cuando lo hago, veo a Lucas con la mochila en el suelo y cámara en mano haciéndome fotos. Como a mí me

encanta este tipo de posturoo, contribuyo encantada ofreciéndole mis mejores poses de diva romántica.

Cuando me dispongo a salir, me pide que aún no me vaya. Me quedo mirándolo extrañada porque no sé si quiere seguir haciéndome más fotos. Ya no se me ocurren más maneras de posar desde el balcón... He explotado toda mi imaginación aquí arriba. Veo que guarda la cámara en la mochila y saca un zapato blanco de lo que parece ser una bolsa de tela. No entiendo nada hasta que veo la suela roja del zapato y, ante mis ojos, y a cámara lenta, Lucas hinca una rodilla en el suelo.

¡No me lo puedo creer, no puede ser verdad, aquí no! ¡Me cago de vergüenza o de amor, no sé! Me llevo una mano a la boca y empiezo a delirar, antes siquiera de que Lucas diga nada. No sé qué hacer... Me siento tan conmovida que rompo a reír a carcajadas de los nervios, a la vez que tiemblo y lloro de emoción.

La poca gente que había en el patio en ese momento se ha percatado de lo que Lucas pretende y se han colocado a los laterales para contemplar lo que está sucediendo. Todo sigue transcurriendo a cámara lenta a mi alrededor. Es entonces cuando miro hacia Lucas de nuevo y se decide a hablar.

—Mía, mi amor, desde el momento en el que empezamos a salir, supe que serías la mujer con la que querría pasar el resto de mi vida. Sé que llevabas mucho tiempo esperando venir a este lugar y yo solo he querido hacerlo un poco más especial. No quiero que olvides nunca este día. Llevo pensando mucho en esto y, al verte tan emocionada planeando este momento, supe que sería la ocasión perfecta para hacerlo. ¿Quieres casarte conmigo?

¡Aaaaaahhhhhh!

Grito como la histérica que soy. Me sujeto a la barandilla para no desmayarme de la emoción.

—¡Joderrr! ¡Claro que sí que quiero! ¡Te amo, Lucas! —Quiero saltar por el balcón para llegar a él y estrujarlo con todas mis fuerzas pero me acuerdo de que no tengo alas sino piernas, así que me giro sobre mis talones para bajar corriendo las escaleras.

Cuando llego a él, nos fundimos en un beso digno de película, mientras toda la gente que ha presenciado la escena aplaude emocionada y saca fotos del momento como si fuéramos famosos. Lucas saca el otro zapato de la mochila. Son unos Louboutin preciosos, con pequeños brillantes sobre un fondo blanco perla. Me los da, me los pruebo y me quedan como un guante. Doy unos pasos con ellos pero no quiero usarlos aún. Los estrenaré en su debido momento.

—¡No me lo puedo creer! ¡Estamos prometidos! ¡Nos vamos a casar! ¡Aaaaaaahh! — Y me pongo a saltar por el patio, descalza, llorando de emoción, con un zapato en cada mano. Lucas saca la cámara e inmortaliza el momento con varias instantáneas.

Algunos de los asistentes se acercan a hacerse fotos con nosotros y a darnos la enhorabuena o bendiciones o lo que sea, porque no entiendo nada de lo que muchos nos dicen. Estoy que no quepo en mí de felicidad. Ahora mismo me siento como en una burbuja en la que todo lo que pasa a mi alrededor no me afecta. Escucho los latidos de mi corazón, que quiere salirse de mi pecho.

Al cabo de un rato, la subida de emociones ya se me ha calmado un poco. Creo que Lucas llegó a asustarse en algún momento por verme tan alterada. No puedo dejar de espachurrarlo y de besarlo. Me acompaña al pasillo para dejar la carta antes de salir de la casa de Julieta. La realidad ha superado con creces las expectativas que tenía para este día.

De camino al hotel, lógicamente, lo someto a un interrogatorio de primer grado para averiguar todos los detalles de cómo urdió el fantástico plan.

—Cuando supe el cuándo, me faltó el cómo, y ahí he de reconocer que Nora me ayudó muchísimo.

—¡Anda, leches, ahora lo entiendo todo!

—¿Cómo dices?

—Nada nada, que ahora todo me cuadra...

—No sé a qué te refieres, pero, bueno, da igual. El caso es que yo tenía pensado comprarte un anillo, como viene siendo lo normal, y en febrero hablé con Nora para que me acompañara a elegirlo, pero me habló de una tal Carrie *nosequé* y me dijo que tú querías algo parecido. Vamos, que en vez de anillo preferías zapatos, eso es lo único que entendí. Y la verdad es que, conociéndote, y viendo tu colección de tacones, tiene todo el sentido. Pero Nora me dejó bien claro que no podían ser unos zapatos cualesquiera, y que a ti desde siempre te habían gustado estos lu... *lubuntin*.

—Louboutin.

—Pues eso, como se digan. Que siempre habías querido tener unos. Así que no me quedo más remedio que depositar toda mi confianza y dinero en Nora y dejarlo todo en sus manos.

—No me puedo creer que estuviera en el ajo. Si ella es incapaz de guardar un secreto...

—Pues gracias a ella pude traerlos al viaje. El día que nos vio tu hermana en la cafetería, te dije que iba a trabajar para no levantar sospechas, porque si te hubiese dicho que había quedado con ella a solas, sin decirte para qué y que tú no podías venir, tú y tu mente peliculera a saber lo que habríais pensado.

—Pues nada, a ver qué te crees que me iba a imaginar yo. Si sé perfectamente que Nora y tú sois amigos. Ni que fuera algo malo que dos amigos queden a solas... y uno de ellos a escondidas de su novia... Lo más normal del mundo, vamos.

—Ya, claro, pues por eso. Además, ese día fue cuando me los dio, porque, como es lógico, el envío llegó a su casa.

—Joder con Nora, qué calladito se lo tenía. Sigo flipando con que haya sido capaz de guardar el secreto tanto tiempo con lo que es ella para esas cosas... ahora me explico porque, aquel día en su casa, mientras nos hacíamos la pedicura, insistió tanto en medirnos los pies. Ahora le encuentro el sentido a todo. La voy a matar cuando la vea. Bueno, no, ¡que tendrá que venir a la boda, digo yo! —Sigo estando agitada, no lo puedo evitar.

Esa tarde la pasamos en la habitación del hotel, celebrando nuestro recién estrenado compromiso.

—De todas formas, Lucas, no te diría que no a un anillo, eh. Que la gente lo vea y sepa que estoy prometida. Algo no muy ostentoso, pero que pueda enseñar a mis amigas y a mi familia. No voy a ir todo el día con los Louboutin en el bolso... A menos que me pongas un guardaespaldas bien guapetón, claro —digo yo, tumbada en la cama a su lado, estirando mi mano desnuda sin anillo.

—Pues no tenía pensado ponerte ningún escolta, y menos guapetón. Pero el anillo, cuando lleguemos a Alicante, si quieres vamos y eliges uno que te guste. En eso no tengo tanto problema como en lo de ponerte un gorila que vigile tus tacones todo el día.

Al día siguiente madrugamos y salimos en dirección a nuestro último destino: Milán.

Al llegar, vamos directos a visitar el Duomo y la Galleria de Vittorio Emanuele. Allí pasamos un rato, mirando los escaparates, eligiendo un anillo de compromiso de oro blanco con unos brillantes muy sencillito, y pisando los testículos del toro del mosaico que dicen que da suerte. Y es que yo, todo lo que dicen que da suerte, lo hago. Que hay que tocarle la teta a Julieta, se la toco; que hay que pisarle los huevos al toro, se los piso; que en Nochevieja hay que estrenar ropa interior roja, yo la estreno, y Lucas también; que hay que tocar madera, se toca; que pasa una estrella fugaz o soplas un diente de león o tiras una moneda en una fuente, pues se pide un deseo, por si acaso.

Que también dicen que pisar una mierda da suerte, yo ahí sí que prefiero pasar de la fortuna y dejar la mierda donde esté, siempre y cuando no la pise sin querer, por ir como Antoñita la fantástica por la calle, pensando en las musarañas. Que he de reconocer que también me ha pasado.

Ahora, lo que dicen que da mala suerte, yo no me lo creo: que si abrir un paraguas en un sitio cerrado, que si derramar sal, que si brindar con agua, que si pasar por debajo de una escalera, romper un espejo... Créeme, yo lo he hecho todo (sin querer, claro está). Además, jamás he pasado un mensaje en cadena de esos que advierten que si no lo reenvías a veinte amigos en los próximos cinco minutos, el Apocalipsis te llegará mientras duermes. Mira, no lo hice nunca y aquí estoy: prometida con el hombre de mis sueños.

Aprovechamos el buen día que hace y comemos al aire libre en el Castello Sforzesco y nos echamos una merecida siestecilla en sus jardines, después de todo el traqueteo de los días anteriores y de tanto andar. Por la tarde, visitamos la Iglesia Santa Maria delle Grazie para contemplar *La última cena* de Da Vinci, y damos un paseo por la ciudad antes de regresar al hotel a pasar nuestra última noche en tierras italianas.

En nuestro último día de viaje, visitamos el famoso Cuadrilátero de la moda. Solo se mira, no se toca, que ya bastante consentida me ha tenido estos últimos días Lucas, y el bolsillo no está para muchos gastos más, porque ahora tenemos que poner la hucha para la boda.

A la hora de comer, estamos en el aeropuerto para coger el avión de regreso a Alicante. Agotados pero más enamorados que cuando nos fuimos. Ahora toca informar a todos de la buena nueva.

*«Hoy sabrán cuánto te amo... nunca estuve tan seguro, de amar así sin condición... hoy te prometo amor eterno... hoy te demuestro cuanto te quiero, amándote hasta mi final».*



# Nuestro destino estaba escrito, no podíamos acabar de otra manera

Ya que Nora lleva guardando el secreto desde febrero, digo yo que no creo que le importe esperarse hasta el sábado, que es la barbacoa, para que anunciemos el compromiso a todos los amigos a la vez. La primera en enterarse fue mi hermana Carla, que vino a recogernos al aeropuerto y no pudo evitar llorar de emoción, así que fue Lucas quien tuvo que conducir de vuelta a casa.

Mi madre y mi futura suegra también se tomaron la noticia con bastante emoción, ya que no se la esperaban tan pronto. Según ellas porque llevábamos poco más de un año juntos y eso en su época era poco tiempo. Pero ¡qué más da!, para nosotros es suficiente para saber qué es lo que queremos.

\*\*\*

El sábado por la mañana, llegamos a la barbacoa intentando disimular la cara de pardillos enamorados que nos estamos gastando estos últimos días. Lucas invitó a algunos amigos suyos también, ahora ya entiendo el motivo de tanta insistencia en que vinieran todos hoy.

Cuando Nora me ve, no puede contener la cara de emoción. Espera a que estén todos distraídos con la barbacoa, para llevarme aparte y darme un achuchón, llorando como nunca antes la había visto.

—Capulla, no sabes lo que me ha costado guardar el secreto. Es la primera y la última vez que guardo uno. En más de una ocasión he tenido que morderme la lengua. ¡No sabes lo que duele! Pero es que por ti y por Lucas no podía hacer otra cosa.

—Nora, sé lo que te cuesta guardar secretos y, por eso mismo, te estaremos siempre agradecidos.

—Pero, cuéntame, ¿cómo fue? Que yo solo sé lo de los zapatos, porque Lucas no quiso decir nada más.

—¿En serio? Y, ¿no lo torturaste para que te contara todo el plan?

—Palabrita —dice, levantando su mano derecha y llevándose la otra al pecho—. Pero una cosa fue lo que hice, y otra muy distinta lo que pasó por mi mente maliciosa —dice, levantando las cejas.

—Bueno, pues ahora tengo que pedirte un favor yo. —Me mira abriendo los ojos mucho y doblando sus morritos rojos—. Necesito que aguantes un poco más antes de contárselo a nadie. Queremos hacerlo nosotros luego.

—Buenooo... ya estáis abusando de mí un poco, ¿eh? Esto sí que es una tortura china y no lo que tenía yo pensado hacerle a Lucas. Pero vaaaale, lo haréeee... Peeroo —dice, levantando un dedo hacia mí—, no me dejes beber mucho, a ver si la voy a cagar en el último momento, después de tanto tiempo.

—Trato hecho —digo yo.

—Pero, a cambio, dime por lo menos dónde te lo pidió —dice, mostrando sus dientes y pestañeando.

—En Verona, en la casa de Julieta. Yo asomada al balcón, y él abajo hincando rodilla.

—Joder, ¡qué bonicos que sois y qué asco de romanticismo! Ya he escuchado suficiente. Vamos a comer, que tengo tanta hambre que me comería un elefante. Luego, cuando todos lo sepan y yo me haya tomado unas cuantas copas, ya me cuentas el resto de la historia.

Al acabar de comer, recogemos y limpiamos la mesa para preparar los postres. Todos nos sentamos, menos Lucas, que, con la excusa de sacarnos una foto grupal, se ha quedado de pie. Yo permanezco en una esquina de la mesa lo más cerca posible de él.

—Venga. Mirad todos aquí, para la foto. —Enfoca—. A ver... Un momento... —Gira el objetivo un par de veces—. Mirad aquí todos... Ains, ¿sabéis qué? —Para y baja la cámara, negando con la cabeza. Me mira—. Mía, ven un momento. —Es la señal, me levanto y voy corriendo a su lado.

—¡Que nos casamos! —gritamos los dos a la vez.

Y la cara que se les queda a todos queda inmortalizada en la foto para la que Lucas había preparado la cámara.

El resto de la tarde me la paso contándoles a las chicas cómo me lo pidió, con todo lujo de detalles. No puedo evitarlo, y ellas se emocionan conmigo.

—Venga, zorrilocas, ahora a secarse los lagrimones de cocodrilo, que tengo que contaros cómo he vivido yo estos meses sin poder decir nada a nadie de todo esto. Casi reviento de impaciencia. Y también tengo que contaros con pelos y señales cómo me ha ido a mí en Ibiza...

Algunas *señales* han sido tan claras que preferiríamos no haberlas escuchado nunca.

—Pues sí que parece que el lerele te fue bastante bien en Ibiza... Se te ve mucho más *relajá* que antes de irte...

—Ya te digooo, Rodrigooo... Mira, mira, qué cutis tan suave y luminoso que se me ha quedado de tanto folleteo con mi Manu —dice, estirándose la piel de las mejillas.

\*\*\*

Lo que queda de verano lo paso tranquila, sin pensar demasiado en la boda. Se supone que debería preocuparme porque yo de sosegada tengo poco, o nada, ya que soy más bien nerviosa tirando a histérica. Pero es como que no tengo prisas y quiero disfrutar de esta etapa como mujer prometida.

Al comenzar septiembre ya tenemos lo más importante, fecha y sitio. Será en mayo y en la misma finca familiar donde tantos eventos importantes hemos celebrado, el último la barbacoa donde les anunciamos la boda a todos nuestros amigos. Queremos algo muy íntimo y queremos hacer nosotros todo lo que podamos para que sea todo lo más personalizado posible, a la par que económico.

Ahora, a pesar de que dije que me lo iba a tomar de manera relajada, me paso los días cogiendo ideas por Internet, viendo tutoriales, comprando material para algunas manualidades, consultando aplicaciones y páginas web sobre todo lo relacionado con bodas, leyendo revistas, mirando vestidos y un largo etcétera.

Me agoobio.

Nunca me planteé todo lo que había detrás de una organización de una boda. Por supuesto que tenía una idea de cómo sería mi boda ideal, pero he llegado a colapsarme en más de un momento, porque hay mil cosas en las que tengo que pensar y mi cabeza atolondrada no me da para tanto.

Una de las noches en las que estábamos en el sofá de casa hablando sobre el precio de las flores, le propuse a Lucas que nos casáramos en secreto y no celebráramos nada, pero, claro, la gente ya está avisada y tienen ganas de fiesta. Así que mi plan no fue más allá.

Menos mal que Lucas se está involucrando bastante más de lo que me esperaba, porque si lo tengo que hacer yo sola, acabaría siendo una novia a la fuga. Prometido. No me vuelvo a casar más en mi vida.

\*\*\*

Al final, se ha pasado el verano y, por unas cosas o por otras, no he podido ver a Bea, mi excompañera de curro. Yo con el lío de la boda, y ella con el montaje de la tienda... ha sido imposible. Antes nos veíamos todos los días, hasta llegar a hartarnos la una de la otra, y ahora nos vemos de uvas a peras. Así que, hace poco, me pasé un día por el local, mientras estaba aún en obras, para tomarme un café con ella y anunciarle mi compromiso.

El próximo viernes, por fin será la inauguración y estamos todas invitadas a ir al cóctel que ha preparado.

\*\*\*

Nos hemos vestido de sábado noche para la inauguración de la tienda porque Bea me chivó que iban a ir a hacer fotos para un reportaje que saldría en una revista sobre emprendedores, o algo de eso. La cuestión es que, si vamos a salir en algún medio de comunicación, por poco conocido que sea, tenemos que salir monas. Que nunca se sabe dónde van a acabar esas fotos luego.

Mientras tomamos unos canapés y unas copas, notamos que Alba está algo cabizbaja, cosa que no es nada habitual en ella. Pero no suelta ni prenda de lo que le pasa.

Al final, tras un par de *gintonic*s, se decide y nos confiesa que está algo frustrada porque Martín no se decide a dar ningún paso más en la relación y eso que ya llevan unos siete años saliendo y cinco de ellos viviendo juntos.

—La semana que viene nos vamos a París de viaje, y espero volver *prometía* por lo menos, porque ya no sé cómo lanzarle las indirectas y no tan indirectas. No hay manera de que hinque rodilla, y mucho menos que hablemos de tener chiquillos.

—Tranquila, Alba, que ya llegará el momento.

—Sí, claro, tú puedes estar tranquila, que no llevas ni dos años con Lucas y ya estáis organizando la boda. Yo espero que me lo pida en París porque, si no, no sé qué le voy a hacer... Además, que allí sería perfecto... Yo ya me lo he imaginado todo.

—Tú intenta pasártelo bien porque si solo te centras en eso, al final, de tanta tensión, no vas a disfrutar el viaje —dice Claire, la sensata.

—Y si es por lo de organizar una boda, tranquila, que yo te cedo tooodo el derecho de organizar la mía —le digo yo, resoplando.



El último jueves de septiembre, y a petición urgente de Alba, quedamos todas para que nos cuente su viaje a París. Ante tanta urgencia, todas esperamos buenas noticias y ya escuchamos emocionadas las campanas de boda, pero, al verla entrar en la cafetería, las esperanzas se disipan.

—Pues resulta que yo reservé la visita a la torre Eiffel para la última tarde que pasáramos allí y, como me gusta planearlo *tó* al milímetro, busqué la hora perfecta *pa* que hubiese la luz perfecta, en el momento perfecto en el que Martín me pidiera matrimonio. Estaba casi *tó* preparado. Casi.

—Y las expectativas, ¿no tuvieron mucho que ver con lo que pasó? —pregunta Nora, que odia las intrigas.

—Pues tras pasar cuatro días en París, llegó la última tarde, la más esperada. Subimos en el ascensor hasta la segunda planta, y las vistas y el momento eran idílicos, tal y como yo había planeado. Era *tó* perfecto. Empezamos a hacernos fotos y, tal y como iban transcurriendo los minutos, yo ya veía que el momento más esperado no llegaba. De repente, Martín me dice: «¿Cogemos ya al ascensor y vamos bajando para cenar? Que tengo hambre». Y yo, muy *indigná*, le dije que preferiría bajar por las escaleras. Así que bajamos más de setecientos escalones conmigo a la cabeza echando humo por las orejas, y él detrás sin entender el porqué de mi enfado.

En este momento, Alba hace un parón para darle un largo trago a su copa y nos mira a todas, que no podemos dejar de reírnos imaginándonos la escena.

—Pues, cuando llegamos abajo, encima me pregunta el tío chorra que si me pasaba algo —dice, poniendo cara de asco—. Ahí ya sí que me encendí, y le solté *tó* el odio que llevaba en mis adentros.

—Vaya tela, ¿no? —digo yo, intentando aguantarme la risa—. Aunque, conociéndote, suerte tuvo Martín de no bajar la Torre Eiffel volando—. Imposible no llorar de la risa con ella.

—Alba, cariño, hubiese pagado solo por estar ahí para ver tu cara cuando llegaste abajo de la torre tras haber bajado todas las escaleras —dice Nora, doblándose de la risa.

—Pues a mí no me hace gracia —dice, cruzándose de brazos muy seria—. Ya le he dado un ultimátum. No sé cómo decírselo, de verdad, ¿tanto le cuesta pedírmelo? *Ojú*, que al final me voy a casar con canas y arrugas y no va a haber *photoshop* suficiente para arreglar las fotos. Me va a salir más caro el fotógrafo que el resto de la boda...

—No es que le cueste, Alba, pero piensa que igual lo presionas demasiado y que tú ya lo tenías todo planeado, pero sin contar con él. Déjale que lo planee él y que te sorprenda. Verás cómo, si no se lo recuerdas cada día, a cada hora, al final, el día que menos te lo esperes, te lo pedirá, o te propondrá formar una familia —dice Claire, intentando defender un poco a Martín.

No podemos dejar de reírnos por estas situaciones. Alba es *Lady Drama* para todo esto, y enseguida se agobia por nada. Ella siempre tiene los mejores consejos para darte, pero ninguno de los que le des tú a ella le van a servir. De hecho, fue ella la que me recomendó a la doctora Llanos. Estoy segura de que tarde o temprano acabará por dar un paso más en su relación con Martín. Pero es imposible controlarlo todo, ya que las cosas en la vida vienen cuando menos te las esperas y no siempre pasan como una quiere.

*Dear Future Husband*, de Meghan Trainor

*«Take me on a date. I deserve it, babe. And don't forget the flowers every anniversary. 'Cause if you'll treat me right. I'll be the perfect wife».*

*(Llévame a una cita. Me lo merezco, cariño. Y no te olvides de las flores cada aniversario. Porque si me tratas bien, voy a ser la esposa perfecta)*

# Las chicas quieren fiesta

Debo confesar una cosa: me ha pillado el toro con esto de la boda. Estamos a menos de un mes del esperado día y estoy desbordada con tantas tareas pendientes. O estamos, mejor dicho, porque Lucas también está metido en el ajo tanto como yo, lógicamente.

A pesar de todo nuestro esfuerzo, no nos ha quedado más remedio que meter en el *fregao* a toda la familia y ponerlos a hacer manualidades.

Si no me equivoco, la despedida de soltero de Lucas es este fin de semana, porque su hermano me pidió que le preparase una maleta para tres días con cosas de abrigo. Espero que se acuerde de mí y de la boda, porque, conociendo a su hermano, soltero y más salido que el pico de una mesa, me da miedo que se lo monten a lo *Resacón en las Vegas* y que me pierdan al novio, o algo peor. Estoy por coserle en la ropa el nombre y señas como a los niños en el colegio.

Por mi parte, Nora, por más que lo ha intentado, no ha sido capaz de guardar más secretos y, hace poco, cuando estábamos tomando café, se le escapó algo así como «Alba, ¿te han confirmado ya lo del apartamento de Ibiza?». Podría haber pensado que se iban a ir las dos a Ibiza sin mí, pero después de la mirada que Alba le dirigió, Nora empezó a soltar una retahíla de tacos que dejaban claro que había metido la pata hasta el fondo. Yo, para intentar salvarla, me levanté apresurada y les dije que necesitaba ir al baño un momento. Me encerré en el aseo y tardé el tiempo que estimé oportuno para que Alba le leyera la cartilla a Nora. Cuando volví a mi asiento, me hice la loca, como si no hubiera escuchado nada en absoluto.

El viernes por la tarde, siguiendo instrucciones de mi futuro cuñado, llevo a Lucas con los ojos vendados y la música del iPod a todo volumen hasta su casa. Me despido de Lucas con un largo beso y lo dejo en manos de su hermano.

Tras suplicar un rato y amenazar con llevarme a Lucas de vuelta a casa, al final he conseguido que me desvelasen que se van a Ámsterdam a pasar el finde.

La noche del viernes al sábado, la paso dando vueltas en la cama. Ahora sí que empiezo a arrepentirme de no haberle cosido las señas en la ropa, pero ya es demasiado tarde. Confiemos en que estén todos de vuelta para la boda y que al novio no le pase nada. Bueno, que no le pase nada a ninguno claro. Pero como me traigan al novio con un solo rasguño... rodarán cabezas... He dicho.



El sábado por la mañana, un ruido atronador me despierta, miro el reloj y veo que son las siete de la madrugada. La de tiempo que hacía que no veía yo esa hora...

Otra vez el ruido atronador... Y unas voces... ¡No-me-jo-das! Salto de la cama y abro la ventana del comedor. Efectivamente, mis sospechas se confirman. ¡Mira que son pocas, pero qué ruido hacen las *jodías*! Alba, Claire, Carla y Bea, con Nora a la cabeza, están debajo de mi balcón. Llevan un altavoz portátil, a través del cual está sonando a todo trapo

*Come and Get It'*, de John Newman, mientras ellas bailan. Y, por si el estruendo musical no se hacía patente a estas horas, van encendiendo tracas para hacerse notar. Creo que ahora voy a tener que cambiarme de vecindario gracias a ellas.

Les pido por favor que paren de hacer ruido y las invito a que suban, pero me indican una maleta y me dicen que baje. Me doy cuenta de que es mi maleta. La misma que me llevé a Madrid y la misma que estaba buscando para prepararle a Lucas y que no encontré.

Ahora lo entiendo todo.

Ahora me lo temo todo.

Espero que Lucas haya hecho bien mi maleta, ¡a saber qué ropa me ha puesto, madre mía! Menos mal que, desde que lo conozco, él siempre ha vestido bien... Eso me tranquiliza un poco, pero no mucho. No pienses en eso ahora. ¿Qué hago? Tocan al videoportero para decirme que tengo cinco minutos para bajar o amenazan con retomar las tracas y la música. Como parto con la ventaja de que sé que voy a Ibiza, me pongo uno de los bikinis que quedan en el armario (ahora mismo, así, a simple vista, no sabría decir cuáles son los que me faltan y que estarán en la maleta). Me pongo una falda vaquera corta y una camiseta básica blanca con unas cuñas<sup>[13]</sup> beige (antes muerta que sencilla). Cojo mi maxibolso y bajo corriendo antes de que las zorrilocas estas cumplan con sus amenazas.

Para darle más morbo a la situación, me ponen un antifaz en los ojos hasta que llegamos al aeropuerto de Ibiza. Cuando me destapan los ojos, me hago la sorprendida, papel que ya había estado practicando desde que a Nora se le escapó la sorpresa.

*Fantastic Shine*, de Love of Lesbian

*«For once I'll tell you what's true, how special you are, you're the smile to my soundtrack. Have I told you lately? We are friends through this trip of... time».*

*(Por una vez, te diré lo que es verdad, cómo de especial eres, eres la sonrisa de mi banda sonora. ¿Te lo he dicho últimamente? Somos amigos a través de este viaje de... tiempo)*

Nada más llegar, Claire se encuentra fatal, el avión le ha revuelto el estómago, así que vamos a tomar un *brunch* para reponer fuerzas. Yo, para empezar a disfrutar el fin de semana, paso de los cruasanes, algo raro en mí, y me pido el primer tinto de verano de los muchos que me pediré hoy. Para no parecer una alcohólica bebiendo ya a las once de la mañana, Nora me acompaña con otro tinto.

Después de bebernos tres tintos y de que Claire haya recuperado algo de color, pasamos a dejar las cosas en el apartamento, y nos vamos visitar algunas de las calas de la isla.

Ni rastro de Lucas ni ninguno de sus acompañantes... Espero que eso signifique que siguen vivos.

A la hora de comer, nos comemos un caldero en un famoso restaurante de la isla. Y,

aprovechando que estamos todas reunidas, Claire nos anuncia que está embarazada de doce semanas. Todo son gritos y llantos de emoción. Es algo que, lógicamente, esperábamos tarde o temprano, porque se casaron para empezar a procrear cuanto antes, ya que Hugo quiere montar una gran familia.

—Os lo he querido decir ahora que estamos todas juntas, y antes de que intentarais hacerme beber alcohol a la fuerza cuando yo me negara.

¡Qué feliz que estoy! Bajo los efectos de los tintos de verano, y sin pensármelo, le mando un *whatsapp* a Lucas para contárselo. Como era de esperar, no obtengo respuesta.

Por la tarde, han organizado una *beauty party* de la cual salimos con la manipedi hecha, peinadas y maquilladas para triunfar esta noche.

Todas se han puesto requeteguapas para salir de fiesta, todas van vestidas de negro con los labios pintados de rojo y con una gran flor roja detrás de la oreja, mientras que a mí me han puesto un vestido rojo para que destaque entre todas ellas. Se han portado bastante bien, nada de chorras en la cabeza, nada de *stripper* y nada de pancartas, ni camisetas con mi cara ni similares. Por una vez, Nora no se ha salido con la suya, y lo sé porque, si la hubiese organizado ella sola, me hubiese dado miedito.

Con la resaca conjunta del domingo, excepto Claire, nos levantamos para ir a coger el barco que hoy nos llevará a pasar el día a Formentera. Para este día, todas se han disfrazado de marineritas, incluida yo, con la única diferencia de que yo voy con la gorrita de capitana. Claire lo pasa bastante mal en el barco por culpa de las náuseas.

Al volver de Formentera, y tras una ducha, vamos a ver la puesta de sol a la conocida playa de Benirràs. Esta vez, ellas van vestidas de blanco al más puro estilo ibicenco. Algunas con una diadema de flores *hippies*, mientras que a mí me han disfrazado de hawaiana. Aquí es donde más se puede apreciar el toque de Nora, porque me estoy helando de frío por toda la chicha que se me ve. Pero a pesar de no ir como las demás, estoy supercontenta por todo lo que han organizado y por eso no me quejo del frío que estoy pasando. Ni corta ni perezosa soy de las primeras que se ponen a bailar al son de los tambores, mientras el sol cae, dejándome un recuerdo maravilloso de este día y de mi despedida de soltera.

\*\*\*

El lunes por la mañana, nos levantamos para regresar a Alicante y veo en mi móvil un *whatsapp* con una nota de audio de Lucas, del que no se entiende más que un ligero «te quiero, cariño» al final de la grabación. Por lo menos tengo una prueba fehaciente de que sigue vivo.

Cuando me dejan en casa por fin, me tumbo en el sofá directamente. Según tengo entendido, Lucas debería estar de regreso hoy también, así que lo esperaré aquí.

Se hace la hora de comer, y allí no ha aparecido ni Perry; me preparo un sándwich y me lo llevo al sofá para no tener que irme muy lejos a la hora de dormir la siesta.

De repente, un ruido me despierta de mi placentero sueño. No sé el tiempo que llevo dormida, pero Lucas está tumbado en la otra parte del sofá... ¡con la pierna escayolada!



Mira que es difícil ver a una acuaria sosegada como yo perder los papeles, pero en ocasiones ocurre, no muy a menudo, por suerte para la humanidad, porque puedo asegurar que no es bonito de ver. La niña del exorcista a mi lado da risa en estos momentos.

—¿Pero qué coño es esto, Lucas?! ¡No me jodas, Lucas, no me jodas, eh! Dime ahora mismo lo que ha pasado. ¡¿Es que tú no piensas o qué?! Pero, ¿y la boda? ¿Qué? Te da igual todo, ¿no? ¡A la mierda entrar andando a la ceremonia del brazo de tu madre, a la mierda el baile nupcial, a la mierda las fotos y a la mierda todo! ¡Joder! —No puedo dejar de dar vueltas por el salón. Parezco una loca encerrada en la habitación de un manicomio. ¡Lo mató, si es que lo mato, lo descuartizo y meto sus trozos entre mis zapatos para que no los encuentre nadie! — Pero, ¿por qué me haces esto a mí?Y, encima, ¿te ríes? ¡¿En serio te parece gracioso?! ¿De verdad es para reírse? ¡Porque yo no le veo la puta gracia por ningún lado, Lucas! ¿A ti qué hostias te han dado en Ámsterdam? ¿Qué te ha hecho tu hermano? ¡Me cago en él y en toda su estampa! ¡Yo lo mato, pero a ti primero, por irresponsable y por inmaduro! Pero ¿qué te has fumado allí? Dime la verdad, por favor. Dime que esto no está pasando... —Y los nervios me superan. No puedo evitarlo y rompo a llorar como una niña pequeña pataleando en el suelo.

—Es broma. —Es lo único que alcanza a decir entre sonoras carcajadas.

—¿Broma? ¡Vete a la mierda! ¡Yo no veo que sea ninguna broma que el novio vaya escayolado el día de su boda!

—Que no. Mira. —Y se quita la falsa escayola.

¡Ay, que me da un soponcio!

—Pero ¿cómo eres capaz de hacerme esto a mí? ¿Y a estas alturas de la boda? ¡Te mato Lucas, yo te mato! —Y, para evitar estrangularlo o liarme a puñetazos contra él, me voy al dormitorio hecha una furia, cerrando la puerta tras de mí, de manera exagerada y ruidosa, para hacerle ver la gracia que me ha hecho a mí su broma.

Le cuesta un largo rato y un buen revolcón hacer que le perdone.

—¿Sabes? Hoy me siento caprichosa, así que para que te perdone del todo y siga queriendo casarme contigo, me invitas a cenar hoy por ahí. Voy a arreglarme, tú ve pensándote dónde me vas a llevar. —Y me meto en el baño para ducharme y maquillarme un poco, antes de que él pueda rebatirme el plan.

Me pongo un vestido blanco con unas sandalias en tonos azules y me siento en el sofá a esperar a que Lucas se ponga sus vaqueros con una camiseta color añil, para llevarme a cenar a nuestro restaurante italiano favorito y a pasear por la playa como en nuestras primeras citas, y como tanto sabe que me gusta, el muy zalamero.

Al final, por lo que me contó de su despedida, no resultó ser todo lo desenfadada y libertina que yo había imaginado en mi cabeza. Pero claro, siguiendo el código del macho alfa, lo que pasa en Ámsterdam se queda en Ámsterdam. Pues lo mismo que lo que pasa en Ibiza...

# Tan... tan... tatán

Estoy frente al espejo. Todavía en ropa interior, blanco perla. El peinado es bastante natural, como yo quería. Y no se nota nada que voy maquillada. Me encanta la imagen que el espejo me devuelve. Nunca me había visto tan guapa como hoy. Estoy temblando de nervios, llevo toda la semana con el estómago cerrado, sin probar apenas bocado. Contengo la emoción para no estropear el maquillaje antes de empezar. Mi madre y Carla me acompañan en la habitación.

Carla me ayuda a ponerme el vestido porque mi madre está hecha un mar de lágrimas desde que llegó esta mañana. ¡Así no ayuda a que yo esté más tranquila! Mientras me maquillaban, he estado a punto de echarla de la habitación para que no me pusiera más atacada de lo que ya estoy. Lástima de maquillaje, que ya no le queda casi nada.

Carla está espectacular con su vestido largo color turquesa a juego con sus ojos. Me recuerda a la protagonista de *Frozen*, y a aquella tarde en que vimos la película juntas acompañadas por unos *sex on the beach* y muchísimas risas.

El vestido me queda como un guante. Me costó decidirme, pero, al final, sé que es el correcto. De gasa y seda de corte en A. Con un gran escote en la espalda, que acaba con un cierre en corsé del que salen varios pliegues simétricos que se extienden y se amplían a lo largo de la pequeña cola que lleva el vestido. Por delante, escote en forma de corazón, tirantes y, en la zona de la cinturilla, un pequeño fruncido con detalles en plata vieja y pedrería desde el que nace la falda.

Me aseguro de que el fotógrafo, socio de Lucas, esté haciendo su trabajo, porque este momento es algo que quiero guardar para siempre de recuerdo. Me encantaría robarle unos segundos la cámara para ver las fotos de Lucas preparándose para hoy.

Ha llegado el momento. Saco los zapatos de su funda de tela y, como si fuese un ritual típico de este día, me los pongo despacio, acariciando cada uno de ellos y mirándolos como las joyas que son. Hoy es el día, hoy por fin los estreno. Me pongo en pie y camino sobre ellos. Los tacones de mi vida para el día más feliz de mi vida. Cuando estoy lista, le pido a Carla que haga pasar a mi padre.

Hoy todos están más guapos que nunca, y él no iba a ser menos. Al verme, tiene que sacar el pañuelo de tela que siempre lleva en su bolsillo para secarse las lagrimillas. Después de que mi madre se arregle un poco el maquillaje, nos hacemos un par de fotos.

No hay coche de novios porque me he vestido en la casa familiar. En la misma habitación donde mi madre y mi tía se prepararon para sus respectivas bodas. Lucas debe de haber venido ya y estará esperándome fuera, en el jardín, donde los poco más de sesenta invitados deben de estar esperándome a mí.

Carla y mi madre han ido a ocupar su lugar entre el resto de los invitados. Estamos solos mi padre y yo. Me sujeto a su brazo con fuerza, porque no quiero que los nervios me jueguen una mala pasada en estos momentos. No puedo mirarlo porque sé que, si lo hago, romperé a llorar.

Afuera, el silencio.

Empiezan a sonar los primeros acordes de una versión de *All you Need is Love*, de The Beatles, que elegí para este momento, y la emoción me inunda los ojos de lágrimas, pero consigo retenerlas y que no se derramen. Es el momento de salir. Empezamos a andar con paso firme los dos. Veo a Lucas al final del pasillo que los invitados han formado. Ahora sí que no lo puedo evitar, y las lágrimas recorren mis mejillas. Todo parece ir a cámara lenta. Me muero de ganas por correr y llegar hasta él, pero sé que el verdadero hombre de mi vida es otro.

El hombre de mi vida ha sido, es y será quien me lleva del brazo ahora mismo y eso ni Lucas ni nadie lo podrán cambiar nunca. Ahora quiero que este momento se alargue un poco más. Mi padre aprieta fuerte mi mano. Parece que acaba de leerme el pensamiento y que tampoco quiera separarse de mí.

Cuando por fin llego al lado de Lucas, mi padre me suelta el brazo que yo mantengo sujeto con fuerza. Me cuesta desprenderme de él y quedarme sola frente a Lucas.

Parece que el tiempo se ha parado y que los únicos que se mueven son mi padre y él, que se funden en un abrazo al que me muero de ganas por unirme, pero debo mantener las formas porque están todos los invitados mirando y no corresponde ahora.

En la ceremonia civil, después de hablar Carla, Nora y el hermano de Lucas, llega el momento de leer los votos.

Primero es el turno de Lucas:

—Mía, hoy quiero prometerte, delante de toda esta gente, que siempre estaré a tu lado para levantarte cuando te caigas. Prometo compartir tus sueños, proyectos y metas, y apoyarte en todos ellos. Prometo vivir contigo las alegrías y reconfortarte en las tristezas. Prometo besarte y abrazarte siempre, con todo mi amor. Prometo cruasanes para animarte cuando lo necesites y prometo hacerte feliz todos los días de mi vida.

Intento parar el río de lágrimas, porque ahora me toca leer a mí y mis manos tiemblan exageradamente. Mi padre me cede su pañuelo de tela para secarme las lágrimas y, cuando se lo devuelvo, me da un beso en la mejilla que lo dice todo. Cojo el papel con ambas manos para reducir el temblor y deshago el nudo que tengo en la garganta para que las palabras salgan desde el corazón:

—No fue casualidad que nos reencontráramos esa noche después de tantos años, no fue casualidad que nos enamoráramos. Todo estaba escrito y todo formaba parte del plan que nos tenía el destino preparado.

»Prometo amarte ahora y siempre, porque mi amor por ti crece cada vez que respiro. Prometo seguir aportando magia cuando la necesites e histeria cuando menos te lo esperes. Prometo no poner límites a mi amor y luchar siempre por ti. Prometo perderme, como ya es costumbre en mí, pero regresar siempre al calor de tu corazón porque es ahí donde está mi hogar. Prometo envejecer a tu lado y saber encontrar siempre, en tu mirada, aquello que me enamoró.

Sniff. Yo lloro, Lucas se emociona y llora, y de reojo veo que también hay algunos familiares y amigos secándose las lagrimillas.

Después del sí quiero y de hacernos muchas fotos con cada uno de los invitados, llega la hora del ágape.

La idea de las damas de honor... a mí como que no me va lo de imponer que vayan todas igual vestidas, así que preferí que cada una fuese fiel a su estilo. Pero, eso sí, a Carla, Bea, Nora, Alba y Claire sí que les pedí que todas llevaran los mismos zapatos plateados que yo misma les regalé para que lucieran este día. Todos iguales, pero cada una con su vestido. La minisesión de fotos que hemos hecho con los zapatos seguro que ha quedado genial. Ya estoy deseando verlas.

Carla, nada más acabar de hacer las fotos, se ha puesto sus Andy-Z blancas, a las que ha cambiado los cordones por unos lazos del mismo color que el vestido y que menos mal que no se le ven con el vestido largo, porque, si no, la mato...

Nora hoy ha dejado el color negro de lado, pero no el rojo. Lleva un vestido largo de corte imperio rojo pasión espectacular con detalles en plata. Alba lleva un vestido largo ajustado rosa palo que le queda di-vi-no. Bea, un mono en tono coral con un collar grande y plateado. Y Claire lleva un vestido largo también, color miel y con flores bordadas en negro, palabra de honor y escote corazón. Menos mal que la falda comienza justo debajo del pecho porque tiene ya una incipiente barriguita que, según ella, no es nada normal y que, según nosotras, es lo más normal del mundo cuando estás esperando no uno sino dos bebés. Estamos deseando ver las caritas de esas criaturillas. Por lo menos, al tener dos sobrinos postizos, no nos peharemos tanto por tenerlos en brazos, ya que hay más para repartir, pero la pobre Claire, desde que se enteró, está un poco acojonadilla. Supongo que es algo normal cuando te dan ese tipo de noticias. A mí me daría un patatús, y a Lucas ya ni te cuento.

Cuando acabo el postureo de zapatos con las chicas, vamos junto a Lucas y el resto de los invitados al otro lado del jardín, cerca de la barbacoa, donde hay tres largas mesas. Están decoradas con los centros de mesa que Carla y mis primas han preparado, con tarros de cristal llenos de velas y de flores.

Poco a poco, se van sentando todos los invitados (cada uno donde le dé la gana), para que pueda empezar el banquete (la palabra banquete me suena súper de palacio, ideal para este día), aunque en realidad es un *catering* con fusión entre cocina mediterránea y asiática (no podía faltar el sushi en este día tan especial).

Bajo un gran árbol iluminado y decorado para la ocasión, se encuentra el espacio reservado para el *photocall* con pelucas, gorros, gafas, etc. Y, junto a la parada de disfraces, está la mesa dulce. Con chucherías, piruletas, una bandeja gigante de cruasanes, que no podían faltar hoy y, en el centro, la gran tarta de tres pisos que Bea nos ha regalado y que ella misma ha hecho.

Cuando están sirviendo la cena, de repente se apagan la música y las luces. Dejo los cubiertos y cojo fuerte la mano de Lucas. Mierda, un apagón. Esto es algo con lo que no habíamos contado.

Empieza a sonar *Mi gran noche*, de Raphael, que va aumentando poco a poco su volumen mientras se van encendiendo las luces y todos los que hay sentados en la parte de los amigos protagonizan un *flashmob* que traían preparado y que anima a todos los invitados a bailar. Menos mal que era eso, porque me da un soponcio si justo hoy se llega

a ir la luz de verdad.

Al acabar la cena, llega el momento del baile. Me acerco con Lucas a la mesa del DJ y le pedimos el micro.

—Tranquilos, que no vamos a cantar —digo yo, viendo la cara de horror de mis amigos, pensando «por favor, no hagas la pava en tu boda».

Les mando un beso en el aire y le paso el micro a Lucas.

—En nombre de mi mujer y en el mío, queremos agradecerlos a todos que estéis aquí, compartiendo el día más importante de nuestras vidas. Todavía queda noche por delante, y ahora toca el momento de que la novia tire el ramo, así que queremos pedir a las solteras que se coloquen en la pista de baile.

Cuando Lucas deja el micrófono, me acompaña a la pista, donde ya están todos. Él se sitúa al lado de algunos de los chicos, que han venido para contemplar mejor el momento. Empieza a sonar *Marry you*, de Bruno Mars, y yo empiezo a bailar sola. Sí, voy a hacer la pava en mi boda, ¿qué pasa? Me acerco a Lucas.

—Contigo no puedo bailar todavía. —Le guiño un ojo.

Ha llegado el momento. Se unen a mí algunos de los amigos de Lucas, además de Hugo, Manu y Martín para bailar la coreografía que teníamos ensayada para este momento para sorprender a Lucas, y para las chicas que están esperando a que tire el ramo. He de decir que van cada uno a su bola, pero todos siguiendo el ritmo, por lo menos. Bailo junto a los amigos de Lucas y luego voy, primero con Hugo y luego con Manu, para, en los últimos acordes, llegar hasta Martín. Mientras lo abrazo, le paso el ramo, y, cuando me separo de él, se gira hacia Alba y, por fin, hinca rodilla.

Cuando me contó lo que quería hacer hoy, me emocioné sobremanera. Jamás se me hubiera ocurrido y, por supuesto, no pude negarme. Al contrario, lo animé a prepararlo todo con el paripé del baile. Desde entonces, entendí a la perfección a Nora y su problema con guardar secretos tan emocionantes.

Es verdad eso de que de una boda sale otra boda. Ahora, Alba no puede dejar de llorar mientras nos mira al ramo, al anillo, a Martín y a mí. Lucas se ha acercado a mí cuando ha acabado la canción, porque él no sabía nada. Está casi tan emocionado como Martín ahora mismo.

Y, una vez entregado el ramo, ya la novia está lista para el baile nupcial. Pero, antes, hay algo que quería hacer en este momento. No quiero estropear los Louboutin, así que me pongo mis zapatos de baile, donde, anteriormente, había escrito el nombre de mis amigas en la suela. Dicen que tras el baile, el primer nombre que se haya borrado por el desgaste, será la próxima en casarse. Aunque ahora mismo Alba tiene todas las papeletas para ser la siguiente, yo sigo queriendo hacer este *ritual*.

Mi padre ya está esperándome en la zona reservada para el baile y, cuando acabo de ponerme los zapatos, me acerco a él emocionada. Empieza a sonar *Because You Loved Me*, de Celine Dion. Una canción que para mí significa mucho. Su letra dice a la perfección todo lo que mis padres son para mí, todo lo que han hecho por mí siempre y por lo que les estaré eternamente agradecida.

Cuando acaba esta canción, mi padre le cede el privilegio de bailar conmigo a Lucas, y es ahora cuando me recojo la falda del vestido para bailar la canción que hemos elegido para este momento y que hemos practicado durante los últimos meses para que nos saliera a la perfección. *Llegaste tú*, una bachata muy sensual que Lucas acaba improvisando, no sé si porque se le han olvidado los pasos o porque está dejándose llevar por la música como yo, pero hemos disfrutado mucho bailando.

Al acabar la canción, casi todos los invitados bailan a nuestro alrededor. El resto de la noche, intento bailar con todos y cada uno de los invitados hasta que amanece.

Empieza una nueva etapa en nuestras vidas...

# Epílogo

*Photograph*, de Ed Sheeran

*«Loving can hurt sometimes, but it's the only thing that I know. It is the only thing that makes us feel alive... And it's the only thing we take with us when we die».*

*(Algunas veces, amar puede hacer daño, pero es la única cosa que conozco... Es la única cosa que nos hace sentir vivos... y es la única cosa que nos llevamos cuando morimos)*

Viernes por la mañana. Hoy me he despertado nostálgica y sensiblera. Estoy sentada en la cama, rodeada de álbumes y fotos, mirando los recuerdos de mi vida. Desde que era pequeña, hasta las del viaje de novios a Tailandia. Ahora que ha pasado el tiempo, miro atrás y me doy cuenta de que las cosas pasaron por algo y, aunque algunas dolieron en su momento, no cambiaría para nada ni un solo instante de mi vida.

Así ha sido hasta ahora la vida sobre mis tacones. Sé que, pase lo que pase, siempre llevaré puestos unos. Como apunté yo en su momento, intentarían borrarle la sonrisa, pero jamás conseguirán que me baje de mis tacones, porque ellos me ayudan a equilibrar mis pasos hasta conseguir mis sueños.

Dicen que no sabes lo fuerte que eres hasta que no pasas la noche entera bailando sobre unos tacones. Yo pienso que vivir tiene mucho que ver con esa frase, debe doler a veces para que aprendas a apreciar las cosas buenas que hay en ella.

Yo, hasta ahora, he tenido la grandísima suerte de estar siempre rodeada de una gran familia a la que admiro sobremanera por haber permanecido siempre unida. Mi hermana Carla, en especial, ha sido mi gran apoyo a lo largo de estos años y se ha ganado el premio a la mejor hermana del mundo por aguantarme tantas histerias desde que llegó a mi vida y empezó a tener uso de razón.

Es verdad eso de que, conforme te haces mayor, más rápido pasa el tiempo. Parece que fue hace nada cuando estaba peleándome con ella para que me devolviera mi Barbie o echándole las culpas por algo que ella no había hecho. ¿He dicho ya que la superquiero y que es mi TODO? Y que, por cierto, Cayetano, su novio desde hace algo más de un año, me encanta también. Hacen una pareja estupenda, son muy divertidos, ya hemos pasamos algunos grandes momentos a su lado y espero que sean muy felices juntos porque ambos se lo merecen. No puedo estar más orgullosa de ella.

Y qué decir de mis amigas... sin ellas, mi vida no habría sido la misma. Ellas han sido mi otro gran apoyo y, junto a mi familia, siempre han estado ahí para celebrar los buenos momentos y animarme en los menos buenos.

Sin ellos, lo de escribir mi libro no habría sido posible y nunca habría llegado hasta aquí.

Lucas, por supuesto, requiere una mención aparte. Hace poco, caminando por la cala,

vi unas palabras escritas sobre una roca, llamaron mi atención y me vienen a la mente ahora mismo: «Nunca supe que tenía un sueño... Hasta que mi sueño fuiste tú». Estas palabras se quedan cortas para describir todo lo que siento por él. Se merece el cielo por todo lo que ha hecho por mí desde que llegó a mi vida.

Le estoy agradecida a cada uno de ellos porque, solo con su presencia, mi vida es muy especial.

Me seco las lágrimas y empiezo a recoger las fotos y los álbumes que hay escampados por toda la cama. Lo peligroso de remover recuerdos es que, al final, son los recuerdos los que acaban removiéndote a ti. Faltan seres queridos y me gustaría volver a vivir esos momentos de las fotos para poder abrazarlos de nuevo.

Al ir a guardar los álbumes, encuentro mi 'caja de recuerdos'. Dentro hay agendas, boletines de notas, diplomas, cartas de gente querida, algunas fotos muy especiales, algunos casetes y otros detalles más que me sacan una sonrisa. También está el trozo de lazo rojo que Nora me dio como símbolo de nuestra amistad. Y, entre todas esas reliquias, aparece un CD con las palabras *indie mix* intactas. Busco en mi móvil y encuentro la *playlist* con el mismo nombre. Empieza a sonar *Luciérnagas y mariposas* con la repetición activada. Desde hace un par de años, llevo esas canciones en una *playlist* del móvil y me las pongo bastante a menudo. Nadie entendió nunca por qué me dio por escuchar ese tipo de música, así, de repente. Carla dice que debe de ser que, con la edad, me habían cambiado los gustos musicales...

\*\*\*

Lucas está trabajando y llegará en breve para comer antes de irnos. Esta tarde hemos quedado con Claire y Hugo a las cuatro en la estación, donde cogeremos el tren que nos lleve a Sevilla para la boda de Alba. Por fin, se casa pasado mañana y por nada del mundo me perdería ese día con todo lo que le costó conseguirlo.

Parece mentira que haya pasado un año y medio desde aquel día. Un año y medio siendo la mujer más feliz del mundo. Sí, es posible, siempre se puede ser un poco más feliz. Un año y medio mágico donde cada momento ha sido especial al lado de Lucas. Ni el tiempo, ni la vida, tienen la capacidad de cambiar una mirada. Yo siento que, cada vez que lo miro, descubro algo nuevo en él que me enamora un poco más. Es maravilloso poder enamorarte todos los días y siempre de la misma persona.

\*\*\*

Manu ha batido el récord de permanencia en la vida sentimental de Nora, pese a todos los pronósticos de que el amor no estaba hecho para ella. Le costó, pero finalmente reconoció que se podía vivir enamorada. Ahora, han aprovechado que teníamos que ir a Sevilla, y se han ido unos días antes para recorrer parte de Andalucía en una caravana que han alquilado, así que los veremos allí directamente.

Nora, por fin, ha conseguido librarse de su odiado jefe y ahora trabaja en una editorial, donde está mejor valorada y donde ya no tiene que inventarse excusas mortales para librarse de las tareas, porque está muy feliz con lo que hace.





¿Sabes esas personas que llegan a tu vida por la más pura casualidad y cuando pasa el tiempo te das cuenta de que no sabrías estar sin ellas? Pues con la última que me ha pasado ha sido con Bea. Empezó siendo una compañera más, pero después de tantas jornadas laborales juntas, nos sabíamos nuestras vidas enteritas, compartimos muchos *afterworks* y fuimos el apoyo moral de la otra en muchas ocasiones de bajón. Cuando dejamos de trabajar juntas, noté su ausencia un montón y echaba mucho de menos nuestros cotilleos. Nunca dejamos de quedar para seguir poniéndonos al día de nuestras vidas. Y, aunque no es lo mismo compartir unas cuarenta horas semanales que una tarde al mes, sé que en ella siempre encontraré a esa amiga que estuvo ahí desde el principio. Mañana, ella también vendrá a la boda como una más de este grupo de zorrilocas al que se unió poco a poco, tras la inauguración de su tienda, mi despedida, la boda y otras ocasiones más.



Cuando Lucas llega, se acerca al dormitorio para darme un beso. Me encuentra emocionada, sacudida por el recuerdo de todos los momentos vividos. Esto del embarazo me está descontrolando las hormonas muchísimo más de lo normal y eso en mí es una bomba de relojería. Al pobre Lucas lo llevo frito.

—¿Qué tal está la mami más guapa del mundo?

—Goordaaa. —Y vuelvo a llorar.

—¿Y mi pequeña? —dice, hablándole a la gran barriga de diecisiete semanas.

—La pequeña se está portando bien —digo yo, haciendo pucheros—. A ver si en el viaje también se porta así.

Hago un esfuerzo y me levanto para comer juntos. Mientras Lucas termina de preparar la maleta, yo me visto y recojo mi neceser.

Al llegar a la estación, ya están Claire y Hugo esperándonos. Claire lleva al pequeño Eric en brazos mientras Hugo vigila el cochecito donde Marc duerme plácidamente. La maternidad la ha obligado a pedirse una excedencia en el trabajo para poder dedicarse a este par de angelitos. Entre todos, conseguimos subir maletas y cochecito al vagón.



Ya sentados en el tren, me da por pensar en la idea loca de Nora. Tras el discreto éxito que está teniendo mi libro, hace un par de meses, antes de dejar su infernal trabajo y después de una cena en su casa, estábamos tomándonos unas copas y hablando del amor, mientras Lucas y Manu veían un partido de fútbol. Vaciando todo el contenido de su copa, Nora me dijo algo así como: «Creo que ya es obvio que lo mío con Manu va en serio y que no es algo pasajero, así que he pensado que debería escribir mis memorias, como las *celebrities*, contando lo puta que es la vida a veces, pero dejando claro lo feliz que soy ahora. Y, ya de paso, beber algo más fuerte que este whisky con cola para no pensar mucho en que Manu vaya a ser el último hombre con el que follaré en toda mi vida. A esa

idea todavía me cuesta hacerme a veces».

Tras consultarlo con mi almohada durante un par de noches, llegué a la conclusión de que me encantaría escribir sobre la vida de la increíble Nora y sus batallitas. La verdad es que su historia, hasta hace bien poco, no ha sido fácil. Se ha hecho fuerte gracias a todas las lecciones que la vida le ha dado siempre, desde bien pequeña. Pero ha llegado hasta aquí gracias a su coraje y a su carácter de luchadora, y eso bien merece ser plasmado en papel para los restos.

Sus vivencias son, cuanto menos, dignas de estudio algunas de ellas, otras podrían ayudar a otras personas a aprender de sus errores o de sus consejos amorosos, nunca se sabe. Recordar y revivir algunos de esos momentos podría resultar duro para ella, o incluso para mí, que soy bastante más sensible, pero ahora mismo no tengo nada mejor que hacer, y es por eso mismo que voy a dedicarme a recopilar toda la información que pueda al respecto, para ver qué sale de todo esto. No sé si algún día será algo y, en tal caso, si Nora querrá que vean la luz todas sus intimidades y sentimientos, pero, conociéndola, nunca se sabe, y menos ahora que ella trabaja en una editorial.

\*\*\*

Con el tren ya en marcha, miro a Lucas y me sonrío. Coge mi mano, y juntos acariciamos mi barriga.

Lo único que me importa ahora mismo es que llegue el día en que por fin podamos verle la carita a la pequeña Valeria.

Sonrío y me quedo divagando por mis pensamientos acuarianos sobre una y mil historias a la vez. Si algo he descubierto es que la mente de un escritor, o de cualquier artista, va más rápido que la de cualquier otro mortal. Y ya, si la mente es acuario, como la mía, a veces puede dar la sensación de que podría echar humo por las orejas, literalmente.

Me acomodo en el hombro de Lucas para intentar descansar un poco antes de llegar a Atocha para hacer el trasbordo a Sevilla. Lucas me besa el pelo y me acaricia la cara hasta que empiezo a dormir. Estoy impaciente por compartir este fin de semana con todos ellos...

\*\*\*

—*El espectáculo continúa.*

—¿Por qué dices eso?

—*Porque sí.*

—Mía, ¿estás bien? ¿Estás despierta?

—¿Qué? —La voz de Lucas hace que me sobresalte.

—¿Por qué has dicho eso?

—¿El qué?

—Mía, estabas hablando en sueños y has dicho que el espectáculo debe continuar.

—Pero, Lucas, ¿qué dices? Yo no hablo en sueños. Además, ¿por qué iba a decir yo eso? El espectáculo debe continuar...

# Agradecimientos

Ponerme a escribir este libro y llegar hasta donde he llegado en mi vida ha sido gracias al apoyo incondicional de mi familia, quienes han depositado su confianza en mí desde el principio. Gracias por alentarme a no dejar de escribir nunca.

Gracias a mis amigas y a mi hermana porque, sin ellas, este libro no hubiese sido posible. Ellas me animaron a empezar y a acabar este proyecto. Cada personaje de este libro tiene un poquito de ellas y algunos de los momentos que vivimos juntas me han inspirado para crear historias.

Dicen que si formas parte de la vida de un escritor, corres el riesgo de pasar a ser eterno en una de sus historias. Cada uno sabéis el hueco que ocupáis en mi vida y lo mucho que significáis para mí. A todos vosotros, gracias por impulsarme a escribir este libro.

Gracias a todas las personas que han pasado por mi vida de una u otra manera, algunos incluso sin saberlo.

Gracias a los libros que he leído, a las películas que he visto, a las canciones que he escuchado y a los lugares que he visitado porque, gracias a todos ellos, esta historia es posible. Gracias por haberme inspirado.

Gracias a Nuria por su trabajo de diseño, y a Abril por su paciencia y ayuda con el trabajo de la corrección. Gracias a las lectoras cero que me han ayudado a lo largo de este camino.

# Sobre la autora

Me llamo Mari y soy de Alicante (España). Gracias por querer conocerme un poquito más. Te cuento que la pasión por la lectura y por la escritura ha formado parte de mi vida desde bien pequeña y, pese a eso, mis palabras no habían ido más allá de algunas cartas a seres queridos hasta que empecé a escribir en mi blog. Siempre me ha gustado expresar mis sentimientos a través de palabras escritas, a veces con un destinatario claro, otras (la gran mayoría) sólo por el placer de liberar sentimientos atrapados. Yo fui la primera sorprendida cuando me decidí a escribir un blog y un libro; yo siempre había sido muy tímida para estas cosas, pero aquí están, deseando ser leídos.

Con la publicación de mi primer libro veo cumplido uno de los muchos sueños que me quedan por cumplir y ese, para mí, es el mejor premio que podía recibir hasta ahora porque esto no hace más que animarme a seguir escribiendo con la misma ilusión, emoción y entusiasmo con los que he escrito hasta ahora.

Considero cualquier momento del día perfecto para leer o escribir, no soy muy amiga de las rutinas. Siempre me gustó aprender y espero no dejar de hacerlo nunca porque es la única manera de crecer emocional e intelectualmente.

Desde bien pequeña se me dio muy bien estudiar pese a mi mala memoria. Cuando salí del instituto, decidí estudiar un curso de turismo. Después de terminar mis estudios, mientras trabajaba, decidí seguir ampliando conocimientos con otro curso, esta vez de administración y finanzas, solo por el mero hecho de aprender algo que desde siempre llamó mi atención.

Después de esto, estuve aprendiendo sobre temas diversos que me parecían interesantes. El último curso que he realizado hasta el momento y uno de los que más me ha aportado ha sido el de novela romántico-erótica impartido por la autora Elísabet Benavent.

*«Mi sueño es vivir eternamente entre mis historias»*

Mari B Santana

---

[1] *Stiletto*: Zapato de tacón fino también conocido como tacón de aguja. Son considerados como un símbolo de elegancia e incluso de erotismo.

[2] *Sabrin*s: Zapato plano, sin tacón, puede llevar ataduras como correas, pulseras, adornos y todo tipo de estampados.

[3] *Oxford*: Lleva cordones y las orejas donde se alojan los ojales están cosidas por debajo de la pala. Suele ser liso y generalmente usa tonos negros o castaños. También puede incluir algún ornamento o pequeños punteados en las costuras.

[4] *Pumps*: También conocidos como ‘zapatos de salón’. Zapato cerrado de punta redonda, con escote que deja ver el empeine. Generalmente de colores lisos y sin ningún tipo de adornos.

[5] *Peep toe*: Zapato cerrado por detrás y con la punta abierta que deja ver un poco los dedos. De tacón fino y escote amplio para mostrar el empeine. Normalmente sin ataduras (pulseras o hebillas), aunque pueden encontrarse con algún adorno.

[6] *Monkstrap*: Este calzado dispone de un cierre en forma de hebilla o doble hebilla, lo que hace que se ajuste al tamaño del pie con total confortabilidad.

[7] *Mari-Jane*: Zapato sujeto a la parte alta del pie con una pulsera, tira o hebilla que puede salir desde el talón sólo, o cruzar el empeine desde la punta. Generalmente con el tacón grueso.

[8] *D'Orshay*: Zapato con el talón y la puntera cubiertas pero con los lados cortados a la altura del arco del pie.

[9] *Derby*: Se diferencia del zapato Oxford en que este es un zapato de cordones en el cual las orejas están cosidas encima de la pala la cual es de una única pieza.

[10] *Loafer o Castellanos*: Es un tipo de mocasín, sin cordones ni borlas colgando.

[11] *T-Strap*: Se diferencian de los Mari-Jane en que estos tienen el tacón fino. Su nombre proviene de la forma de T por la cual van sujetos al pie mediante tiras, correas, pulseras, etcétera.

[12] *Pisacacas*: Hechas con piel de serraje y con cordoneras. Suela de cuero muy fina.

[13] *Cuñas o wedge*: Zapato cómodo dada la forma de su tacón corrido que estiliza tu figura y te ayuda a añadir unos centímetros sin tener que sufrir por llevar tacón fino.